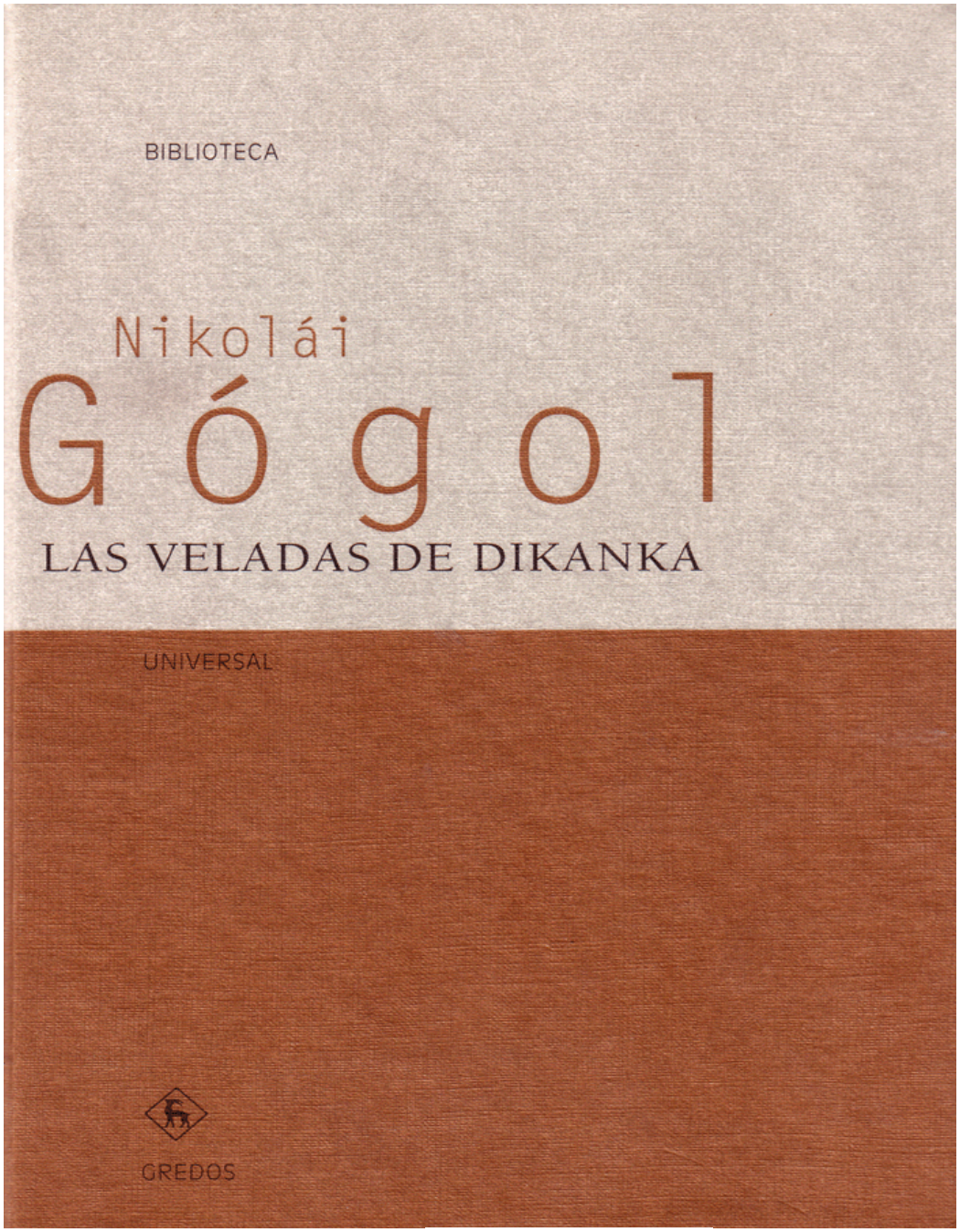
LAS VELADAS DE DIKANKA
NICOLAI GOGOL



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

LA FERIA DE SORÓCHINTSI

Me aburro en la choza solo,
llévame fuera de casa,
donde reine el alboroto,
donde dancen las muchachas
y se diviertan los mozos.
(De una vieja leyenda)

¡Qué embriagador y esplendoroso es un día estival en Ucrania! ¡Qué sofocantes y calurosas sus horas, cuando reinan el silencio y el bochorno del mediodía, y el inmenso océano azul, inclinando sobre la tierra su cúpula voluptuosa, parece haberse adormecido y, sumergido en toda suerte de delicias, ciñe y estrecha a su amada con inmaterial abrazo. En el campo no se oye ni un ruido. Parece como si todo hubiese muerto; sólo en las alturas, en el abismo celeste, tiembla una alondra, cuya plateada canción desciende por los peldaños etéreos hasta la tierra enamorada; de vez en cuando el grito de una gaviota o la aguda llamada de la codorniz también resuenan en la estepa. Indolentes y distraídos, como paseantes sin rumbo, se alzan los robles hasta las nubes, y los golpes deslumbrantes de los rayos del sol incendian parte de su follaje con grandes manchas de pintura, extendiendo sobre el resto de la fronda una sombra oscura como la noche que sólo alguna fuerte ráfaga de viento impregna de oro. Las esmeraldas, topacios y rubíes de los livianos insectos se derraman sobre los abigarrados huertos, sombreados por los gallardos girasoles. Los grises almiares de heno y las doradas gavillas de trigo se disponen en grandes hileras y se extienden por la inmensidad de la llanura. Las ramas extensas de los cerezos, los ciruelos, los manzanos y los perales se curvan bajo el peso sus frutos, y el cielo se refleja en el límpido espejo del río, circundado por un marco verde y altivo... ¡Qué lleno de plenitud y voluptuosidad se muestra el verano en Ucrania!

Una magnificencia semejante reinaba un caluroso día de agosto de mil ochocientos... ochocientos... Sí, hará unos treinta años que sucedió aquello. El camino, a unos diez kilómetros de la pequeña aldea de Soróchintsi, era un hervidero de gentes venidas de todos los caseríos próximos y lejanos para participar en la feria. Desde el amanecer carros con sal y pescado habían formado una hilera interminable. Montañas de pucheros envueltos en paja avanzaban lentamente y parecían hastiados de su reclusión en la oscuridad; sólo en algún que otro punto una escudilla o un tarro vivamente coloreado emergía con aire jactancioso por encima de la paja trenzada y apilada sobre la carreta y atraía las miradas conmovidas de los adoradores del lujo. Muchos paseantes contemplaban con envidia al propietario de tales maravillas, un alfarero de elevada talla que con pasos lentos seguía su mercancía, cubriendo solícitamente con el odiado heno a sus petimetres y sus coquetas de arcilla.

Un carro atestado de sacos, cáñamo, telas y toda suerte de cacharros, tirado por una pareja de fatigados bueyes, avanzaba a una cierta distancia de los otros; tras él iba su

Librodot

propietario, un hombre vestido con una camisa impecable de lienzo y unos pantalones bombachos del mismo material, llenos de manchas. Con mano perezosa, se secaba el sudor que perlaba su atezado rostro y goteaba incluso de sus largos bigotes, empolvados por ese implacable barbero que, sin que nadie lo llame, se ocupa de todo el mundo, tanto de la bella como de la bestia, y empolva desde hace miles de años, por las buenas o por las malas, a todo el género humano. A su lado caminaba una mula atada al carro, cuyo aspecto pacífico delataba su avanzada edad. Muchos de los que se cruzaban con ese carruaje, especialmente los muchachos jóvenes, se quitaban el sombrero al llegar a la altura de nuestro campesino. No obstante, no eran su bigote gris ni su severo porte los que suscitaban esos saludos; bastaba con levantar un poco los ojos para comprender la razón de esa deferencia: en el carro iba sentada su hija, una bella muchacha de rostro redondeado, cejas oscuras y arqueadas sobre los ojos castaños, labios rosados y descuidada sonrisa, cabellos adornados con cintas rojas y azules que, junto a las largas trenzas y un manojo de flores silvestres, formaban una rica corona sobre su maravillosa cara. Todo parecía interesarle; todo le resultaba nuevo y sorprendente... y sus hermosos ojos pasaban con premura de un objeto a otro. ¡Cómo no maravillarse! ¡Era la primera vez que iba a la feria! ¡Una muchacha de dieciocho años que va a la feria por primera vez en su vida!... Pero ninguno de los paseantes y transeúntes sabía lo que le había costado convencer a su padre, que de buena gana la habría llevado antes, de no haberse opuesto la malvada madrastra, tan hábil para manejar a su marido como éste para llevar las riendas de la vieja mula que, en recompensa a los muchos años de trabajo, era llevada a la feria para ser vendida. La infatigable esposa... Pero hemos olvidado decir que también ella iba sentada en lo alto del carro, vestida con una elegante chaqueta verde de lana sobre la cual había cosidas pequeñas colas de color rojo como si fueran de armiño; llevaba también una suntuosa falda con dibujo ajedrezado y una cofia de percal coloreada, que confería una prestancia singular a su rostro rojo y lleno, atravesado a veces por una expresión tan desagradable y hosca que todos se apresuraban a apartar la mirada sobresaltada para dirigirla sobre el alegre rostro de la hija.

Los ojos de nuestros viajeros comenzaban ya a vislumbrar el Psiol; desde la lejanía llegaba una brisa fresca, especialmente agradable después del agobiante y tórrido calor. A través de las hojas verde oscuro y verde claro de los chopos, los abedules y los álamos, dispersos con descuido por la pradera, se percibían ardientes destellos vestidos de frío, mientras la doncella-río, con magnífico gesto descubría su pecho de plata, sobre el que caían suntuosos los verdes rizos de los árboles. Caprichoso como una mujer en esas horas embriagadoras en que el espejo fiel refleja envidioso su frente llena de orgullo y brillo cegador, sus hombros níveos y su cuello de mármol, sombreado por una onda caída de su cabellera de color castaño, en esas horas en que rechaza con desprecio un adorno, trocándolo por otro, y sus caprichos se suceden sin fin, el río cambiaba casi todos los años de cauce, eligiendo un nuevo itinerario y rodeándose de novedosos y singulares paisajes. Hileras de molinos alzaban con sus pesadas ruedas amplias olas, que caían con violencia y se quebraban en nubes de espuma, salpicando con su polvo y bañando con su ruido los alrededores. El carro de nuestros conocidos entró en ese momento en un puente, y el río, como un espejo de una sola pieza, se extendió ante ellos con toda su belleza y magnificencia. El cielo, los bosques verdes y azules, los hombres, los carros cargados de pucheros y los molinos: todo se dio la vuelta y se puso a caminar patas arriba, sin caer en el hermoso abismo azul. Nuestra bella muchacha miraba con aire pensativo la fastuosidad del paisaje, olvidada incluso de mordisquear las pepitas de girasol, como había hecho con fruición durante todo el camino, cuando de pronto la sorprendieron las siguientes palabras: «¡Hermosa muchacha!». Se dio la vuelta y vio un grupo de jóvenes parados en el puente; uno de ellos iba vestido con mayor atildamiento que los otros: casaca blanca y gorra gris de piel de cordero. Con los brazos en jarra, miraba desafiante a los transeúntes. La bella muchacha no pudo dejar de reparar en su rostro

Librodot

bronceado, pero lleno de encanto, y en sus ardientes ojos, que parecían traspasarla con la mirada, y bajó los suyos, pensando que tal vez había sido él quien había pronunciado aquellas palabras.

-¡Una muchacha encantadora! -continuó el joven de la casaca blanca, sin apartar los ojos de ella-. ¡Daría todo lo que poseo por besarla! ¡Mirad, a su lado viaja el diablo en persona!

Se oyeron carcajadas por todas partes; el campesino siguió caminando con pasos lentos junto al carro, pero a su emperifollada compañera no pareció agradarle mucho ese saludo: sus rojas mejillas se volvieron de fuego, y un torrente de palabras escogidas llovió sobre la cabeza del descarado muchacho.

-¡Ojalá te atragantes, granuja! ¡Ojalá a tu padre le caiga una olla en la cabeza! ¡Ojalá resbale en el hielo ese maldito anticristo! ¡Ojalá el diablo le chamusque la barba en el otro mundo!

-¡Mirad cómo insulta! -dijo el muchacho, con los ojos casi fuera de sus órbitas, como aturdido ante esa irresistible andanada de improperios inesperados-. ¡Y pensar que a esa bruja centenaria ni siquiera le duele la lengua al pronunciar esas palabras!

-¡Centenaria! -exclamó la beldad madura-. ¡Grosero! ¡Empieza por lavarte! ¡Granuja! ¡Miserable! ¡No conozco a tu madre, pero debe ser una puerca! ¡Y tu padre otro! ¡Y tu tía también! ¡Centenaria! Y todavía no se le ha secado la leche en los labios...

En ese momento el carro empezó a descender por el puente, por lo que las últimas palabras resultaron inaudibles; pero el muchacho, por lo visto, no quería que las cosas quedaran así: sin pensárselo dos veces, cogió un puñado de barro y lo lanzó sobre la mujer. El golpe fue más certero de lo que pudiera esperarse: la cofia nueva de percal quedó toda manchada, y las risas de los bromistas se dejaron oír aún con mayor fuerza. La corpulenta coqueta rebosaba de ira; pero el carro se había alejado ya bastante, por lo que su venganza se vertió sobre su inocente hijastra y su indolente esposo que, acostumbrado ya a esa clase de escenas, guardaba un obstinado silencio y soportaba con resignación las turbulentas palabras de su airada esposa. No obstante, la mujer siguió moviendo y agitando su infatigable lengua hasta que llegaron al arrabal donde vivía su viejo amigo y compadre, el cosaco Tsibulia. El encuentro entre los compadres, que hacía tiempo que no se veían, permitió que los recién llegados se olvidaran por un momento del desagradable incidente, y despertó en ellos el deseo de hablar de la feria y disfrutar de un breve descanso después del largo camino.

II

¡Dios mío, la de cosas que había
en esa feria! Ruedas,
cristales, correas, brea, tabaco,
cebollas, toda clase de vendedores... Ni aun teniendo
treinta rublos en el bolsillo se podría comprar toda la feria.
(De una comedia ucraniana)

Seguramente habéis tenido ocasión de oír alguna vez el estruendo de una cascada lejana, cuando los alarmados alrededores se llenan de un rumor sordo y un caos de extraños y confusos sonidos pasa como un torbellino ante vosotros. ¿No son los mismos sentimientos que se apoderan por un instante de vosotros en el remolino de una feria campesina, cuando la

multitud forma un único organismo, enorme y monstruoso, cuyo cuerpo se agita en las plazas y en las angostas calles, gritando, riéndose, vociferando? El ruido, los juramentos, los mugidos, los balidos, el estruendo: todo se funde en un rumor desacorde. Los bueyes, los sacos, el heno, los gitanos, los cacharros, las mujeres, las tortas, los gorros conforman cuadros brillantes, abigarrados y desordenados que se agitan delante de los ojos. Las distintas voces se ahogan unas a otras: ni una sola prevalece o se salva de ese torrente; ningún grito se percibe con claridad. Lo único que se oye por todos los rincones de la feria son las palmadas de los comerciantes. Se rompe un carro, resuena el acero, truenan las planchas arrojadas al suelo; la cabeza da vueltas y uno no sabe a qué prestar atención. Hacía ya un buen rato que nuestro campesino, acompañado de su hija de negras cejas, se abría paso a codazos entre la multitud. Se acercaba a un carro, tanteaba en otro, regateaba; y entre tanto, sus pensamientos no dejaban de ocuparse de los diez sacos de trigo y de la vieja mula que había traído para vender. En cuanto a su hija, la expresión de su rostro delataba que no le resultaba muy agradable rozarse con carros cargados de harina y de trigo. Le hubiera gustado dirigirse a los puestos que, bajo toldos de lona, exponían cintas rojas, pendientes de estaño, cruces de bronce y ducados. No obstante, también allí había muchas cosas dignas de atención; algunas le hacían reír hasta las lágrimas: un gitano y un campesino se golpeaban las manos con tanta fuerza que gritaban de dolor; un judío borracho zurraba a su mujer; algunos comerciantes discutían lanzándose insultos y cangrejos; un *moskal* se acariciaba su barba de chivo con una mano, mientras con la otra... De pronto sintió que alguien le tiraba de la manga bordada de la camisa. Se dio la vuelta y vio ante ella al muchacho de la casaca blanca y los ojos ardientes. Un estremecimiento recorrió sus venas y su corazón empezó a latir con una fuerza inusitada: ninguna alegría ni ninguna pena la habían conmovido nunca tanto. Una sensación extraña y dulce la dominaba, sin que ella misma alcanzara a explicarse qué le pasaba.

Comment [Librodot1]:

Nombre despectivo para los comerciantes y buhoneros de origen ruso.

-¡No temas, corazón mío, no temas! -le dijo en voz baja el joven, cogiéndole la mano-. No voy a decirte nada malo.

«Puede que no vayas a decirme nada malo», pensó para sí la bella muchacha, «pero siento algo muy extraño... ¡Debe ser alguna treta del diablo! Sé que no está bien, pero no tengo fuerzas para retirar la mano.»

El campesino se dio la vuelta con intención de hablar con su hija, pero en ese momento, no lejos de donde él estaba, alguien se refirió al trigo. Nada más escuchar esa palabra mágica, el campesino se acercó a dos comerciantes que conversaban en voz alta y quedó tan absorbido por sus razones que se olvidó de todo cuanto le rodeaba. Veamos qué decían esos comerciantes.

III

¡Mira que muchacho!
Pocos como él hay en el mundo.
¡Bebe aguardiente como si fuera cerveza!
(Kotliarevski, La *Eneida)*

-De modo, paisano, que, según tu opinión, no venderemos a buen precio nuestro trigo -decía un hombre con aspecto de mercader venido de algún lugarejo, vestido con pantalones bombachos de dril manchados de alquitrán y de grasa, a otro que llevaba una casaca azul con remiendos y lucía un enorme chichón en la frente.

-No tengo la menor duda; estoy dispuesto a ponerme una cuerda al cuello y colgarme de

ese árbol como una salchicha en la *jata* antes de Navidad si vendemos una sola medida.

-Pero ¿qué dices, paisano? Ya ves que sólo nosotros hemos traído trigo al mercado -replicó el hombre de los bombachos de dril.

«Sí, hablad cuanto queráis», pensaba el padre de la hermosa muchacha, sin perder una palabra de lo que decían los dos comerciantes, «pero yo tengo guardados diez sacos».

-No obstante, cuando el diablo se mete por medio, puede esperarse tan poco provecho como cuando se trata con un *moshal* hambriento -exclamó con aire de entendido el hombre del chichón.

-¿A qué diablo te refieres? -preguntó el de los bombachos de dril.

-¿No has oído lo que dice la gente? -continuó el del chichón, mirando de soslayo a su compañero con sus huraños ojos.

-¿Qué?

-¡Pues eso! Que el asesor -ojalá nunca pueda secarse la boca después de un trago de aguardiente de ciruela- ha organizado la feria en un lugar maldito en el que no venderás un grano de trigo aunque revientes. ¿Ves aquel viejo y destartalado cobertizo que está al pie de la montaña? (En ese momento el curioso padre de la hermosa muchacha se acercó aún más y se volvió todo oídos.) En ese cobertizo no dejan de producirse maquinaciones diabólicas; jamás se ha celebrado una feria en ese lugar sin que acaeciera alguna desgracia. Ayer, el secretario provincial pasó por allí al atardecer y vio que un hocico de cerdo se asomaba al tragaluz y lanzaba un gruñido tan espantoso que sintió un escalofrío en todo el cuerpo; no tardará en aparecer de nuevo la *casaca roja*.

-¿Qué *casaca roja?*

Al oír esas palabras, a nuestro atento oyente se le erizaron los cabellos; se dio la vuelta asustado y vio a su hija y al muchacho fundidos en un sereno abrazo, canturreando alguna historia de amor, olvidados de todas las casacas del mundo. Esa escena disipó su miedo y le devolvió su anterior despreocupación.

- ¡Eh, eh, eh, paisano! ¡A lo que parece eres un maestro en abrazar muchachas! Yo no aprendí hasta tres días después de casarme con la difunta Jveska, y eso gracias a mi compadre, que actuó como testigo de boda y se encargó de instruirme.

El muchacho se dio cuenta de que el padre de su amada no era hombre de muchas luces y trató de idear un plan para ganarse su voluntad.

- Seguramente, buen hombre, no te acuerdas de mí, pero yo te he reconocido al instante.

-Es posible.

- Si quieres, voy a decirte tu nombre, tu apodo y alguna otra cosa: te llamas Solopi Cherevik.

-En efecto, Solopi Cherevik.

-Ahora mírame bien: ¿no me reconoces?

-No, no me acuerdo. No te enfades, pero he visto tantas caras a lo largo mi vida que sólo el diablo podría acordarse de todas.

- ¡Es una pena que no recuerdes al hijo de Golopupenko!

-¿Eres el hijo de Ojrímov?

-¿Y quién si no? A menos que sea el diablo en persona.

En ese instante los dos amigos se quitaron las gorras y empezaron a besarse. Sin embargo, el hijo de Golopupenko, sin perder el tiempo, decidió asediar a su nuevo conocido.

-Bueno, Solopi. Como ves, tu hija y yo nos hemos enamorado y estamos dispuestos a vivir juntos para siempre.

-¿Qué dices tú, Paraska? -le dijo Cherevik, volviéndose hacia su hija con una sonrisa en

Librodot

los labios-. Tal vez podríais, como se dice, pacer los dos juntos... en el mismo prado. ¿Qué? ¿Chocamos las manos? ¡Ahora, futuro yerno, tienes que convidarme!

Los tres se dirigieron a un conocido restaurante de la feria, un tenderete regentado por una judía, repleto de una innumerable flotilla de botellas, frascos y recipientes de todas las clases y edades.

-¡Ah, muchacho! ¡Esto sí que me gusta! -decía Cherevik, algo achispado, al ver cómo su futuro yerno llenaba una jarra con medio cuartillo de aguardiente, la vaciaba sin pestañear y la rompía después en mil pedazos-. ¿Qué dices tú, Paraska? ¿Has visto qué marido he encontrado para ti? ¡Mira con qué gallardía sorbe la espuma!

Después, riendo y tambaleándose, se dirigió con ella a su carro, mientras el muchacho se encaminaba a los tenderetes que vendían mercancías de calidad, entre los que había incluso comerciantes venidos de Gadiach y de Mírgorod, dos famosas ciudades de la provincia de Poltava. Quería comprar una buena pipa de madera con elegante montura de cobre, un pañuelo de flores sobre fondo rojo y una gorra, presentes de boda para su suegro y todos aquellos a quienes correspondiera regalar.

IV

Aunque el hombre quiera una cosa,
como la mujer quiera otra,
no hay más remedio que complacerla...
(Kotliarevski)

- ¡Escucha, mujer! ¡He encontrado un novio para la pequeña!

- ¡Buen momento es éste para buscar novios! ¡Idiota, idiota! ¡No dejarás nunca de ser un estúpido! ¿Dónde has visto u oído que un hombre de bien corra en busca de novios para su hija en un momento como éste? Más valdría que pensaras en vender tu trigo. ¡Bueno debe ser el novio que has encontrado! Seguramente el más harapiento de los mendigos.

-¡Nada de eso! ¡Si hubieras visto qué muchacho! Sólo su casaca cuesta más que tu chaqueta verde y tus botas encarnadas juntas. ¡Y cómo bebe el aguardiente!... ¡Que el diablo nos lleve a los dos juntos si alguna vez he visto a un muchacho beberse así medio cuartillo de un solo trago y sin pestañear!

-Ya veo: como se trata de un borracho y un vagabundo, es de tu agrado. No me extrañaría que fuera el mismo granuja que nos abordó en el puente. Es una pena que no haya caído en mis manos: le habría dado una buena lección.

-¿Y qué pasaría si fuera él, Jivria? ¿Por qué es un granuja?

- ¡Ah! ¿Que por qué es un granuja! ¡Ah, cabeza de chorlito! ¿Que por qué es un granuja! ¡Entérate bien! ¿Dónde tenías los ojos, imbécil, cuando pasamos junto a los molinos? ¡Pueden ofender a tu mujer delante de tus mismas narices manchadas de tabaco que a ti te da lo mismo!

-Pues yo no veo que haya hecho nada malo. ¡Es un muchacho estupendo! Todo lo que puede decirse es que te manchó un poco la cara con estiércol!

- ¡A lo que veo no me vas a dejar decir palabra! ¿Qué significa esto? ¿Cuándo se ha visto cosa igual? Seguramente ya has tenido tiempo de tomar un trago, antes incluso de haber vendido nada.

En ese momento nuestro Cherevik, advirtiendo que había hablado demasiado, se cubrió la cabeza con las manos, pensando que su irritada compañera no tardaría en tirarle de los pelos con sus conyugales garras.

«¡Que se vaya todo al diablo! ¡Se acabó la boda!», se dijo, esquivando a su amenazante esposa. «Habrá que darle una negativa a ese buen muchacho sin ningún motivo. ¡Señor, qué te hemos hecho para merecer este castigo! ¡Como si no hubiera ya suficiente suciedad en este mundo, se te ocurre llenar la tierra de mujeres!»

V

No te dobles, arce,
tu rama aún es verde; no te apenes, cosaco, aún eres joven.
(Canción ucraniana)

Sentado junto a su carro, el joven de la casaca blanca contemplaba distraído la muchedumbre que con rumor sordo pasaba a su lado. Después de haber irradiado sus plácidos rayos durante el mediodía y la mañana, el fatigado sol se alejaba del mundo; antes de apagarse, el día se coloreaba de un vivo y fascinante rubor. Las techumbres de las blancas tiendas y de los tenderetes, sombreadas por una tenue luz de un rosa resplandeciente, destellaban con un brillo cegador. Algunos vidrios de ventana apilados en el suelo parecían arder; los verdes frascos y jarras sobre las mesas de las tabernas se habían vuelto de fuego y las montañas de melones, sandías y calabazas parecían bañados en oro y oscuro cobre. Poco a poco, el ruido de las voces se hacía menos denso y más sordo, y las lenguas fatigadas de revendedores, campesinos y gitanos se movían con mayor lentitud y pereza. Aquí y allá empezaba a brillar alguna luz y el aromático olor de las *galushkas* se expandía por las sosegadas calles.

Comment [Librodot2]:
Plato típico ucraniano compuesto por bolitas de pasta cocidas.

-¿Por qué estás triste, Gritsko? -gritó un gitano alto y atezado, dando un golpe en el hombro de nuestro muchacho-. ¡Venga, te doy veinte rublos por tus bueyes!

-A ti sólo te interesan los bueyes. Vosotros los gitanos sólo pensáis en ganar dinero, en enredar y engañar a los hombres honrados.

- ¡Diablos! Veo que te lo has tomado en serio. ¿No se deberá tu enfado a la obligación de cargar con una novia?

-No, eso no va con mi carácter. Yo soy fiel a mi palabra. Cuando decido una cosa, nunca me vuelvo atrás. Pero ese vejestorio de Cherevik no tiene ni medio kopek de conciencia: primero dice que sí y luego que no... Bueno, a fin de cuentas, no tiene él la culpa: es un pobre diablo. Todo son maniobras de esa vieja bruja a la que insulté esta mañana en el puente, en compañía de los muchachos. Ah, si fuera un zar o un gran señor, sería el primero en colgar a todos esos idiotas que se dejan dominar por sus mujeres...

-¿Me venderás los bueyes por veinte rublos si consigo que Cherevik te entregue a Paraska?

Gritsko lo miró con perplejidad. En las facciones morenas del gitano había un matiz maligno, mordaz, ruin y al mismo tiempo altanero. Bastaba una simple mirada para darse

Librodot

cuenta de que en esa alma extraña bullían grandes cualidades, pero de esa clase que en la tierra sólo reciben como recompensa la horca. La boca, que desaparecía casi por entero entre la nariz y la afilada barbilla, siempre sombreada por una sonrisa sarcástica; los ojos pequeños y vivos como fuego, y su rostro atravesado por relámpagos en los que se leía la sucesión incesante de intenciones y proyectos: todo ello parecía exigir las singulares y extrañas ropas que en esos momentos llevaba. Aquel caftán marrón oscuro, dispuesto a deshacerse en polvo al menor roce; sus largos cabellos negros, cayendo en mechones sobre sus hombros; las babuchas que cubrían sus pies desnudos y atezados: todo parecía haberse adherido a él y formar parte de su propia persona.

-Si cumples lo que dices, te los daré no por veinte, sino por quince -contestó, sin apartar de él sus ojos escrutadores.

-¿Por quince? ¡De acuerdo! Pero no te olvides: has dicho por quince. ¡Toma cinco rublos por adelantado! -¿Y si me engañas?

-Si te engaño, te quedas con el anticipo.

- ¡De acuerdo! ¡Chócala!

- ¡Venga!

VI

¡Qué desgracia! ¡Ahí viene Roman! Menuda paliza me va a dar.
Y a usted, señor Fomá,
no le espera nada mejor.
(De una comedia ucraniana)

- ¡Por aquí, Afanasi Ivánovich! En este punto la valla es más baja. Levante la pierna y no se asuste: el imbécil de mi marido se ha ido a pasar la noche bajo el carro con su compadre para evitar que un *moskal* aproveche la ocasión y se lleve alguna cosa.

Ésos eran los ánimos que la terrible compañera de Cherevik prodigaba con voz amable al hijo del pope, que examinaba temeroso la cerca; al cabo de un rato trepó a lo alto de la valla y permaneció un buen rato allá arriba, con aire perplejo, como un largo y terrible fantasma, mientras buscaba con la mirada un buen lugar para saltar; finalmente cayó ruidosamente entre la maleza.

- ¡Qué desgracia! ¿No se habrá hecho usted daño? ¿No se habrá roto el cuello? ¡Dios mío! -balbuceaba la diligente Jivria.

-¡Silencio! No es nada, no es nada, querida Javronia Nikíforovna -exclamó el hijo del pope con voz susurrante y lastimera, poniéndose en pie-, a no ser el sarpullido causado por las ortigas, esa planta viperina, como decía el difunto arcipreste.

-Entremos. En la *jata* no hay nadie. Había empezado ya a pensar, Afanasi Ivánovich, que había cogido usted lamparones o un cólico. Pasaba el tiempo y no venía usted. ¿Cómo se encuentra? He oído decir que su señor padre ha recibido estos días toda clase de regalos.

-Bagatelas, Javronia Nikíforovna; durante toda la cuaresma mi padre sólo ha recibido unos quince sacos de trigo de primavera, cuatro de mijo y un centenar de empanadas; en cuanto a las gallinas, si las contáramos, no llegarían a cincuenta, y la mayor parte de los huevos estaban podridos. Las únicas ofrendas realmente deleitosas, si me permite decirlo, son las que espero recibir de usted, Javronia Nikíforovna -continuó el hijo del pope, mirándola con ternura y aproximándose más a ella.

-¡Éstos son mis regalos, Afanasi Ivánovich! -exclamó la mujer, poniendo unas

Librodot

escudillas sobre la mesa y abrochándose con remilgos la blusa, que había quedado abierta como por descuido-: ¡buñuelos, panecillos de trigo, empanadas, pastelillos!

- ¡Apostaría lo que fuera a que todos esos manjares los han preparado las manos más expertas de la raza de Eva! -exclamó el hijo del pope, atacando con una mano los pastelillos, mientras con la otra cogía un buñuelo-. No obstante, Javronia Nikíforovna, mi corazón espera recibir de usted bocados más dulces que todas las empanadas y panecillos del mundo.

- ¡No sé de qué bocados me habla, Afanasi Ivánovich! -respondió nuestra corpulenta beldad, haciendo como si no comprendiera.

- ¡Me refiero a su amor, incomparable Javronia Nikíforovna! -pronunció en un susurro el hijo del pope, cogiendo un buñuelo con una mano y ciñendo el ancho talle de la mujer con la otra.

- ¡Por Dios! ¿En qué está pensando usted, Afanasi Ivánovich? -exclamó Jivria, bajando pudorosamente los ojos-. ¡Tal vez pretenda usted besarme!

- Sobre ese particular le diré algo que me concierne -continuó el hijo del pope-. En mis tiempos de seminarista, lo recuerdo como si fuera ayer...

En ese momento se oyeron ladridos en el patio y golpes en el portón. Jivria salió corriendo y regresó poco después completamente pálida.

-¡Ay, Afanasi Ivánovich! ¡Estamos perdidos! Hay mucha gente ante la puerta y me ha parecido oír la voz del compadre...

Al hijo del pope se le atragantó el buñuelo... Sus ojos parecieron salirse de sus órbitas, como si acabara de recibir la visita de un habitante del otro mundo.

-¡Métase aquí! -gritó asustada Jivria, mostrándole unas tablas levantadas sobre dos travesaños, a pocos centímetros del techo, en las que se amontonaban toda clase de enseres domésticos.

La proximidad del peligro dio ánimos a nuestro héroe. Una vez recuperada la serenidad, saltó sobre el poyo de la estufa y desde allí trepó con precaución hasta las planchas. Mientras tanto, Jivria corría como una loca hasta la puerta, pues los golpes resonaban cada vez con mayor fuerza e impaciencia.

VII

¡Pero Señor, qué milagros suceden aquí!

(De una comedia ucraniana)

En la feria se había producido un suceso muy extraño: por boca de todos corría el rumor de que en alguna parte, entre la mercancía, había aparecido la casaca roja. A una vieja que vendía rosquillas le pareció ver al diablo, que bajo la forma de un cerdo se metía en cada uno de los carros como buscando algo. La nueva se extendió rápidamente por cualquier rincón del campamento, ya silencioso; todos consideraron pecaminoso no concederle crédito, a pesar de que la vendedora de rosquillas, cuyo puesto ambulante estaba situado junto al tenderete de la taberna, se había pasado el día entero haciendo reverencias sin ninguna necesidad y trazando con los pies figuras que guardaban una gran semejanza con su apetitosa mercancía. A esos rumores se añadieron los testimonios amplificados del prodigio que había contemplado el

Librodot

secretario provincial en el destartalado cobertizo, de modo que al atardecer todos los habitantes se apretaban unos contra otros; la quietud había desaparecido y el temor impedía a todos cerrar los ojos; aquellos que no se distinguían por su valentía y disponían de alojamiento en las isbas, se dirigieron a sus casas. Entre esos últimos se encontraban Cherevik, su hija y el compadre; fueron ellos, acompañados de otros amigos que se habían hecho invitar, los que llamaron con insistencia a la puerta, asustando a nuestra Jivria. El compadre estaba ya algo achispado, como demuestra el hecho de que tuviera que dar dos vueltas al patio con el carro antes de encontrar la puerta de la casa. Los invitados, que también estaban de buen humor, entraron sin ceremonias por delante del dueño. A la esposa de nuestro Cherevik le dio un vuelco el corazón cuando les vio registrar todos los rincones de la *jata.*

- ¿Y qué, comadre, sigues teniendo fiebre? -preguntó el compadre, que acababa de entrar.

-Sí, no me encuentro bien -contestó Jivria, mirando con inquietud las tablas dispuestas bajo el techo.

- ¡Anda, mujer, vete a por la garrafa que ha quedado en el carro! -le dijo el compadre a su esposa, que había entrado con él-. Tomaremos un trago con esta buena gente; esas malditas mujeres nos han asustado de tal modo que da vergüenza hasta decirlo. ¡Hemos venido aquí, hermanos, por una tontería! -continuó, bebiendo un sorbo de una jarra de barro-. Apuesto una gorra nueva a que esas mujeres se han burlado de nosotros. ¡Y aunque hubiera sido el mismo diablo! ¡Pues vaya una cosa! ¡Al diablo hay que escupirle en la cabeza! Como se le ocurriera aparecer aquí en este mismo momento, sería yo un hijo de perra si no le hiciera la higa delante de sus propias narices.

-¿Por qué te has puesto tan pálido? -gritó uno de los huéspedes, que sacaba a todos una cabeza y siempre estaba tratando de hacerse el valiente.

-¿Yo?... ¿Pero qué dices? Estás soñando.

Los huéspedes se echaron a reír. Una sonrisa de satisfacción se pintó en el rostro del lenguaraz valentón.

-¡Cómo va a ponerse pálido a estas horas! -comentó otro-. Sus mejillas están tan encarnadas como amapolas; ya no es Tsibulin, sino una remolacha; o mejor, esa casaca roja que tanto asusta a la gente.

Comment [Librodot3]:

Juego de palabras. En ucraniano *tsibulia* significa cebolla.

La garrafa había dado la vuelta a la mesa, alegrando aún más al personal. Nuestro Cherevik, obsesionado desde hacía rato por la casaca roja, que no daba un instante de paz a su inquieto espíritu, abordó a su compadre:

- ¡Hazme el favor, compadre! Por más que lo he pedido, nadie ha querido contarme la historia de esa maldita casaca.

- ¡Ay, compadre! No conviene contar esas cosas por la noche; pero lo haré para complacerte a ti y a estas buenas gentes (en ese momento se volvió hacia los huéspedes), que parecen tan ansiosas como tú por conocer ese peregrino suceso. ¡Prestad atención!

Tras pronunciar esas palabras, se rascó los hombros, se secó la boca con un faldón de la casaca, puso ambas manos sobre la mesa y comenzó:

-Un día -no sé con motivo de qué falta- un diablo fue expulsado del infierno.

-¿Y cómo es eso, compadre? -le interrumpió Cherevik-. ¿Cómo es posible que a un diablo lo expulsen del infierno?

-¿Qué quieres que te diga, compadre? Lo expulsaron: eso es todo. Lo mismo que un campesino echa a un perro de su casa. Tal vez le entró el capricho de realizar una buena acción. El caso es que le mostraron la puerta. El pobre diablo echaba tanto de menos el infierno que le entraron ganas de ahorcarse. ¿Qué hacer? El diablo se dio a la bebida para olvidar su pena. Se instaló en ese cobertizo destartalado que has visto al pie de la montaña. Desde entonces, ningún hombre honrado pasa por su lado sin haber hecho antes la señal de la cruz

para protegerse. El diablo acabó convirtiéndose en un juerguista como no se encontraría otro entre los muchachos. Se pasaba todo el día, de la mañana a la noche, en la taberna...

Llegados a este punto, el severo Cherevik interrumpió a nuestro narrador:

-Pero ¿qué es lo que estás diciendo, compadre? ¿Cómo es posible que alguien deje entrar al diablo en una taberna? ¡Si tiene pezuñas en los pies y cuernos en la cabeza!

-Pues esa es la cuestión, que llevaba gorro y manoplas. ¿Quién podría reconocerlo? Al cabo de muchas juergas y francachelas, terminó por gastarse en bebida todo cuanto tenía. Al principio el tabernero le fió, pero poco después perdió la paciencia. Llegó un momento en que el diablo tuvo que empeñar su casaca roja casi por la tercera parte de su valor a un judío que regentaba entonces una taberna en la feria de Soróchintsi. Se la llevó y le dijo: «Te lo advierto, judío, vendré a buscarla dentro de un año. ¡Cuida de ella!». Y desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. El judío examinó atentamente la casaca: ¡un paño como ése no se encontraría ni siquiera en Mírgorod! Y su color rojo llameaba como fuego, de modo que uno no se cansaba de mirarla. Al judío le pareció demasiado larga aquella espera. Se rascó las patillas y terminó por vender la casaca a un señor que estaba de paso, al que le sacó no menos de cinco monedas de oro. Ya se había olvidado por completo del plazo, cuando un día, al atardecer, apareció un hombre: «¡Bueno, judío, dame mi casaca!». En un principio el judío no lo reconoció; luego, tras examinarlo con mayor atención, hizo como si fuera la primera vez que lo veía. «¿Qué casaca? ¡Yo no tengo ninguna casaca! ¡No sé nada de tu casaca!». Entonces el otro se fue. Al llegar la noche el judío, tras cerrar su cuchitril y contar todo el dinero de sus cofres, se cubrió con la sábana y empezó a rezar sus plegarias hebreas; pero de pronto oyó un susurro... miró y vio que en todas las ventanas silbaban hocicos de cerdo...

En ese momento se oyó una especie de ruido confuso, muy semejante al gruñido de un marrano; todo el mundo se puso pálido... En el rostro del narrador aparecieron gotas de sudor.

-¿Qué es eso? -exclamó con espanto Cherevik.

- ¡Nada! -respondió el compadre, temblando con todo su cuerpo.

-¡Ay! -dijo uno de los huéspedes.

-¿Qué has dicho?...

-Nada.

-Entonces, ¿quién ha gruñido?

- ¡Sabe Dios de qué nos hemos asustado! ¡No hay nadie!

Todos miraron a su alrededor con aire temeroso y empezaron a rebuscar por cualquier rincón. Jivria estaba más muerta que viva.

-¡Ah, parecéis mujeres! -exclamó con voz tronante-. ¡Y luego se las dan de cosacos y de hombres! ¡Deberían poneros a hilar delante de una rueca! ¡Basta que el banco haya crujido bajo alguno de vosotros, que Dios me perdone, para que todos empecéis a temblar como posesos!

Esas palabras avergonzaron a nuestros valientes y les proporcionaron un poco de coraje; el compadre bebió un trago de la jarra y continuó con su narración.

-El judío estaba muerto de miedo; pero los cerdos, con unas patas tan largas como zancos, entraron por la ventana y en un instante lo reanimaron, azotándolo con un látigo trenzado, y le obligaron a bailar y a dar unos brincos más altos que este travesaño. El judío acabó poniéndose de rodillas y confesándolo todo... pero ya no era posible recuperar en poco tiempo la casaca. El señor había sido robado en el camino por un gitano que vendió la casaca a una ropavejera; la mujer volvió con la prenda a la feria de Soróchintsi, pero desde ese día nadie le compró nada. En un principio la ropavejera se sorprendió mucho, pero al cabo del tiempo terminó por comprender: seguramente la casaca roja tenía la culpa de todo. No en

Librodot

vano, nada más ponérsela sentía como si algo la oprimiera. Sin pensárselo dos veces, la arrojó al fuego, ¡pero la diabólica prenda no ardía! «¡Ay, éste es un regalo del diablo!», se dijo. Poco después se las ingenió para ocultarla en el carro de un campesino que venía a vender aceite. El muy imbécil se alegró del hallazgo, pero a partir de entonces nadie le preguntó siquiera por el precio de su mercancía. «¡Ah, unas manos impuras han puesto en mi carro esta casaca!», exclamó. Cogió un hacha y cortó la prenda en pedazos; pero de pronto éstos empezaron a juntarse y al poco tiempo la casaca quedó intacta. Después de santiguarse, el hombre volvió a coger el hacha, rompió la casaca en varios trozos, los dispersó por el lugar y se fue. Desde ese día, todos los años, durante la feria, el diablo, en forma de cerdo, recorre el paraje y, gruñendo, busca los pedazos de la casaca. Según se dice, ya sólo le queda por recomponer la manga izquierda. Desde entonces, las gentes hacen la señal de la cruz al pasar por ese lugar. Hace ya diez años que no se celebra allí la feria, pero el asesor ha tenido la desdichada idea de or...

La segunda mitad de la palabra no llegó a salir de labios del narrador.

En la ventana resonó un fuerte golpe; los cristales, tintineando, cayeron al suelo y en el marco apareció un horrible hocico de cerdo, que movía los ojos a un lado y a otro como preguntando: «¿Qué hacéis aquí, buenas gentes?».

VIII

... Con el rabo entre las piernas,
como un perro, temblaba
con todo su cuerpo, como Caín;
de su nariz cayó una brizna de tabaco.
(Kotliarevski, *La* Eneida)

El terror se apoderó de todos los que se encontraban en la casa. El compadre se había quedado inmóvil, con la boca abierta; los ojos parecían fuera de sus órbitas, como si quisieran salir disparados; los dedos separados seguían inmóviles en el aire. El gigante fanfarrón, presa de un invencible terror, saltó hasta el techo y se golpeó en la cabeza con el travesaño; las tablas cedieron y el hijo del pope cayó al suelo en medio de un alboroto infernal. «¡Ay, ay, ay!», gritó con desesperación uno de los huéspedes, dejándose caer sobre un banco en un ataque de terror y agitando las piernas y los brazos. «¡Socorro!», vociferó otro, cubriéndose la cabeza con su abrigo. El compadre, al que un nuevo acceso de miedo había sacado de su estupor, se arrastró tembloroso y se ocultó bajo las faldas de su mujer. El gigante fanfarrón se introdujo en la estufa, a pesar de la estrechez del orificio, y cerró la portezuela tras de sí. En cuanto a Cheverik, se puso una olla en la cabeza en lugar del gorro y, como si le hubieran escaldado, se lanzó sobre la puerta y echó a correr por las calles fuera de sí, sin ver la tierra bajo sus pies; sólo el cansancio le obligó a aminorar un poco la rapidez de su carrera. El corazón le latía con fuerza y el sudor bañaba su rostro. Extenuado, estaba a punto de desplomarse cuando de pronto oyó que alguien le seguía... Se quedó sin aliento... «¡El diablo! ¡El diablo!», gritó fuera de sí, redoblando sus esfuerzos; un instante después cayó a tierra medio muerto. «¡El diablo! ¡El diablo!», gritó otra persona a sus espaldas, pero Cherevik sólo sintió que algo se abalanzaba sobre él con estrépito. En ese momento perdió el conocimiento y, como un terrible morador de la estrecha tumba, quedó mudo e inmóvil en medio del camino.

IX

Vista por delante no está mal, pero por detrás parece un diablo.

(De un *cuento popular)*

-¿Has oído, Vlas? -dijo en medio de la noche, incorporándose, uno de los muchos hombres que dormían al raso-. ¡Cerca de nosotros alguien ha mencionado al diablo!

-¿Y a mí qué me importa? -farfulló el gitano que había a su lado, estirándose-. ¡Que invoque a toda su parentela si le place!

- ¡Pero es que gritaba como si lo estuvieran aplastando! - ¡El hombre dice no pocas mentiras cuando duerme!

-Como quieras, pero debemos asegurarnos de que no ha pasado nada. Dame luz.

El otro gitano, refunfuñando, se puso en pie, por dos veces hizo saltar unas chispas que brillaron como relámpagos, sopló la yesca y, con un candil en las manos, formado por un tiesto roto lleno de grasa de cordero -el tipo de lámpara habitual en Ucrania-, se puso en marcha, iluminando el camino.

- ¡Alto! Aquí hay algo. ¡Alumbra este punto!

En ese momento varios hombres se unieron a ellos.

-¿Qué es lo que hay en el suelo, Vlas?

-Parece que son dos personas, una arriba y otra abajo. ¡Pero vete tú a saber cuál de las dos es el diablo!

-¿Quién está arriba?

- ¡Una mujer!

- ¡Pues ya está claro quién es el diablo!

Estalló una carcajada general que despertó a casi toda la calle.

- ¡Una mujer subida sobre un hombre! ¡Seguro que sabe cómo manejar a su montura! -dijo alguien entre la multitud.

-¡Mirad, hermanos! -dijo otro, levantando un trozo de la olla, de la que sólo una mitad seguía sobre la cabeza de Cherevik-. ¡Vaya una gorra que se ha puesto este valiente!

El ruido creciente y las carcajadas terminaron por reanimar a nuestros dos muertos. Solopi y su esposa, que aún no se habían recuperado de sus recientes temores, pasaron un buen rato mirando con ojos aterrados e inmóviles los rostros atezados de los gitanos; iluminados por la luz vacilante y temblorosa del candil, parecían una muchedumbre salvaje de gnomos, rodeados de pesados vapores subterráneos, en medio de las tinieblas de la noche impenetrable.

X

¡Fuera, desaparece, visión satánica!

(De una comedia ucraniana)

Librodot

Los habitantes de Soróchintsi se despertaban, acariciados por el frescor de la mañana. Volutas de humo se elevaban de todas las chimeneas al encuentro del sol, que acababa de aparecer. La feria empezaba a animarse. Las ovejas balaban, los caballos piafaban; los gritos de los gansos y de los mercaderes se elevaban de nuevo por todo el campamento, y los extraños rumores sobre la casaca roja, que habían causado tanta alarma en la población en las misteriosas horas del crepúsculo, desaparecieron con la llegada de la mañana.

Bostezando y estirándose, Cherevik seguía dormitando en casa de su compadre, en un granero con techumbre de paja, entre bueyes, sacos de harina y trigo, sin mostrar grandes deseos de desprenderse de sus sueños; de pronto se oyó una voz tan conocida para él como la bendita estufa de su casa, amparo de su pereza, o la taberna de una pariente lejana, que se encontraba a no más de diez pasos de su puerta.

- ¡Levántate! ¡Levántate! -le chillaba al oído su tierna esposa, mientras le tiraba del brazo con todas sus fuerzas.

Por toda respuesta Cherevik infló las mejillas y empezó a agitar las manos imitando el redoble de un tambor.

-¡Idiota! -gritó ella, apartándose de sus manos, que a punto estuvieron de golpear su rostro.

Cherevik se puso en pie, se frotó un poco los ojos y miró a su alrededor.

-Que me lleve el diablo, palomita, si no he tomado tu cara por un tambor en el que me obligaban a tocar diana esas cabezas de cerdo que, como decía el compadre...

- ¡Basta de tonterías! Vete ahora mismo a vender la yegua. Somos el hazmerreír de la localidad. Hemos venido a la feria y todavía no hemos vendido ni un puñado de cáñamo.

-Pero mujer -replicó Solopi-, a la hora que es se van a burlar de nosotros.

- ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Iban a burlarse de ti de todos modos!

-Todavía no me he lavado -continuó Cherevik, bostezando, rascándose la espalda y tratando de ganar tiempo para su pereza.

- ¡Vaya un capricho que te ha entrado con la limpieza! ¿Desde cuándo te preocupan esas cosas? Toma una toalla para que te seques el morro...

Y así diciendo, cogió un trapo enrollado, pero enseguida lo arrojó a un lado con horror: ¡era una manga de casaca roja!

-Vamos, ocúpate de tus asuntos -repitió ella, cuando se repuso, viendo que a su marido le temblaban las piernas y le castañeteaban los dientes de terror.

-¡Ahora sí que vamos a vender! -farfulló, desenganchando la mula para llevarla a la plaza-. Ya me parecía a mí, cuando nos disponíamos a venir a esta maldita feria, que tenía un peso en el alma, como si alguien me hubiera puesto sobre los hombros una vaca muerta; y en dos ocasiones los bueyes hicieron intención de darse la vuelta. Ahora que lo pienso: ¿no salimos un lunes? ¡Pues de ahí viene todo el mal!... Ese maldito diablo es incansable: qué más le daría llevar la casaca sin una manga. Pero no, tiene que molestar a los hombres de bien. Si yo fuera diablo, Dios no lo quiera, ¿iba a estar deambulando en plena noche por culpa de unos malditos jirones?

En ese momento las meditaciones de nuestro Cherevik fueron interrumpidas por una voz recia y ruda. Ante él apareció un gitano de elevada estatura.

-¿Qué vendes, buen hombre?

El vendedor guardó silencio, examinó a su cliente de los pies a la cabeza y le dijo con aire tranquilo, sin detenerse y sin apartar las manos de las riendas:

- ¡Tú mismo puedes verlo!

-¿Correas? -preguntó el gitano, mirando las riendas que Cherevik tenía en las manos.

-Sí, correas. Si es que una mula se parece a unas correas.

Librodot

- ¡Que el diablo me lleve, paisano! ¡Al parecer, la has alimentado sólo con paja!

-¿Con paja?

En ese momento Cherevik quiso tirar de las riendas para sacar a la mula y demostrar la mentira del desvergonzado calumniador, pero su mano le obedeció con una ligereza extraordinaria y acabó golpeando su mentón. Volvió la mirada y vio que alguien había cortado las riendas y había atado a ellas -¡oh, horror!, los pelos se le pusieron de punta- un pedazo de manga de una casaca roja... Escupiendo, santiguándose y agitando los brazos, se alejó corriendo de aquel regalo inesperado y, con mayor rapidez que un muchacho joven, desapareció entre la multitud.

XI

Por mi propio trigo me pegaron

(Proverbio)

-¡Cogedle! ¡Cogedle! -gritaron algunos muchachos al fondo de una estrecha calle, y Cherevik se sintió de pronto aferrado por robustas manos.

- ¡Atrapadle! Le ha robado la mula a un hombre honrado.

- ¡Pero por Dios! ¿Por qué me sujetáis?

- ¡Y todavía lo pregunta! ¿Por qué has robado la mula de Cherevik, un campesino que está de paso?

- ¡Os habéis vuelto locos, muchachos! ¿Dónde se ha visto que un hombre se robe a sí mismo?

- ¡No nos vengas con cuentos! ¿Por qué corrías con todas tus fuerzas, como si Satanás te pisara los talones?

-Es imposible no correr cuando esa prenda satánica...

- ¡Vamos, hermano! Vete a otros con esa historia. Además, ya te va a enseñar el asesor a asustar a las gentes con esos rumores sobre el diablo.

-¡Cogedle! ¡Cogedle! -gritó alguien en el otro extremo de la calle-. ¡Allí está el fugitivo!

Ante los ojos de nuestro Cherevik apareció la figura del compadre en un estado lamentable; llevaba las manos atadas a la espalda y era conducido por algunos jóvenes.

-¡Están ocurriendo prodigios extraordinarios! -dijo uno de ellos-. Tendríais que haber oído lo que cuenta este bribón, al que basta con mirarle a la cara para ver que es un ladrón: cuando le preguntamos que por qué corría como un loco, nos dijo que había metido la mano en el bolsillo para coger un poco de tabaco y que en lugar de la tabaquera había sacado un pedazo de la casaca del diablo, de la que salió una llama roja; por eso echó a correr con todas sus fuerzas.

- ¡Eh, eh, eh! ¡Son dos pájaros del mismo nido! ¡Vamos a atarlos juntos!

XII

Librodot

Decidme, buenas gentes, ¿qué os he hecho?

¿Por qué me atormentáis? -decía el desdichado-. ¿Por qué os burláis de mí de ese modo?

¿Por qué? ¿Por qué? -decía, apretándose el costado. Y prorrumpió en amargo llanto.

(Artemovski-Gulak, *El señor y el perro)*

-¿Es verdad, compadre, que has cogido algo? -preguntó Cherevik, atado junto a su compadre bajo un cobertizo con techumbre de paja.

- ¡También tú, compadre! ¡Que se me sequen los brazos y las piernas si en toda mi vida he robado alguna cosa, a no ser los buñuelos de crema que haya podido cogerle a mi madre cuando tenía diez años!

-Entonces, compadre, ¿a qué se debe este infortunio? Y lo tuyo no es grave: a ti sólo te acusan de robar algo ajeno; pero yo, desdichado de mí, me enfrento a una terrible calumnia: ¡haberme robado mi propia mula! ¡Está visto, compadre, que es nuestro sino no tener nunca suerte!

- ¡Desdichados de nosotros, pobres huérfanos! Y ambos hombres estallaron en sollozos.

-¿Qué te sucede, Solopi? -exclamó Gritsko, que entraba en ese momento-. ¿Quién te ha atado de ese modo?

-¡Ah! ¡Golopupenko, Golopupenko! -gritó Solopi, lleno de alegría-. Mira, compadre, éste es el hombre del que te he hablado. ¡Es un valiente! Que Dios me fulmine aquí mismo si no se bebió en mi presencia una jarra tan grande como tu cabeza. Y sin pestañear.

-Entonces, compadre, ¿por qué has desairado a este apuesto joven?

-Como ves -continuó Cherevik, dirigiéndose a Gritsko-, Dios me ha castigado por haberme portado mal contigo. ¡Perdóname, buen hombre! Hubiera hecho cualquier cosa por ti... Pero ¿qué quieres? ¡La vieja es el mismo diablo!

-No soy rencoroso, Solopi. ¡Puedo liberarte, si quieres! -en ese momento guiñó un ojo a los muchachos que les custodiaban, y fueron estos mismos los que le quitaron las ataduras-. Ahora tienes que dar tu consentimiento para la boda. Y la celebraremos de tal modo que nos dolerán las piernas todo el año de tanto bailar el *hopak*.

Comment [Librodot4]: Baile popular ucraniano.

-¡Muy bien! ¡Muy bien! -dijo Solopi, dando palmadas. Me siento tan feliz como si los *moskales* se hubieran llevado a mi vieja. Pero ya no hay nada que pensar: le guste o no, hoy mismo se celebrará la boda. No se hable más.

-Mira, Solopi, dentro de una hora me reuniré contigo; ahora vete a tu casa: ¡allí encontrarás compradores para tu mula y para tu trigo!

-¿Cómo? ¿Han encontrado mi mula?

- ¡Así es!

Cherevik, petrificado de alegría, se quedó mirando cómo Gritsko se alejaba.

-¿Qué, Gritsko, hemos hecho mal nuestro trabajo? -dijo el espigado gitano al joven, que avanzaba a buen paso-. ¿Son míos ahora los bueyes?

- ¡Sí, sí! ¡Tuyos son!

XIII

No temas, madrecita, no temas.
Cálzate tus botas rojas
y pisotea
a tus enemigos para que resuenen tus espuelas
y tus enemigos se callen.
(Canción de boda)

Paraska, que se había quedado sola en la casa, había apoyado una mano en su bello mentón y se había sumido en profundos pensamientos. Muchos ensueños se arremolinaban en torno a su cabeza de cabellos castaños. De vez en cuando una leve sonrisa afloraba a sus labios encarnados y una sensación de alegría levantaba sus oscuras cejas; pero de pronto una nube de preocupación las hacía bajar de nuevo sobre sus ojos oscuros. «¿Y si no se cumple lo que me dijo? -susurraba con una expresión de duda-. ¿Y si no nos casáramos? Y si... No, no, ¡eso no sucederá! Mi madrastra hace todo lo que se le antoja; ¿acaso no puedo yo hacer lo mismo? Terquedad no me va a faltar. ¡Qué guapo es! ¡Qué maravilloso es el brillo de sus ojos negros! ¡Con qué encanto dice: «¡Paraska, palomita mía!». ¡Y qué bien le queda la casaca blanca! Sólo le hace falta un cinturón de un color más vivo...

Yo se lo tejeré, cuando nos vayamos a vivir a nuestra nueva jata. ¡Qué alegría me produce ese pensamiento! -continuó, sacando de su seno un pequeño espejo revestido de papel rojo, que había comprado en la feria, en el que se miró con íntima satisfacción-. Y si me encuentro alguna vez con ella no la saludaré, aunque reviente. ¡No, madrastra mía, ya está bien de pegar a tu hijastra! ¡Antes se alzará la arena sobre la piedra y se doblará el roble sobre las aguas como un sauce que yo me incline ante ti! Pero me había olvidado... Voy a probarme una cofia de mujer casada, aunque sea la de mi madrastra, para ver cómo me queda». Y así diciendo, se levantó y, con la cabeza inclinada sobre el espejo que tenía en las manos, caminó con trémulo paso por la jata, como si temiera caerse, pues en lugar del suelo veía el techo y las tablas de las que poco antes había caído el hijo del pope, así como estantes con cacharros. «En realidad, soy como un niño pequeño -exclamó y se echó a reír-: me da miedo dar un paso». Comenzó a golpear el suelo con los pies, entusiasmándose cada vez más; finalmente, bajando la mano izquierda y apoyándola en la cadera, se puso a bailar y a taconear, mirándose en el espejo y tarareando su canción favorita:

¡Mi verde pervinca desciende hasta mí!
¡Moreno muchacho acércate a mí!
¡Mi verde pervinca desciende aún más!
¡Moreno muchacho acércate más!

Entre tanto Cherevik apareció en el umbral y, al ver a su hija bailando ante el espejo, se detuvo. Estuvo largo rato mirándola, riéndose del peregrino capricho de la muchacha que, sumida en sus ensoñaciones, parecía no darse cuenta de nada; pero cuando escuchó los conocidos sones de la canción, la sangre le rebulló en las venas; avanzó con orgulloso paso, puso los brazos en jarra y atacó un paso de baile cosaco, olvidado de todos sus asuntos. La sonora carcajada del compadre hizo estremecerse a ambos.

- ¡Vaya, el padre y la hija están celebrando la boda ellos solos! Venid enseguida, ha llegado el novio.

Librodot

Al oír esas palabras Paraska se puso más colorada que la encarnada cinta que ceñía sus cabellos, mientras su despreocupado padre recordaba a qué había venido.

- ¡Vamos, hija! ¡Apresurémonos! Jivria se puso tan contenta cuando vendí la mula, que salió corriendo para comprarse toda clase de paños y de telas -exclamó, mirando con recelo a su alrededor-. ¡Debemos terminar con esto antes de que vuelva!

Apenas tuvo tiempo Paraska de cruzar el umbral de la *jata*, cuando se sintió transportada en brazos por el joven de la casaca blanca, que la esperaba en la calle con una multitud de gente.

-¡Dios os bendiga! -dijo Cherevik, uniendo sus manos-. ¡Que viváis tan unidos como las trenzadas ramas de las guirnaldas!

En ese momento se oyó un clamor entre la multitud:

-¡Antes reventaré que permitir esto! -gritó la compañera de Cherevik, pero sus palabras fueron recibidas con una carcajada por parte de la multitud.

-¡No te enfades, mujer, no te enfades! -dijo Cherevik con serenidad, viendo que dos robustos gitanos la tenían sujeta por los brazos-: lo hecho, hecho está. ¡No me gusta faltar a mi palabra!

-¡No! ¡No! ¡No lo permitiré! -gritaba Jivria, pero nadie la escuchaba; algunas parejas rodearon a los recién casados y formaron una impenetrable barrera danzante a su alrededor.

Un sentimiento extraño e inefable se habría apoderado del espectador si hubiera visto cómo un solo golpe de arco del violinista, de largos bigotes retorcidos y casaca de dril, había bastado para restaurar la concordia y hacer que todos, de buen grado o a la fuerza, se pusieran de acuerdo. Gentes cuyos rostros sombríos parecían no haber albergado nunca una sonrisa, taconeaban y movían acompasadamente los hombros. Todos volaban. Todos bailaban. Pero aún mayores habrían sido la sorpresa y la extrañeza del espectador si hubiera visto cómo algunas viejas, en cuyos rostros decrépitos se dibujaba ya la indiferencia de la tumba, se mezclaban con jóvenes sonrientes y rebosantes de vida. Despreocupadas, carentes siquiera de un rastro de alegría infantil, sin una chispa de satisfacción, animadas sólo por una suerte de ebriedad, que las movía como un mecánico su autómata sin vida, realizaban gestos de apariencia humana, movían suavemente sus embriagadas cabezas y bailaban entre la alegre multitud, sin dirigir siquiera la mirada a la joven pareja.

La algarabía, las carcajadas y las canciones se fueron apagando poco a poco. El arco se moría, debilitándose y dejando unos sones confusos en el aire vacío. Todavía se escuchaba en alguna parte un pataleo, semejante al murmullo lejano del mar, pero pronto el lugar quedó vacío y silencioso.

¿No es así como la alegría, ese huésped bello e inconstante, se aleja de nosotros? ¿No es vano esperar que un sonido solitario pueda expresar regocijo? En su propio eco se percibe ya la tristeza y la desolación. ¿No es así como los alegres compañeros de una juventud tumultuosa y libre desaparecen uno tras otro por el mundo, dejando solo a su antiguo compañero? ¡Qué tristeza la del abandonado! En su corazón se aposentan la pena y la amargura, y en nada encuentra ya consuelo.

LA NOCHE DE SAN JUAN

Historia verdadera narrada por el sacristán de la iglesia de ***

Fomá Grigórievich tenía una rara particularidad: aborrecía contar dos veces la misma historia. Cuando en ocasiones se le convencía para que volviera a narrar un relato, el oyente advertía que introducía en él algún elemento nuevo o lo transformaba hasta el punto de hacerlo irreconocible. Una vez uno de esos señores a los que nosotros, gentes sencillas, nos cuesta dar un nombre -no sé si habría que decir escritorzuelo-; en cualquier caso, son como los ropavejeros de nuestras ferias: a fuerza de recoger, mendigar y robar toda suerte de cosas, acaban reuniendo libritos no mayores que un abecedario que aparecen cada mes o semana. Uno de esos señores consiguió esta historia de Fomá Grigórievich, que después se olvidó por completo de ella. Al cabo de algún tiempo llegó de Poltava ese señor de caftán color guisante al que ya me he referido antes y del cual quizás hayan leído ustedes algún relato; traía consigo un librito, que abrió por la mitad y nos mostró. Fomá Grigórievich iba ya a colgarse las gafas sobre la nariz, pero al recordar que había olvidado componerlas con hilo y cera, me entregó el libro. Como tengo algunas letras y no necesito gafas, me puse a leer. No había tenido tiempo de pasar dos páginas, cuando me detuvo, cogiéndome de la mano.

- ¡Alto! Dígame primero qué es lo que está usted leyendo.

Reconozco que esa cuestión me cogió un poco por sorpresa.

-¿Cómo que qué estoy leyendo, Fomá Grigórievich? Es su relato, son sus propias palabras.

-¿Quién le ha dicho a usted que esas son mis palabras? -¿Acaso no basta con verlo aquí impreso? «Narrado por el sacristán de ***».

- ¡Escúpale en la cabeza al que haya impreso esas palabras! ¡Miente ese hijo de perra! ¿Cómo voy a decir yo eso? ¡Debe faltarle un tornillo! Escuche, voy a contarle ahora mismo la historia.

Nos acercamos a la mesa y él dio comienzo a su narración.

-Mi abuelo -¡que Dios lo tenga en su gloria! ¡Ojalá en el otro mundo sólo coma panecillos de trigo y buñuelos con semillas de amapola y miel! - tenía un enorme talento para contar historias. A veces, cuando se ponía a narrar algún suceso, daban ganas de pasarse el día entero escuchándolo, sin moverse del lugar. No era como esos charlatanes de hoy día que, cuando se ponen a soltar sus mentiras -y lo hacen con un lenguaje como si no hubieran comido en tres días-, le entran a uno ganas de coger la gorra y marcharse. Recuerdo como si fuera ayer una larga velada de invierno -mi difunta madre aún vivía- en que el hielo crujía en el patio y el estrecho cristal de nuestra *jata* estaba obstruido; ella estaba sentada ante la rueca y separaba con la mano un largo hilo, al tiempo que mecía la cuna con el pie y cantaba una canción que aún me parece estar oyendo. Un candil, temblando y oscilando como si se asustara de algo, iluminaba el interior de la *jata.* El huso zumbaba; los niños nos habíamos reunido en torno al abuelo, tan viejo que llevaba más de cinco años sin bajarse de la estufa. Pero ni siquiera las admirables historias que contaba sobre los tiempos antiguos, sobre las expediciohes de los cosacos zaporogos, sobre los polacos, sobre los hechos memorables de Podkova, Poltora-Kozhuja y Sagaidachni atraían tanto nuestra atención como el relato de algún suceso extraordinario del pasado, que no podíamos oír sin que un escalofrío nos

recorriera la espalda y los pelos se nos pusieran de punta. A veces el terror se apoderaba de tal modo de nosotros que a la caída de la tarde creíamos ver todo tipo de prodigios. Por la noche, cuando teníamos que salir de la *jata* por alguna razón, pensábamos que al volver encontrariamos a un ser de otro mundo en nuestra cama. ¡Que no me sea permitido narrar otra vez esta historia, si en ocasiones no llegué a tomar de lejos mi propia casaca enrollada en la cabecera por el diablo acurrucado! Pero lo más importante en los relatos de mi abuelo era que no había mentido en su vida y que todo lo que contaba había sucedido como él decía. Voy a relataros una de sus historias extraordinarias. Sé que hay no pocos sabihondos que emborronan cuartillas en los juzgados y leen incluso los edictos; a todos esos puedes darles un simple libro de horas que no comprenderán nada; no obstante, no tienen ningún reparo en reírse de tus palabras. Todo lo convierten en motivo de burla. ¡Qué incredulidad hay en el mundo! ¡Que Dios y la Virgen inmaculada me desamparen si miento! Es posible que no me creáis, pero en una ocasión mencioné a las brujas, y ¿qué creéis que pasó? ¡Apareció un calavera que no creía en su existencia! Gracias a Dios, he vivido muchos años en el mundo y he visto bastantes incrédulos a los que resultaba más fácil mentir en confesión que a nosotros aspirar tabaco; pues incluso ésos se santiguaban cuando se mencionaba a las brujas. Ojalá vean en sueños... pero dejémoslo ya. ¿Para qué hablar de esas gentes?

-Hace más de cien años -exclamó mi difunto abuelo-, nadie habría reconocido nuestra aldea: ¡era un caserío de lo más miserable! Una decena de pequeñas *isbas*, sin revoque ni apenas techumbre, dispersas aquí y allá en medio del campo. No había ni cercados ni cobertizos en los que guardar el ganado y el carro. Y eso en el caso de los ricos. ¡Había que ver cómo vivían los nuestros, los pobres! ¡Sus viviendas eran simples agujeros excavados en la tierra! Sólo por el humo podía adivinarse que allí habitaban criaturas de Dios. Os preguntaréis por qué vivían así. No se debía a la pobreza, ya que en aquella época casi todos los hombres participaban en las incursiones de los cosacos y obtenían en tierras extrañas no poco botín; más bien se debía a que no se sentía la necesidad de levantar una vivienda decente. En esos tiempos deambulaba por la zona toda clase de pueblos: ¡crimeanos, polacos, lituanos! A veces se reunían bandas para robar a sus propios hermanos. De todo se veía.

Comment [Librodot5]:
Casa rural de madera.

En ese caserío se presentaba con cierta frecuencia un hombre, o mejor dicho, un diablo con apariencia humana. Nadie sabía de dónde venía ni qué buscaba. Participaba en francachelas, se emborrachaba, luego desaparecía como si se lo hubiera tragado la tierra y no se oía hablar más de él. Poco después volvía a aparecer como caído del cielo y recorría las calles de la aldea, de la que ya no queda ni huella, pero que se alzaba a menos de cien pasos de Dikanka. En el camino se encontraba con varios cosacos, y entonces se oían carcajadas y canciones, resonaban las monedas y el vodka corría como agua... A veces cortejaba a hermosas muchachas y les regalaba tantas cintas, pendientes y collares que no había dónde meterlos. Es verdad que las hermosas muchachas vacilaban antes de aceptar los regalos: quién sabe, tal vez procedían de manos impuras. La tía de mi abuelo, que regentaba entonces una taberna en la carretera de Oposhniani, en donde solía organizar sus juergas Basavriuk -así se llamaba ese hombre diabólico-, decía justamente que por nada del mundo aceptaría un regalo suyo. Pero ¿cómo rechazarlo? Cuando fruncía sus pobladas cejas y miraba de reojo, todos se aterrorizaban y sentían ganas de salir corriendo; y cuando alguna muchacha aceptaba el regalo, a la noche siguiente recibía la visita de un amigo de los pantanos, con cuernos en la cabeza, que le apretaba el cuello si llevaba un collar, o le mordía el dedo si lucía una sortija o le tiraba de la trenza si adornaba su pelo con una cinta. ¡Al diablo con el regalo!, pensaba entonces la muchacha. Pero lo malo es que no había manera de desprenderse de él: si tiraban al agua el anillo o el collar diabólico, éste salía a la superficie y volvía por sí solo a las manos.

En la aldea había una iglesia, consagrada, si no recuerdo mal, a San Panteléi. De ella se ocupaba entonces el padre Afanasi, de feliz memoria. Habiendo observado que Basavriuk no acudía a la iglesia ni siquiera el domingo de Resurrección, quiso amonestarle e imponerle alguna penitencia. ¡Pero no consiguió nada! ¡Y suerte que pudo escapar! «¡Escucha, señor!», dijo el otro con voz tronante, «¡Ocúpate de tus asuntos y no te metas en los ajenos si no quieres que tu garganta de chivo se atragante con ¡zutiá hirviente!». ¿Qué podía hacerse con ese canalla? El padre Afanasi se contentó con anunciar que todo el que tuviera tratos con Basavriuk sería considerado católico, enemigo de la iglesia de Cristo y de todo el género humano.

Comment [Librodot6]:

Papilla de arroz con miel y pasas que se comía en Ucrania en Nochebuena.

Un cosaco de esa aldea, de nombre Korzh, tenía un trabajador al que la gente llamaba Pietro sin Familia, debido tal vez a que nadie recordaba a su padre ni a su madre. Es verdad que el mayordomo de la parroquia decía que habían muerto de peste un año después de su nacimiento; pero la tía de mi abuelo no creía esas palabras y trataba con todas sus fuerzas de encontrar a sus padres, aunque el pobre Pietro tenía tanta necesidad de ellos como nosotros de las nieves del año pasado. Decía que su padre aún vivía en Zaporozhie, que había sido hecho prisionero por los turcos, había sufrido Dios sabe qué tormentos y, por obra de algún milagro, había conseguido escapar disfrazado de eunuco. En cuanto a las jóvenes y muchachas de negras cejas, poco les importaba su parentela. Sólo decían que si el mozo llevara una túnica nueva ceñida por un cinturón rojo, un gorro de piel negra con un elegante casquete azul, un sable turco en el costado, un látigo en una mano y una pipa con bellos engastes en la otra, sobrepasaría con mucho a todos los jóvenes de entonces. Lo malo era que el pobre Pietro no tenía más que una casaca gris en la que había más agujeros que monedas de oro en el bolsillo de algunos judíos. Aún eso habría podido soportarlo, pero había algo más: el viejo Korzh tenía una hija tan hermosa como no creo que hayáis visto otra. La tía de mi difunto abuelo contaba -y una mujer, como bien sabéis, antes preferiría besar al diablo, dicho sea sin ánimo de ofender, que reconocer que otra mujer es hermosa- que las rollizas mejillas de la joven cosaca eran frescas y sonrosadas como una amapola del rosa más delicado, cuando, lavada por el rocío de Dios, se enciende, extiende los pétalos y se muestra en todo su esplendor ante el sol naciente; que sus cejas, tan negras como las cintas que nuestras muchachas compran para enhebrar cruces y ducados a los *moshales* que pasan por las aldeas con sus cajas, se enarcaban regulares sobre los límpidos ojos y parecían mirarse en ellos; que su pequeña boca, ante la cual se relamían los jóvenes de la época, parecía hecha para entonar cantos de ruiseñor; que sus cabellos, negros como ala de cuervo, y suaves como lino joven (en aquel entonces nuestras muchachas no llevaban pequeñas trenzas adornadas con bellas cintas de brillantes colores), caían en mechones ensortijados sobre su vestido bordado de oro. ¡Ah, que no me permita el Señor cantar más el aleluya en el coro si no es verdad que la cubriría de besos aquí mismo, a pesar de que las canas se han adueñado ya del viejo bosque que recubre mi cogote y de que tengo a mi vieja tan cerca como un dolor! Bueno, cuando un muchacho y una joven viven cerca uno del otro... ya sabéis lo que pasa. A veces aún no había amanecido cuando ya se veían las huellas dejadas por los tacones de las botas encarnadas de Pidorka en el lugar donde había conversado con su Pietro. Pero Korzh no habría sospechado nada, si en una ocasión -y ahí se reconoce la intervención del diablo- a Pietro no se le hubiera ocurrido estampar un beso con toda su alma, como suele decirse, en los rosados labios de la cosaca, sin antes asegurarse de que estaban solos en el zaguán; y si el mismo diablo -ojalá ese hijo de perra vea la santa cruz en sueños- no hubiera inducido al viejo a abrir la puerta de la *jata* en ese mismo instante. Korzh se quedó estupefacto, con la boca abierta y la mano pegada al picaporte. Ese maldito beso parecía haberle dejado completamente aturdido. Había resonado en sus oídos con mayor fuerza que los martillazos en la pared con que los campesinos de

nuestros días espantan a un cachorro cuando no tienen a mano escopeta y pólvora.

Cuando se recobró, descolgó de la pared el látigo de su abuelo y ya se disponía a azotar la espalda del pobre Pietro, cuando apareció de pronto el hermano de Pidorka, Iván, un niño de seis años, que se agarró a sus piernas y gritó asustado: «¡Papá, papá! ¡No pegues a Pietro!». ¿Qué hacer? El padre no tenía el corazón de piedra. Devolvió el látigo a su sitio y sacó discretamente a Pietro de la casa. «Si vuelvo a verte en mi casa o simplemente junto a la ventana, Pietro, te quedarás sin tu negro bigote y, en cuanto a tu tupé, que ya da dos vueltas en torno a la oreja, que deje de llamarme Terenti Korzh si no te lo arranco de la coronilla.» Tras pronunciar esas palabras, le propinó un puñetazo tan fuerte en la nuca que a Pietro se le nubló la vista y cayó al suelo. ¡Así acabaron los besos! La tristeza se abatió sobre nuestra pareja de tórtolos. Y para colmo, se extendió por la aldea el rumor de que Korzh recibía con regularidad la visita de un polaco con traje bordado de oro, bigotes, sable, espuelas y unos bolsillos que tintineaban como el saquito en el que nuestro sacristán Tarás recoge todos los días los donativos en la iglesia. Bueno, cuando alguien visita con frecuencia al padre de una muchacha de negras cejas ya se sabe la razón. Un día Pidorka, llorando desconsoladamente, cogió a Iván en brazos y le dijo: «¡Mi pequeño Iván, mi querido Iván! Vete en busca de Pietro, tesoro mío. Corre como flecha que parte del arco y cuéntaselo todo: dile que hubiera amado siempre sus ojos castaños y hubiera cubierto de besos su blanco rostro, pero mi destino no me lo permite. He empapado más de un pañuelo con mis ardientes lágrimas. La cabeza me da vueltas. Se me oprime el corazón. Y mi padre se comporta como mi enemigo. Me obliga a casarme con un polaco al que no amo. Dile que ya están preparando la celebración, pero que será una boda sin música: en lugar de los laúdes y los caramillos, se escuchará el canto de los sacristanes... No me levantaré para bailar con mi prometido; otros tendrán que llevarme. Mi morada será oscura, oscura, de madera de arce, y en lugar de chimenea habrá sobre ella una cruz».

Inmóvil y como petrificado escuchaba Pietro al inocente niño, que balbuceaba las palabras de Pidorka. «¡Y yo que me aprestaba, desdichado de mí, a ir a Crimea y Turquía para ganar oro en la guerra y venir con mis bienes a buscarte, hermosa mía! Pero nada de eso sucederá. Alguien nos ha echado un maleficio. También yo, querida mía, tendré mi boda, pero en ella no habrá sacristanes; en lugar de sacerdote el cuervo negro graznará sobre mi cabeza; los suaves campos serán mi morada; la nube gris será mi tejado; el águila arrancará a picotazos mis ojos castaños; la lluvia lavará mis huesos de cosaco y el viento los secará. Pero ¿qué estoy diciendo? ¿De quién, ante quién me quejo? Es Dios quien así lo quiere. ¡Si hay que perecer, perezcamos!» Y se fue derecho a la taberna.

La tía de mi difunto abuelo se sorprendió no poco al ver a Pietro en la taberna, a una hora en que cualquier hombre de bien va a misa de mañana, y miró al muchacho con ojos desorbitados, como si acabara de despertarse, cuando éste pidió una jarra de aguardiente casi tan grande como medio cubo. Pero se equivocaba el pobre al querer ahogar sus penas en alcohol. El vodka le quemaba la lengua como una ortiga y le parecía más amargo que el ajenjo. Apartó la jarra y la dejó en el suelo. «¡Basta de lamentarse, cosaco!», dijo un hombre delante de él, con una tronante voz de bajo. Pietro se dio la vuelta: ¡era Basavriuk! ¡Puf! ¡Menuda jeta! Cabellos como cerdas, ojos de buey. «¡Yo sé lo que te falta: mira!» Y a continuación esbozó una sonrisa diabólica e hizo tintinear una bolsa de cuero que llevaba colgada del cinturón. Pietro se estremeció. «¡Je, je, je! ¡Mira cómo brillan!», bramaba Basavriuk, vertiendo las monedas de oro en la mano. «¡Je, je, je! ¡Mira cómo tintinean! Y sólo te pediría una cosa a cambio de un montón de estos juguetes!» «¡Diablo!», gritó Pietro. «¡Dame eso! ¡Estoy dispuesto a todo!» Pietro y Basavriuk cerraron el trato con un apretón de manos.

Librodot

«Mira, Pietro, has elegido un buen momento: mañana es la noche de San Juan, la única del año en que florece el helecho. ¡No dejes pasar el momento! Te esperaré a media noche en el Barranco del Oso.»

No creo que las gallinas esperen con tanta impaciencia el momento en que la granjera les arroja el grano como Pietro aguardaba la llegada de la noche. A cada instante miraba si la sombra del árbol se había alargado, si el sol había enrojecido al descender sobre el horizonte y, cuanto más tiempo pasaba, más impaciente se sentía. ¡Qué largo era aquel día del Señor! ¿No habría perdido su fin en alguna parte? Por fin desapareció el sol. El cielo, que se había cubierto de púrpura en un lado, acabó también por palidecer. Comenzaba a refrescar en los campos. El día declinaba y llegaba la noche. ¡Por fin! Con el corazón a punto de estallarle en el pecho, Pietro se puso en camino y bajó con cuidado, a través de un espeso bosque, a una hondonada profunda conocida como Barranco del Oso. Basavriuk ya le estaba esperando. Todo estaba oscuro como boca de lobo. Cogidos de la mano, avanzaban por pantanos cenagosos, agarrándose de los tupidos endrinos y tropezando casi a cada paso. De pronto surgió ante ellos un paraje llano. Pietro miró a su alrededor. Nunca en su vida había visto ese lugar. Basavriuk también se detuvo.

-¿Ves esos tres montículos que se alzan delante de ti? En ellos crecerán flores de todas clases. Que las fuerzas sobrenaturales te libren de arrancar una sola. Pero en cuanto brote la flor del helecho, cógela y, pase lo que pase a tus espaldas, no te vuelvas.

Pietro iba a preguntarle alguna cosa... pero el otro ya había desaparecido. Se aproximó a los tres montículos. ¿Dónde estaban las flores? No se veía nada. A su alrededor no había más que negros arbustos de zarzas salvajes que lo cubrían todo con su espesor. De pronto brilló un relámpago en el cielo y ante él surgió una hilera de flores, todas extrañas, todas desconocidas; también distinguió las sencillas hojas del helecho. Pietro se quedó pensativo ante ellas, con los brazos en jarra.

-¿Qué tiene esto de extraordinario? Plantas como éstas puede uno verlas diez veces al día. ¿Dónde está el milagro? ¿No habrá querido burlarse de mí esa criatura diabólica?

En ese momento surgió un pequeño capullo rojo que se estremecía como si estuviera vivo. ¡En verdad era extraordinario! Se movía, aumentaba de tamaño y enrojecía como una brasa. Luego brilló una centella, se oyó una suave crepitación y la flor se abrió ante él como una llama, iluminando a todas las que había a su alrededor.

«¡Es el momento!», pensó Pietro, y extendió el brazo. Pero en ese instante cientos de manos velludas se tendieron hacia la flor, mientras a sus espaldas algo se removía. Entornando los ojos, tiró del tallo y arrancó la flor. Todo quedó en silencio. Basavriuk apareció sentado sobre un tocón, lívido como un cadáver. No movía ni un dedo. Sus ojos estaban fijos en un punto que sólo él veía; su boca entreabierta no dejaba escapar una palabra. A su alrededor nada se movía. ¡Qué terrible era aquello!... De pronto se oyó un silbido; Pietro sintió que la sangre se le helaba en las venas. Le pareció que la hierba murmuraba, que las flores comenzaban a conversar entre ellas con una voz suave, semejante al tintineo de una campana de plata; los árboles retumbaban como si estuvieran lanzando injurias... En ese momento el rostro de Basavriuk se animó; sus ojos centellearon. «¡A duras penas has vuelto, bruja!», farfulló entre dientes. «Presta atención, Pietro, una bella muchacha va a aparecer ante ti. Haz todo lo que te ordene; de otro modo, estarás perdido para siempre.» Así diciendo, apartó con un nudoso palo las ramas de un endrino y ante ellos apareció una pequeña isba levantada, como se dice, sobre patas de gallina. Basavriuk golpeó la pared con el puño y ésta se tambaleó. Un enorme perro negro salió corriendo a su encuentro y, transformándose en un gato, se lanzó con un chillido sobre sus ojos. «¡No rabies, no rabies, vieja del demonio!», exclamó Basavriuk, acompañando su frase de una palabra que ningún hombre de bien podría

Comment [Librodot7]:

La casa levantada sobre patas de gallina es un elemento habitual de los cuentos populares rusos.

Librodot

escuchar sin taparse los oídos. En lugar del gato apareció una vieja con el rostro tan arrugado como una manzana asada y la espalda toda doblada. Su nariz formaba con el mentón un verdadero cascanueces. «¡Menuda beldad!», pensó Pietro, y un escalofrío recorrió su espalda. La bruja le arrancó la flor de las manos, se inclinó y pasó largo rato murmurando sobre ella, rociándola con cierto líquido. De su boca brotaban chispas; en sus labios había espuma. «¡Arrójala!», exclamó, entregándole la flor. Pietro le obedeció y, cosa extraña, la flor, en lugar de caer directamente al suelo, quedó un buen rato suspendida en la penumbra como una bola de fuego, flotando en el aire como una barca; finalmente empezó a descender poco a poco, hasta caer tan lejos de ellos que parecía una centella no más grande que una semilla de amapola. «¡Allí!», exclamó la vieja con voz sorda y ronca, mientras Basavriuk le entregaba una pala y le decía: «Cava aquí, Pietro. Verás tanto oro como ni tú ni Korzh habéis soñado nunca». Pietro se escupió en las manos, cogió la pala, apoyó el pie en ella y sacó un montón de tierra, luego un segundo, un tercero... ¡De pronto topó con algo duro!... La pala tintineó y se negó a seguir adelante. En ese momento sus ojos distinguieron claramente un pequeño cofre guarnecido de hierro. Quiso sacarlo con las manos, pero el cofre empezó a hundirse más y más en la tierra, al tiempo que se oían detrás de él risas que parecían más bien silbidos de serpientes. «No, no verás ese oro hasta que no me hayas procurado sangre humana», dijo la bruja, entregándole un niño de unos seis años, cubierto con una sábana blanca, e invitándole con un gesto a que le cortara la cabeza. Pietro se quedó petrificado. ¡Como si fuera poca cosa decapitar así sin más a un ser humano! ¡Y encima a un inocente niño! Furioso, tiró de la sábana que cubría su cabeza, ¿y qué es lo que vio? La cara del pequeño Iván. El pobre niño tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada... Lleno de ira, Pietro sacó el cuchillo y se abalanzó sobre la vieja, dispuesto a acabar con ella...

-¿Qué me habías prometido a cambio de la muchacha? -rugió Basavriuk, y Pietro sintió como si le hubiera alojado una bala en la espalda. La vieja golpeó el suelo con el pie y al instante brotó una llama azul; las entrañas de la tierra se iluminaron y parecieron convertirse en cristal; todo lo que había debajo de la superficie se hizo visible como si estuviera en la palma de la mano. Monedas de oro y piedras preciosas en cofres y calderos se amontonaban bajo el lugar en que ellos mismos se encontraban. Los ojos de Pietro se inflamaron... Su cerebro se cubrió de niebla... Como un loco, cogió el cuchillo y la sangre inocente le salpicó los ojos... Una carcajada diabólica estalló por todas partes. Bandadas de monstruos horribles brincaban delante de él. La bruja, aferrando con sus manos el cuerpo decapitado, bebía la sangre como una loba... ¡Todo empezó a dar vueltas en la cabeza del joven! Reuniendo todas sus fuerzas, echó a correr. El lugar se había cubierto de color rojo. Los árboles, completamente ensangrentados, parecían arder y gemir. El cielo incandescente temblaba... Manchas de fuego, como relámpagos, pasaban por delante de sus ojos. Extenuado, entró corriendo en su cuchitril y se desplomó sobre el suelo. Un sueño de muerte se apoderó de él.

Pietro durmió dos días y dos noches seguidos. El tercer día, cuando se despertó, pasó largo rato contemplando todos los rincones de la *jata*, pero no logró recordar nada: su memoria parecía el bolsillo de un viejo avaro, del que no se puede sacar ni un kopek. Cuando se estiró, oyó que algún objeto tintineaba a sus pies. Miró y vio dos sacos de oro. Sólo entonces, como a través de un sueño, recordó que había buscado un tesoro, que se había encontrado solo en el bosque, que había pasado mucho miedo... Pero no lograba comprender de qué modo y a qué precio había obtenido ese oro.

Cuando Korzh vio los sacos, se mostró mucho más amable. «¡Qué buen muchacho es ese Pietro! ¿Acaso no lo he querido siempre? ¿Acaso no lo he tratado como un hijo?», y el

Librodot

viejo le dedicó tales halagos que Pietro sintió deseos de llorar. Pidorka le contó entonces que unos gitanos de paso se habían llevado a Iván. Pero Pietro ni siquiera recordaba el rostro del muchacho. ¡Hasta tal punto había perturbado su entendimiento ese suceso diabólico y maldito! No había ninguna razón para demorar las cosas. Al polaco le dieron con la puerta en las narices y a continuación iniciaron los preparativos de la boda: se cocieron pasteles, se confeccionaron toallas y pañuelos, se trajo un barril de aguardiente; los recién casados se sentaron a la mesa; cortaron el pan; sonaron las bandurrias, los címbalos, los caramillos, las guitarras. Empezó la diversión.

Las bodas de antaño no pueden compararse con las de ahora. Cuando la tía de mi abuelo nos hablaba de ellas, todos nos maravillábamos. Las muchachas, que llevaban elegantes adornos en la cabeza, compuestos de cintas amarillas, azules y rosas, coronadas por un galón de oro, finas blusas bordadas de seda roja en todas las costuras y guarnecidas de pequeñas estrellas de plata y botas de cordobán con altos tacones de hierro, avanzaban con ligeros pasos, como pavos reales, y luego se lanzaban como torbellinos a bailar la gorlitsa. Las mujeres casadas, ataviadas con una toca en forma de barca, elaborada con brocado de oro en toda la parte superior y con una pequeña abertura en la nuca por la que asomaba una redecilla de oro, con dos pequeños cuernos del astracán más fino, uno por delante y otro por detrás, y un manto azul de la más bella seda, guarnecido de adornos encarnados, ponían los brazos en jarra con aire de importancia, salían una a una y marcaban rítmicamente el paso del *hopak*. Los muchachos, con altos gorros cosacos y casacas de paño fino ceñidas por cinturones bordados de plata, con la pipa entre los dientes, se deshacían en halagos ante ellas y les prodigaban toda suerte de piropos. Al ver a esos jóvenes, ni siquiera Korzh resistió la tentación de recordar los buenos tiempos. Con una bandurria en las manos, dando chupadas a la pipa y canturreando, el viejo, con una copa en la cabeza, ejecutó una danza rusa, estimulado por los fuertes gritos de los juerguistas.

Comment [Librodot8]:

La gorlitsa y el hopak *(vid* infra) son bailes populares ucranianos.

¡Qué cosas no inventan los jóvenes cuando están un poco achispados! Empezaron por disfrazarse. ¡Dios mío, no parecían personas! Aquellas máscaras nada tenían que ver con las que se estilan en las bodas de ahora. ¿Qué es lo que hacen en nuestros días los muchachos? Sólo se disfrazan de gitanos y *moskales. No,* en aquellos tiempos uno se vestía de judío, otro de diablo; empezaban besándose y terminaban tirándose de la trenza... ¡Dios mío! Daba tanta risa que había que agarrarse el vientre con las manos. Había algunos que lucían trajes tártaros o turcos que fulguraban como brasas... Y cuando se achispaban y empezaban a hacer bromas, aquello parecía el fin del mundo. La tía de mi difunto abuelo, que acudió en persona a esa boda, fue protagonista de una divertida anécdota: vestida para la ocasión con un ancho vestido tártaro, iba con una jarra en la mano y ofrecía de beber a los presentes. De pronto uno de ellos (Dios sabe qué le impulso a ello) le roció de vodka la parte trasera del vestido, mientras otro -una buena pieza, también- hacía saltar chispas con el eslabón y prendía fuego al vestido... Brotó la llama y la pobre tía, horrorizada, empezó a desvestirse a la vista de todos... Uno creía encontrarse en plena feria: la misma algarabía, las mismas carcajadas, el mismo estrépito. En una palabra, los viejos no recordaban haber visto nunca una boda tan alegre.

Pidorka y Pietro empezaron a vivir como grandes señores. No les faltaba de nada, todo relucía en la casa... Sin embargo, las gentes honradas sacudían la cabeza cuando veían su género de vida. «Del diablo no puede venir nada bueno», decían de manera unánime. «¿Quién sino el tentador del pueblo ortodoxo podía haberle procurado esa fortuna? ¿De dónde había sacado ese montón de oro? ¿Por qué el mismo día en que Pietro se había enriquecido Basavriuk había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra?» ¡Para que luego digan que la gente inventa historias! En realidad, antes de que pasara un mes Pietro se había vuelto

irreconocible. ¿Por qué? ¿Qué le había sucedido? Eso sólo Dios lo sabe. Se quedaba sentado en un mismo sitio y no decía una palabra a nadie. Se pasaba el tiempo pensando, como si tratara de recordar alguna cosa. Cuando Pidorka conseguía hacerle hablar, parecía como si de pronto se despertara; pronunciaba unas palabras e incluso se alegraba; pero cuando su mirada se topaba casualmente con las bolsas, gritaba: «¡Espera, espera, he olvidado algo!», y de nuevo se sumía en sus pensamientos, tratando de recordar. En ocasiones, cuando pasaba mucho rato sentado en un mismo lugar, tenía la impresión de que estaba a punto de recuperar el pasado... pero al poco tiempo todo volvía a marcharse. Se veía sentado en la taberna; alguien le traía vodka; el vodka le quemaba la garganta; el vodka le daba náuseas; alguien se acercaba a él, le daba una palmada en el hombro... pero en ese momento la escena se cubría de bruma. El sudor bañaba su rostro y el hombre, extenuado, se desplomaba sobre una silla.

Pidorka lo intentó todo: pidió consejo a los curanderos, vertió el *perepoloj*, coció la soniáshnitsa... Pero no sirvió de nada. Así pasó el verano. Muchos cosacos segaron el heno y recogieron el trigo; algunos otros, más aventureros, se lanzaron a nuevas correrías. En nuestros pantanos aún había bandadas de patos, pero no quedaba ni rastro de reyezuelos.

Comment [Librodot9]:

Entre nosotros «se vierte el *perepoloj* cuando alguien ha sufrido un gran susto y se quiere saber su causa; se vierte plomo fundido o cera en agua, y según la forma que adopte se reconoce lo que atemorizó al enfermo. Con esto el susto desaparece. La *soniáshnitsa* se cuece para curar la náusea y los dolores de vientre. Para ello se prende un trozo de cáñamo, se echa en una jarra y se vierte su contenido en una escudilla llena de agua, situada sobre el vientre del enfermo; luego, después de susurrar las fórmulas mágicas, se le da a beber una cucharada de esa pócima. **(Nota del Autor).**

La estepa había adquirido ya una tonalidad rojiza. Gavillas de trigo, esparcidas aquí y allá, como gorros de cosacos, adornaban los campos. Por el camino rodaban carretas cargadas de troncos y ramas secas. La tierra se volvió más dura y en algunos puntos se cubrió de hielo. La nieve empezó a caer del cielo y las ramas de los árboles se cubrieron de una capa de escarcha que parecía una pelusa de conejo. En los claros días de frío el petirrojo, semejante a un altanero hidalgo polaco, se paseaba por los montones de nieve, desenterrando algún grano; los niños, armados de enormes varas, deslizaban sobre el hielo sus peonzas de madera, mientras sus padres pasaban el tiempo tumbados tranquilamente sobre la estufa, y sólo salían de vez en cuando, con la pipa encendida entre los dientes, para maldecir como es debido nuestro frío ortodoxo o tomar un poco el aire y desgranar en el zaguán el trigo cosechado. Finalmente las nieves empezaron a fundirse, el sollo rompió el hielo con la cola. El estado de Pietro, en lugar de mejorar, se iba haciendo más sombrío a medida que pasaban los días. Como si estuviera encadenado, permanecía sentado en medio de la *jata*, con los sacos de oro a sus pies. Se había vuelto insociable, le había crecido el pelo y tenía un aspecto terrible. No hacía más que pensar y esforzarse en recordar algo, y se irritaba y se enfadaba ante el fracaso de su empresa. A menudo se levantaba de su sitio con gesto destemplado, agitaba los brazos, fijaba su mirada en un punto como queriendo atraparlo; sus labios temblaban como si anhelaran pronunciar una palabra largo tiempo olvidada y al poco rato se quedaban inmóviles... La ira se apoderaba de él; se roía y se mordía las manos como un loco, y lleno de despecho se arrancaba mechones de pelo, hasta que, apaciguado, se desplomaba como privado de sentido; al poco rato trataba otra vez de recordar, volvía a irritarse, se hundía de nuevo en la desesperación... ¿Qué castigo de Dios era ése? Aquélla no era vida para Pidorka. Al principio, le daba miedo quedarse sola con él en la *jata*, pero acabó habituándose, la pobre, a su desgracia; no obstante, ya no era la Pidorka de antaño. Ni un rastro de arrebol en las mejillas, ni un atisbo de sonrisa en los labios; el dolor la había agotado, la había consumido, y las lágrimas habían borrado el brillo de sus ojos. Una vez alguien se compadeció de ella y le aconsejó consultar a una bruja que vivía en el Barranco del Oso y que tenía fama de curar todo tipo de enfermedades. Pidorka decidió probar ese último recurso y logró convencer a la vieja para que la acompañara a su casa. Todo aquello sucedía al atardecer, precisamente la víspera de San Juan. Pietro yacía semiinconsciente en un banco y no reparó en la presencia del nuevo huésped. Poco a poco se puso en pie y la miró con atención. De pronto se puso a temblar con todo el cuerpo, como si estuviera sobre el cadalso; sus pelos se pusieron de punta y estalló en una carcajada tan espantosa que el terror se apoderó del corazón de Pidorka. «¡Ahora recuerdo, ahora recuerdo!», gritó Pietro, presa de una espantosa alegría y, tras coger

Librodot

el hacha, la arrojó con todas sus fuerzas contra la vieja. El hacha se hundió casi diez centímetros en la puerta de roble. La vieja se esfumó y en medio de la *jata* apareció un niño de unos siete años, vestido con una camisa blanca y con la cabeza cubierta... La sábana cayó. «¡Iván!», gritó Pidorka, y se abalanzó sobre él; pero el fantasma se cubrió de sangre de los pies a la cabeza e iluminó toda la *jata* de una luz roja. Aterrorizada, Pidorka salió corriendo al zaguán; luego, cuando se recobró, quiso socorrerlo. ¡Pero fue en vano! La puerta se había cerrado con tanta fuerza que no fue capaz de abrirla. Acudieron algunas personas que se pusieron a golpear la puerta hasta que la derribaron; pero en el interior de la casa no encontraron a nadie. Toda la *jata* estaba llena de humo; en medio de la pieza, en el lugar donde debía encontrarse Pietro, había un montón de cenizas que humeaban en algunos puntos. Se acercaron a los sacos, pero en su interior, en vez de monedas de oro, sólo hallaron pedazos de barro cocido. Los cosacos se quedaron como clavados al suelo, con la boca abierta y los ojos desorbitados, sin atreverse a mover el bigote. Tanto les había aterrorizado ese prodigio.

No recuerdo lo que pasó después. Pidorka hizo voto de ir en peregrinación; reunió los bienes que le había dejado su padre y unos días más tarde desapareció de la aldea. Nadie sabía adónde se había ido. Las serviciales viejas suponían que se había reunido ya con Pietro, pero un cosaco llegado de Kiev contó que había visto en el convento una monja toda seca, parecida a un esqueleto, que no paraba de rezar y a la que nadie había oído pronunciar palabra; en esa descripción los paisanos reconocieron a Pidorka. Añadió el cosaco que la monja había llegado a pie y que había aportado para el icono de la madre de Dios una montura con unas piedras tan brillantes que no se podía mirarlas sin entornar los ojos.

Pero esperen ustedes, que no acabó ahí la cosa. El mismo día que el maligno se llevó a Pietro, reapareció Basavriuk; todos huyeron de él nada más verlo. Ahora sabían quién era ese pájaro: Satanás en persona, que había adquirido apariencia humana para desenterrar tesoros; y como los tesoros son inaccesibles a las manos impuras, se había dedicado a seducir jóvenes. Ese mismo año todos los habitantes abandonaron sus cuchitriles y se trasladaron a la aldea; pero tampoco allí el maldito Basavriuk los dejó en paz. La tía de mi difunto abuelo decía que estaba especialmente furioso con ella porque había abandonado su antigua taberna de la carretera de Oposhniani, y que trataba con todas sus fuerzas de obtener venganza. En una ocasión los viejos de la aldea se reunieron en la taberna y, según se dice, conversaron por orden de ancianidad en torno a una mesa en cuyo centro había un cordero asado, y no precisamente pequeño. Charlaron de diversos temas y se ocuparon de toda suerte de sucesos extraordinarios y prodigiosos. De pronto les pareció -y no fue sólo a uno, sino a todos- que el cordero levantaba la cabeza, que sus ojos extraviados se animaban y se iluminaban, y que un bigote negro y erizado, que había surgido en un abrir y cerrar de ojos, hacía significativos gestos a los comensales. En la cabeza de cordero todos reconocieron al momento la jeta de Basavriuk; la tía de mi abuelo llegó a pensar incluso que de un momento a otro pediría vodka... Los honrados ancianos cogieron sus gorras y regresaron a toda prisa a sus casas. En otra ocasión el propio mayordomo de la parroquia, al que de vez en cuando le gustaba charlar con la jarra de su abuelo, no había tenido tiempo de vaciarla dos veces, cuando advirtió que ésta le hacía una profunda reverencia. «¡Vete al diablo!», le dijo, y empezó a santiguarse. También a su media naranja le sucedió algo extraño: apenas había empezado a amasar harina en una enorme artesa, cuando de pronto la harina empezó a dar saltos. «¡Para, para!». ¡Pero ni caso! Poniendo las manos en jarra con aire de importancia, la harina se puso a bailar una danza rusa por toda la *jata*... Podéis reíros, pero a nuestros abuelos no les hizo ninguna gracia. Por mucho que el padre Afanasi fue por toda la aldea con el agua bendita y persiguió al diablo

por las calles con el hisopo en la mano, la tía de mi difunto abuelo siguió quejándose de que alguien, en cuanto anochecía, llamaba en el tejado de su casa y arañaba las paredes.

¡Pero para qué hablar! En este mismo lugar en el que se alza nuestra aldea, todo parece tranquilo; pero sabed que hubo un tiempo -mi difunto padre y yo fuimos testigos de ello- en que un hombre de bien no podía pasar junto a las ruinas de esa taberna, que una estirpe impura estuvo largo tiempo reparando por su cuenta. Una columna de humo salía de la chimenea renegrida, se elevaba tanto que no se podía mirar sin que a uno se le cayera el gorro y esparcía brasas por toda la estepa, mientras el diablo -ni siquiera habría que mencionar a ese hijo de perra- sollozaba de forma tan lastimera en su cuchitril que bandadas enteras de asustados grajos levantaban el vuelo de un robledal cercano y atronaban el cielo con sus gritos salvajes.

Librodot

NOCHE DE MAYO O LA AHOGADA

¡Sólo el diablo lo entiende! Cuando a los cristianos se les mete una cosa en la cabeza,
se atormentan y se afanan como perros
en pos de una liebre, y todo en vano.
Pero cuando se entromete el diablo,
basta con que mueva la cola para que
se obtenga el don como llovido del cielo.

HANNA

La sonora melodía de una canción fluía como un río por las calles de la aldea de ***. Era la hora en que, agotados por las tareas y las preocupaciones de la jornada, los mozos y las muchachas se reunían en ruidoso círculo, bajo el resplandor de un límpido atardecer, para verter su alegría en sonidos siempre entreverados de melancolía. El pensativo atardecer estrechaba soñador el cielo azul, cubriéndolo todo de vaguedad y lejanía. Caía ya el crepúsculo, pero seguían sonando las canciones. Con una bandurria en la mano, el joven cosaco Levko, hijo del alcalde de la villa, se separó del grupo de cantantes y emprendió un paseo en solitario. Llevaba el cosaco un gorro de piel de cordero. Avanzaba por la calle, rasgueaba las cuerdas de la bandurria y trazaba un paso de baile. De pronto se detuvo en silencio ante la puerta de una *jata* rodeada de pequeños cerezos. ¿De quién era esa *jata?* ¿Quién vivía tras esa puerta? Después de un breve silencio, el cosaco se puso a tocar y a cantar:

El sol está bajo, la noche se acerca, sal ya, corazón, espero a tu puerta.

-¡No, se ve que duerme a pierna suelta mi bella de límpidos ojos! -dijo el cosaco, dando por terminada su canción y aproximándose a la ventana-. ¡Halia! ¡Halia! ¿Duermes o es que no quieres salir? Seguramente temes que alguien nos vea o quizás no quieras exponer al frío tu blanco rostro. No tengas miedo: no hay nadie. La noche es templada. Y si aparece alguien, te cubriré con mi casaca, te envolveré con mi cinturón y te ocultaré con mis brazos, de modo que nadie te verá. Y si se levanta una ráfaga de viento frío, te estrecharé aún más contra mi corazón, te calentaré con besos y arroparé tus blancos pies con mi gorro. ¡Corazón mío, tesoro, perla mía! Muéstrate por un instante. Tiéndeme al menos tu blanca mano por la ventana... ¡No, no estás dormida, altanera muchacha! -dijo levantando la voz, como avergonzado de aquel momento de flaqueza-. ¿Te gusta burlarte de mí? ¡Pues adiós!

Y así diciendo, se dio la vuelta, se puso el gorro ladeado y se alejó con orgullosos pasos de la ventana, rasgueando suavemente las cuerdas de su bandurria. En ese momento el picaporte de madera giró y la puerta se abrió con un chirrido. Una muchacha de diecisiete primaveras, envuelta en el crepúsculo, apareció en el umbral y, sin soltar el picaporte, avanzó unos pasos, mirando con temor a su alrededor. Sus ojos claros, como pequeñas estrellas, centelleaban con un brillo de bienvenida en medio de la penumbra; su collar de coral rojo resplandecía; ni siquiera el pudoroso rubor que cubría sus mejillas escapaba a la penetrante mirada del muchacho.

-¡Qué impaciente eres! -le dijo en voz baja-. ¡Ya te has enfadado! ¿Por qué has elegido este momento? No deja de pasar gente por las calles... Todo mi cuerpo está temblando...

-¡Oh, no tiembles, mi arándano rojo! ¡Apriétate más a mí! -dijo el muchacho, depositando a un lado la bandurria que llevaba colgada al cuello, abrazando a la muchacha y sentándose con ella a la puerta de la *jata*-. Ya sabes que no puedo pasar una hora sin verte.

-¿Sabes lo que pienso? -le interrumpió la muchacha, mirándole con ojos pensativos-. Parece como si una voz me susurrara al oído que a partir de ahora no podremos vernos tan a menudo. La gente de tu aldea no es buena. Todas las muchachas me miran con envidia y los mozos... He reparado incluso en que desde hace algún tiempo mi madre me vigila con mayor severidad. Te aseguro que la vida era más alegre lejos de mi casa.

Al pronunciar esas últimas palabras una expresión de tristeza se dibujó en su cara.

- ¡Sólo llevas dos meses en tu aldea natal y ya te aburres! ¿O acaso te aburro yo?

-¡No, no! -dijo ella con una sonrisa-. ¡Por ti sólo siento amor, cosaco de negras cejas! Te amo por tus ojos castaños y porque, cuando me miras, toda mi alma parece sonreír, llenarse de contento y de dicha; te amo por el modo tan atractivo con que frunces tu bigote negro, porque paseas por la calle cantando y tocando tu bandurria, y mi corazón se alegra al escucharte.

-¡O0h, mi Halia! -exclamó el muchacho, besándola y apretándola con más fuerza contra su pecho.

- ¡Basta! ¡Detente, Levko! Dime primero si has hablado con tu padre.

-¿Qué? -exclamó él, como despertando de un sueño-. Le he dicho que quiero casarme contigo y que tú quieres ser mi mujer.

Pero en su boca las palabras «le he dicho» sonaron con cierta melancolía.

-¿Y qué más?

-¿Qué puedo hacer con él? El viejo zorro se hace el sordo, como de costumbre. No quiere oír nada y me reprende por andar por las calles, alborotar y armar jaleo en compañía de otros muchachos. ¡Pero no te preocupes, Halia mía! ¡Te doy mi palabra de cosaco de que conseguiré convencerlo!

-Sí, Levko, sólo tienes que pronunciar una palabra para que todo se arregle. Lo sé por experiencia: a veces me propongo no escucharte, pero basta que digas una palabra para que acabe haciendo todo lo que quieres. ¡Mira, mira! -continuó, apoyando su cabeza en el hombro del muchacho y levantando los ojos hacia el cielo azul de Ucrania, tibio e inmenso, medio oculto por las frondosas ramas de los cerezos que se alzaban ante ellos-. Mira, allá a lo lejos empiezan a titilar algunas estrellas: una, dos, tres, cuatro, cinco... Son ángeles de Dios que han abierto los ventanucos de sus brillantes moradas celestes y nos miran, ¿no es así, Levko? ¿No son ellos los que contemplan nuestra tierra? ¡Si los hombres tuvieran alas como los pájaros, podrían volar alto, muy alto, y llegar hasta ellos! ¡Ah, qué miedo! Ninguno de nuestros robles llega hasta el cielo. No obstante, dicen que en un país muy lejano hay un árbol tan alto que

agita su copa en el mismo cielo, y que por él desciende Dios a la tierra la noche de Pascua.

-No, Halia; Dios dispone de una larga escalera que comunica el cielo con la tierra. Los santos arcángeles la despliegan la víspera de la Pascua; en cuanto Dios pone el pie en el primer peldaño, todos los espíritus impuros se precipitan hacia abajo y se hunden por docenas en el infierno; por eso en la fiesta de Cristo no hay ni un espíritu maligno en la tierra.

- ¡El agua se agita con la misma dulzura que un niño en la cuna! -continuó Hanna, señalando el estanque, al que un oscuro bosque de arces ponía sombrío cerco, mientras los sauces, inclinando sobre las aguas sus quejosas ramas, lloraban sobre él. Como un anciano sin fuerzas, el estanque apretaba con su frío abrazo el lejano y oscuro cielo, cubriendo de besos helados las estrellas de fuego, que ondeaban con su pálido brillo en el tibio aire nocturno, como si presintieran la inminente aparición de la centelleante reina de la noche. Junto al bosque, en la montaña, una vieja casa de madera dormitaba con sus postigos cerrados; el musgo y la maleza habían cubierto su tejado; frondosos manzanos habían crecido ante sus ventanas; el bosque, que la abrazaba con su sombra, le daba un aspecto siniestro y salvaje; a sus pies había un nogueral que descendía hasta el estanque.

-Recuerdo como a través de un sueño -dijo Hanna, sin apartar los ojos de sus paredes- que hace mucho tiempo, cuando yo era muy pequeña y vivía aún con mi madre, se decían cosas terribles de esa casa. Tú debes saber la historia, Levko. ¡Cuéntamela!

- ¡Dejemos eso ahora, querida mía! ¡La de cosas que son capaces de contar las mujeres y las gentes estúpidas! Esa historia te llenaría de inquietud, te daría miedo y te impediría dormir en paz.

- ¡Cuéntamela, cuéntamela, mi querido muchacho de negras cejas! -exclamó Hanna, apretando su rostro contra la mejilla de Levko y abrazándolo-. ¡No! Ya veo que no me amas y que tienes otra muchacha. No me asustaré y dormiré tranquila toda la noche. Pero si no me la cuentas, no podré conciliar el sueño. No dejaré de atormentarme y de pensar... ¡Cuéntamela, Levko!...

-Ya veo que la gente tiene razón cuando dice que las muchachas están poseídas por un diablo que excita su curiosidad. Bueno, escucha. Hace mucho tiempo, corazón mío, vivía en esa casa un centurión de cosacos. Ese centurión tenía una hija, una hermosa muchacha blanca como la nieve, blanca como tu bello rostro. La mujer del centurión había muerto hacía mucho tiempo, y éste había decidido volver a casarse. «¿Seguirás queriéndome como antes, padre mío, cuando tengas otra mujer?» «¡Pues claro, hija mía! ¡Y te apretaré aún con más fuerza contra mi corazón! ¡Pues claro, hija mía! ¡Y te regalaré pendientes y collares aún más brillantes!» El centurión trajo a su joven esposa a la nueva casa. Era una muchacha muy bella. Tenía las mejillas sonrosadas y la tez blanca; pero dirigió una mirada tan terrible a la hijastra que ésta lanzó un grito al verla. Durante toda la jornada no salió una palabra de los labios de la severa madrastra. Llegó la noche; el centurión se retiró a su habitación con su joven esposa; la blanca señorita también se encerró en su cuarto. Sintiendo una inmensa amargura, se echó a llorar. Pero de pronto vio una terrible gata negra que avanzaba sigilosamente hacia ella; su pelo llameaba y sus garras de hierro resonaban en el suelo. Aterrorizada, la muchacha se subió al banco; la gata la siguió. La joven saltó entonces sobre el camastro, pero la gata fue tras ella y, arrojándose de pronto sobre su cuello, trató de ahogarla. Con un grito la apartó de sí y la arrojó al suelo; pero la terrible gata empezó a avanzar de nuevo hacia ella. La angustia se apoderó de la joven. De la pared colgaba el sable de su padre. La muchacha lo cogió y descargó un golpe sobre la gata. Una pata, con su garra de hierro, se desprendió del cuerpo y la gata desapareció con un chillido por un rincón oscuro. Al día siguiente, la joven esposa no abandonó su habitación en toda la jornada. Cuando reapareció, al cabo de tres días, llevaba una mano vendada. La pobre señorita adivinó que su madrastra era una bruja y que ella le

Librodot

había cortado la mano. Al cuarto día el centurión ordenó a su hija que fuera por agua y que barriera la casa, como si fuera una simple sirvienta, y le prohibió que entrara en los aposentos de los amos. Esas palabras causaron un gran pesar a la muchacha, pero no tenía más remedio que obedecer las órdenes de su padre. Al quinto día el centurión echó a su hija de la casa, descalza y sin entregarle siquiera un pedazo de pan para el camino. Sólo entonces la muchacha estalló en sollozos y se cubrió el blanco rostro con las manos: «¡Has conseguido perder a tu pobre hija, padre mío! ¡Tu alma pecadora se ha condenado por culpa de esa bruja! Que Dios te perdone. En cuanto a mí, desdichada, está escrito que no debo seguir viviendo». Mira ahí... -dijo Levko volviéndose hacia Hanna y señalándole con el dedo la vieja mansión-. Mirá ahí: más allá de la casa está la parte más escarpada de la orilla. Desde allí se arrojó al río la muchacha, desapareciendo para siempre de este mundo...

-¿Y la bruja? -le interrumpió Hanna con voz temerosa, mirándole fijamente con los ojos llenos de lágrimas.

-¿La bruja? Las viejas aseguran que a partir de ese día, las noches de luna llena, todas las ahogadas salen del agua y se reúnen en el jardín del centurión para calentarse bajo sus rayos, y que la hija de éste es su superiora. Una noche vio a su madrastra junto al estanque, cayó sobre ella y con un grito la arrastró hasta el río. Pero la bruja no perdió la cabeza; una vez bajo el agua tomó la apariencia de una ahogada y gracias a esa estratagema escapó al látigo de verdes cañas que las otras habían trenzado para azotarla. Pero ¡quién va a creer a las mujeres! También cuentan que la muchacha convoca todas las noches a las ahogadas y las mira a los ojos, tratando de reconocer a la bruja; pero aún no lo ha conseguido. Y cuando cae en sus manos un hombre le obliga a adivinar quién es la bruja, bajo la amenaza de ahogarlo. ¡Eso es lo que cuentan las viejas, querida Halia!... El actual dueño de la casa quiere construir una fábrica de aguardiente en ese lugar, y con ese propósito ha hecho venir a un destilador... Pero oigo voces. Son nuestros amigos, que han terminado ya sus cánticos y vuelven a sus casas. ¡Adiós, Halia! Que duermas bien. Y no pienses en esas historias de mujeres.

Tras pronunciar esas palabras, la abrazó con más fuerza, la besó y se fue.

-¡Adiós, Levko! -dijo Hanna, escrutando con mirada soñadora el sombrío bosque.

Una luna enorme, que parecía de fuego, empezó a recortarse majestuosa sobre la tierra. Sólo había emergido una mitad, pero ya inundaba el mundo entero con una luminosidad solemne. El estanque se cubrió de chispas. La sombra de los árboles comenzó a dibujarse con nitidez entre la oscura verdura.

-¡Adiós, Hanna! - oyó la muchacha a sus espaldas, al tiempo que alguien le daba un beso.

-¡Ya está aquí otra vez! -exclamó ella, dándose la vuelta; pero, al ver a su lado a un muchacho desconocido, se apartó.

-¡Adiós, Hanna! -se oyó de nuevo, y alguien volvió a besarla en la mejilla.

-¡Ya ha traído el diablo a otro! -dijo ella con enfado. - ¡Adiós, querida Hanna!

- ¡Otro más!

-¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós, Hanna! -y le llovieron besos por todas partes.

-¡Pero si hay toda una cuadrilla! -gritó Hanna, apartándose de una multitud de muchachos que se apresuraban a abrazarla a cada cual mejor-. ¿Cómo no se aburren de tanto besuqueo? ¡A lo que se ve, pronto no voy a poder salir de casa!

Tras pronunciar esas palabras, cerró la puerta y ya sólo se oyó el chirrido del cerrojo de hierro.

Librodot

II

EL ALCALDE

¿Sabéis cómo es la noche en Ucrania? ¡No, seguramente no lo sabéis! Fijaos bien: en medio del cielo luce la luna; la inmensa bóveda celeste se ensancha, se hace aún más extensa. Arde y respira. Toda la tierra se cubre de una luz plateada; y el maravilloso aire, fresco y sofocante a un tiempo, lleno de voluptuosidad, transporta un océano de fragancias. ¡Noche divina! ¡Noche deleitosa! Inmóviles, inspirados, los bosques se alzan llenos de penumbra y proyectan a lo lejos sus gigantescas sombras. En los estanques reinan la serenidad y el silencio; sus aguas frías y sombrías soportan el lúgubre encierro de los muros verde oscuro de los jardines. Las virginales frondas de los alisos y de los cerezos hunden temerosamente sus raíces en las aguas heladas de una fuente, y sus follajes susurran a veces, como si les enfadara y les irritara que el viento nocturno, esa inconstante beldad, se acercara a hurtadillas para besarlos. Todo el paisaje duerme. Y por encima, todo respira, todo es mágico, todo está lleno de solemnidad. Del alma se apodera el sentimiento de lo infinito y lo maravilloso; y en su profundidad surgen armoniosamente multitud de plateadas visiones. ¡Noche divina! ¡Noche deleitosa! De pronto todo se anima: los bosques, los estanques y las estepas. Se oye el armonioso trino del ruiseñor ucraniano, y parece como si la misma luna se parara en medio del cielo para escucharlo... La aldea duerme como encantada sobre la colina. A la luz de la luna las casas parecen aún más blancas y brillantes; aún más cegadores se recortan en la penumbra sus bajos muros. Los cantos han cesado. Todo está en silencio. Los hombres honrados ya duermen. Sólo en alguna estrecha ventana todavía hay luz. Sólo junto a la puerta de una *jata* alguna familia retrasada toma su tardía cena.

- ¡El *hopak* no se baila así! Ya me parecía a mí que no salía bien. ¿Qué es lo que dice el compadre?... A ver: ¡hop, tralá! ¡hop, tralá! ¡hop, hop, hop! -Así hablaba consigo mismo un campesino de mediana edad, bastante achispado, mientras bailaba en medio de la calle-. ¡Así no se baila el *hopak*, os lo digo yo! ¡Para qué voy a mentir! ¡No, no se baila así! Vamos a ver: ¡hop, tralá! ¡hop, tralá! ¡hop, hop, hop!

- ¡Ese hombre está mal de la cabeza! Si al menos fuera joven... ¿Pero qué hace un perro viejo bailando por la noche en medio de la calle? ¡Se van a reír de él hasta los niños! -gritó una mujer madura que pasaba por la calle, llevando en las manos un montón de paja-. ¡Vete a tu casa! ¡Hace tiempo que deberías estar durmiendo!

-¡Ya voy! -dijo el campesino, deteniéndose-. Ya voy. No haré caso a ningún alcalde. Pero, ¡qué se ha creído! ¡Que el diablo se le aparezca a su padre! Por ser alcalde y arrojar agua fría a la gente en plena helada se figura que puede hacer cualquier cosa. Bueno, es el alcalde, es el alcalde, de acuerdo. Pero yo soy el alcalde de mí mismo. ¡Que me castigue Dios! ¡Que Dios me castigue! Soy el alcalde de mí mismo. Así es y no... -continuó y, acercándose a la primera *jata* con la que se topó, se detuvo delante de la ventana, pasó los dedos por el cristal y trató de encontrar el picaporte de madera-. ¡Abre, mujer! ¡Vamos, mujer, te estoy diciendo que abras! ¡Ya es hora de que duerma este cosaco!

-¿Adónde vas, Kalenik? ¡Estás llamando a una casa ajena -le gritaron entre risas unas muchachas que volvían de una reunión en la que habían entonado alegres canciones-. ¿Quieres que te indiquemos dónde está la tuya?

- ¡Haced el favor, amables señoritas!

Librodot

-¿Señoritas? ¿Habéis oído? -exclamó una-. ¡Qué cortés es Kalenik! Merece que le mostremos el camino... Pero no, antes tendrá que bailar.

-¿Bailar?... ¡Ah, qué muchachas más traviesas! -dijo Kalenik, arrastrando las palabras, riendo, amenazándolas con un dedo y tambaleándose, pues sus piernas no podían sostenerlo en un mismo sitio-. ¿Y me dejaréis que os bese una por una? ¡A todas, quiero besaros a todas!... -y con pasos inseguros se puso a perseguirlas.

Las muchachas dejaron escapar algunos gritos y armaron un gran alboroto; pero al poco rato, viendo que los pies de Kalenik no se movían con soltura, cobraron ánimo y corrieron al otro lado de la calle.

-¡Allí está tu casa! -le gritaron, alejándose y mostrándole una *isba* mucho más grande que las demás, que pertenecía al alcalde de la villa. Kalenik, siguiendo sus indicaciones, avanzó en esa dirección, al tiempo que volvía a injuriar al alcalde.

¿Quién era ese alcalde que inspiraba rumores y palabras tan contrarias a su buen nombre? ¡Ah, en una aldea el alcalde es siempre un personaje importante! Mientras Kalenik llega al final de su camino, tendremos tiempo suficiente para decir unas palabras sobre él. Todos los habitantes de la aldea se quitan el gorro en cuanto lo ven; y las muchachas, hasta las más jovencitas, le dan los «buenos días». ¡Qué mozo no querría ser alcalde! El alcalde tiene libre acceso a todas las tabaqueras; hasta el campesino más robusto mantiene una actitud respetuosa y conserva el gorro en la mano mientras el alcalde hunde sus gordos y toscos dedos en su tabaquera de madera de tilo. En la Asamblea Regional o *gromada*, a pesar de que su poder se limita a disponer de algunos votos, el alcalde siempre se sale con la suya y envía a quien le parece a igualar y alisar caminos o a cavar zanjas. El alcalde es un hombre sombrío, de aspecto severo, amigo de pocas palabras. Hace mucho, muchísimo tiempo, cuando la gran emperatriz Catalina, de feliz memoria, se trasladó a Crimea, fue elegido para formar parte de su séquito; durante dos días enteros desempeñó esas funciones e incluso tuvo el honor de ir sentado en el pescante junto al cochero de la zarina. Desde entonces, el alcalde había adquirido la costumbre de bajar la cabeza con aire de importancia, como si estuviera sumido en profundos pensamientos, atusarse el largo bigote con las guías hacia abajo y dirigir penetrantes miradas de soslayo; desde entonces, el alcalde, cualquiera que fuera el tema de conversación, siempre encontraba el modo de contar cómo había acompañado a la zarina y se había sentado en el pescante de la carroza imperial. Al alcalde le gusta hacerse el sordo de vez en cuando, especialmente cuando oye algo que no le gusta. El alcalde no soporta la afectación en el vestir: lleva siempre una casaca de paño negro de confección casera y se ciñe con un cinturón de lana de colores; nadie le ha visto nunca con otro atuendo, excepto en aquel viaje a Crimea como acompañante de la zarina, en el que lució un caftán azul de cosaco. Pero en toda la aldea apenas había nadie que recordara esos tiempos; en cuanto al caftán, lo guarda bajo llave en un baúl. El alcalde era viudo; pero en su casa vivía una cuñada que le preparaba la comida y la cena, lavaba los bancos, blanqueaba las paredes, le tejía las camisas y se ocupaba de toda la casa. En la aldea corría el rumor de que esa mujer no era su cuñada; pero ya hemos visto que el alcalde tenía muchos detractores a los que gustaba difundir toda suerte de infundios. Esas habladurías acaso se debieran al disgusto que mostraba la cuñada cada vez que el alcalde iba a los campos en los que trabajaban las segadoras o visitaba a un cosaco que tuviera una hija joven. El alcalde era tuerto; pero el ojo que le quedaba era muy pícaro y podía distinguir desde lejos a una aldeana bonita. No obstante, nunca dirigía la mirada sobre un bello rostro hasta haberse cerciorado de que su cuñada no se encontraba cerca. Ya hemos dicho casi todo lo que es necesario saber sobre el alcalde; pero el borracho Kalenik aún no ha recorrido la mitad de su camino y sigue obsequiando al alcalde con cuantas palabras

Librodot

escogidas le vienen a la perezosa y torpe lengua.

III

UN RIVAL INESPERADO. LA CONSPIRACIÓN

- ¡No, muchachos, no, no quiero! ¡Ya está bien de juergas! ¿Cómo no os aburre tanta francachela? Ya sin eso tenemos fama de alborotadores de la peor especie. Es mejor que os vayáis a dormir -en esos términos se dirigía Levko a sus bulliciosos compañeros, que le proponían nuevas travesuras-. ¡Adiós, hermanos! ¡Buenas noches! -y se alejó de ellos con rápidos pasos.

«¿Estará durmiendo mi Hanna de ojos claros?», pensaba mientras se acercaba a la *jata* rodeada de cerezos que ya conocemos. En medio del silencio se oyó un apagado murmullo. Levko se detuvo. Entre los árboles surgió la blanca mancha de una camisa... «¿Qué significa esto?», pensó, y, aproximándose un poco más, se ocultó detrás de un árbol. A la luz de la luna brillaba el rostro de una muchacha... ¡Era Hanna! Pero ¿quién era el hombre de elevada estatura que le daba la espalda? En vano trataba de identificarlo: la sombra le cubría de pies a cabeza. Sólo por delante estaba levemente iluminado; pero el menor paso en esa dirección exponía a Levko a la desagradable posibilidad de ser descubierto. Se apoyó en silencio en el árbol y decidió no moverse de su sitio. La muchacha pronunció con clara voz su nombre.

-¿Levko? ¡Levko es aún un mocoso! -susurró con voz ronca el hombre de elevada estatura-. Si le encuentro un día en tu casa, le arrancaré el tupé.

-¡Me gustaría saber quién es ese canalla que se jacta de poder arrancarme el tupé! -murmuró Levko, y estiró el cuello, tratando de no perder ni una palabra. Pero el desconocido siguió hablando en voz tan baja que no alcanzó a oír nada.

-¡Cómo no te da vergüenza! -exclamó Hanna cuando el hombre terminó su discurso-. Mientes; tratas de engañarme; no me amas; nunca creeré que me amas.

-Ya sé -continuó el hombre de elevada estatura- que Levko te ha dicho tantas tonterías que la cabeza te da vueltas (en ese momento le pareció al muchacho que la voz del desconocido le resultaba familiar, que ya la había oído antes). ¡Pero se va a enterar ese Levko! -continuó el desconocido en el mismo tono-. Se imagina que no veo todas sus tretas. Pero le voy a hacer probar mis puños a ese hijo de perra.

Al oír esas últimas palabras Levko no pudo contener más su ira. Dio tres pasos hacia él y levantó los brazos con todas sus fuerzas para asestarle un golpe tan tremendo que, a pesar de su visible fortaleza, el desconocido probablemente se habría desplomado; no obstante, en ese momento la luz iluminó su rostro y Levko, estupefacto, se encontró cara a cara con su padre. Sólo con un involuntario movimiento de la cabeza y un leve silbido entre dientes acertó a expresar su sorpresa. A su lado se oyó un susurro; Hanna entró apresuradamente en la *jata* y cerró la puerta tras ella.

- ¡Adiós, Hanna! -gritó en ese momento uno de los muchachos, acercándose a hurtadillas al alcalde y abrazándolo, aunque retrocedió asustado en cuanto sus labios se encontraron con un áspero bigote.

-¡Adiós, hermosa! -gritó otro, pero en esta ocasión un fuerte empujón del alcalde le hizo caer al suelo de cabeza.

Librodot

-¡Adiós, adiós, Hanna! -gritaron algunos muchachos, colgándose de su cuello.

-¡Desapareced de aquí, malditos granujas! -gritó el alcalde, rechazándolos y pateando el suelo-. ¡Cómo voy a ser yo Hanna! ¡Vais a ir con vuestros padres a la horca, hijos del diablo! ¡Se pegan como moscas a la miel! ¡Os voy a dar yo Hanna!...

-¡El alcalde! ¡El alcalde! ¡Es el alcalde! -gritaron los muchachos, y se dispersaron por todas partes.

-¡Vaya con mi padre! -exclamó Levko, recuperándose de su sorpresa y siguiendo con la vista al alcalde, que se alejaba profiriendo juramentos-. ¡Cómo se las gasta! ¡Muy bonito! Y yo que me sorprendía y no dejaba de preguntarme por qué siempre se hacía el sordo cuando le hablaba del asunto. Espera un poco, vejestorio, y ya te enseñaré yo a rondar bajo las ventanas de las muchachas. ¡Ya te enseñaré yo a robar las prometidas ajenas! ¡Eh, muchachos! ¡Venid aquí! ¡Aquí! -gritó, haciendo señas con las manos a los mozos, que se habían reagrupado-. ¡Venid aquí! Os había aconsejado que os fuerais a la cama, pero he cambiado de opinión y estoy dispuesto a divertirme con vosotros durante toda la noche.

-¡Muy bien dicho! -exclamó un muchacho fornido y apuesto, que estaba considerado el mayor juerguista y alborotador de la aldea-. ¡Todo me parece aburrido cuando no consigo divertirme a mis anchas y gastar alguna broma! Me siento como si me faltara algo, como si hubiera perdido la gorra o la pipa; en una palabra, como si no fuera un cosaco.

-¿Queréis que hagamos rabiar al alcalde?

-¿Al alcalde?

-Sí, al alcalde. ¿Qué se ha creído? Nos da órdenes como si fuera un *hetman*. No sólo nos toma por criados suyos, sino que además persigue a nuestras muchachas. Me parece que no hay en la aldea una sola joven bonita a la que no haga la corte.

Comment [Librodot10]:
Jefe militar de los cosacos.

-Es verdad, es verdad -gritaron a una sola voz todos los mozos.

-¿Acaso somos criados, muchachos? ¿Acaso no tenemos todos el mismo rango? ¡Somos, gracias a Dios, cosacos libres! ¡Vamos a demostrarle, muchachos, que somos cosacos libres!

-¡Vamos a demostrárselo! -gritaron los mozos-. ¡Y no sólo al alcalde, sino también al escribano!

-¡También al escribano! Precisamente, se me acaba de ocurrir una bonita canción sobre el alcalde. Vamos, os la enseñaré -continuó Levko, tañendo las cuerdas de su bandurria-. Y una cosa más: ¡disfrazaos con lo primero que encontréis!

-¡Pásatelo bien, cosaco! -exclamó el robusto juerguista, chocando los talones y dando una palmada-. ¡Qué esplendor! ¡Qué libertad! En cuanto uno empieza a hacer diabluras, se diría que vuelven los tiempos de antaño. El corazón se siente ligero y libre, y el alma parece encontrarse en el paraíso. ¡Vamos, muchachos! ¡Divirtámonos!...

Y el grupo se lanzó ruidosamente por las calles. Las piadosas viejas, despertadas por los gritos, abrían las ventanas y se santiguaban con mano soñolienta, diciendo: «¡Bueno, ya se van de juerga los muchachos!».

IV

LOS MUCHACHOS SE DIVIERTEN

Sólo una *jata,* en el fondo de la calle, estaba aún iluminada. Era la morada del alcalde. Hacía tiempo que éste había terminado de cenar y sin duda llevaría un buen rato durmiendo de no haber sido porque tenía un huésped: un destilador enviado a montar una fábrica de aguardiente por un hacendado que poseía algunas tierras entre los campos de los cosacos libres. El huésped estaba sentado bajo los iconos, en el lugar de honor; era un hombre grueso, de baja estatura, con ojillos siempre sonrientes, en los que parecía reflejarse la satisfacción con que fumaba su corta pipa; no paraba de escupir y aplastaba con el dedo el tabaco transformado en ceniza, siempre a punto de desbordarse. Nubes de humo se elevaban veloces por encima de su cabeza, recubriéndolo de una niebla azulada. Parecía como si la ancha chimenea de alguna destilería, aburrida de descansar sobre su tejado, hubiera decidido darse un paseo y sentarse dignamente a la mesa del alcalde. Bajo la nariz asomaban un bigote corto y espeso, pero se distinguía con tanta dificultad en ese ambiente saturado de humo que parecía más bien un ratón que el destilador había atrapado y mantenía en su boca, acabando de ese modo con el monopolio del ambarino gato. El alcalde, en calidad de anfitrión, sólo iba vestido con una camisa y pantalones bombachos de lienzo. Su ojo de águila, como el sol poniente, empezaba poco a poco a parpadear y a apagarse. En el extremo de la mesa, con la casaca puesta por respeto a su patrón, fumaba su pipa uno de los guardias que formaban la milicia del alcalde.

-¿Piensa usted construir pronto esa destilería? -preguntó el alcalde, volviéndose hacia el huésped y haciendo la señal de la cruz sobre su boca para disimular un bostezo.

-Si Dios lo quiere tal vez podamos empezar a fabricar aguardiente este otoño. Estoy dispuesto a apostar que el día de la Intercesión de la Virgen el señor alcalde irá haciendo eses por el camino.

Al pronunciar esas palabras los ojillos del destilador desaparecieron; en su lugar, surgieron unas arrugas que se extendieron hasta sus orejas; todo el torso se vio sacudido por la risa y los alegres labios se apartaron por un instante de la humeante pipa.

-¡Dios le oiga! -exclamó el alcalde, esbozando un gesto semejante a una sonrisa-. Ahora, gracias a Dios, las fábricas de aguardiente son poco numerosas, pero en los viejos tiempos, cuando yo acompañaba a la zarina por la carretera de Pereiaslav, el difunto Bezborodko...

-Pero bueno, hermano, ¿de qué tiempos me hablas? En aquel entonces, desde Kremenchug hasta Romni, no había más que dos fábricas de aguardiente, mientras que ahora... ¿Te has enterado de lo que han inventado esos malditos alemanes? Dentro de poco, según dicen, ya no destilarán alcohol con leña, como hacen todos los cristianos honrados, sino con una especie de vapor diabólico. -Y al pronunciar esas palabras, el destilador contempló con aire pensativo la mesa y sus propias manos, extendidas sobre ella-. ¡No sé cómo puede hacerse eso con vapor!

-Que Dios me perdone, ¡pero qué tontos son esos alemanes! -exclamó el alcalde-. ¡Yo les daría de latigazos a todos esos hijos de perra! ¿Dónde se ha oído que se pueda hervir algo con vapor? Si no puede uno llevarse a la boca una cucharada de *borsch* sin quemarse los labios como un lechón...

Comment [Librodot11]:

Sopa ucraniana a base de remolacha.

-Y tú, compadre -intervino la cuñada, que estaba sentada en el poyo de la estufa con las piernas recogidas-, ¿vas a pasar todo este tiempo entre nosotros sin tu mujer?

- ¿Y para qué la necesito? Si tuviera alguna cualidad, sería otra cosa.

- ¿Acaso no es bonita? - le preguntó el alcalde, mirándole fijamente con su ojo.

- ¡Pero qué dices! Es vieja como un demonio. Tiene toda la jeta arrugada como un

Librodot

monedero vacío. -Y la achaparrada figura del destilador se vio sacudida de nuevo por una fuerte risa.

En ese momento se oyó cómo alguien tanteaba en el picaporte por fuera; a continuación la puerta se abrió y apareció un mujik que atravesó el umbral sin quitarse la gorra y se quedó mirando el techo con aire pensativo y la boca abierta. Era nuestro amigo Kalenik.

-¡Por fin me encuentro en casa! -exclamó, sentándose en el banco que había junto a la puerta, sin prestar la menor atención a los presentes-. ¡Cómo me ha alargado el camino ese miserable de Satanás! ¡Por más que andaba, no había manera de llegar! Parecía como si alguien me hubiera roto las piernas. Eh, vieja, vete a buscarme la pelliza para que me acueste. No me subiré a la estufa junto a ti, te lo aseguro. ¡Me duelen las piernas! Vete a buscármela. Está ahí, junto a la pared; pero procura no tirar la olla con el tabaco picado. Pero no, no la toques, más vale que no la toques. Puede que hoy estés borracha... Deja, yo mismo la cogeré.

Kalenik hizo intención de levantarse, pero una fuerza irresistible le mantenía pegado al banco.

-Esto me gusta -dijo el alcalde-: ¡llega a una casa ajena y se comporta como si estuviera en la suya! ¡Sacadlo de aquí sin contemplaciones!

-¡Déjalo que descanse, compadre! -exclamó el destilador, cogiéndolo por el brazo-. Es un hombre útil; si hubiera mucha gente como él, nuestra fábrica de aguardiente marcharía a las mil maravillas...

No obstante, no había sido la bondad la que había inspirado esas palabras. El destilador creía en todos los presagios y, en su opinión, expulsar a un hombre que ya se había sentado significaba atraerse una desgracia segura.

-¡Qué será de mí cuando llegue la vejez! -balbuceaba Kalenik, mientras se acostaba en el banco-. Si al menos estuviera borracho; pero no, no estoy borracho. ¡Dios es testigo de que no estoy borracho! ¿Para qué voy a mentir? Estoy dispuesto a declararlo ante el alcalde en persona. ¿Qué me importa a mí el alcalde? ¡Ojalá reviente ese hijo de perra! ¡Escupo sobre él! ¡Ojalá le aplaste una carreta a ese diablo tuerto! Bañar a las gentes con agua fría en pleno invierno...

- ¡Vaya! El muy cerdo se mete en una casa ajena y encima pone las patas sobre la mesa -exclamó el alcalde, levantándose con indignación; pero en ese mismo instante, una pesada piedra hizo añicos el vidrio de la ventana y rodó hasta sus pies. El alcalde se detuvo-. ¡Si supiera quién es el canalla que la ha lanzado -dijo, recogiendo la piedra-, le iba a dar una buena lección! ¡Vaya unas gamberradas! -continuó, examinando con mirada colérica la piedra que tenía entre las manos-. Ojalá se atragante con ella...

-¡Calla, calla! ¡Que Dios te guarde, compadre! -exclamó el destilador, palideciendo-. ¡Que Dios te guarde en este mundo y en el otro de desear esos males a tus semejantes!

-¿Acaso vas a defenderle? ¡Ojalá reviente!

- ¡Ni se te ocurra pensarlo, compadre! Probablemente no sabes lo que le ocurrió a mi difunta suegra.

- ¿A tu suegra?

-Sí, a mi suegra. Una noche, quizás algo más temprano que ahora, todos se sentaron a la mesa para cenar: mi difunta suegra, mi difunto suegro, el criado, la criada y unos cinco o seis niños. Mi suegra había retirado del caldero algunas galushkas y las había puesto en una escudilla para que se enfriaran más deprisa, pero después del trabajo todos estaban hambrientos y ninguno quería esperar a que se enfriaran, de modo que, pinchándolas con largos palillos de madera, empezaron a comer. De pronto apareció un hombre -vaya usted a

saber de dónde venía y quién era- y pidió que se le permitiera compartir la comida. ¿Cómo no dar de comer a un hambriento? Le entregaron un palillo, y el extraño empezó a comer *galushkas* como una vaca el heno. Los demás sólo habían tenido tiempo de comer una y se aprestaban a coger otra con el palillo, cuando se encontraron con que el fondo estaba tan liso como el suelo de la casa de un señor. Mi suegra trajo algunas más, pensando que el visitante ya se habría saciado y comería menos. Pero no fue así. Se puso a comer todavía con más ganas y no tardó en vaciar esa segunda escudilla. «Ojalá te atragantes con esas galushkas», se dijo para sí mi hambrienta suegra, y en ese mismo momento el hombre se atragantó y cayó al suelo. Todos se precipitaron sobre él, pero ya estaba muerto. Se había ahogado.

-Eso es lo que se merecía ese maldito glotón -exclamó el alcalde.

-Así es, pero no acabó ahí la cosa: desde ese día mi suegra no tuvo un minuto de paz. En cuanto caía la noche, se le aparecía el muerto. Se sentaba sobre la chimenea, el maldito, con una galushka entre los dientes. Durante el día todo estaba tranquilo, y no había ni rastro de él; pero en cuanto oscurecía, bastaba con levantar los ojos para verlo, al muy hijo de perra, sentado en la chimenea.

-¿Con una *galushka* entre los dientes?

-Así es.

-¡Vaya una historia, compadre! En tiempos de la difunta zarina oí contar algo parecido...

Nada más pronunciar esas palabras, el alcalde se detuvo. Bajo la ventana se oyeron algunos ruidos y taconeos de baile. Alguien tañó con suavidad las cuerdas de una bandurria; luego se oyó una voz. Las cuerdas sonaron con mayor fuerza; otras voces acompañaron a la primera, y la canción se elevó en una suerte de torbellino:

Muchachos, ¿no habéis oído que le falta algún tornillo al alcalde en la cabeza?
Se le mueve y no está quieta. Clávale cercos de acero en la testa, tonelero.
Rocíala, tonelero, con estacazos certeros.

Nuestro alcalde es viejo y tonto,
tuerto, necio y peina canas,
caprichoso y lujurioso
y corteja a las muchachas...
¿Qué buscas entre nosotros
si estás con un pie en el hoyo?
Cogedle por el cogote,
por el cuello y el bigote.

-¡Bonita canción, compadre! -exclamó el destilador, inclinando levemente la cabeza y volviéndose hacia el alcalde, que se había quedado perplejo ante tanta insolencia-. ¡Muy bonita! La única pega es que las palabras dedicadas al alcalde no son del todo convenientes... -y el destilador volvió a poner las manos sobre la mesa, con una especie de tierna dulzura en la mirada, y se dispuso a seguir escuchando, pues bajo la ventana se oían carcajadas y gritos: «¡Más! ¡Más!».

No obstante, un ojo perspicaz habría constatado enseguida que la inmovilidad del alcalde no se debía a la estupefacción. Su actitud era la de un viejo y experimentado gato que permite a un inexperto ratón correr junto a su cola, mientras improvisa un rápido plan para cortarle la retirada a su madriguera. El único ojo del alcalde seguía fijo en la ventana,

Librodot

mientras su mano, con la que había hecho una señal al guardia, se había apoyado ya en el picaporte de madera de la puerta. De pronto se produjo un griterío en la calle... El destilador, entre cuyas numerosas virtudes se encontraba también la curiosidad, se apresuró a llenar su pipa de tabaco y salió corriendo a la calle, pero los gamberros ya se habían dispersado.

- ¡No, no te escaparás de mí! -gritaba el alcalde, arrastrando de la mano a un hombre vestido con una pelliza negra de piel de cordero vuelta del revés. El destilador acudió corriendo y se acercó para ver el rostro de ese perturbador de la paz, pero retrocedió confundido en cuanto distinguió una barba larga y una cara terriblemente pintarrajeada-. No, no te escaparás de mí -gritaba el alcalde, que seguía empujando hacia la entrada a su prisionero, aunque éste no oponía la menor resistencia y le seguía tranquilamente, como si se dirigiera a su propia casa-. Karpo, abre el granero -dijo el alcalde al guardia-. ¡Vamos a meterlo en el granero oscuro! Después despertaremos al escribano, reuniremos a los demás guardias, atraparemos a todos esos alborotadores y hoy mismo dictaremos una resolución contra ellos.

El guardia hizo tintinear un pequeño candado suspendido de la puerta y abrió el granero. En ese momento el prisionero, aprovechándose de la oscuridad del lugar y haciendo gala de una fuerza poco común, se liberó de las manos del alcalde.

-¿Adónde vas? -le gritó el alcalde, agarrándolo del cuello con mayor fuerza.

-¡Déjame, soy yo! -dijo el prisionero con una voz muy fina.

- ¡Pierdes el tiempo, pierdes el tiempo, hermano! ¡Puedes hacerte pasar por una mujer, e incluso por el diablo, pero no me engañarás! -y le empujó al interior del oscuro granero con tanta fuerza que el pobre prisionero cayó al suelo y lanzó un gemido; luego, en compañía del guardia, el alcalde se dirigió a casa del escribano, seguido por el destilador, que levantaba tanto humo con su pipa como un barco de vapor.

Los tres iban con la cabeza baja, sumidos en sus propios pensamientos, cuando de pronto, al entrar en un oscuro callejón, un fuerte golpe en la frente les hizo gritar al unísono, mientras alguien les respondía con un grito similar. El alcalde, guiñando su único ojo, reconoció con estupefacción al escribano, que avanzaba en compañía de dos guardias.

-Precisamente me dirigía a tu casa, señor escribano.

-Y yo a la de su excelencia, señor alcalde.

-Están pasando cosas muy raras, señor escribano.

-Así es, señor alcalde.

- ¿Qué sucede?

- ¡Los muchachos se han vuelto locos! Van en grupos por las calles cometiendo toda clase de desórdenes. Honran a su excelencia con tales lindezas que da vergüenza repetirlas; ni siquiera un borracho se atrevería a pronunciarlas con su lengua impura.

El escribano, un hombre delgaducho, con pantalones bombachos de dril y un chaleco del color de la levadura, acompañaba sus palabras con movimientos del cuello, que estiraba y luego volvía a encoger.

-Estaba a punto de quedarme dormido, cuando esos malditos granujas me levantaron de la cama con sus desvergonzadas canciones y sus ruidos. Quise darles un escarmiento, pero mientras me ponía los pantalones y el chaleco se dispersaron por todas partes. No obstante, hemos atrapado al principal culpable. Ahora mismo está canturreando en la *jata* en la que encerramos a los presos. Ardía en deseos de saber quién es ese pájaro, pero tiene la cara tan pintarrajeada de hollín como el diablo que forja los clavos para los pecadores.

Librodot

-¿Y cómo va vestido, señor escribano?

-Ese hijo de perra lleva una pelliza negra vuelta del revés, señor alcalde.

-¿No estarás mintiendo, señor escribano? Precisamente tengo a ese granuja encerrado en mi granero.

-No, señor alcalde. Es usted el que se equivoca, dicho sea sin ofender.

- ¡Traed luz! ¡Vamos a verlo!

Acercaron una luz, abrieron la puerta y el alcalde lanzó un grito de sorpresa al ver ante sí a su cuñada.

-Dime, por favor -le abordó ella-, ¿es que has perdido el juicio por completo? ¿Había una pizca de cerebro en tu cabeza de tuerto cuando me arrojaste en el granero oscuro? Menos mal que no me di en la cabeza con ese gancho de hierro. ¿Acaso no te grité que era yo? ¡Me cogiste, maldito oso, con tus garras de hierro y me empujaste! ¡Ojalá te empujen así los diablos en el otro mundo!

Esas últimas palabras fueron pronunciadas ya en la calle, adonde la había conducido alguna razón personal.

-¡Sí, ya veo que eres tú! -exclamó el alcalde, recobrando su humor habitual-. ¿Qué dices tú, señor escribano? ¿No es un canalla ese maldito granuja?

-Un canalla, señor alcalde.

-¿No es hora de darles una buena lección a todos esos haraganes y obligarles a que se ocupen de cosas serias?

-Ya lo creo que sí, señor alcalde.

-Los muy estúpidos se han creído... ¡Diablos! Me ha parecido oír gritar a mi cuñada en la calle. Los muy estúpidos se han creído que están a mi altura. ¡Piensan que soy un compañero suyo, un simple cosaco! -La tosecilla y la mirada de soslayo que siguieron a esas palabras dieron a entender que el alcalde se disponía a hablar de algo importante. En el año mil... Esas malditas fechas; aunque me mataran no lograría recordarlas; bueno, en la época a que me refiero, el comisario de entonces, Ledachi, recibió la orden de elegir entre los cosacos al más avisado de todos. ¡Oh! (el alcalde pronunció ese «¡oh!» levantando un dedo). ¡El más avisado de todos!... para que escoltara a la zarina... Yo, entonces...

- ¡No es necesario que siga! Ya conocemos esa historia, señor alcalde. Todo el mundo sabe cómo se ganó usted el favor de la zarina. Pero ahora debe reconocer que yo tenía razón: ha cargado su conciencia con un pecado leve al decir que había atrapado a ese granuja de la pelliza vuelta del revés.

-En cuanto a ese diablo de la pelliza vuelta, habrá que darle un buen escarmiento que sirva de advertencia a los demás: que le pongan cadenas en los pies y se le aplique un castigo ejemplar. ¡Así aprenderán a respetar la autoridad! ¿Acaso no es el zar quien designa al alcalde? Después nos ocuparemos de los otros muchachos. No he olvidado que esos malditos granujas soltaron en mi huerto un rebaño de cerdos que se comieron todas mis coles y pepinillos. No he olvidado que esos hijos de Satanás se negaron a moler mi trigo. No he olvidado... Pero que se vayan al diablo; lo que ahora necesito saber es quién es ese canalla de la pelliza del revés.

-¡Por lo que veo es un pájaro de cuenta! -dijo el destilador, cuyas mejillas, durante todo el tiempo que duró esa conversación, no dejaron de llenarse de humo, como un cañón de guerra, mientras los labios, al soltar la corta pipa, se convertían en un verdadero surtidor de nubes-. En cualquier caso, no estaría mal tener un hombre como ése en la fábrica de aguardiente; aunque lo mejor sería colgarlo en lo alto de un roble como un farol.

Librodot

Semejante agudeza no pareció completamente estúpida al destilador, pues en ese mismo instante, sin esperar el asentimiento de los otros, decidió recompensarse con una ronca risa.

Poco después se aproximaron a una pequeña *jata* medio derruida; la curiosidad de nuestros paseantes iba en aumento. Todos se agolparon ante la puerta. El escribano sacó una llave que tintineó junto a la cerradura; pero era la de su baúl. La impaciencia crecía. El escribano empezó a rebuscar en las ropas y a lanzar juramentos, pues no lograba encontrarla. «¡Aquí está!», dijo por fin, inclinándose y sacándola de las profundidades de uno de los vastos bolsillos que adornaban sus pantalones bombachos de dril. Al oír esas palabras, los corazones de nuestros héroes parecieron fundirse en uno solo, y ese corazón inmenso empezó a palpitar con tanta fuerza que ni siquiera el chirrido de la cerradura consiguió sofocar su irregular latido. La puerta se abrió y... el alcalde se puso tan pálido como una sábana; el destilador sintió un escalofrío y sus cabellos se erizaron como si tuvieran intención de salir volando; en el rostro del escribano se dibujó una expresión de terror; los guardias quedaron clavados al suelo, sin poder cerrar las bocas, que se habían abierto al unísono: ¡ante ellos estaba la cuñada del alcalde!

Aunque la mujer parecía tan sorprendida como ellos, se recuperó un poco e hizo intención de aproximarse.

-¡Alto! -gritó el alcalde con voz salvaje, y le cerró la puerta en las narices-. ¡Señores! ¡Es Satanás! -continuó-.

¡Fuego! ¡Rápido, que prendan fuego! ¡No me da pena de esta jata, aunque sea un bien público! ¡Quemadla, quemadla, para que no quede del diablo ni los huesos!

La cuñada, que había oído el veredicto desde el otro lado de la puerta, lanzaba gritos de terror.

-¡Pero qué estáis haciendo, hermanos! -dijo el destilador-. Gracias a Dios peináis ya canas, pero por lo visto no habéis aprendido nada: una llama ordinaria no basta para quemar a una bruja. Sólo el fuego de una pipa puede abrasar a una hechicera. ¡Esperad, ahora mismo lo arreglaré todo!

Tras pronunciar esas palabras, vació las cenizas ardientes de la pipa en un montón de paja y empezó a soplar sobre la llama. En ese momento la desesperación dio ánimos a la pobre cuñada, que empezó a suplicar con fuertes voces, tratando de sacarles de su error.

- ¡Esperad, hermanos! ¿Por qué arriesgarse a cometer un pecado en vano? Tal vez no se trate de Satanás -exclamó el escribano-. Si la criatura que está ahí metida acepta santiguarse, será una señal segura de que no es el diablo.

La proposición fue aprobada.

-¡Apártate de mí, Satanás! -continuó el escribano, pegando los labios a una hendidura de la puerta-. ¡Si no te mueves de tu sitio, abriremos la puerta!

Abrieron la puerta.

-¡Santíguate! -exclamó el alcalde, mirando hacia atrás, como buscando un lugar seguro por si fuera necesario salir corriendo.

La cuñada se santiguó.

- ¡Qué diablos! ¡Es mi cuñada!

-¿Qué fuerza maligna te ha arrastrado a este cuchitril, comadre?

Entonces la cuñada contó entre sollozos que los mozos la habían asaltado en plena calle, la habían hecho pasar por la ancha ventana de la jata, a pesar de su oposición, y la habían encerrado clavando un postigo. El escribano echó un vistazo: en efecto, los goznes del amplio postigo habían sido arrancados y éste sólo estaba fijo a la parte de arriba por medio de

una barra de madera.

-¡Bueno estás tú, Satanás de un solo ojo! -gritó la mujer, avanzando hacia el alcalde, que retrocedió unos pasos sin apartar de ella la mirada-. Ya he visto cuáles eran tus intenciones: estabas deseando quemarme viva para poder cortejar libremente a las muchachas. ¡Para que nadie viera las tonterías de un abuelo canoso! ¿Acaso crees que no sé qué has estado hablando esta noche con Hanna? ¡Oh! Lo sé todo. No es fácil engañarme, y no será un cabeza de chorlito como tú quien lo consiga. He tenido mucha paciencia, pero no te quejes si...

Al tiempo que pronunciaba esas palabras, mostró el puño y se alejó con grandes pasos, dejando estupefacto al alcalde. «Seguramente el diablo ha intervenido en todo esto», pensó, rascándose con fuerza la coronilla.

-¡Lo hemos atrapado! -gritaron los guardias, entrando en ese momento.

-¿A quién? -preguntó el alcalde.

-Al diablo de la pelliza del revés.

- ¡Traedlo aquí! -gritó el alcalde, cogiendo de las manos al prisionero cuando lo tuvo delante-. Os habéis vuelto locos: ¡si es el borracho Kalenik!

- ¡Maldición! ¡Lo teníamos en nuestro poder, señor alcalde! -contestaron los guardias-. Pero en el callejón nos rodearon esos malditos muchachos, se pusieron a bailar, nos zarandearon, nos sacaron la lengua, trataron de arrebatarnos al prisionero... ¡Que el diablo se los lleve!... ¡Sólo Dios sabe cómo hemos cogido a este pájaro de mal agüero en lugar del otro!

-Por el poder de que estoy investido y en nombre de toda la comunidad -dijo el alcalde- ordeno que se atrape inmediatamente a ese bandido, así como a todos los que se encuentren en la calle, y que me los traigan para ser juzgados.

-¡Piedad, señor alcalde! -gritaron algunos guardias, haciendo profundas reverencias-. Deberías haber visto esas caras: que nos castigue Dios si, desde que nacimos y fuimos bautizados, hemos visto alguna vez unas jetas tan repugnantes. Pueden asustar de tal modo a un hombre de bien que después no habrá mujer que se atreva a verter el *perepoloj*.

- ¡Os voy a dar yo *perepoloj!* ¿Qué pasa? ¿Os negáis a obedecerme? ¿Estáis confabulados con ellos? ¿Os amotináis? ¿Qué significa esto?... ¿Eh, qué significa esto?... Vosotros... ¡Voy a llevar el asunto ante el comisario! ¡En este mismo momento! ¿Me oís? ¡En este mismo momento! ¡Corred! ¡Volad como pájaros! Os voy... Me vais...

Todos se dispersaron.

V

LA AHOGADA

Sin preocuparse de nada, sin inquietarse de los perseguidores mandados en su busca, el culpable de todo ese alboroto se aproximaba con lentos pasos a la vieja casa levantada junto al estanque. No creo necesario aclarar que se trataba de Levko. Llevaba abierta su pelliza negra y tenía la gorra en la mano. El sudor le caía a chorros. El bosque de arces, sombrío y majestuoso, destacaba como una masa oscura a la luz de la luna. Un soplo de aire fresco, procedente del estanque inmóvil, acarició al fatigado caminante, incitándole a descansar junto

Librodot

a la orilla. Todo estaba en silencio; sólo en la profunda espesura se oía el canto de un ruiseñor. Una invencible somnolencia le cerraba los ojos; sus cansados miembros se volvieron más pesados y rígidos. El joven inclinó la cabeza... «No, a este paso, voy a quedarme aquí dormido», dijo, levantándose y frotándose los ojos. Miró a su alrededor: la noche le pareció aún más brillante. Un extraño y mirífico resplandor se entreveraba con el destello de la luna. Nunca había visto nada semejante. Una niebla plateada flotaba por los alrededores. El aroma de los manzanos floridos y de las flores nocturnas se difundía por toda la tierra. Levko miraba con asombro las aguas inmóviles del estanque: la vieja casa señorial se reflejaba en ellas boca abajo, pura e investida de una diáfana majestuosidad. En lugar de sombríos postigos, se veían alegres cristales en ventanas y puertas. A través de los vidrios transparentes se vislumbraban algunos dorados. De pronto le pareció que una de las ventanas se abría. Conteniendo el aliento, sin moverse y sin apartar los ojos del estanque, se sintió transportado a las profundidades y vio, primero, un brazo blanco en la ventana, y más tarde, apoyado en él, una bonita cabeza de brillantes ojos, que centelleaban dulcemente entre ondas de cabellos castaños. También advirtió que la muchacha sacudía levemente la cabeza, agitaba los brazos, sonreía... El corazón del hombre empezó a latir con fuerza... El agua tembló y la ventana volvió a cerrarse. Levko se apartó en silencio del estanque y contempló la casa: los sombríos postigos estaban abiertos; los vidrios resplandecían a la luz de la luna. «Qué poco hay que fiarse de las habladurías de las gentes», se dijo. «La casa parece nueva; los colores son tan vivos como si la hubieran pintado hoy mismo. Alguien debe habitarla», y se acercó sin hacer ruido, pero en la casa todo era silencio. Los armoniosos trinos de los ruiseñores resonaban fuertes y sonoros, y cuando llegaban a la cumbre del deleite y empezaban a languidecer, se oía el susurro y el rumor de los grillos o el zumbido de un ave de los pantanos, que golpeaba con su resbaladizo pico el vasto espejo de las aguas. Un sentimiento de suave quietud y de bienestar se apoderó del corazón de Levko. Afinó su bandurria y se puso a tocar y a cantar:

¡Oh luna, luna mía!
¡Oh, tú, brillante estrella! ¡Ilumina la casa
de mi hermosa doncella!

La ventana se abrió en silencio y la misma muchacha cuyo reflejo había contemplado en el estanque se asomó a ella y prestó oídos a la canción. Sus largas pestañas casi ocultaban sus ojos. Estaba tan pálida como un lienzo, como la luz de la luna. ¡Era una muchacha maravillosa y muy bella! De pronto se echó a reír... Levko se estremeció.

-¡Cántame una canción, joven cosaco! -dijo ella en voz baja, inclinando la cabeza y bajando ya del todo sus espesas pestañas.

-¿Qué canción quieres que te cante, mi bella señorita? Unas lágrimas silenciosas rodaron por su pálido rostro.

-Muchacho -dijo ella, y en sus palabras había un matiz inefable y conmovedor-. ¡Muchacho, encuentra a mi madrastra! Te daré todo lo que me pidas. Serás recompensado.

Te entregaré ricos y espléndidos presentes. Tengo bocaman**gas** bordadas de seda, corales, collares. Te regalaré un cinturón guarnecido de perlas. También tengo oro... ¡Muchacho, encuentra a mi madrastra! Es una horrible bruja: en vida no me concedió un instante de paz. Me atormentaba, me hacía trabajar como una simple campesina. Mira mi cara: ha borrado el rubor de mis mejillas con sus sortilegios impuros. Mira mi blanco cuello: ¡no se quitan! ¡No se quitan! ¡Nada podrá borrar esas manchas azules de sus garras de hierro! Mira mis blancos pies: han caminado mucho, pero no por alfombras, sino por la ardiente arena, por la tierra húmeda, por las espinosas zarzas. Mira mis ojos, míralos: las lágrimas les impiden ver... ¡Encuéntrala, muchacho! ¡Encuentra a mi madrastra!

Librodot

Su voz, que empezaba a subir de tono, de pronto se interrumpió. Arroyos de lágrimas resbalaban por su pálido rostro. Un sentimiento angustioso, mezcla de tristeza y amargura, oprimía el pecho del muchacho.

-¡Estoy dispuesto a todo por ti, bella mía! -exclamó con sincera emoción-. Pero ¿cómo conseguiré encontrarla?

-¡Mira, mira! -dijo ella con atropellada voz-. ¡Allí está, jugando al corro en la orilla con mis muchachas y calentándose a la luz de la luna! Es muy astuta y artera. Ha tomado el aspecto de una ahogada; pero yo sé, percibo que está aquí. Su presencia me sofoca, me ahoga. Me impide nadar con la ligereza y la libertad de un pez. Me hundo y me voy al fondo como una llave. ¡Encuéntrala, muchacho!

Levko contempló la ribera: en medio de la fina niebla plateada había unas muchachas ligeras como sombras, vestidas con camisas tan blancas como los lirios que cubrían el prado; collares de oro, gargantillas y ducados brillaban en sus cuellos; pero estaban pálidas. Sus cuerpos parecían compuestos de nubes transparentes y como atravesados por la luminosidad plateada de la luna. A medida que bailaban, las muchachas que conformaban el corro se iban aproximando a él. Se oyeron algunas voces.

-¡Al cuervo, vamos a jugar al cuervo! -gritaron todas, levantando un rumor semejante al de los juncos en la ribera, cuando son acariciados por los aéreos labios del viento en la serena hora del crepúsculo.

-¿Quién hará de cuervo?

Lo echaron a suertes y una muchacha se separó del grupo. Levko la miró con atención. En nada se diferenciaba de las otras: idénticos eran su rostro, su vestido y toda su apariencia; pero se advertía que interpretaba a regañadientes su papel. El grupo se estiró en una larga fila y empezó a huir de los ataques de su rapaz enemigo.

-¡No, no quiero ser cuervo! -dijo la muchacha, completamente agotada-. ¡Me da pena arrebatarle los polluelos a sus pobres madres!

«Tú no eres la bruja», pensó Levko.

-Entonces, ¿quién hará de cuervo?

Las muchachas se preparaban de nuevo para echarlo a suertes.

-¡Yo seré el cuervo! -dijo una de ellas.

Levko la examinó atentamente. Perseguía a las otras con movimientos rápidos y audaces y se lanzaba a un lado y a otro para capturar a su presa. Levko advirtió que su cuerpo no era tan transparente como el de las otras: en su interior se veía algo negro. De pronto se oyó un grito: el cuervo se había lanzado sobre una de las muchachas y la había capturado. A Levko le pareció que sus manos se transformaban en garras y que en su rostro se dibujaba una alegría maligna.

- ¡Ésa es la bruja! -dijo, señalándola de pronto con el dedo y volviéndose hacia la casa.

La señorita se echó a reír y las muchachas, dando gritos, cogieron a la que había representado el papel de cuervo.

-¿Con qué puedo recompensarte, muchacho? Sé que no necesitas oro: estás enamorado de Hanna, pero tu severo padre te impide casarte con ella. Ya no se interpondrá más. Toma, dale este billete.

La muchacha extendió su blanca mano, y su rostro se iluminó y brilló con una prodigiosa claridad... Sintiendo que una agitación inexplicable se apoderaba de él y que su corazón latía con todas sus fuerzas, el muchacho cogió el papel y... se despertó.

Librodot

VI

EL DESPERTAR

-¿Habrá sido todo un sueño? -se dijo Levko, levantándose del pequeño montículo en que estaba sentado-. ¡Parecía todo tan real como la vida!... ¡Qué prodigio! ¡Qué prodigio! -repitió, mirando a su alrededor.

La luna, que se había detenido sobre su cabeza, marcaba la medianoche; todo era silencio en el lugar; desde el estanque llegaba una fresca brisa; ante él se alzaba la triste y vieja casa con los postigos cerrados; el musgo y la maleza mostraban que llevaba mucho tiempo deshabitada. Levko abrió la mano, que durante todo el sueño había mantenido fuertemente cerrada, y lanzó un grito de estupefacción cuando advirtió que en ella había un billete: «¡Ah, si supiera leer!», pensó, examinándolo por todas partes. En ese instante oyó un ruido a sus espaldas.

- ¡No tengáis miedo! ¡Cogedlo ahora mismo! ¡No hay de qué asustarse! Somos diez. ¡Estoy seguro de que es un hombre y no un diablo! -así gritaba el alcalde a sus compañeros; poco después Levko se vio cogido por varias manos, algunas de las cuales temblaban de miedo-. ¡Vamos, amigo, quítate esa horrible careta! ¡Deja ya de burlarte de la gente! -dijo el alcalde, agarrándole de las solapas; pero nada más verlo, se quedó atónito, mientras su único ojo parecía querer salirse de su órbita-. ¡Es Levko, mi hijo! -gritó, retrocediendo con asombro y dejando caer los brazos-. ¡Eres tú, hijo de perra! ¡Engendro del diablo! ¡Y yo que me preguntaba quién sería el canalla, el demonio disfrazado que inventaba todas esas jugarretas! ¡Y resulta que eras tú el que se estaba atragantando en la garganta de tu padre como una gelatina mal cocida! ¡Eras tú el que organizaba esos tumultos en la calle, el que componía esas canciones...! ¡Vaya, vaya con Levko! ¿Qué significa esto? A lo que parece, te pica ya la espalda. ¡Atadle!

- ¡Espera, padre! Me han ordenado que te entregue este billete -dijo Levko.

- ¡No es momento para billetes, querido! ¡Atadlo! -¡Espere, señor alcalde! -exclamó el escribano, desplegando la nota-: es la letra del comisario.

-¿Del comisario?

-¿Del comisario? -repitieron maquinalmente los guardias.

«¿Del comisario? ¡Qué raro! ¡Cada vez entiendo menos!» -pensó Levko.

-¡Léela, léela! -exclamó el alcalde-. ¿Qué escribe el comisario?

-¡Oigamos lo que dice el comisario! -dijo el destilador, que mantenía la pipa entre los dientes mientras le prendía fuego.

El escribano carraspeó y empezó a leer:

- «Orden para el alcalde Evtuj Makogónenko. Ha llegado a nuestro conocimiento que tú, viejo tonto, en lugar de recaudar impuestos atrasados y mantener la aldea en orden, has perdido el juicio y cometes todo tipo de vilezas...».

-¡Por Dios! -le interrumpió el alcalde-. ¡No oigo nada!

El escribano empezó desde el principio:

-«Orden para el alcalde Evtuj Makogónenko. Ha llegado a nuestro conocimiento que tú, viejo ton...».

-¡Para, para! ¡No es necesario que sigas! -gritó el alcalde-: aunque no he oído nada, sé

Librodot

que no es eso lo importante. ¡Lee más adelante!

-«Por consiguiente, te ordeno que cases enseguida a tu hijo, Levko Makogónenko, con Hanna Petríchenkova, joven cosaca de la misma aldea, y también que repares los puentes de la carretera principal y que no prestes los caballos de los vecinos a los funcionarios del tribunal sin mi consentimiento, aunque vengan directamente de la Audiencia. Si a mi llegada esta orden no ha sido cumplida, toda la responsabilidad recaerá sobre ti. El comisario, teniente retirado Kozmá Derkach-Drishpanovski.»

-¡Vaya! -dijo el alcalde, con la boca abierta-. Ya habéis oído: de todo será responsable el alcalde; por tanto, tenéis que obedecerme. ¡Obedecer sin rechistar! Si no, no me pidáis... En cuanto a ti -añadió, dirigiéndose a Levko-, ya que el comisario lo ordena (aunque me sorprende que este asunto haya llegado a su conocimiento), te casaré; pero antes te haré probar mi látigo; ya sabes, el que está colgado en la pared, junto al rincón de los iconos. Mañana le voy a quitar el polvo... ¿Dónde te han entregado ese billete?

Levko, a pesar de la sorpresa causada por ese giro inesperado de los acontecimientos, tuvo el ingenio suficiente para improvisar una respuesta y ocultar el verdadero modo en que se había hecho con aquel papel.

-Ayer por la tarde -contó- fui a la ciudad y me encontré con el comisario en el momento en que éste salía de su calesa. Al enterarse de que soy natural de la aldea, me dio esta nota y me ordenó decirte que a su vuelta se quedaría a cenar en nuestra casa.

-¿Dijo eso?

- Sí.

-¿Habéis oído? -dijo el alcalde con aire de importancia, volviéndose hacia sus compañeros-: el comisario en persona va a venir a cenar a nuestra casa, quiero decir a mi casa. ¡Oh! -en ese momento el alcalde levantó el dedo e inclinó ligeramente la cabeza, como si prestara atención a algún ruido-. El comisario, ¿lo habéis oído? ¡El comisario va a venir a comer a mi casa! ¿Qué te parece, señor escribano? ¿Y a ti, compadre? Es un gran honor, ¿no os parece?

-Que yo recuerde -comentó el escribano-, el comisario nunca se ha quedado a cenar en casa de ningún alcalde.

-¡Es que hay alcaldes y alcaldes! -exclamó con aire satisfecho el regidor. Su boca se torció y de sus labios salió una especie de risa pesada y ronca, semejante al estrépito de un trueno lejano-. ¿Qué piensas tú, señor escribano? Para agasajar a ese ilustre huésped, ¿no convendría ordenar que cada vecino trajera al menos un pollo, una pieza de tela y alguna otra cosa... ¿No?

- ¡Me parece muy oportuno, señor alcalde!

-¿Y cuándo será la boda, padre? -preguntó Levko.

-¿La boda? ¡Te voy a dar yo boda!... Bueno, en honor de nuestro ilustre huésped... el pope os casará mañana. ¡Al diablo con vosotros! ¡Al menos el comisario verá cómo trabaja un funcionario escrupuloso! ¡Y ahora, muchachos, a dormir! ¡Marchaos a vuestras casas!... Los acontecimientos de este día me traen a la memoria aquellos tiempos en que yo... -al pronunciar esas últimas palabras el alcalde, según su costumbre, miró de soslayo con aire de importancia y complicidad.

-Bueno, ahora el alcalde empezará a contar cómo acompañó a la zarina -dijo Levko, y con pasos rápidos y alegres se dirigió a la jata rodeada de pequeños cerezos que ya conocemos. «Que Dios te acoja en su reino, hermosa y buena doncella», pensaba. «¡Ojalá en el

Librodot

otro mundo puedas sonreír eternamente entre los ángeles celestiales! A nadie le hablaré del prodigio de esta noche; sólo a ti, Halia, te lo contaré. ¡Sólo tú me creerás y rezarás conmigo por el eterno descanso de la desdichada ahogada!»

En ese momento llegó ante la jata; la ventana estaba abierta; los rayos de la luna penetraban por ella y caían sobre la dormida Hanna; su cabeza se apoyaba en la mano; las mejillas mostraban un suave rubor; los labios se movían y pronunciaban confusamente el nombre de Levko. «¡Duerme, amada mía! Sueña con todas las cosas hermosas que hay en el mundo; pero ni siquiera ese sueño será más hermoso que nuestro despertar.»

Después de hacer la señal de la cruz sobre ella, cerró la ventana y se alejó en silencio. Al cabo de unos minutos, todos dormían en la aldea; sólo la luna, brillante y maravillosa, navegaba por las inmensas extensiones del suntuoso cielo de Ucrania. Todo en las alturas seguía respirando solemnidad, y la noche, la divina noche, se consumía majestuosamente. La

Tierra, envuelta en ese maravilloso resplandor plateado, mostraba la misma hermosura; pero ya nadie se embriagaba con ese espectáculo: todos se habían hundido en el sueño. Sólo de vez en cuando quebraban el silencio el ladrido de algún perro o el tambaleante paso del borracho Kalenik, que durante largo rato siguió recorriendo las calles dormidas en busca de su *jata*.

Librodot

EL MENSAJE DESAPARECIDO

Historia verdadera narrada por el sacristán de la iglesia de ***

Entonces, ¿quieren ustedes que les cuente más cosas de mi abuelo? Y ¿por qué no, si les divierten esas historietas? ¡Ah, los viejos tiempos! Qué alegría, qué contento se aposenta en el corazón cuando se oye hablar de lo que sucedió en el mundo hace tanto tiempo que no se puede determinar ni el mes ni el año. Y si encima ha intervenido en los hechos algún familiar, un abuelo o un bisabuelo, entonces no se puede pedir más. Que me atragante mientras invoco a Santa Bárbara si no se tiene la impresión de que es uno mismo el que ha hecho todo eso; parece como si nos hubiéramos deslizado en el alma del abuelo o bien el alma del abuelo se revolviera dentro de nosotros... Pero las que más me importunan con sus apremios son nuestras jóvenes y muchachas. En cuanto me ven, empiezan: «¡Fomá Grigórievich, Fomá Grigórievich! ¡Cuéntanos una historia de miedo, por favor! ...». Y siguen: «tara-ta-ta, ta-ta-ta...». Claro que a mí no me cuesta nada contarles alguna anécdota, pero hay que ver el miedo que pasan luego en la cama. Estoy seguro de que todas tiemblan bajo la manta como si tuvieran fiebre, y que les gustaría taparse hasta las orejas con sus abrigos de piel de cordero. Dios bendito, basta que una rata arañe una olla o que ellas mismas tropiecen con el atizador para que ya estén muertas de miedo. Y al día siguiente, como si no hubiera sucedido nada, ya me están pidiendo que les cuente otro relato de terror. ¿Y qué puedo contarles a ustedes? Así de pronto, no me viene nada a la cabeza... Bueno, les contaré cómo las brujas jugaron al burro con mi difunto abuelo. Pero les pido por anticipado, señores, que no me interrumpan, pues si no saldrá una gelatina que dará vergüenza llevársela a los labios. Debo decirles que mi difunto abuelo no era un cosaco cualquiera. Sabía leer y escribir y en los días de fiesta recitaba los *Hechos de los Apóstoles* con mayor maestría que cualquier hijo de pope de nuestros días. Además, ya saben ustedes que en aquellos tiempos, si se hubiera juntado a todos los habitantes de Baturin que sabían leer y escribir, no habría sido necesario poner un gorro para recogerlos, pues hubieran cabido todos en la palma de la mano. No debe sorprendernos, por tanto, que cuantos se cruzaban con él se inclinaran casi hasta el suelo.

Un día, no sé por qué motivo, un poderoso *hetman* tuvo que enviar un mensaje a la zarina. El escribiente del regimiento -¡diablos, ya me he olvidado de su apellido!... algo así como Viskriak o Motúzochka o Golopútsek... sólo recuerdo que era un nombre complicado que empezaba de una forma extraña- llamó entonces a mi abuelo y le dijo que el *hetman* en persona le había elegido como correo para llevarle un mensaje a la zarina. Al abuelo no le gustaban los preparativos largos: cosió el mensaje en el gorro, sacó el caballo, dio un beso a su mujer y a sus dos lechones, como él los llamaba, uno de los cuales era el padre de quien os habla, y partió, levantando tanto polvo como el que podrían hacer quince muchachos jugando

Librodot

en medio de la calle.

Al día siguiente, antes de que el gallo cantara por cuarta vez, mi abuelo estaba ya en Konotop. Esos días se celebraba allí la feria y había tanta gente por las calles que los ojos se nublaban. Pero como era temprano, todos estaban dormidos, tendidos sobre el suelo. Junto a una vaca había un juerguista con una nariz tan colorada como un petirrojo; algo más allá, sentada junto a sus pedernales, perdigones, añil y buñuelos, roncaba una vendedora; bajo una carreta yacía un gitano; un pescadero estaba tumbado sobre su mercancía; en medio de la carretera dormía, con las piernas abiertas, un *moskal* barbudo que vendía cinturones y manoplas... En fin, toda clase de gente, como en cualquier feria. El abuelo se detuvo para contemplarlo todo con mayor detenimiento. Entre tanto, la gente empezaba a moverse en las tiendas: los mercaderes judíos hacían tintinear sus botellas; volutas de humo se elevaban aquí y allá, y un olor a dulces calientes se extendía por todo el campamento. El abuelo recordó que no tenía eslabón ni tabaco a mano y decidió darse una vuelta por la feria. No había tenido tiempo de dar veinte pasos cuando se encontró con un zaporogo. ¡No había más que mirarle a la cara para ver que se trataba de un juerguista! Vestía unos pantalones bombachos tan rojos como el fuego, una casaca azul y un cinturón de color vivo; llevaba un sable en el costado y una pipa con una cadenita de cobre le colgaba hasta los talones: ¡un zaporogo de los pies a la cabeza! ¡Ah, qué gente aquélla! Había que ver cómo se levantaban, se estiraban, se atusaban con la mano el soberbio bigote, hacían sonar los tacones y se lanzaban a bailar. ¡Y de qué modo! Las piernas se meneaban como un huso en manos de una campesina; las manos pasaban en tromba por todas las cuerdas de la bandurria y, a continuación, con los puños en las caderas, se ponían en cuclillas y bailaban; y cuando cantaban, ¡era una fiesta para el alma! ... No, esos tiempos han pasado. ¡Ya no hay zaporogos así!

Comment [Librodot12]:

Nombre despectivo dado a los campesinos y buhoneros rusos.

Así pues, ambos hombres se encontraron y, tras intercambiar unas palabras, se hicieron amigos. Se pusieron a charlar y al cabo de un rato mi abuelo se había olvidado por completo de su misión. Empezaron a beber como en una boda antes de la cuaresma, hasta que, finalmente, se aburrieron de romper jarras y de arrojar monedas a las gentes; además, no iban a quedarse en la feria para siempre... Los amigos decidieron no separarse y hacer el camino juntos. Había anochecido cuando salieron al campo. El sol se había ido a descansar; en su lugar, brillaban en algunos puntos bandas rojizas; en la llanura destacaban los abigarrados campos de trigo, semejantes a los trajes de fiesta de las bellas de negras cejas. Nuestro zaporogo se había vuelto muy locuaz. Mi abuelo y otro juerguista que se les había unido empezaron a pensar que estaba poseído por el demonio. ¿De dónde había sacado todas esas anécdotas? Contaba historias y sucesos tan estrafalarios que mi abuelo tuvo que llevarse varias veces las manos a los costados y estuvo a punto de reventar de la risa. Pero a medida que avanzaban, el campo se iba haciendo más sombrío y el discurso del zaporogo se volvía más incoherente. Finalmente, nuestro narrador quedó en silencio, sobresaltándose al menor ruido.

- ¡Eh, eh, paisano! Te has puesto tan serio como si estuvieras contando lechuzas. Parece que ya sólo piensas en llegar a tu casa y tumbarte en la estufa.

-No tengo por qué ocultaros nada -dijo él, volviéndose de pronto y mirándolos fijamente-. Sabed que he vendido mi alma al diablo.

- ¡Pues vaya una cosa! ¿Quién, a lo largo de su vida, no ha tenido que vérselas con el diablo? Ahora lo que hace falta, como se dice, es correrse una buena juerga.

- ¡Ay, muchachos! ¡Lo haría de buena gana, pero esta noche se cumple mi plazo! ¡Ay, amigos! -exclamó, estrechando sus manos-: ¡no me abandonéis! Velad conmigo toda la noche y nunca olvidaré vuestra amistad.

Librodot

¿Cómo no ayudar a un hombre en semejante apuro? Mi abuelo declaró abiertamente que antes se dejaría cortar el tupé que permitirle al diablo olisquear un alma cristiana con su hocico de perro.

Es posible que nuestros cosacos hubieran seguido su camino si la noche no hubiera cubierto todo el cielo como un lienzo negro y los campos no se hubieran vuelto tan oscuros como si estuvieran bajo una pelliza de piel de cordero. En la lejanía sólo se vislumbraba una lucecita, y los caballos, oliendo el establo cercano, avivaban el paso, aguzando las orejas y clavando los ojos en la oscuridad. La lucecita parecía avanzar hacia ellos, y los cosacos no tardaron en ver una taberna totalmente vencida de un lado, como una campesina cuando regresa de un alegre bautizo. En aquellos tiempos las tabernas no eran como las de ahora. Un hombre honrado no tenía espacio para desenvolverse, bailar la gorlitsa y el hopak, ni siquiera para tumbarse cuando el vino se le subía a la cabeza y los pies empezaban a trazar eses. El patio estaba lleno de carretas de vendedores de sal; bajo los cobertizos, en los pesebres, en el zaguán, acurrucados o estirados, los hombres roncaban como gatos. Sólo el tabernero, delante de un candil, marcaba en un palo con un cuchillo el número de cuartillos y medios cuartillos que los carreteros se habían bebido. El abuelo, tras encargar un tercio de cubo para los tres, se dirigió al granero. Los tres hombres se tendieron uno al lado del otro. Mi abuelo no había tenido tiempo de volverse, cuando sus paisanos ya dormían como troncos. Tras despertar al tercer cosaco, el abuelo le recordó la promesa que habían hecho a su compañero. El otro se incorporó, se frotó los ojos y de nuevo se quedó dormido. No había nada que hacer: tendría que montar guardia él solo. Para ahuyentar el sueño, se puso a examinar todos los carros, se fue a ver los caballos, encendió su pipa, regresó y volvió a sentarse cerca de sus compañeros. Todo estaba en silencio; no se oía ni el vuelo de una mosca. De pronto le pareció que, detrás de un carro vecino, una criatura gris enseñaba los cuernos... Sus ojos empezaron a cerrarse con tanta obstinación que tuvo que frotárselos a cada minuto con el puño y refrescarlos con el vodka sobrante. De ese modo la vista se le aclaraba ligeramente, pero poco después todo volvía a desaparecer. Al cabo de un rato volvió a ver al monstruo detrás de un carro... Mi abuelo abrió los ojos tanto como pudo, pero esa maldita somnolencia lo cubría todo de bruma; los brazos se le quedaron rígidos, la cabeza se le dobló y un sueño profundo se apoderó de él, de modo que acabó derrumbándose como un muerto. Durmió largo tiempo y sólo cuando el sol comenzó a calentar su cogote rasurado se despertó y se puso en pie de un salto. Se estiró un par de veces, se rascó la espalda y de pronto advirtió que ya no había tantos carros como la víspera. Al parecer, los carreteros se habían puesto en marcha antes del amanecer. Miró a sus compañeros: el cosaco dormía, pero el zaporogo había desaparecido. Preguntó a varias personas, pero nadie sabía nada. En el lugar sólo había quedado su casaca. El miedo y la perplejidad se apoderaron del abuelo. Fue a ver los caballos y descubrió que faltaban tanto el suyo como el del zaporogo. ¿Qué significaba eso? La fuerza maligna podía haberse llevado al zaporogo, pero ¿cómo explicar la ausencia de los caballos? Tras considerarlo todo, el abuelo llegó a la conclusión de que el diablo probablemente había llegado a pie y, como el infierno no estaba cerca, se había llevado su montura. A mi abuelo le apenaba no haber mantenido su palabra de cosaco. «Bueno -pensó-, no hay nada que hacer: tendré que ir a pie. Con un poco de suerte me encontraré por el camino con algún comerciante que vuelva de la feria, y de algún modo me las arreglaré para que me venda su caballo». Sólo cuando iba a ponerse el gorro, advirtió que éste había desaparecido. Mi difunto abuelo se llevó las manos a la cabeza cuando recordó que la víspera lo había cambiado provisionalmente con el del zaporogo. ¿Quién podía habérselo llevado sino el maligno? ¡Vaya con el correo del *hetman!* ¡Bonita manera de llevarle el mensaje a la zarina! En ese momento mi abuelo obsequió al diablo con tales lindezas que éste debió de estornudar más de una vez en el infierno. Pero de poca ayuda

Librodot

le sirvieron los insultos, y por mucho que se rascó la nuca no pudo hallar ninguna solución. ¿Qué hacer? Decidió pedir consejo a los otros: reunió a todos los hombres de bien que había en la taberna, carreteros y simples viajeros, y les explicó la desgracia que le había sobrevenido. Los carreteros reflexionaron durante un buen rato, con la barbilla apoyada en el bastón, sacudieron la cabeza y dijeron que nunca habían oído hablar de un prodigio semejante: ¡el diablo había robado nada menos que un mensaje del *hetman!* Algunos añadieron que cuando un diablo o un moskal robaba una cosa, más valía olvidarse de ella. Sólo el tabernero seguía callado en su rincón. El abuelo se dirigió a él, pues cuando una persona guarda silencio es señal de que algo sabe. No obstante, el tabernero se mostraba reacio a hablar, y si mi abuelo no hubiera sacado del bolsillo cinco monedas de oro, hubiera esperado en vano su respuesta.

-Te enseñaré lo que debes hacer para recuperar tu mensaje -dijo llevándoselo aparte. Mi abuelo se sintió aliviado-. En tus ojos veo que no eres una mujer, sino un cosaco. ¡Presta atención! Cerca de la taberna hay un camino que gira a la derecha y se interna en el bosque. Cuando anochezca en el campo, debes estar preparado. En el bosque viven algunos gitanos que salen de sus guaridas para forjar el hierro cuando la noche es tan oscura que sólo las brujas viajan en sus escobas. No necesitas saber la verdadera tarea en la que se ocupan. Oirás muchos martillazos en el bosque, pero no irás en la dirección de la que proceden; verás delante de ti un sendero que pasa junto a un árbol quemado; toma por ese camino y sigue todo adelante... Te arañarán las zarzas, los espesos nogales te ocultarán el camino; no importa, tú sigue adelante; sólo cuando llegues a un riachuelo podrás pararte. Allí verás lo que necesitas; pero no olvides llenarte los bolsillos de aquello para lo que han sido hechos... Recuerda que a los diablos les gustan tanto esos bienes como a los hombres. -Tras pronunciar esas palabras, el tabernero se retiró a su rincón y no quiso decir nada más.

Mi abuelo no era precisamente un hombre miedoso; si le ocurría encontrarse con un lobo, lo cogía por la cola; y cuando se abría paso a puñetazos entre los cosacos, éstos caían como si fueran peras. No obstante, al internarse en el bosque en una noche tan oscura como aquélla, sintió un ligero escalofrío. No había una sola estrella en el cielo. Las tinieblas eran tan densas como en un subterráneo; sólo se oía muy lejos, por encima de la cabeza, un viento helado que sacudía las copas de los árboles, las cuales se mecían como cabezas de cosacos ebrios, con un murmullo de borracho en las hojas. De pronto se levantó un viento tan frío que mi abuelo se acordó de su pelliza de piel de cordero, y a continuación se oyeron como cien martillos golpeando en el bosque con tanta fuerza que a mi abuelo le zumbaron los oídos. Se produjo una suerte de resplandor y en un momento se iluminó todo el bosque. Mi abuelo vio enseguida un sendero que se internaba entre los arbustos. También reparó en el árbol quemado y las zarzas. Todo era como le había dicho el tabernero; no, no le había engañado. No obstante, no le resultó muy agradable abrirse paso entre los espinosos arbustos; nunca en su vida había visto que unas malditas espinas y ramas arañaran de esa manera: casi a cada paso estaba a punto de gritar de dolor. Finalmente llegó a un paraje más despejado; allí, por lo que pudo distinguir, los árboles raleaban y se iban haciendo más gruesos a medida que avanzaba; mi abuelo no recordaba haberlos visto semejantes ni siquiera del otro lado de la frontera polaca. De pronto vislumbró entre el follaje un arroyo tan negro como acero pavonado. Mi abuelo se detuvo durante un buen rato junto a la ribera, mirando a un lado y a otro. En la otra orilla brillaba una luz que tan pronto parecía a punto de apagarse como volvía a reflejarse en las aguas del arroyo, igual de temblorosas que un caballero polaco en manos de un cosaco. ¡De pronto apareció el puente! «Bueno, sólo la tartana del diablo podría pasar por allí». No

Librodot

obstante, mi abuelo se condujo con arrojo y, en menos tiempo del que se necesita para sacar la tabaquera y tomar una pulgarada de tabaco, ya estaba en la otra orilla. Sólo entonces reparó en que, junto a la hoguera, había algunas personas, con unas caras tan repugnantes que en cualquier otro momento habría dado cualquier cosa por eludir su compañía. Pero dada la situación, no tenía más remedio que abordarlas. «¡Que Dios esté con vosotros, hombres de bien!» Ni uno siquiera le hizo un gesto con la cabeza; siguieron sentados en silencio, arrojando alguna cosa al fuego. Al ver que había un sitio sin ocupar, mi abuelo se sentó allí sin más ceremonia. Ninguna de las horribles figuras dijo nada; mi abuelo tampoco pronunció palabra. Pasaron un buen rato en silencio. Mi abuelo empezaba a aburrirse; se puso a hurgar en el bolsillo, sacó la pipa, echó un vistazo a su alrededor: ninguno le miraba. «Si son ustedes tan amables, nobles señores... me gustaría simplemente decir (mi abuelo había visto mucho mundo y sabía tratar a la gente; de hecho, si la ocasión lo hubiera requerido, se habría comportado con desenvoltura ante el mismo zar), me gustaría simplemente decir, sin ofenderos a vosotros ni olvidarme tampoco de mí, que dispongo de una pipa, pero no tengo con qué encenderla.» Tampoco esas palabras merecieron respuesta alguna; sólo una de las figuras le puso un tronco ardiendo en la misma frente, de modo que, si mi abuelo no se hubiera apartado un poco, probablemente habría perdido un ojo para el resto de sus días. Finalmente, viendo que estaba perdiendo el tiempo, decidió hablar de su asunto, ya quisiera escucharle o no esa tribu diabólica. Las horribles figuras aguzaron las orejas y extendieron las patas. Mi abuelo comprendió: reunió en la mano todas las monedas que llevaba consigo y se las arrojó como quien echa algo a los perros. Nada más hacerlo, el paraje entero se transformó, la tierra tembló y, sin que él mismo supiera cómo, se encontró en un lugar que le pareció el mismo infierno. «¡Dios mío!», gritó mi abuelo, mirando con atención a su alrededor. «¡Qué monstruos! ¡A cada cual más horrible!» Había tal cantidad de brujas como copos de nieve en Navidad, todas emperifolladas y pintarrajeadas como señoritas en una feria. Cada una de las criaturas que allí había, como si estuviera borracha, ejecutaba una danza diabólica. ¡Y qué nubes de polvo levantaban! Cualquier cristiano se hubiera sobresaltado si hubiera visto los saltos que daba esa estirpe demoniaca. No obstante, a pesar de su miedo, mi abuelo se echó a reír cuando vio cómo los diablos, con sus hocicos de perro y sus patas de alemanes, movían sus colas y cortejaban a las brujas, tal como hacen los muchachos con las jóvenes bonitas; mientras tanto, los músicos se daban puñetazos en las mejillas como si fueran panderetas y silbaban por las narices como si fueran flautas. En cuanto vieron a mi abuelo, toda aquella horda se le echó encima: hocicos de cerdo, de perro, de cabra, de avutarda y de caballo alargaron el cuello con intención de besarle. Mi abuelo escupió, ¡tanto asco le daba! Finalmente lo cogieron y lo sentaron a una mesa tan larga como la carretera que va de Konotop a Baturin. «Bueno, esto no está tan mal», pensó mi abuelo, viendo que sobre la mesa había platos con carne de cerdo, salchichas, cebolla picada con repollo y toda clase de dulces. «A lo que se ve, esta caterva diabólica no guarda la cuaresma.» No estaría de más saber que mi abuelo no desaprovechaba nunca la oportunidad de tomar algún bocado. Comía con muy buen apetito, el difunto; por tanto, sin entretenerse en largos discursos, se acercó una escudilla con lonchas de tocino y un jamón entero, cogió un tenedor casi tan grande como las horcas que usan los campesinos para remover el heno, lo clavó en el trozo más grande, lo acompañó de un trozo de pan e hizo intención de engullirlo, pero todo fue a parar a otra boca, que empezó a masticar junto a su oreja, haciendo rechinar los dientes de forma tan ruidosa que se oía por toda la mesa. Mi abuelo no le dio la menor importancia. Cogió otro trozo y le pareció que pasaba incluso por sus labios, pero acabó en otra garganta. Hizo un tercer intento, pero el resultado fue el mismo. Entonces mi abuelo se enfureció; se olvidó de su miedo y de la compañía en la que estaba. Se puso en pie de un salto y se dirigió a las brujas:

Librodot

-¿Habéis decidido burlaros de mí, raza de Herodes? ¡Si no me dais ahora mismo mi gorro de cosaco, llamadme católico si no os pongo en la nuca esas jetas de cerdo!

Nada más pronunciar esas palabras, los monstruos enseñaron sus dientes y prorrumpieron en una carcajada tan estruendosa que el abuelo sintió escalofríos.

-¡De acuerdo! -chilló una de las brujas, que a mi abuelo le pareció la jefa del grupo, ya que su semblante parecía algo menos feo que el de las otras-. Te devolveremos tu gorro, pero antes tendrás que jugar con nosotras tres veces al burro.

¿Qué podía hacer? ¡Un cosaco como él jugando al burro con mujeres! Mi abuelo se hizo rogar durante un buen rato, pero finalmente se sentó a la mesa. Trajeron unas cartas pegajosas, de esas que entre nosotros sólo usan las hijas de los popes para echar suertes sobre sus futuros esposos.

-¡Escucha! -ladró de nuevo la bruja-: con que ganes una sola vez, el gorro será tuyo; pero si te quedas las tres veces con el burro, no sólo perderás el gorro, sino que jamás volverás a ver la luz del día.

- ¡Reparte, da cartas, vejestorio! Que pase lo que tenga que pasar.

Distribuyeron las cartas. Mi abuelo cogió las suyas; eran tan malas que casi no quiso ni mirarlas: ni siquiera un triunfo. La más alta era un diez y ni siquiera una pareja, mientras la bruja no paraba de sacar cincos. Por tanto, fue él quien se quedó con el burro. En cuanto mi abuelo perdió la partida, por todas partes surgieron hocicos que se pusieron a relinchar, a ladrar y a gruñir: «¡Burro! ¡Burro! ¡Burro!».

-¡Ojalá reventéis todas, hijas del diablo! -gritó mi abuelo, tapándose los oídos.

«Bueno, pensó, la bruja ha hecho trampas. Ahora me toca a mí repartir.» Mi abuelo distribuyó las cartas y marcó el palo. Miró sus cartas: eran buenas, tenía triunfos. Al principio todo iba a las mil maravillas, pero la bruja tenía cincos y reyes. Mi abuelo sólo tenía triunfos en la mano y, sin pensárselo dos veces, se puso a matar los reyes.

- ¡Ja, ja! ¡Eso no es propio de cosacos! ¿Con qué matas, paisano?

-¿Cómo que con qué? ¡Con triunfos!

-Puede que para vosotros esos sean triunfos, pero entre nosotros no.

Mi abuelo volvió a mirar las cartas y no encontró ni un solo triunfo. ¡Parecía cosa del diablo! Otra vez se quedó con el burro y las diablesas volvieron a desgañitarse: «¡Burro! ¡Burro!»; debido al griterío la mesa temblaba y las cartas saltaban sobre ella. Mi abuelo se encolerizó y repartió cartas por última vez. De nuevo todo iba bien. La bruja volvió a salir con un cinco, pero mi abuelo lo mató y al robar del montón se llenó de triunfos.

- ¡Triunfo! -gritó, dando tal golpe en la mesa con la carta que por poco la hunde. La bruja sin decir palabra la cubrió con un ocho.

-¿Con qué matas mis triunfos, vieja diablesa?

La bruja levantó su carta: en lugar del triunfo apareció un simple seis.

-¡Vaya un prodigio diabólico! -exclamó el abuelo, y descargó con enfado un violento puñetazo sobre la mesa.

Por suerte, la bruja tenía malas cartas; mi abuelo, en cambio, había ligado algunas parejas. Empezó a robar del montón, pero no había nada que hacer: le vinieron unas cartas tan malas que mi abuelo se descorazonó. En el montón no quedó ni una sola carta. Mi abuelo, sin ni siquiera mirar, salió con un simple seis; la bruja lo cogió. «¡Vaya! ¿Qué significa esto? ¡Aquí está pasando algo raro!» Lentamente, mi abuelo puso los naipes con disimulo debajo de la mesa e hizo sobre ellos la señal de la cruz; de pronto advirtió que tenía en las manos el as, el rey y la sota de triunfo, y que la carta que había tomado por un seis era una reina.

Librodot

- ¡Qué tonto he sido! ¡El rey de triunfo! ¡Qué! ¿Vas a cogerlo? ¡Ah, raza gatuna!... ¿Y el as no lo quieres? ¡As! ¡Sota!

En el infierno retumbó un trueno; la bruja empezó a sufrir convulsiones y, de pronto, sin que se supiera de dónde venía, el gorro le cayó a mi abuelo en plena cara.

-¡No, eso no es suficiente! -gritó mi abuelo, envalentonándose y poniéndose el gorro-. Si no aparece ahora mismo mi bravo corcel, ¡que me parta un rayo en este lugar impuro si no hago la señal de la cruz sobre todos vosotros! -y levantaba ya la mano para cumplir su amenaza, cuando delante de él cayeron ruidosamente los huesos de su caballo.

- ¡Ahí lo tienes!

El pobre hombre, al verlo, se echó a llorar como una criatura, ¡tanta pena le daba su viejo compañero!

- ¡Dadme otro caballo para salir de vuestra guarida!

Un diablo sacudió su fusta y mi abuelo, de pronto, se sintió transportado por un caballo impetuoso como el fuego, que le llevó por los aires lo mismo que un pájaro.

No obstante, a mitad de camino se sintió dominado por el miedo, pues el caballo, sin escuchar sus gritos ni obedecer a las riendas, cabalgaba por encima de precipicios y ciénagas. Cómo serían aquellos parajes que uno se echaba a temblar en cuanto le oía describirlos. En una ocasión miró bajo sus pies y se asustó aún más: ¡un abismo! ¡Un barranco vertiginoso! Pero el animal diabólico, sin preocuparse de nada, lo atravesó de un salto. Mi abuelo trató de mantenerse sobre su montura, pero fue en vano. Cayó entre tocones y terrones y chocó con tanta fuerza contra el suelo que pensó que había entregado el alma. En todo caso, no se acordaba de lo que sucedió después. Cuando recuperó el conocimiento y miró a su alrededor, ya había amanecido; ante él surgieron unos parajes conocidos, pues estaba tendido en el tejado de su propia *jata.*

Tras poner los pies en el suelo, mi abuelo se santiguó. ¡Qué suceso tan diabólico! ¡Qué cosas tan sorprendentes pueden sucederle a un hombre! Se miró las manos: estaban llenas de sangre; miró su cara en un tonel lleno de agua y vio que también estaba ensangrentada. Se lavó a conciencia para no asustar a los niños, entró sin hacer ruido en la casa y vio que éstos reculaban asustados hacia él, señalando con el dedo el interior de la vivienda. «¡Mira, mira, mamá está dando saltos como una loca!», decían. Y así era: la mujer, dormida delante de la rueca, con el huso entre las manos, brincaba sobre el banco. Mi abuelo la cogió suavemente de la mano y la despertó: «¡Hola, esposa mía! ¿Cómo estás?». La mujer estuvo un buen rato mirándolo con ojos desorbitados; finalmente, terminó por reconocer a su marido y le contó que había soñado que la estufa se paseaba por la casa y arrojaba con una pala ollas, cubetas y Dios sabe qué más. «Bueno, dijo mi abuelo, al menos esas cosas las has soñado, a mí me han sucedido otras parecidas de verdad. Por lo que veo, será necesario purificar nuestra *jata;* pero ahora no tengo tiempo que perder».

Tras pronunciar esas palabras y gozar de un breve descanso, mi abuelo montó en su caballo y no se detuvo ni de día ni de noche hasta llegar a su destino y entregar el mensaje a la zarina en persona. Allí vio mi abuelo tantas maravillas que durante mucho tiempo tuvo asuntos de los que hablar: cómo lo habían llevado a un palacio tan alto que ni siquiera diez *jatas* superpuestas habrían alcanzado su altura; cómo había entrado en una habitación, después en una segunda, más tarde en una tercera, a continuación en una cuarta y sólo al llegar a la quinta había visto sentada a la zarina que, engalanada con una corona de oro, vestida con una casaca gris completamente nueva y calzada con botas rojas, comía *ga*lushkas doradas; cómo ésta había ordenado que le llenaran el gorro de billetes azules; cómo... ¡Pero no

Comment [Librodot13]:
Billetes de cinco rublos.

Librodot

puede uno acordarse de todo! En cuanto a sus aventuras con los diablos, nunca pensaba en ellas, y si sucedía que alguien las mencionaba, mi abuelo guardaba silencio, como si no hubiera tenido nada que ver en el asunto, y costaba mucho trabajo convencerlo de que contara todo lo que había pasado. Sin duda, como castigo por no haberse ocupado inmediatamente de purificar la *jata*, todos los años, siempre en la misma época, a su mujer le sucedía algo muy extraño: en cualquier circunstancia, sin que lo pudiera remediar, sus piernas seguían su propia voluntad y la obligaban a bailar la *prisiadka*.

Comment [Librodot14]:

Baile cosaco.

SEGUNDA PARTE

Librodot

INTRODUCCIÓN

Aquí tienen mi segundo libro o, mejor dicho, el último. La verdad es que por nada del mundo quería publicarlo. Francamente, creo que ha llegado el momento de dejarlo. Les diré que en la aldea ya empiezan a burlarse de mí. «El viejo abuelo se ha vuelto loco -dicen-: en los años de la vejez se divierte con juegos de niños». Y en efecto, ya es hora de descansar. Probablemente dirán ustedes, estimados lectores, que finjo ser más viejo de lo que soy. Pero ¿qué necesidad tengo de ello cuando no me queda ni un solo diente? Si me dan algún alimento blando puedo masticarlo, pero si se trata de algo duro no hay manera de morderlo. Así pues, ¡aquí tienen otro libro! Sólo les pido que no me injurien. No está bien insultar a una persona de la que nos despedimos, sobre todo si no sabemos cuándo volveremos a verla. En este libro oirán relatos de narradores desconocidos para ustedes, con la única excepción de Fomá Grigórievich. En cuanto a aquel señor del caftán color guisante, cuya lengua tan afectada muchos espíritus agudos no entendían, ni siquiera en Moscú, hace ya tiempo que no se encuentra entre nosotros. Desde que se enfadó con todo el mundo, no ha vuelto a poner los pies en nuestra aldea. Pero ¿no les he contado esa historia? Pues escúchenme ustedes. Fue toda una comedia. El año pasado, ya cerca del verano -creo que fue el día de

mi santo-, vinieron a mi casa algunos invitados (debo decirles, amables lectores, que mis paisanos, Dios les conserve la salud, nunca se olvidan de este viejo. Hace ya cincuenta años que empecé a celebrar mi santo. En cuanto a mi edad exacta, ni yo ni mi vieja podríamos decírsela. Probablemente debo andar cerca de los setenta. El pope de Dikanka, el padre Jarlampi, sabía la fecha de mi nacimiento, pero por desgracia hace ya cincuenta años que pasó a mejor vida). El caso es que vinieron a casa unos invitados: Zajar Kirílovich, Chujopupenko, Stepán Ivánovich Kúrochka, Tarás Ivánovich Smachenki y el asesor Jarlampi Kirílovich Jlosta; vino también... pero he olvidado su nombre y apellido... Ósip... Ósip... ¡Dios mío, pero si lo conoce todo Mírgorod! Es ese que antes de hablar hace chasquear los dedos y pone los brazos en jarra... Bueno, dejémoslo, ya me acordaré en otro momento. También estaba presente ese señor de Poltava al que ya conocen ustedes. A Fomá Grigórievich no lo cuento porque es como de la familia. Todos hablaron (de nuevo debo advertirles que en casa nunca nos ocupamos de minucias; a mí me gustan las conversaciones con fundamento, aquellas que no sólo dan placer, sino que también permiten extraer algún provecho) de la mejor manera de conservar las manzanas. Mi vieja había comentado que primero hay que lavar bien las manzanas, luego bañarlas en *levas* y más tarde... «¡Nada de eso!», apuntó el señor de Poltava, metiendo la mano en su caftán de color guisante y paseándose por la habitación con aires de importancia. «¡Nada de eso! Primero hay que espolvorearlas con tanaceto y sólo después...» Bueno, yo me remito a ustedes, amables lectores. Díganme en confianza: ¿alguna vez han oído que a las manzanas se las espolvoree con tanaceto? Es verdad que se les ponen hojas de grosellero y hierbas, pero jamás he oído que se les añada tanaceto. En cualquier caso, nadie sabe más de estos asuntos que mi vieja. ¡Díganme, por favor, si no tengo razón! Como le tenía por un hombre de bien, me lo llevé aparte y le dije en voz baja: «¡Escucha, Makar Nazárovich! ¡No hagas reír a la gente! Eres un hombre de no poca valía: tú mismo nos has contado que en una ocasión compartiste mesa con el gobernador. Si sigues diciendo esas cosas, se van a burlar de ti». ¿Y qué creen ustedes que me contestó? Nada. Escupió en el suelo, cogió su gorro y se fue. ¡Si al menos se hubiera despedido de alguien o hubiera hecho un saludo con la cabeza! Pero lo único que oímos fue cómo la calesa se acercaba a la cancela, haciendo tintinear su campanilla. El hombre subió al coche y se marchó. ¡Tanto mejor! ¡No tenemos necesidad de semejantes invitados! Les diré, estimados lectores, que no hay nada peor en este mundo que cierta clase de aristocratismo. Hay quien levanta mucho la nariz

Librodot

porque su tío fue comisario. ¡Como si fuera ése el grado más elevado del escalafón! Gracias a Dios, hay personas que han llegado más alto. No, no me gusta esa clase de aristocratismo. Miren por ejemplo a Fomá Grigórievich; en apariencia, no parece una persona señalada; pero fíjense con atención: en su rostro resplandece cierto aire de gravedad y su figura inspira un respeto involuntario, incluso cuando aspira su tabaco barato. En la iglesia, cuando se pone a cantar en el coro, siente uno una emoción indescriptible ¡Parece como si fuera uno a derretirse! En cambio ese otro... ¡Que se quede con Dios! Se imagina que no puede uno pasarse sin sus historias. Pues aquí tienen ustedes un libro entero.

Como recordarán, les había prometido incluir en este libro un relato mío. Pensaba mantener mi promesa, pero luego me di cuenta de que para mi historia necesitaba tres volúmenes como éste. Por un momento se me ocurrió editarlo aparte, pero luego cambié de opinión. Pues les conozco muy bien: se burlarían de este pobre viejo. ¡No, no quiero! ¡Adiós! No volveremos a vernos en mucho tiempo, puede que ya nunca. ¿Qué más da? A ustedes poco les importa mi existencia. Pasará un año y después otro, y ninguno de ustedes se acordará ni se compadecerá del viejo colmenero Pankó el Pelirrojo.

Librodot

LA NOCHEBUENA

El día previo a la Navidad había pasado. Llegó la noche, una clara noche de invierno. Lucían las estrellas. La luna se elevaba majestuosamente en el cielo, iluminando a las gentes de bien y al universo entero, para que todos pudieran glorificar a Cristo y cantar alegres koliadki. El frío era más intenso que por la mañana, pero el silencio era tan acabado que el crujido del hielo bajo la bota se oía a medio kilómetro. Ni un solo grupo de muchachos había aparecido bajo las ventanas de las *jatas;* sólo la luna dirigía sobre ellas alguna mirada fugitiva, como invitando a las jóvenes a salir más deprisa a la crujiente nieve. En ese momento, por la chimenea de una *jata*, salieron unas volutas de humo que se elevaron por el cielo como nubes, y entre ellas apareció una bruja montada en una escoba.

Si en ese instante hubiera acertado a pasar por allí en su troika el asesor de Soróchintsi, con su gorro ribeteado de piel de cordero, cortado al estilo de los ulanos, su pelliza azul con forro de astracán y su látigo trenzado de manera diabólica, con el que tenía la costumbre de azotar a su cochero para que condujera más deprisa, seguramente habría reparado en la bruja, pues no había persona en la aldea que pudiera escapar a su mirada. Sabía a la perfección cuántos lechones tenía el cerdo de cada campesina, cuánta tela guardaba cada una de ellas en su cofre y qué prenda de vestir o del ajuar empeñaría el domingo cada hombre de bien en la taberna. Pero el asesor de Soróchintsi no se encontraba por allí: ¿qué iba a estar haciendo en un distrito ajeno, cuando tenía el suyo? Entre tanto, la bruja alcanzó tal altura que parecía una simple mancha negra en el cielo. A medida que esa pequeña mancha avanzaba por el firmamento, las estrellas iban desapareciendo. La bruja pronto se llenó de ellas la manga. Aún brillaban tres o cuatro. De pronto, por el otro lado del cielo, apareció una segunda mancha que aumentó de tamaño y se extendió hasta perder esa primera apariencia. Un miope, aunque llevara puestas sobre la nariz, a modo de gafas, las ruedas de la calesa del comisario, no hubiera reconocido lo que era aquello. Por su parte delantera el objeto guardaba una semejanza completa con un alemán: un hocico afilado, que no paraba de moverse y lo olisqueaba todo, y terminaba, como en los cerdos, en un pequeño apéndice redondo; unas piernas tan finas que si el alcalde de Yaréskov las hubiera tenido semejantes, se las hubiera roto en el primer baile cosaco. En cambio, visto de espaldas parecía todo un funcionario provincial vestido de uniforme, porque tenía un rabo tan largo y afilado como los faldones de los uniformes actuales; sólo la barba de chivo que lucía sobre el mentón, los pequeños cuernos que despuntaban en su cabeza y el hecho de que toda su figura no fuera más blanca que la de un deshollinador permitían adivinar que no era un alemán ni un funcionario provincial, sino simplemente el diablo, al que sólo le quedaba una noche para deambular por este mundo e inducir a pecar a los hombres de bien. Al día siguiente, en cuanto tañeran las campanas llamando a maitines, tendría que correr sin volver la vista, con el rabo entre las piernas, hasta su guarida.

Entretanto el diablo se aproximó a hurtadillas a la luna y ya se disponía a alargar la mano para cogerla, cuando de pronto la retiró, como si se hubiese quemado, se chupó los dedos, sacudió la pierna y lo intentó de nuevo por el otro lado, pero también esta vez tuvo que

Comment [Librodot15]:

En nuestra tierra, la víspera de Navidad, se entonan bajo las ventanas unas canciones llamadas *holiadhí.* A los que cantan *holiadki,* el amo, el ama o la persona que se encuentre en la casa les echa en el saco salchichas, pan o un céntimo de cobre, según sus medios. Se cuenta que hace mucho tiempo existió un ídolo llamado Koliad, al que tomaban por un dios, y que de allí proceden los holiadhí. ¿Quién sabe? No nos toca a nosotros, gente sencilla, opinar sobre este asunto. El año pasado el padre Ósip prohibió cantar *holiadki* en las granjas, diciendo que con ellos las gentes complacían a Satanás. Pero a decir verdad, en los holiadki no se menciona siquiera a Koliad. Por lo general, las canciones versan sobre el nacimiento de Cristo y al terminar desean prosperidad al amo, al ama, a los hijos y a toda la familia. ***(Nota del apicultor.)***

Comment [Librodot16]:

Entre nosotros se llama alemán a cualquier extranjero, ya sea francés, germano o sueco.

Librodot

apartarse y retirar la mano. No obstante, a pesar de esos fracasos repetidos, el astuto diablo no renunció a su aviesa intención. Se acercó de nuevo, agarró la luna con ambas manos, soplando y haciendo gestos de dolor, y se la pasó de una mano a otra, como hace el campesino cuando coge un tizón con su mano desnuda para encender su pipa; finalmente la ocultó con premura en el bolsillo y siguió su camino como si tal cosa. En Dikanka nadie advirtió que el diablo había robado la luna. A decir verdad, el escribano del distrito, cuando salía a cuatro patas de la taberna, vio cómo la luna bailaba en el cielo y lo aseguró ante el pueblo entero, poniendo a Dios por testigo; pero los vecinos movieron la cabeza y hasta se burlaron de él. No obstante, ¿qué razón había impulsado al diablo a cometer un acto tan contrario a la ley? Pues la siguiente: sabía que el sacristán había invitado a comer kutiá al rico cosaco Chub, al alcalde, a un familiar del sacristán, chantre en el arzobispado, que llevaba una levita azul y sabía dar las notas más bajas, al cosaco Sverbiguz y a algún otro; allí, además de kutiá, se servirían toda suerte de manjares y vodka de azafrán. Mientras tanto, la hija de Chub, la joven más bella de la aldea, se quedaría sola en la casa, y probablemente recibiría la visita del herrero, un muchacho fuerte y apuesto, por el que el diablo sentía aún más repugnancia que por los sermones del padre Kondrat. En sus ratos libres el herrero se entretenía pintando y estaba considerado el mejor pintor de toda la región. El capitán de cosacos L...ko, entonces con vida, lo llamó expresamente a Poltava para que pintara la valla de madera que rodeaba su casa. Todas las escudillas en las que los cosacos de Dikanka tomaban el *borsch* habían sido decoradas por el herrero, que era una persona temerosa de Dios y solía pintar la imagen de los santos: todavía puede verse en la iglesia de T. su retrato del evangelista San Lucas. Pero la cumbre de su arte era un cuadro que había pintado en la pared de la iglesia, a la derecha de la entrada, en el que se representaba a San Pedro el día del Juicio Final, con las llaves en la mano, expulsando al espíritu maligno a los infiernos; el asustado diablo corría de un lado para otro, presintiendo su derrota, y los pecadores, hasta entonces prisioneros suyos, le perseguían y le golpeaban con látigos, palos y todo lo que caía en sus manos. Durante todo el tiempo que el pintor empleó en su cuadro, ejecutado sobre una gran tabla de madera, el diablo había hecho todo lo posible por molestarle: le movía la mano a escondidas, levantaba las cenizas de la fragua y las lanzaba sobre el cuadro; no obstante, a pesar de todo, el herrero terminó el trabajo, la tabla fue transportada a la iglesia e incrustada en la pared, cerca de la entrada; desde entonces, el diablo había jurado vengarse del herrero.

Sólo le quedaba una noche para deambular por el mundo y el diablo la ocupaba en buscar la manera de descargar su odio sobre el herrero. Por eso había decidido robar la luna, juzgando que el viejo Chub era un hombre perezoso e indolente y que su isba quedaba lejos de la casa del diácono; además, el camino discurría por detrás de la aldea, pasaba junto a los molinos y el cementerio y bordeaba el barranco. Si hubiera brillado la luna, el licor de especias y el vodka de azafrán habrían podido decidir a Chub. Pero en una noche tan oscura, no habría manera de que bajara de la estufa y saliera de su casa. Y el herrero, a pesar de su fuerza, nunca se atrevería a visitar a la hija en presencia de su padre, con el que no mantenía buenas relaciones desde hacía tiempo.

De ese modo, en cuanto el diablo se guardó la luna en el bolsillo, el mundo entero quedó sumido en una oscuridad tan absoluta que difícilmente habría encontrado alguien no ya el camino que conducía a casa del sacristán, sino incluso el que llevaba a la taberna. La bruja, al verse de pronto envuelta en esas tinieblas, dio un grito. En ese momento el diablo se acercó a ella haciéndole cumplidos, la cogió del brazo y empezó a susurrarle al oído las palabras que suelen decirse a las mujeres. ¡Es extraño cómo está construido este mundo nuestro! Todas las criaturas que viven en él se esfuerzan por imitarse y copiarse unas a otras. Hace tiempo, en Mírgorod, el juez y el alcalde eran los únicos que llevaban en invierno pellizas forradas de

Librodot

paño, mientras que los pequeños funcionarios usaban las corrientes. Ahora, en cambio, el asesor y el secretario rural se mandan hacer pellizas nuevas de piel de cordero forradas de paño. Hace dos años, el oficinista y el escribano compraron una tela azul a ochenta y cinco kopeks el metro. Y el sacristán se ha hecho este verano unos pantalones bombachos de nanquín y un chaleco de lana a rayas. En una palabra, todo es apariencia. ¡Cuándo dejarán los hombres de ser vanidosos! Apuesto a que muchos quedarán sorprendidos al saber que el diablo seguía el mismo camino. Lo más irritante es que seguramente se creía muy apuesto, cuando en realidad tenía una cara que daba miedo. ¡Con una jeta como la suya - que, como dice Fomá Grigórievich, es lo más repugnante que hay en el mundo-, y se pone a hacer la corte! No obstante, tanto en el cielo como en la tierra reinaba una oscuridad tan espesa que nada alcanzó a verse de lo que pasó entre ellos.

-Entonces, compadre, ¿todavía no has estado en la nueva *jata* del sacristán? -preguntó el cosaco Chub, mientras salía a la puerta de su casa, a un hombre enjuto, alto, vestido con una pelliza corta, cuya hirsuta barba mostraba que desde hacía más de dos semanas no acariciaba sus mejillas el pedazo de hoz que, a falta de navaja, los campesinos suelen emplear para afeitarse-. ¡Buen jaleo habrá allí ahora! -continuó Chub, al tiempo que su rostro esbozaba una sonrisa-. Espero que no lleguemos tarde.

Así diciendo, Chub se ajustó el cinturón de su pelliza, se caló con fuerza el gorro y apretó en su mano la fusta, que era el terror y el flagelo de los perros inoportunos. No obstante, nada más levantar los ojos al cielo, se detuvo.

-¡Por todos los diablos! ¡Mira! ¡Mira, Panas!...

-¿Qué? -exclamó el compadre, mirando también hacia arriba.

-¿Cómo que qué? ¡No hay luna!

- ¡Pues sí que es raro! ¡Es cierto que no hay luna!

-No parece que eso te importe mucho -dijo Chub con un punto de irritación ante la indiferencia imperturbable de su compañero.

-¿Y qué quieres que haga?

-Seguramente algún diablo -ojalá no llegue a beber ese perro su copa de vodka por la mañana- se ha mezclado en esto -continuó Chub, secándose el bigote con la manga-. En verdad, parece hecho a propósito... Hace un momento, cuando estaba sentado en casa, miré por la ventana y hacía una noche espléndida. Había una claridad extraordinaria y la nieve brillaba a la luz de la luna. Se veía todo como si fuera de día. Pero, en cuanto llega el momento de salir, se cierne sobre la tierra esta oscuridad impenetrable.

Chub siguió farfullando y blasfemando durante un buen rato, al tiempo que pensaba lo que debía hacer. Sentía un enorme deseo de charlar de cualquier tema en casa del sacristán, donde, seguramente, ya se habían reunido el alcalde, el chantre recién llegado y el vendedor de brea Mikita, que iba cada dos semanas al mercado de Poltava y contaba tales historias que todos los vecinos tenían que agarrarse el vientre para no estallar de risa. Chub veía ya el licor puesto sobre la mesa. Todo eso era muy tentador, pero la oscuridad de la noche le recordaba esa pereza tan cara a todos los cosacos. Con qué gusto se tumbaría ahora sobre la estufa, con las piernas recogidas, se fumaría tranquilamente su pipa y escucharía a través de una agradable somnolencia los villancicos y las canciones de los alegres mozos y las muchachas, reunidos en grupos bajo las ventanas. Sin ninguna duda, habría adoptado esa última resolución si hubiera estado solo. Pero en compañía no le resultaba tan terrible y aburrido ese paseo nocturno; además, no quería pasar ante los otros por un perezoso o un cobarde. Una vez agotados los juramentos, se dirigió de nuevo a su compadre.

Librodot

-Entonces ¿no hay luna, compadre?

-No.

-¡Pues sí que es raro! Dame un poco de tabaco. Tienes un tabaco estupendo, compadre. ¿Dónde lo compras?

-¡Qué diablos va a ser bueno! -respondió el compadre, cerrando la tabaquera de madera de abedul, decorada con cintas y volutas-. ¡No haría estornudar ni a una gallina vieja!

-Recuerdo -continuó Chub en el mismo tono- que el difunto tabernero Zuzulia me trajo en una ocasión tabaco de Nezhin. ¡Eso sí que era tabaco! ¡Un tabaco excelente! Entonces ¿qué hacemos, compadre? En la calle todo está oscuro.

-Quedémonos en casa -exclamó el compadre, agarrando el picaporte de la puerta.

Si el compadre no hubiera hecho ese comentario, Chub probablemente hubiera decidido quedarse, pero ahora algo le impulsaba a tomar el partido contrario.

-No, compadre, vayamos. No podemos quedarnos. Tenemos que ir.

Nada más decir esas palabras, Chub se arrepintió de haberlas pronunciado. Le resultaba muy desagradable arrastrarse por la calle en una noche como ésa; pero se consolaba pensando que hacía lo que quería y no lo que el otro le había aconsejado.

El compadre no dejó que su rostro trasluciera el menor rastro de enojo; como persona a la que resultara indiferente quedarse en casa o salir de ella, miró a su alrededor y se rascó los hombros con el mango de su bastón; a continuación, los dos compadres se pusieron en camino.

Veamos ahora lo que hacía la bella hija de Chub, que se había quedado sola en la casa. Oksana aún no había cumplido los diecisiete años, pero en el mundo entero, a un lado y otro de Dikanka, sólo se hablaba de ella. Los muchachos habían proclamado a una sola voz que jamás había habido ni volvería a haber una muchacha tan hermosa en la aldea.

Oksana sabía lo que se decía de ella, pues había oído esos comentarios, y era caprichosa como toda beldad. Si en lugar de falda y delantal hubiera llevado un capote, habría eclipsado a todas las demás muchachas. Los mozos la cortejaban en masa, pero poco a poco perdían la paciencia y acababan dirigiéndose a otras jóvenes menos mimadas. Sólo el herrero se mostraba tenaz y seguía cortejándola, a pesar de no recibir mejor trato que los otros.

Una vez que se marchó su padre, pasó largo rato arreglándose y haciendo gestos delante de un pequeño espejo con marco de estaño, sin dejar de admirarse. «¿Por qué la gente proclama que soy hermosa?», decía como distraída, con la única intención de hablar un poco consigo misma. «La gente miente. No tengo nada de hermosa.» Pero una mirada al espejo, donde se reflejaba un rostro lleno de fresca e infantil viveza, con brillantes ojos negros y una sonrisa inefable y encantadora, que abrasaba el alma, le convencía de lo contrario. «¿Acaso mis ojos y mis cejas negras, continuaba la bella sin apartarse del espejo, son tan hermosos que no conocen igual en el mundo? ¿Qué tiene de bonito esta nariz respingona? ¿Y estas mejillas? ¿Y estos labios? ¿Acaso son hermosas mis negras trenzas? ¡Ay, hasta darían miedo por la noche! Parecen largas serpientes entrelazadas y enroscadas sobre mi cabeza. ¡Ahora me doy cuenta de que en absoluto soy hermosa!» y, apartando un poco el espejo, exclamó: «¡Sí, soy hermosa! ¡Ah, qué hermosa soy! ¡Una maravilla! ¡Qué dichoso haré a mi marido! ¡Cómo me admirará! Perderá la cabeza. Me comerá a besos».

-¡Extraña muchacha! -susurró el herrero, que había entrado en la casa sin hacer ruido-. ¡No es poco lo que se alaba! ¡Lleva ya una hora delante del espejo, mirándose y diciéndose cumplidos en voz alta!

Librodot

«Sí, muchachos, ¿pensáis que estoy hecha para vosotros? Miradme bien», continuó la bella coqueta: «mirad con qué garbo camino. Mi blusa está bordada de seda roja. ¡Y qué cintas llevo en la cabeza! ¡No habéis visto en vuestra vida adornos más ricos! Todo esto me lo ha comprado mi padre para que se case conmigo el mejor muchacho del mundo.» En ese instante se volvió con una sonrisa y reparó en el herrero...

Nada más verlo lanzó un grito y se detuvo ante él con aire severo.

El herrero perdió todo su ánimo.

Sería difícil describir lo que expresaba el atezado rostro de la extraña muchacha: en su severidad se advertía un matiz de burla, motivado por la timidez del herrero, y una leve huella de enfado, apenas perceptible, cubría de un delicado rubor todo su rostro; todos esos sentimientos entremezclados la hacían tan indescriptiblemente hermosa que lo mejor que podía hacerse era cubrirla de un millón de besos.

-¿A qué has venido? -comenzó Oksana-. ¿Acaso quieres que te eche de aquí a palazos? Todos vosotros sois unos maestros cuando se trata de cortejar a las muchachas. Enseguida olfateáis el momento en que los padres no están en casa. ¡Os conozco muy bien! ¿Y qué pasa con mi cofre? ¿Ya está terminado?

-Estará listo después de las fiestas, corazón mío. Si supieras cuánto he trabajado en él: me he pasado dos noches sin salir de la herrería. Pero ninguna hija de pope tendrá nunca un cofre semejante. El hierro que he empleado para los herrajes ni siquiera lo he puesto en la calesa del capitán de cosacos, cuando trabajaba en Poltava. ¡Y qué dibujos lo adornarán! Aunque recorrieras toda la región con tus blancos pies no encontrarías nada igual! Toda la superficie estará decorada de flores rojas y azules. Relucirá como el fuego. ¡No te enfades conmigo! ¡Permíteme, por lo menos, que te hable y te mire!

-¿Quién te lo prohíbe? ¡Habla y mira!

Tras pronunciar esas palabras, se sentó en el banco, se miró de nuevo en el espejo y empezó a acomodarse las trenzas sobre la cabeza. Miraba su cuello, su nueva blusa bordada de seda, y un delicado sentimiento de satisfacción se dibujaba en sus labios y en sus frescas mejillas, iluminando sus ojos.

-¡Permíteme que me siente a tu lado! -dijo el herrero.

-Siéntate -concedió Oksana, con la misma expresión de satisfacción en los labios y en los ojos.

-¡Maravillosa, encantadora Oksana! ¡Permíteme que te bese! -exclamó el enardecido herrero, apretándola contra sí con intención de besarla. Pero Oksana apartó sus mejillas, que se encontraban ya muy cerca de los labios del herrero, y lo rechazó.

-¿Y qué más quieres? ¡Se le da miel y pide también la cuchara! Vete de aquí, tienes las manos más ásperas que el hierro. Además, hueles a humo. Creo que me has manchado toda de hollín.

Y así diciendo, se acercó de nuevo al espejo y empezó a arreglarse.

«No me ama», pensó el herrero, bajando la cabeza. «No hace más que jugar conmigo, mientras yo sigo delante de ella como un imbécil, sin quitarle los ojos de encima. ¡Y podría pasar así la vida entera, sin dejar de mirarla! ¡Extraña muchacha! ¡Lo que daría por saber lo que guarda en el corazón, a quién ama! Pero no, ella no necesita a nadie. Sólo se admira a sí misma. ¡Cómo me atormenta, pobre de mí! La tristeza que siento me impide ver el mundo. ¡La quiero tanto como nadie ha querido jamás!»

-¿Es cierto que tu madre es una bruja? -preguntó Oksana, echándose a reír; y el herrero sintió que todo su ser también reía. Parecía como si la risa de la joven resonara en su corazón

Librodot

y en sus estremecidas venas, y el despecho se apoderó de su alma cuando pensó que no podía cubrir de besos ese rostro de risa tan deliciosa.

-¡Qué me importa a mí mi madre! Tú eres mi madre, mi padre y todo lo más querido que hay para mí en este mundo. Si el zar me llamara y me dijera: «Herrero Vakula, pídeme todo lo mejor que hay en mi imperio y te lo daré. Haré que te construyan una herrería de oro y forjarás con martillos de plata». «No quiero ni piedras preciosas, ni herrerías de oro ni todo tu imperio» -le diría yo al zar-. «¡Dame mejor a Oksana!»

- ¡Hay que ver cómo eres! Pero mi padre tampoco es tonto. Lo verás cuando se case con tu madre -dijo Oksana, con una sonrisa maliciosa-. Las muchachas no vienen... ¿Qué habrá pasado? Ya es hora de cantar villancicos. Empiezo a aburrirme.

- ¡Que se vayan al diablo, hermosa mía!

-Pero ¡qué dices! Con ellas vendrán probablemente los mozos. Organizaremos un baile. Puedo ya imaginarme las divertidas historias que contarán.

-Entonces, ¿te diviertes con ellos?

-Mucho más que contigo. ¡Ah! Alguien llama; seguramente serán las muchachas y los mozos.

«¿Qué más puedo esperar?», se dijo el herrero. «Se burla de mí. Le importo tanto como una herradura oxidada. No obstante, no permitiré que ningún otro se ría de mí. Sólo tengo que fijarme en quién le gusta más que yo. Se va a enterar ése...»

El curso de sus pensamientos se vio interrumpido por un golpe en la puerta, mientras una voz, que resonaba con fuerza en el aire helado, decía: «¡Abre!».

-Espera, yo abriré -dijo el herrero, y salió enfadado al zaguán, con intención de romperle las costillas al primer hombre con el que se encontrara.

La helada se recrudecía y en las alturas el frío era tan intenso que el diablo saltaba con una pezuña sobre la otra y se soplaba los puños tratando de calentarse un poco las manos heladas. No es raro que tenga frío alguien que se pasa los días dando empellones en el infierno, donde, como es sabido, no hace tanto frío como aquí en invierno, y donde, calándose un gorro y poniéndose delante del fuego como un cocinero, asa a los pecadores con la misma satisfacción que experimenta una mujer cuando fríe una salchicha en Navidad.

Hasta la bruja tenía frío, a pesar de que llevaba ropas de abrigo; por eso, levantando los brazos y avanzando un pie, adoptó la postura de un patinador que vuela por el hielo y, sin mover un solo músculo, se deslizó por el aire como por una ladera helada, hasta alcanzar su chimenea.

El diablo avanzaba de la misma manera detrás de ella. Pero como ese animal es más hábil que cualquier petimetre con medias, no es extraño que, en el momento preciso en que la bruja penetraba por el tubo de la chimenea, él se agarrara al cuello de su amada y ambos acabaran cayendo en la espaciosa estufa, en medio de los pucheros.

La viajera empujó sin ruido la portezuela para ver si su hijo Vakula había traído invitados, pero al no ver más que unos sacos tirados en medio de la habitación, salió de la estufa, se quitó su gruesa pelliza y se arregló las ropas, de modo que nadie habría podido sospechar que un minuto antes volaba sobre una escoba.

La madre del herrero Vakula no tenía más de cuarenta años. No era guapa ni fea. Es difícil conservarse bonita a esa edad, pero ella sabía cómo encandilar a los cosacos más respetables (que, dicho sea de paso, poco se preocupan de la belleza); de hecho, la visitaban el alcalde, el sacristán Ósip Nikíforovich (cuando su mujer no estaba en casa, naturalmente), el

Librodot

cosaco Korni Chub y el cosaco Kasian Sverbiguz. Hay que decir en su honor que sabía tratarlos con mucha habilidad. Ninguno de ellos sospechaba que tenía rivales. Cuando un campesino devoto o un gentilhombre, como a sí mismos suelen llamarse los cosacos, llevando su capa con capucha, iba el domingo a la iglesia, o, si hacía mal tiempo, a la taberna, nunca dejaba de pasar por casa de Soloja, para degustar sus grasientos buñuelos con crema agria y charlar un rato en la caldeada isba de la dicharachera y acogedora dueña. Había algún gentilhombre que daba un gran rodeo antes de ir a la taberna y, cuando llegaba a casa de la mujer, le decía que «iba de paso». Los días de fiesta, cuando Soloja iba a la iglesia y se plantaba delante del coro, con su saya de color vivo, su mandil de tela y su falda azul por encima, adornada con cintas doradas en la parte trasera, era seguro que el sacristán empezaría a toser e involuntariamente se pondría a guiñar el ojo en esa dirección; el alcalde, por su parte, se atusaría el bigote, se colocaría el tupé detrás de la oreja y le diría al vecino más cercano: «¡Ah, qué mujer más estupenda! ¡Es un diablo de mujer!».

Soloja saludaba a todo el mundo y cada uno pensaba que sólo le saludaba a él. Sin embargo, una persona que se interesara por los asuntos ajenos habría observado enseguida que Soloja era especialmente amable con el cosaco Chub. Chub era viudo. Delante de su *jata* siempre había ocho almiares de trigo. Dos parejas de robustos bueyes sacaban la cabeza del establo y mugían cada vez que pasaba por la calle su comadre la vaca o su tío el grueso toro. Un chivo barbudo

se encaramaba en el tejado y desde allí, como si fuera el alcalde, balaba con una voz aguda, haciendo rabiar a los pavos que deambulaban por el patio, y se daba la vuelta cuando veía a sus enemigos, los muchachos, que se burlaban de su barba. En los cofres de Chub había cantidad de telas, caftanes y antiguos abrigos con galones dorados, pues su difunta esposa había sido una mujer muy presumida. En el huerto, además de amapolas, repollos y girasoles, se plantaban cada año dos bancales de tabaco. Soloja no encontraba superfluo añadir todas esas propiedades a su propia hacienda; pensaba por anticipado en la forma que todo eso tomaría cuando estuviera en su poder, y redoblaba las atenciones hacia el viejo Chub. Y para que su hijo Vakula no pudiera engatusar a Oksana y apropiarse de sus bienes -pues en ese caso no le habría permitido mezclarse en nada-, había recurrido al método habitual de todas las cuarentonas: procurar que Chub y el herrero discutieran con la mayor frecuencia posible. Puede que esas argucias y tretas fueran las responsables de que las viejas hubieran empezado a decir, sobre todo cuando habían bebido una copa de más en alguna alegre reunión, que Soloja era una verdadera bruja; de que el joven Kiziakolupenko hubiera advertido que le salía por detrás un rabo no mayor que un huso; de que dos semanas antes, un jueves, algunas personas la hubieran visto atravesar la calle bajo la apariencia de un gato negro; y de que en cierta ocasión, la mujer del pope hubiera contemplado cómo un cerdo entraba en su casa, cacareaba, se ponía en la cabeza el gorro del padre Kondrat y a continuación salía corriendo.

En una ocasión, mientras las viejas hablaban del tema, llegó un pastor de vacas llamado Timish Korostiavi. Ese hombre contó que el verano anterior, la víspera de San Pedro, cuando se echaba a dormir en el establo, después de colocar un poco de paja bajo la cabeza, vio con sus propios ojos cómo una bruja, con los cabellos sueltos y una camisa por todo vestido, se ponía a ordeñar las vacas; según sus palabras, no había podido moverse de lo hechizado que estaba. Una vez concluida su labor, la bruja se acercó a él y le untó los labios con alguna sustancia tan repugnante que después se había pasado todo el día escupiendo. Pero esa anécdota tenía un aire sospechoso, ya que sólo el asesor de Soróchintsi era capaz de ver brujas. Por eso todos los cosacos respetables se mostraban indiferentes cuando oían esas

Librodot

conversaciones y solían responder a ellas con el siguiente comentario: «¡Cuentos de mujeres!».

Cuando salió de la estufa y se arregló un poco las ropas, Soloja, como buena ama de casa, empezó a limpiar la pieza y a ponerlo todo en su sitio, pero no tocó los sacos: «Los ha traído Vakula, pues que se los lleve él». Cuando el diablo se disponía a entrar por la chimenea, se dio la vuelta casualmente y vio que Chub y su compadre caminaban cogidos del brazo, ya muy lejos de la isba. En un abrir y cerrar de ojos salió de la estufa, les cortó el paso y empezó a arrancar por todas partes montones de nieve helada. Se levantó una nevasca. El aire se volvió blanco. La nieve iba de un lado para otro, envolviéndolo todo como en una red, y amenazaba con tapar los ojos, la boca y las orejas de los caminantes. El diablo, entonces, volvió volando a la chimenea, convencido de que Chub regresaría con su compadre, sorprendería al herrero en su casa y le daría tal paliza que durante mucho tiempo éste no tendría fuerzas para coger el pincel y pintarrajear esas ofensivas caricaturas.

Y en efecto, en cuanto se levantó la nevasca y el viento empezó a soplarles directamente en los ojos, Chub dio muestras de arrepentimiento y, calándose aún más su gorro, empezó a dirigir improperios a su compadre, al diablo y a sí mismo. No obstante, ese despecho era fingido. Chub se alegraba mucho de que se hubiera levantado esa tormenta. Para llegar a la casa del sacristán quedaba una distancia ocho veces superior a la ya recorrida. Los caminantes dieron la vuelta. El viento les soplaba en la nuca y a través de la arremolinada nieve no se veía nada.

-¡Para, compadre! Me parece que nos hemos equivocado de camino -dijo Chub, al cabo de unos pasos-. No veo ni una *jata.* ¡Menuda nevasca! Tuerce un poco hacia ese lado para ver si encuentras el camino; mientras tanto, yo buscaré por aquí. ¡Es el mismo demonio el que nos ha obligado a salir con esta tormenta! ¡No te olvides de gritar cuando encuentres el camino! ¡Vaya montón de nieve nos ha echado en los ojos Satanás!

No obstante, no se veía ningún camino. El compadre, tras alejarse un poco, fue de un lado para otro con sus grandes botas, hasta que finalmente llegó ante la taberna. Ese hallazgo le alegró tanto que se olvidó de todo; sacudiéndose la nieve, entró en el zaguán, sin preocuparse lo más mínimo por el compadre que había quedado a la intemperie. Mientras tanto, a Chub le pareció que había encontrado el camino; se detuvo, se puso a gritar con todas sus fuerzas, pero al ver que el compadre no aparecía, decidió continuar solo. Después de caminar un rato, llegó a su *jata.* La nieve se amontonaba alrededor de la vivienda y en el tejado. Se puso a llamar a la puerta con sus manos entumecidas por el frío y le gritó a su hija con imperioso tono que le abriera.

-¿Qué quieres? -le gritó con voz severa el herrero, saliendo de la casa.

Chub, al reconocer la voz del herrero, retrocedió unos pasos. «No, ésta no es mi *jata*», se dijo. «El herrero no se atrevería a entrar en ella. No obstante, mirándola bien, tampoco parece la suya. ¿De quién será? ¡Vaya! ¡Como si no la conociera! Es la del cojo Levchenko, que se casó hace poco con una mujer joven. Es el único que tiene una *jata* semejante a la mía. Ya me parecía un poco raro haber llegado tan pronto. No obstante, en estos momentos Levchenko se encuentra en casa del sacristán. Entonces, ¿qué hace aquí el herrero?... ¡Ajá! Ha venido a ver a su joven esposa. ¡Así es! ¡Muy bien! ¡Ahora lo entiendo todo!»

-¿Quién eres y qué haces llamando a las puertas ajenas? -gritó el herrero con voz más severa que antes, acercándose a él.

«No, no le diré quién soy», pensó Chub: «¡Podría pegarme el maldito bribón!» -y enmascarando la voz, respondió:

-¡Soy yo, buen hombre! He venido a cantar unos villancicos bajo tus ventanas para divertirte.

Librodot

¡Vete al diablo con tus villancicos! -gritó furioso Vakula-. ¿Qué haces ahí? ¿No me has oído? ¡Vete ahora mismo!

Chub había tomado ya esa juiciosa decisión, pero consideraba ultrajante obedecer las órdenes del herrero. Parecía como si un espíritu maligno le incitara a llevarle la contraria.

¿Por qué gritas de ese modo? -exclamó forzando la voz-. Sólo quiero cantar unos villancicos, eso es todo.

- ¡Ah! ¡Parece que no te basta con las palabras!... -y a continuación Chub sintió un fuerte puñetazo en el hombro.

Ya veo que empiezas a pegar -dijo éste, retrocediendo unos pasos.

-¡Vete, vete! -gritó el herrero, propinándole otro golpe.

-Pero ¿qué te pasa? -exclamó Chub con una voz en la que se entremezclaban el dolor, el enfado y el miedo-. ¡Por lo visto no estás de broma! ¡Me has hecho daño!

- ¡Vete, vete! -gritó el herrero y cerró de un portazo.

-¡Miren cómo se hace el valiente! -dijo Chub al quedarse solo en la calle-. ¡Acérquense! ¡Mírenlo! ¡Vean qué gran señor! ¿Crees que no puedo denunciarte? No, hermano, voy a ir directamente a la comisaría. ¡Vas a saber quién soy yo! No me importa que seas herrero o pintor. Me gustaría verme la espalda y el hombro: seguro que me ha hecho algún moratón. ¡Me ha golpeado bien, ese hijo de Satanás! ¡Lástima que haga tanto frío y no pueda quitarme el abrigo! Espera un poco, herrero del diablo, que ya os dará una buena el demonio a ti y a tu fragua. ¡He de verte bailar en la horca, maldito! Pero veamos... No está en casa en este momento. Por tanto, Soloja debe de estar sola. Hum... Su casa no queda lejos de aquí. No sé si acercarme. A esta hora no le ve a uno nadie. Tal vez sea posible... ¡Vaya golpe me ha propinado ese maldito herrero!

Al tiempo que pronunciaba esas palabras, Chub se rascó la espalda y partió en dirección contraria. La recompensa que esperaba de su visita a Soloja atenuaba un tanto el dolor y le hacía incluso insensible al hielo que crepitaba en las calles, cuyos crujidos no conseguía sofocar el silbido de la ventisca. De vez en cuando en su rostro, cuya barba y bigotes el temporal había enjabonado de nieve más pronto que el barbero cuando coge de manera tiránica la nariz de su víctima, se dibujaba una expresión casi dulce. Pero si la nieve no lo hubiera tapado todo con sus remolinos, se hubiera visto a Chub pararse más de una vez, rascarse la espalda y exclamar: «¡Vaya golpe me ha propinado ese maldito herrero!», y a continuación seguir de nuevo su camino.

Mientras nuestro hábil petimetre con cola y barba de chivo salía de la chimenea y luego volvía a entrar, la bolsa que llevaba colgada del costado, y en la que había ocultado la luna robada, se enganchó desgraciadamente en algún lugar de la estufa, se abrió y el astro, aprovechando la ocasión, salió volando por la chimenea de Soloja y subió sin impedimentos hasta el cielo. Todo se iluminó. La ventisca desapareció como por arte de magia. La nieve brillaba como si fuera una vasta llanura de plata y parecía toda sembrada de estrellas de cristal. El frío se atenuó. Aparecieron grupos de mozos y muchachas con sacos. Resonaron las canciones y rara fue la *jata* ante la cual no se agolparon los cantantes.

La luna despedía una claridad maravillosa. No es fácil explicar lo agradable que resulta, en una noche así, deambular entre grupos de muchachas que ríen y cantan y mozos dispuestos a prodigar todas las bromas y burlas que les sugiere la alegre y risueña noche. Bajo una gruesa pelliza se siente calor; el hielo confiere un rubor más intenso a las mejillas; en cuanto a las travesuras, es el mismo maligno el que os empuja a realizarlas.

Librodot

Grupos de muchachas con sacos irrumpieron en la *jata* de Chub y rodearon a Oksana. Los gritos, las carcajadas y las charlas aturdieron al herrero. Todas se apresuraban a anunciarle a la bella alguna novedad, vaciaban los sacos y mostraban con orgullo sus panes, salchichas y buñuelos, recibidos en gran cantidad por sus villancicos. Oksana parecía muy alegre y contenta, conversaba con unas y con otras y reía sin parar. El herrero contemplaba con envidia y enfado esa alegría y por una vez maldijo los villancicos, aunque en realidad le gustaban con locura.

-¡Eh, Odarka! -dijo la bella dirigiéndose a una de las muchachas-: ¡llevas unos botines nuevos! ¡Ah, qué bonitos son! ¡Y con adornos dorados! Eres muy afortunada, Odarka, de tener una persona que te compra todo lo que quieres. Yo no tengo a nadie que me procure unos botines tan bonitos.

-¡No te preocupes, mi amada Oksana! -intervino el herrero -: yo te traeré unos botines como llevan muy pocas señoras.

-¿Tú? -dijo Oksana, dirigiéndole una mirada rápida y altanera-. Me gustaría saber dónde vas a encontrar unos botines que se acomoden a mis pies. ¿Acaso vas a traerme los que lleva la misma zarina?

-¡Vaya lo que pide! -gritaron las muchachas, echándose a reír.

-Sí -continuó con orgullosa voz la bella-. Os pongo a todas por testigos: si el herrero Vakula me trae los botines que lleva la zarina, doy mi palabra de que me casaré con él.

Las muchachas se llevaron con ellas a la caprichosa Oksana.

-¡Reíd, reíd! -dijo el herrero, saliendo tras ellas-. ¡Yo soy el primero en reírme de mí mismo! Por más que lo pienso, no sé qué ha pasado con mi buen juicio. No me quiere. Bueno, ¡pues que se quede con Dios! ¡Como si no hubiera en el mundo nadie más que ella! A Dios gracias hay muchas muchachas bonitas en la aldea. Además, ¿qué tiene Oksana de particular? Jamás será una buena ama de casa. Sólo sabe presumir. No, ya es suficiente. Basta de hacer el imbécil.

Al tiempo que el herrero se disponía a obrar con decisión, un espíritu maligno le mostró la imagen risueña de Oksana, mientras le decía con voz burlona: «¡Consígueme, herrero, los botines de la zarina, y me casaré contigo!». Del herrero se apoderó una intensa agitación y Oksana se convirtió en su único pensamiento.

Grupos de cantantes -los mozos por un lado y las muchachas por otro- corrían de una calle a otra. Pero el herrero caminaba sin fijarse en nada y sin participar en unas diversiones que en el pasado nadie había amado tanto como él.

Entre tanto, el diablo se mostraba muy cariñoso con Soloja: le besaba la mano con tantos remilgos como un asesor a la hija de un pope, se llevaba la mano al corazón, suspiraba y le decía claramente que si no consentía en satisfacer su pasión y recompensarle de manera adecuada, estaba dispuesto a todo: se arrojaría al agua y mandaría su alma directamente al infierno. Soloja no era tan cruel; además, como se sabe, había hecho causa común con el diablo. Por lo general, le gustaba tener a su alrededor un grupo de admiradores y rara vez se quedaba sin compañía, pero había contado con pasar sola esa noche, pues todos los hombres respetables de la aldea habían sido invitados a casa del sacristán a comer hutiá. No obstante, las cosas sucedieron de otro modo: en cuanto el diablo presentó sus exigencias, se oyó la voz del robusto alcalde. Soloja fue corriendo a abrir la puerta y el ágil diablo se metió en uno de los sacos que había en el suelo.

El alcalde, tras sacudirse la nieve que cubría su gorro y vaciar la copa de vodka que le

Librodot

tendía Soloja, le dijo que no había ido a casa del sacristán porque se había levantado una nevasca; y como había visto luz en su *jata*, había decidido entrar y pasar la velada con ella.

Apenas tuvo tiempo el alcalde de pronunciar esas palabras, cuando se oyeron golpes en la puerta y resonó la voz del sacristán.

-Escóndeme en algún sitio -susurró el alcalde-. No me apetece encontrarme con el sacristán en este momento.

Soloja pasó un buen rato pensando dónde podía ocultar a su robusto huésped; finalmente escogió el saco de carbón más grande; vació el contenido en una tinaja y metió en su interior al grueso alcalde, con su bigote, su cabeza y su gorro.

El sacristán entró y, aclarándose la voz y frotándose las manos, dijo que a su casa no había ido nadie, que se alegraba de todo corazón de poder *pasar* un *rato* con ella y que no le había dado miedo la ventisca. A continuación se acercó a la mujer, tosió, sonrió, tocó con sus largos dedos el brazo desnudo y rollizo de Soloja y dijo con aire malicioso y satisfecho:

-¿Qué tiene usted ahí, admirable Soloja? -y tras pronunciar esas palabras, dio un salto hacia atrás.

-¿Pues qué va a ser, Ósip Nikíforovich? ¡Un brazo! -le contestó Soloja.

-¡Hum! ¡Un brazo! je, je, je! -exclamó el sacristán, muy satisfecho de su comienzo, dando unos pasos por la habitación.

-¿Y eso qué es, queridísima Soloja? -preguntó con el mismo tono, aproximándose de nuevo a ella, posando levemente la mano en su cuello y saltando de nuevo hacia atrás.

-¡Como si no lo viera usted, Ósip Nikíforovich! -respondió Soloja-. El cuello y sobre el cuello un collar.

- ¡Hum! ¡Sobre el cuello un collar! je, je, je! -y el sacristán volvió a pasearse por la habitación, frotándose las manos.

-¿Y qué tiene usted ahí, incomparable Soloja?...

No sabemos qué parte del cuerpo se disponía a tocar el sacristán con sus largos dedos, cuando de pronto se oyeron golpes en la puerta y la voz del cosaco Chub.

-¡Ah, Dios mío, un extraño! -gritó asustado el sacristán-. ¿Qué pasaría si alguien encontrara aquí a una persona de mi condición?... ¡El asunto llegaría a oídos del padre Kondrat!

Pero en realidad los temores del sacristán eran de otro orden: lo que más le asustaba era que se enterara su mujer, que con su temible mano había reducido su gruesa trenza a sólo cuatro pelos.

-Por el amor de Dios, virtuosa Soloja -exclamó, temblando con todo su cuerpo-. Su bondad, como dice el Evangelio según San Lucas en el capítulo décimo ter... ter... ¡Están llamando! ¡Le juro que están llamando! ¡Oh, escóndame en alguna parte!

Soloja vació en la tinaja un segundo saco de carbón y el sacristán, cuyo cuerpo no era demasiado voluminoso, se introdujo en él y se sentó en el fondo de tal manera que en el interior todavía quedaba espacio para medio saco de carbón.

- ¡Hola, Soloja! -dijo Chub, entrando en la *jata*-. Probablemente no me esperabas. No me esperabas, ¿verdad? Puede que te haya molestado... -continuó Chub, con una expresión alegre y maliciosa, señal evidente de que su torpe cerebro se esforzaba en configurar alguna broma sutil y mordaz-. Puede que estuvieras divirtiéndote con otro... Puede que tengas a alguien escondido, ¿eh? -y satisfecho de su propio comentario, Chub se echó a reír, íntimamente convencido de que era el único que gozaba de los favores de la mujer-. Bueno, Soloja, dame una copa de vodka. Me parece que ese maldito frío me ha helado la garganta. ¡Vaya Nochebuena nos ha enviado Dios! Habrás visto, Soloja, habrás visto... Ah, tengo las

Librodot

manos entumecidas. No puedo desabotonarme el abrigo. Habrás visto la tormenta que se ha levantado...

-¡Abre! -gritó alguien desde la calle, al tiempo que golpeaba la puerta.

-Alguien llama -dijo Chub, que se había quedado inmóvil.

- ¡Abre! -gritaron con más fuerza aún.

- ¡Es el herrero! - exclamó Chub, cogiendo su gorro -. Escucha, Soloja: escóndeme donde sea. Por nada del mundo quiero encontrarme con ese maldito bribón. Ojalá le salga a ese hijo del diablo una ampolla tan grande bajo los ojos como una gavilla de trigo.

Soloja, que también estaba asustada, iba de un lado para otro como una loca. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, le hizo una señal a Chub para que se metiera en el mismo saco en el que se encontraba ya el sacristán. El pobre sacristán no se atrevió siquiera a dar muestras de su dolor mediante toses o carraspeos cuando el pesado campesino se sentó prácticamente sobre su cabeza y plantó sus botas heladas en sus sienes.

El herrero entró en silencio y, sin quitarse el gorro, se dejó caer sobre el banco. Se veía que estaba de muy mal humor.

En el momento en que Soloja cerraba la puerta, alguien volvió a llamar. Era el cosaco Sverbiguz. A ese no podía ocultarlo en un saco, porque no había ninguno apropiado. Era más robusto que el alcalde y más alto que el compadre Chub. Por ello, Soloja lo condujo al jardín y se dispuso a escuchar allí cuanto quisiera decirle.

El herrero contemplaba con mirada distraída la *jata* y de vez en cuando prestaba atención al sonido lejano de las canciones; finalmente sus ojos se detuvieron en los sacos. «¿Por qué los habré dejado ahí? Hace tiempo que tendría que haberlos retirado. Ese estúpido amor me ha hecho perder la cabeza. Mañana es fiesta y la casa está llena de basura. ¡Los llevaré a la herrería!».

Y tras pronunciar esas palabras, el herrero se puso en cuclillas junto a los enormes sacos, los ató con fuerza y se dispuso a cargarlos sobre los hombros. Pero sus pensamientos debían estar en otra parte, pues de otro modo habría oído el quejido de Chub cuando el cordón con que ataba el saco le retorció los cabellos, y el fuerte hipo que sacudió el cuerpo del alcalde.

-¿Es que esa maldita Oksana no va a dejarme nunca en paz? -dijo el herrero-. Aunque trato de olvidarla, no puedo ver otra cosa que su rostro. ¿Cómo es posible que un pensamiento se te meta en la cabeza en contra de tu propia voluntad? ¡Diablos, parece como si los sacos pesaran más que antes! Aquí debe haber algo más que carbón. ¡Pero qué tonto soy! Me había olvidado de que ahora todo me parece más pesado. Antes, podía doblar y enderezar con la mano una moneda de cobre y una herradura, mientras que ahora no soy capaz de cargar unos sacos de carbón. Como siga así, pronto me tumbará el viento. No -gritó después de una pausa, cobrando nuevos bríos-. ¡Ni que fuera una mujer! ¡No permitiré que nadie se burle de mí! ¡Dadme diez sacos como éstos y los levantaré! -y con un movimiento poderoso, se echó sobre los hombros unos sacos que dos hombres robustos no habrían podido cargar-. También cogeré éste -añadió, levantando el más pequeño, en cuyo fondo estaba acurrucado el diablo-. Aquí debo haber guardado mis herramientas -dijo, y tras pronunciar esas palabras, salió de la *jata*, cantando:

No voy a atarme a una mujer.

En las calles las canciones y los gritos resonaban cada vez más fuertes. Los grupos errantes aumentaban en número gracias a gentes llegadas de las aldeas vecinas. Los mozos

Librodot

hacían travesuras y alborotaban. A menudo, entre los villancicos, se oía una alegre canción improvisada en ese mismo instante por algún joven cosaco. O en medio de la multitud alguien entonaba, en lugar de un villancico, una canción de Noche Vieja, gritando a pleno pulmón:

¡Es Noche Vieja, es Noche Vieja!
Dadme un buñuelo,
un plato de gachas,
una rodaja de salchicha.

Una carcajada recompensaba al animador. Las pequeñas ventanas se abrían y una vieja -sólo ellas y los respetables padres de familia se habían quedado en casa- sacaba su seca mano y entregaba a los cantantes una salchicha o un pedazo de pastel. Los mozos y las muchachas acercaban sus sacos y recogían la recompensa. En un determinado lugar, los mozos habían rodeado a un grupo de muchachas: se oyeron gritos, se produjo un gran alboroto; uno les lanzaba una bola de nieve; otro les arrancaba un saco lleno de toda suerte de cosas. En otro lugar las muchachas perseguían a un mozo, le ponían la zancadilla y él salía volando con su saco. Parecía que estaban dispuestos a divertirse hasta la llegada del alba. La noche, como a propósito, derramaba una fastuosa claridad, y el brillo de la nieve hacía aún más blanca la luz de la luna.

El herrero se detuvo con sus sacos. Le había parecido oír en un grupo de muchachas la voz y la fina risa de Oksana. Todo su cuerpo se estremeció; arrojó los sacos al suelo con tanta brusquedad que el sacristán, acurrucado en el fondo, lanzó un gemido a causa del golpe y el alcalde hipó con todas sus fuerzas; luego, con el saco más pequeño sobre los hombros, se unió a los mozos que perseguían al grupo de muchachas en el que le había parecido oír la voz de Oksana.

«¡Sí, es ella! ¡Camina como una reina y sus ojos negros brillan! Un apuesto muchacho le está contando alguna anécdota, por lo visto muy divertida, ya que ella se ríe. No obstante, ella siempre se está riendo.» Sin saber muy bien cómo, un poco en contra de su voluntad, el herrero se abrió camino entre la multitud y se situó a su lado.

-¡Ah, Vakula, estás ahí! ¡Hola! -dijo la bella, con aquella sonrisa que al herrero le hacía perder la cabeza-. ¿Has reunido muchas cosas? ¡Vaya un saco más pequeño! ¿Has conseguido ya los botines de la zarina? ¡Si me los traes, me casaré contigo! -y echándose a reír, se marchó corriendo con las otras muchachas.

El herrero se quedó como clavado al suelo. «No, no puedo; ya no tengo fuerzas...», exclamó finalmente. «Pero Señor, ¿por qué es tan endiabladamente hermosa? Su mirada, su modo de hablar, todo en ella me abrasa el corazón... No, ya no puedo soportarlo más. Es hora de poner fin a todo esto. ¡Que se pierda mi alma! ¡Me arrojaré al río por un agujero del hielo y nadie me verá más!»

Así diciendo, avanzó con paso decidido, alcanzó al grupo de muchachas, se situó junto a Oksana y le dijo con voz firme:

-¡Adiós, Oksana! Búscate el novio que quieras, búrlate de quien se te antoje; pero a mí no volverás a verme.

La bella pareció sorprendida e hizo intención de hablar, pero el herrero hizo un gesto con la mano y se marchó.

Librodot

-¿Adónde vas, Vakula? -gritaron los muchachos al ver que se alejaba corriendo.

¡Adiós, hermanos! -respondió el herrero-. Si Dios quiere, nos veremos en el otro mundo, pero en éste ya no nos divertiremos juntos. ¡Adiós! ¡No me guardéis rencor! Decidle al padre Kondrat que celebre una misa por el reposo de

mi alma pecadora. Los asuntos mundanos, pecador de mí, me han impedido pintar los cirios para los iconos del santo y de la Madre de Dios. ¡Adiós!

Tras pronunciar esas palabras, el herrero echó de nuevo a correr, con el saco al hombro.

-¡Está loco! -dijeron los muchachos.

-¡Un alma perdida! -musitó piadosamente una vieja que pasaba por allí-. Iré a contarle a todos que el herrero se ha ahorcado.

Vakula, tras recorrer unas cuantas calles, se detuvo para tomar aliento. «En realidad, ¿adónde me dirijo? -pensaba-. ¿Es que está todo perdido? Probaré otra solución: iré a ver al zaporogo Patsiuk el Panzudo. Se dice que conoce bien a los diablos y que puede hacer todo lo que se le antoja. Iré a verle, ya que de todos modos mi alma debe perderse.»

Al oír esas palabras el diablo, que había estado inmóvil todo el tiempo, se puso a dar saltos de alegría en su saco; pero el herrero, pensando que había sido él mismo quien había provocado ese movimiento, al rozarlo por descuido con el brazo, le propinó un golpe con su poderoso puño, se lo acomodó sobre los hombros y se encaminó a casa de Patsiuk el Panzudo.

Ese Patsiuk el Panzudo había sido en su tiempo zaporogo; nadie sabía si le habían expulsado o él mismo se había marchado de Zaporozhie. Hacía ya diez o quince años que se había establecido en Dikanka. En un principio había vivido como un verdadero zaporogo: no trabajaba, pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, comía como seis segadores y podía beberse de una vez un cubo entero; no obstante, no le faltaba espacio para meter todo eso, pues Patsiuk, a pesar de su baja estatura, era un hombre de cuerpo muy ancho. Además, los pantalones bombachos que llevaba eran tan amplios que, incluso cuando marchaba a grandes pasos, no se le distinguían las piernas y parecía que por la calle avanzaba un tonel de vino. Tal vez esa circunstancia había motivado que le apodaran Panzudo. Apenas llevaba unos días viviendo en la aldea, cuando ya todo el mundo sabía que era curandero. En cuanto alguien caía enfermo, enseguida se llamaba a Patsiuk; y a Patsiuk le bastaba con murmurar unas palabras para que el mal desapareciera como por encanto. Si sucedía que un noble hambriento se atragantaba con una espina, Patsiuk le daba un puñetazo en la espalda con tanta habilidad que la espina seguía su camino sin causar ningún daño en la garganta del noble. En los últimos tiempos apenas se dejaba ver. Quizás ello se debiera a la pereza y al hecho de que cada año le resultaba más difícil pasar por la puerta. Por eso, cuando alguien necesitaba su ayuda, tenía que ir a su casa.

El herrero, no sin cierta timidez, abrió la puerta y vio a Patsiuk, sentado a la turca, delante de un pequeño tonel sobre el que había una escudilla con *galushkas.* La escudilla estaba situada a la misma altura que su boca. Sin mover un dedo, inclinando apenas la cabeza hacia la escudilla, bebía el caldo y tomaba de vez en cuando una albóndiga entre los dientes.

«Éste es aún más vago que Chub -pensó Vakula-. El otro, al menos, come con cuchara; éste, en cambio, no quiere ni levantar la mano.»

Patsiuk debía estar muy ocupado con las *galushkas,* pues no pareció advertir la llegada del herrero, que, nada más franquear el umbral, le dirigió un respetuoso saludo.

- ¡Vengo a implorar tu ayuda, Patsiuk! -le dijo Vakula, saludándole de nuevo.

El grueso Patsiuk levantó la cabeza y luego siguió comiendo sus *galushkas.*

Librodot

-No te lo tomes a mal, no lo digo con intención de ofenderte -dijo el herrero, cobrando ánimos-, pero se dice que tienes tratos con el diablo.

Tras pronunciar esas palabras, Vakula se asustó, pensando que se había expresado de modo demasiado directo, sin suavizar apenas la rotundidad de sus palabras; por ello, esperando que de un momento a otro Patsiuk cogiera el tonel y la escudilla y se los tirara a la cabeza, se apartó un poco y se cubrió con la manga para que el líquido caliente de las galushkas no le salpicara la cara.

Pero Patsiuk se limitó a mirarle y siguió comiendo sus *galushkas.* Algo más animado, el herrero decidió continuar:

-He venido a verte, Patsiuk, que Dios te dé bienes en abundancia y pan en proporción -a veces el herrero sabía introducir una palabra a la moda, de las que había aprendido durante su estancia en Poltava para pintar la cerca de madera del capitán de cosacos-. ¡Estoy perdido, pecador de mí! ¡No hay nada en el mundo que pueda salvarme! Me veo obligado a pedirle ayuda al mismo diablo. ¿Qué dices Patsiuk? - exclamó el herrero, viendo que el otro seguía callado-. ¿Qué debo hacer?

-¡Si tienes necesidad del diablo, dirígete a él! -respondió Patsiuk, sin levantar la mirada y sin dejar de comer.

-Por eso he venido a verte -apuntó el herrero, haciendo una reverencia-. Creo que eres la única persona en el mundo que conoce el camino.

Patsiuk, sin pronunciar palabra, terminó las *galushkas* que le quedaban.

- ¡Hazme esa merced, buen hombre! ¡Atiende mi súplica! -insistió el herrero-. Si necesitas un cerdo, salchichas, harina de trigo sarraceno, tela, cereal o cualquier otra cosa... Ya sabes cómo suele hacerse entre gentes de bien en caso de necesidad... No escatimaré nada. Dime, al menos, qué debo hacer para encontrar el camino.

-Aquel que lleva el diablo a sus espaldas, no necesita ir muy lejos -exclamó Patsiuk con indiferencia, sin cambiar de postura.

Vakula lo miró atentamente, como si en su frente estuviera escrita la explicación de esas palabras. «¿Qué dice?» -era la silenciosa cuestión que se leía en su rostro; y su boca entreabierta parecía dispuesta a engullir la primera palabra de Patsiuk como si fuera una galushka, pero éste seguía callado.

En ese instante Vakula advirtió que el tonel y las galush*kas* habían desaparecido; en su lugar vio en el suelo dos escudillas de madera: una estaba llena de buñuelos y la otra de nata agria. Sus pensamientos y sus ojos se dirigieron involuntariamente sobre esos alimentos. «Veamos cómo se las arregla Patsiuk para comer los buñuelos», se dijo. «Seguramente no querrá inclinarse como ha hecho con las *galushkas;* además, no es posible: primero debe mojarlos en la nata agria.»

Apenas había tenido tiempo de concebir ese pensamiento, cuando Patsiuk entreabrió la boca, miró los buñuelos y luego la abrió del todo. En ese momento un buñuelo saltó de la escudilla, se bañó en la nata agria, se volvió del otro lado, rebotó y se fue derecho a la boca. Patsiuk se lo comió, volvió a abrir la boca y un segundo buñuelo siguió el mismo camino. Su único trabajo consistía en masticar y tragar.

«¡Vaya prodigio!», pensó el herrero, mirándolo con la boca abierta, y en ese instante advirtió que un buñuelo se deslizaba hasta ella y le manchaba los labios de crema. Tras rechazar el buñuelo y secarse los labios, el herrero empezó a meditar en los extraños sucesos que tenían lugar en el mundo y en el grado de sutileza al que puede llevar a un hombre la fuerza maligna; en ese momento, se dio cuenta de que sólo Patsiuk podía ayudarle. «Voy a

Librodot

hacerle otra reverencia, a ver si me explica bien... ¡Pero qué diablos! ¡Hoy es día de vigilia, y está comiendo buñuelos y *galushkas* de carne! ¡Y yo sigo aquí como un imbécil, cargando mi conciencia con un pecado! ¡Atrás!» -y el piadoso herrero salió a toda prisa de la *jata.*

Pero el diablo, que seguía sentado en el saco, alegrándose por anticipado de su victoria, decidió no dejar escapar una presa tan preciada. En cuanto el herrero depositó el saco en el suelo, salió de un salto y se sentó sobre su cuello.

El herrero sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo; se asustó, palideció y no supo qué hacer. Quiso santiguarse, pero el diablo, acercando su hocico de perro a su oreja derecha, le dijo:

-Soy yo, tu amigo. ¡Haré cualquier cosa por un camarada y un amigo! Te daré todo el dinero que quieras -le chilló en la oreja izquierda-. Hoy mismo Oksana será tuya -susurró, aproximando de nuevo su hocico a la oreja derecha del herrero.

Vakula se quedó pensativo.

-De acuerdo -dijo por fin-. A ese precio estoy dispuesto a ser tuyo.

El diablo dio una palmada de alegría y se puso a cabalgar sobre el cuello del herrero. «¡Ya he atrapado al herrero!», pensó. «Ahora me vas a pagar, hermano, todos esos garabatos y esos infundios que has propalado sobre los diablos. ¿Qué dirán mis compañeros cuando se enteren de que el hombre más piadoso de la aldea ha caído en mis manos?» Y el diablo se rió alegremente, pensando cómo iba a hacer rabiar a todos sus rabudos compañeros en el infierno y cómo

se enfurecería el diablo cojo, que estaba considerado un maestro en materia de engaños.

-¡Bueno, Vakula! -chilló el diablo, que seguía sentado en el cuello del herrero, como si temiera que éste se le escapara-. Ya sabes que sin contrato no puedo hacer nada.

-¡Estoy dispuesto! -dijo el herrero-. He oído decir que entre vosotros se firma con sangre. Espera, voy a coger un clavo del bolsillo -y a continuación echó la mano hacia atrás y agarró al diablo por la cola.

-¡Mira qué bromista! -gritó el diablo, riéndose-. ¡Bueno, basta ya de travesuras!

-Espera, hermano -gritó el herrero-. A ver qué te parece esto-. Nada más pronunciar esas palabras, hizo la señal de la cruz y el diablo se volvió tan manso como un cordero-. Espera un poco más -dijo, cogiéndolo por la cola y tirándolo al suelo-. Voy a enseñarte a incitar al pecado a las gentes de bien y a los cristianos honrados -y tras pronunciar esas palabras, sin soltarle la cola, el herrero saltó sobre él y levantó la mano para hacer la señal de la cruz.

-¡Piedad, Vakula! -gimió con voz lastimera el diablo-. ¡Haré todo lo que quieras, pero no me atormentes más: no hagas sobre mí la terrible señal de la cruz.

- ¡Ah, ya empiezas a cantar con otra voz, maldito alemán! Ahora ya sé lo que debo hacer. ¡Llévame ahora mismo sobre tus espaldas! ¿Me oyes? ¡Llévame como un pájaro!

-¿Adónde? -preguntó el apesadumbrado diablo.

-A San Petersburgo, directamente al palacio de la zarina. Y el herrero se quedó petrificado de terror, al sentir que se elevaba por los aires.

Oksana pasó largo rato meditando en las extrañas palabras del herrero. Una voz interior le decía que le había tratado con excesiva dureza. ¿Y si se decidía a hacer algo terrible? «¡Quién sabe! Tal vez la tristeza le lleve a enamorarse de otra a la que, por despecho, dará el título de muchacha más bella de la aldea. Pero no, él me ama. ¡Soy tan hermosa! Por nada del mundo renunciará a mí; bromea, finge. Antes de diez minutos volverá para contemplarme. Es

Librodot

verdad que soy muy severa con él. Tendré que dejarme besar como a desgana. ¡Vaya si se alegrará!» Y la frívola beldad empezó a bromear con sus amigas.

-Esperad -dijo una de ellas-. El herrero ha olvidado sus sacos. ¡Mirad qué grandes son! Le ha ido mejor con los villancicos que a nosotros. Seguro que lleva dentro un cuarto entero de cordero; en cuanto a las salchichas y los trozos de pan, no se deben poder ni contar. ¡Qué abundancia! Hay para hartarse durante todas las fiestas.

-¿Son los sacos del herrero? -preguntó Oksana-. Llevémoslos enseguida a mi *jata* y examinemos su contenido.

Todas aceptaron la proposición, en medio de grandes risas.

-¡Pero no conseguiremos levantarlos! -gritaron las muchachas, mientras se esforzaban en moverlos.

-Esperad -exclamó Oksana-. Será mejor que vayamos por un trineo y los carguemos en él.

Y las muchachas corrieron en su busca.

A los prisioneros empezaba a aburrirles esa larga estancia en el interior de los sacos, aunque el sacristán había conseguido practicar un agujero considerable con el dedo. Si no hubiera habido gente alrededor, seguramente habría encontrado el modo de liberarse. ¡Pero salir de un saco en presencia de todo el mundo! ¡Exponerse a la burla general! ... Esa posibilidad le asustaba tanto que decidió seguir esperando, limitándose a gruñir bajo las botas poco ceremoniosas de

Chub. El propio Chub tenía tantos deseos como él de recobrar la libertad, pues sentía que estaba sentado sobre un objeto muy incómodo. Pero en cuanto oyó la proposición de su hija, se tranquilizó y resolvió no salir de allí, considerando que para llegar a su *jata* era necesario dar al menos un centenar de pasos, tal vez incluso doscientos. Si salía, tendría que arreglarse las ropas, abrocharse el abrigo, ajustarse el cinturón - ¡qué trabajo!-; además, se había dejado el gorro en casa de Soloja. No, mejor sería que las muchachas le llevaran en el trineo. Pero todo sucedió de manera muy distinta a como había pensado. Mientras las muchachas corrían en busca de un trineo, el flaco compadre salió de la taberna contrariado y de muy mal humor. La tabernera no había querido fiarle; estuvo esperando un rato por si aparecía algún noble piadoso que le convidara, pero todos los nobles parecían haberse puesto de acuerdo para quedarse en casa y tomar la lzutiá en familia, como buenos cristianos. Meditando en la degeneración de las costumbres y en el corazón de piedra de la judía que despachaba el vino, el compadre se topó con los sacos y se detuvo sorprendido.

- ¡Mira qué sacos han dejado tirados en medio del camino! -exclamó, mirando a su alrededor-: seguro que dentro hay también carne de cerdo. ¡Vaya suerte ha tenido el que ha visto recompensados sus villancicos con tal cantidad de cosas! ¡Qué sacos tan tremendos! Supongamos que están llenos de pan negro y de tortas de trigo... ¡No estaría mal! Tampoco sería mala cosa si contuvieran pan blanco. Por cada uno de ellos la judía me daría medio cuartillo de vodka. Voy a llevármelos enseguida para que nadie los vea -y tras pronunciar esas palabras, quiso echarse sobre los hombros el saco que contenía a Chub y el sacristán, pero se dio cuenta de que era demasiado pesado-. No, no puedo llevarlo yo solo -dijo-, pero precisamente por allí viene el tejedor Shapuvalenko. ¡Hola, Ostap!

-Hola -dijo el tejedor, y se detuvo.

¿Adónde vas?

-A ninguna parte. Adonde me lleven los pies.

Librodot

- ¡Ayúdame, buen hombre, a llevar estos sacos! Algún cantante los ha llenado y luego los ha dejado en medio del camino. Nos repartiremos el contenido a partes iguales.

¿De los sacos? ¿Y de qué están llenos, de panes o de tortas?

-Creo que hay de todo.

A continuación arrancaron unas tablas de una cerca, pusieron el saco encima y de ese modo lo cargaron sobre los hombros.

-¿Adónde lo llevamos? ¿A la taberna? -preguntó el tejedor por el camino.

Eso había pensado, pero esa maldita judía no nos creerá y empezará a decir que lo hemos robado en alguna parte; además, acabo de salir de allí. No, mejor lo llevaremos a mi casa. Allí no nos molestará nadie: mi mujer ha salido.

-¿Estás seguro? -le preguntó el precavido tejedor.

-Gracias a Dios, todavía no he perdido del todo el juicio -exclamó el compadre-. Sólo el diablo me llevaría donde se encuentre ella. Andará callejeando con las otras mujeres hasta el amanecer.

-¿Quién está ahí? -gritó la esposa del compadre, al escuchar un ruido en el zaguán, en el que acababan de entrar los dos amigos, y a continuación abrió la puerta.

El compadre se quedó estupefacto.

-¡Estamos listos! -exclamó el tejedor, dejando caer los brazos.

La mujer del compadre era un tesoro de esos que abundan en el mundo. Lo mismo que su marido, apenas paraba en casa y pasaba casi todo el día en compañía de sus comadres o de alguna vieja acaudalada, comiendo con gran apetito y prodigando halagos; con su marido sólo discutía por la mañana, porque era el único momento del día en que a veces lo veía. Su casa era dos veces más vieja que los pantalones bombachos del secretario provincial, y al tejado le faltaba paja en algunos puntos. De la cerca sólo subsistían algunos vestigios, pues los aldeanos, cuando salían de sus casas, no cogían nunca una vara para ahuyentar a los perros y esperaban a pasar junto al jardín del compadre para arrancar una tabla de su valla. A veces pasaban tres días seguidos sin que nadie encendiera la estufa. Todo lo que la tierna esposa conseguía de las buenas gentes lo escondía lo más posible de su marido y con frecuencia le arrebataba por la fuerza el dinero que éste llevaba encima, si no había tenido tiempo de bebérselo en la taberna. A pesar de su habitual indolencia, al compadre no le gustaba ceder; por eso solía salir de casa con los dos ojos morados, mientras su media naranja, gimoteando, iba corriendo a contarle a las viejas las atrocidades de su marido y los golpes que le había propinado.

Imagínese el lector la perplejidad del tejedor y su compadre ante esa aparición inesperada. Tras dejar el saco en el suelo, se pusieron delante de él y trataron de ocultarlo con los faldones; pero era demasiado tarde: aunque la mujer del compadre no veía bien con sus fatigados ojos, había reparado en el saco.

-¡Ésta si que es buena! -dijo con la alegría de un halcón cuando descubre una presa-. ¡Me llena de satisfacción que hayáis reunido tantas cosas cantando villancicos! Así es como hacen las gentes de bien; pero no: me parece que vosotros lo habéis robado en alguna parte. ¡Enseñadme ahora mismo ese saco! ¿Me habéis oído? ¡Enseñádmelo ahora mismo!

-Será un diablo calvo el que te lo enseñe, pero lo que es nosotros... -dijo el compadre con resolución.

-¿Por qué te metes en esto? -exclamó el tejedor-. Los villancicos los hemos cantado nosotros, no tú.

- ¡Ya lo creo que me lo enseñarás, maldito borracho! -gritó la mujer, propinando un

Librodot

puñetazo en el mentón del gran compadre y acercándose al saco.

Pero el tejedor y el compadre defendieron con valor su botín y la obligaron a retroceder. Apenas habían tenido tiempo de reponerse, cuando la mujer apareció de nuevo en el zaguán, esta vez con un atizador en la mano. Tras descargar un golpe en el brazo de su marido y otro en la espalda del tejedor, se acercó de nuevo al saco.

-¿Por qué la hemos dejado llegar hasta aquí? -dijo el tejedor, recobrándose.

-¿Cómo que por qué la hemos dejado? Dirás mejor por qué la has dejado -exclamó impertérrito el compadre.

-¡Por lo que veo tenéis un atizador de hierro! -dijo el tejedor después de unos instantes de silencio, rascándose la espalda-. El año pasado mi mujer compró un atizador en la feria; pagó por él veinticinco kopeks, pero no hace tanto daño...

Entretanto la esposa triunfadora, tras depositar un candil en el suelo, desataba el saco y miraba en su interior. Pero sus cansados ojos, que tan pronto le habían descubierto el saco, en esta ocasión la engañaron.

-¡Vaya, pero si hay un cerdo entero! -gritó, dando palmadas de alegría.

-Un cerdo, ¿has oído? ¡Un cerdo entero! -dijo el tejedor, empujando al compadre-. ¡Y tú tienes la culpa de todo!

-¿Qué quieres que haga? -exclamó el compadre, encogiéndose de hombros.

-¿Y me lo preguntas? ¿A qué estamos esperando? ¡Cojamos el saco! ¡Vamos!

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ese cerdo es nuestro! -gritaba el tejedor avanzando hacia la mujer.

- ¡Vete, vete, vieja del diablo! ¡Ese animal no es tuyo! -dijo el compadre acercándose.

La mujer se disponía a blandir de nuevo el atizador, pero en ese momento Chub salió del saco y se plantó en medio del zaguán, estirándose como si acabara de despertarse de un largo sueño.

La esposa del compadre lanzó un grito y descargó un puñetazo sobre el suelo; todos quedaron con la boca abierta.

- ¡Y esta tonta decía que era un cerdo! ¡No es un cerdo! -exclamó el compadre, con los ojos casi fuera de sus órbitas.

-¡Un hombre como éste dentro de un saco! -dijo el tejedor, retrocediendo asustado-. ¡Puedes decir lo que quieras, puedes reventar ahí mismo, pero estoy convencido de que en esto ha tenido que intervenir alguna fuerza maléfica! ¡Si ni siquiera cabe por la ventana!

-¡Es el compadre! -gritó el otro compadre, después de una atenta mirada.

-¿Y quién creías que era? -dijo Chub sonriendo-. Os he gastado una buena broma, ¿eh? ¡Y vosotros ya queríais comerme como si fuera un cerdo! Esperad, voy a daros una buena noticia: en el saco hay alguna cosa más; si no es un cerdo debe ser un lechón o algún otro animal. No paraba de moverse debajo de mí.

El tejedor y el compadre se precipitaron sobre el saco, mientras la dueña de la casa lo agarraba por el lado contrario; sin duda la disputa se hubiera recrudecido si el sacristán, viendo que ya no podía seguir ocultándose, no hubiera salido de su escondite.

La mujer del compadre, petrificada, soltó el pie del sacristán, del que había empezado a tirar para ayudarle a salir.

-¡Otro más! -gritó aterrado el tejedor-. ¡Qué cosas pasan en este mundo! La cabeza me da vueltas... ¡En los sacos no hay salchichas ni panes, sino personas!

-¡Es el sacristán! -exclamó Chub, más sorprendido que ninguno-. ¡Caramba! ¡Vaya con Soloja! Meterlo en un saco... Ahora comprendo por qué tenía toda la casa llena de sacos: en cada uno de ellos había dos hombres. Y yo que pensaba que era el único... ¡Vaya con Soloja!

Las muchachas quedaron algo extrañadas ante la falta de un saco.

Librodot

-¡Qué le vamos a hacer! Contentémonos con éste! -balbució Oksana.

Cogieron el saco entre todas y lo subieron al trineo.

El alcalde había decidido callarse, considerando que si gritaba para que abrieran el saco y lo dejaran salir, esas estúpidas muchachas echarían a correr pensando que era el diablo, y él se quedaría allí dentro, probablemente hasta el día siguiente.

Mientras tanto las mozas se cogieron de la mano y partieron en tromba, arrastrando el trineo sobre la crujiente nieve. Muchas de ellas, jugando, se subieron al trineo, mientras otras se encaramaron sobre el alcalde, que había decidido soportarlo todo. Finalmente llegaron, abrieron de par en par la puerta del zaguán y la de la *jata* y entre risas arrastraron el saco al interior de la vivienda.

-Veamos lo que hay dentro -gritaron todas, tratando de deshacer el nudo.

En ese momento, el hipo que había atormentado al alcalde durante su larga permanencia en el saco se incrementó de tal modo que empezó a hipar y a toser con todas sus fuerzas.

-¡Ah, hay alguien dentro! -gritaron todas y, asustadas, se precipitaron fuera de la casa.

-¿Qué diablos pasa? ¿Por qué corréis como si estuvieseis locas? -preguntó Chub, que en ese preciso instante entraba en la *jata.*

-¡*Ay,* padre! -exclamó Oksana-. ¡Hay alguien dentro del saco!

-¿En el saco? ¿Dónde lo habéis encontrado?

-El herrero lo abandonó en medio del camino -dijeron todas al unísono.

«Vaya, ¿no lo decía yo?», pensó Chub.

¿De qué os habéis asustado? Veamos. Venga, buen hombre -perdóname si ignoro tu nombre y tu patronímico-, ¡sal del saco!

Apareció el alcalde.

¡Ay! -gritaron las muchachas.

-También el alcalde -se dijo Chub, estupefacto, mirándolo de los pies a la cabeza-. ¡Hay que ver!... ¡Vaya! -fue lo único que acertó a decir.

El alcalde estaba no menos sorprendido y no sabía cómo empezar.

-Debe hacer frío en la calle -exclamó, dirigiéndose a Chub.

-Está helando -respondió Chub-. Permíteme que te haga una pregunta: ¿con qué engrasas tus botas, con sebo o con brea?

No era eso lo que quería decir; en realidad, le hubiera gustado preguntar: «¿Qué hacías metido en ese saco, alcalde?», y él mismo no entendía por qué había dicho otra cosa.

-¡Con brea, es mejor! -respondió el alcalde-. Bueno, ¡adiós, Chub! -y, calándose el gorro, salió de la *jata.*

-¿Por qué le habré hecho esa pregunta? -exclamó Chub, mirando la puerta por la que acababa de salir el alcalde-. ¡Ah, Soloja! ¡Encerrar a un hombre como ése en un saco!... ¡Hay que ver! ¡Esa mujer es un diablo! Y yo soy tonto... Pero ¿dónde está ese maldito saco?

Lo he puesto en un rincón. Ya no tiene nada -exclamó Oksana.

-¡Pues sí! ¡Ya conozco yo esta historia! ¡Tráelo aquí! Seguro que hay alguno más. ¡Sacúdelo bien!... ¿Qué? ¿No hay nada?... ¡Maldita mujer! Cuando la miras parece una santa, con ese aire de no haber roto un plato en su vida.

Pero dejemos que Chub dé libre curso a su enfado y volvamos a nuestro herrero, pues seguramente ya son más de las ocho.

En un principio Vakula se asustó cuando se sintió transportado a una altura tan grande que nada veía de cuanto había a sus pies; semejante a una mosca, pasó tan cerca de la luna

Librodot

que tuvo que inclinarse levemente para que su gorra no quedara prendida. No obstante, al cabo de un rato tomó ánimos y empezó a gastarle bromas al diablo. Le divertía mucho oírle estornudar y toser cuando se quitaba del cuello una pequeña cruz de madera de ciprés y se la ponía cerca de la cara. Levantaba a propósito la mano para rascarse la cabeza y el diablo, pensando que se disponía a santiguarse, aceleraba la marcha. En las alturas reinaba una gran claridad. El aire,

envuelto en una ligera neblina plateada, era transparente. Y cuántas cosas se veían: un hechicero que, sentado en una olla, pasó junto a ellos como un torbellino; estrellas que se reunían para jugar a la gallinita ciega; un enjambre entero de espíritus que se arremolinaba a un lado como nubes; un diablo que bailaba a la luz de la luna y que se quitó el sombrero cuando el herrero, galopando sobre su montura, pasó a su lado; una escoba que regresaba sola, tras haber llevado a una bruja a su cita... Muchas porquerías más vieron por el camino. Todas las criaturas con las que se cruzó el herrero se detenían un instante para mirarlo y luego continuaban su camino y retomaban sus actividades. El herrero seguía volando; de pronto resplandeció ante él la ciudad de San Petersburgo, toda desbordante de luces. (Había entonces, con motivo de alguna celebración, una gran iluminación.) El diablo, una vez atravesada la barrera, se transformó en un caballo y el herrero se vio en medio de una calle cabalgando sobre un brioso corcel.

¡Dios mío! ¡Qué ruido, qué estrépito, qué resplandor! A ambos lados de la calle se elevaban casas de cuatro pisos; el ruido de las herraduras y de las ruedas retumbaba por todas partes; las casas crecían y parecían surgir del suelo a cada paso; los puentes temblaban; los carruajes volaban; los cocheros y los postillones gritaban; la nieve silbaba bajo miles de trineos que volaban en todas direcciones; los transeúntes se agolpaban y se apretaban junto a las casas guarnecidas de faroles, y sus inmensas sombras, deslizándose sobre los muros, alcanzaban con sus cabezas las chimeneas y los tejados. El herrero miraba con asombro a uno y otro lado. Le parecía que todas las casas dirigían sobre él sus innumerables ojos de fuego y le miraban. Había tantos señores vestidos con pellizas forradas de tela que no sabía ante quién descubrirse. «¡Dios mío, cuánta nobleza hay aquí!», pensó el herrero. «Seguramente todos los peatones que llevan pelliza deben ser como mínimo asesores, y los que viajan en esas maravillosas calesas con cristales deben de ser, si no gobernadores, al menos comisarios y hasta puede que algo más.» El diablo interrumpió el curso de sus reflexiones con una pregunta: «¿Debo ir directamente al palacio de la zarina?». «No, me da miedo», pensó el herrero. «Sé que en alguna parte deben andar los zaporogos que pasaron por Dikanka este otoño. Venían de la Siech con papeles para la zarina; será mejor que les pida consejo.»

- ¡Eh, Satanás, métete en mi bolsillo y llévame a ver a los zaporogos!

En un instante el diablo se encogió y se hizo tan pequeño que entró sin ninguna dificultad en el bolsillo del herrero. Apenas había tenido tiempo Vakula de volverse, cuando se encontró ante una gran casa y, sin saber bien cómo, empezó a subir por la escalera; abrió la puerta y retrocedió unos pasos, deslumbrado por el rico mobiliario de la habitación, pero recobró el ánimo en cuanto reconoció a los zaporogos que habían pasado por Dikanka; estaban sentados a la turca, con sus botas engrasadas de brea, sobre divanes forrados de seda y fumaban un tabaco especialmente fuerte que recibe el nombre de «raíz».

- ¡Salud, señores, y que Dios os guarde! ¡Mirad dónde nos hemos encontrado! -dijo el herrero, acercándose y haciendo una profunda reverencia.

-¿Quién es ese hombre? -preguntó el cosaco que estaba sentado frente al herrero, dirigiéndose a otro que se encontraba más lejos.

Librodot

-¿No os acordáis de mí? -preguntó el herrero-: ¡soy yo, Vakula, el herrero! Cuando pasasteis este otoño por Dikanka -que Dios os conceda salud y larga vida-, os quedasteis dos días enteros. Incluso puse una goma nueva a la rueda delantera de vuestro carruaje.

-¡Ah! -exclamó el mismo zaporogo-. ¡Es el herrero que pinta tan bien! ¡Salud, paisano! ¿Qué te ha traído por aquí?

Nada de particular. Tenía ganas de ver mundo; se cuenta...

-Y qué, paisano -exclamó el zaporogo, haciéndose el importante y deseando demostrar que sabía hablar ruso-, y qué, ¿te parece grande la ciudad?

El herrero no quería hacer el ridículo ni que le tomaran por un novato; además, como ya hemos tenido ocasión de comprobar, sabía hablar con distinción.

-¡Es una capital magnífica! -respondió con tono indiferente-. No se puede decir otra cosa: las casas son inmensas y tienen cuadros extraordinarios en las paredes. Muchas viviendas están profusamente adornadas con letras de oro. Hay que reconocerlo: la proporción es maravillosa.

Los zaporogos, cuando oyeron al herrero expresarse con tanta soltura, se formaron de él una opinión muy favorable.

-Ya seguiremos hablando contigo más tarde, paisano; ahora tenemos que ir a ver a la zarina.

¿A la zarina? ¡Señores, tened la bondad de llevarme con vosotros!

¿A ti? -exclamó el zaporogo con el tono que emplea un ayo cuando se dirige a un niño de cuatro años que le ha pedido permiso para montar un caballo grande, de verdad-. ¿Y qué ibas a hacer allí? No, no es posible -y al pronunciar esas últimas palabras, su rostro adquirió una expresión de importancia-. Vamos a hablar con la zarina de nuestros asuntos, hermano.

-¡Llevadme! -insistió el herrero-. ¡Pídeselo tú! -le susurró al diablo, dando un puñetazo en el bolsillo.

Apenas había pronunciado esas palabras, cuando otro zaporogo exclamó:

-¿Por qué no lo llevamos, hermano?

-Bueno, lo llevaremos -dijeron los demás.

-Vístete como nosotros.

Mientras el herrero se ponía con premura una túnica verde, la puerta se abrió y un hombre vestido con un traje guarnecido de oro anunció que ya era hora de partir.

Una vez más el herrero se quedó maravillado cuando se sintió transportado por un inmenso carruaje, que se balanceaba sobre sus resortes, mientras a ambos lados pasaban casas de cuatro plantas y el empedrado, tronando, parecía rodar bajo los cascos de los caballos.

«¡Dios mío, qué cantidad de luz!», pensaba el herrero. «En nuestra aldea ni siquiera de día hay tanta claridad.»

El carruaje se detuvo ante el palacio. Los zaporogos salieron, se internaron en el magnífico vestíbulo y empezaron a subir por una escalera brillantemente iluminada.

-¡Qué escalera! -murmuraba el herrero-. ¡Hasta da pena pisarla! ¡Y qué ornamentos! ¡Para que luego digan que los cuentos están llenos de mentiras! ¡Nada de mentiras! ¡Dios mío, qué balaustrada! ¡Qué trabajo tan extraordinario! ¡En su fabricación sólo han empleado hierro, y por un valor de al menos cincuenta rublos!

Una vez arriba, los zaporogos atravesaron una primera sala. El herrero los seguía con aire apocado, temiendo a cada paso resbalar en el parqué. Atravesaron tres salas y el herrero no dejaba de asombrarse. Cuando entraron en una cuarta, se acercó maquinalmente a un cuadro colgado de la pared, con la Virgen y el Niño en brazos. «¡Vaya cuadro! ¡Es una

Librodot

pintura

maravillosa!», pensó. «¡Se diría que habla! ¡Parece viva! ¡Y el Niño Jesús! ¡Cómo cierra las manitas! ¡Cómo sonríe, el pobrecito! ¡Y qué colores! ¡Dios mío, qué colores! Creo que no hay ni un kopek de ocre, todo es cardenillo y bermellón. ¡Y el azul parece que arde! ¡Un trabajo extraordinario! Probablemente el fondo ha sido preparado con albayalde. Pero por muy asombrosas que sean las pinturas, este picaporte de cobre -continuó, acercándose a la puerta y palpando la cerradura- merece aún mayor admiración. ¡Qué trabajo tan perfecto! Seguro que lo han fabricado herreros alemanes, y por no poco dinero.»

Probablemente el herrero hubiera continuado largo rato con sus reflexiones si un lacayo con galones no le hubiera empujado por el codo para recordarle que no debía quedarse rezagado de los demás. Los zaporogos atravesaron otras dos salas y se detuvieron. Allí se les ordenó esperar. La sala estaba repleta de generales con uniformes bordados de oro. Los zaporogos saludaron a un lado y a otro y quedaron agrupados en un rincón de la estancia.

Al cabo de un minuto, acompañado de su séquito, entró un hombre de una estatura majestuosa, bastante robusto, vestido con uniforme de *hetman* y calzado con botas amarillas. Llevaba los cabellos despeinados, bizqueaba un poco y su rostro expresaba una suerte de altiva majestuosidad; en cada uno de sus movimientos se advertía que estaba habituado a mandar. Todos los generales, que se paseaban con aire altanero en sus uniformes guarnecidos de oro, se apresuraron a saludarlo con profundas reverencias, tratando de captar cada una de sus palabras y hasta sus menores gestos para ejecutar al momento su voluntad. Pero el *hetman*, sin prestarles la menor atención, saludándolos apenas con una inclinación de cabeza, avanzó hacia los zaporogos.

Éstos se inclinaron casi hasta el suelo.

-¿Estáis todos aquí? -preguntó arrastrando las palabras y con una voz ligeramente nasal.

-¡Estamos todos, padrecito! -respondieron los zaporogos, volviendo a saludar.

-No olvidéis hablar como os he enseñado.

-¿Es el zar? -preguntó el herrero a uno de los zaporogos.

-¡Qué va a ser el zar! Es Potiomkin -le contestó éste.

Comment [Librodot17]:

Grigori Aleksándrovich Potiomkin (más conocido en España con la grafía Potemkin), primer ministro y favorito de Catalina la Grande.

En la habitación contigua se oyeron voces, y el herrero ya no supo adónde dirigir la mirada, pues en ese momento entraron en la sala una multitud de damas, ataviadas con vestidos de terciopelo y largas colas, y cientos de cortesanos con caftanes bordados de oro y cabellos recogidos en la nuca. Lo único que veía era una especie de resplandor, nada más. De pronto, los zaporogos se arrojaron al suelo y gritaron al unísono:

- ¡Piedad, madrecita! ¡Piedad!

El herrero, que no veía nada, se tendió también en el suelo con la mayor diligencia.

-¡Levantaos! -dijo por encima de ellos una voz imperiosa y al mismo tiempo agradable.

Algunos de los cortesanos se agitaron y empezaron a empujar a los zaporogos para que se pusieran en pie.

-¡No nos levantaremos, madrecita! ¡No nos levantaremos! ¡Antes moriremos que levantarnos! -gritaron los zaporogos.

Su alteza imperial es demasiado benévola. Este caso requeriría al menos un La Fontaine -respondió el hombre de los botones de nácar, al tiempo que hacía una reverencia.

-Os diré con toda sinceridad que estoy entusiasmada con vuestro *Brigadier*. ¡Recitáis de una manera admirable! No obstante -continuó la soberana, dirigiéndose de nuevo a los zaporogos-, he oído decir que en la Siech los hombres no se casan nunca.

Librodot

-¡Ya lo creo que sí, madrecita! Un hombre, como bien sabe usted, no puede vivir sin una mujer -respondió el mismo zaporogo que había conversado con el herrero; y éste se sorprendió de que el zaporogo, buen conocedor del lenguaje de las gentes educadas, hablara con la zarina, como a propósito, en el tosco dialecto de los campesinos. «Son gentes astutas», se dijo. Seguramente por algo lo hace.

-No somos monjes -continuó el zaporogo-, sino simples pecadores. Nos gustan los dulces, como a todos los buenos cristianos. Muchos de los nuestros tienen mujeres, pero no viven con ellas en la Siech. Algunos tienen sus mujeres en Polonia, otros en Ucrania e incluso en Turquía.

En ese momento trajeron los botines para el herrero.

-¡Dios mío, qué adornos! -gritó éste con alegría al cogerlos-. Si su alteza lleva unos botines así y los usa para patinar sobre el hielo, ¿cómo serán los pies? Me figuro que estarán hechos de pura azúcar.

La soberana, que tenía en verdad unos pies finos y encantadores, no pudo dejar de sonreír al escuchar ese cumplido de labios de un sencillo herrero que, con sus ropas de zaporogo, podía pasar por un hombre atractivo, a pesar de su atezado rostro.

Al herrero, que estaba muy satisfecho de la buena acogida recibida, le hubiera gustado seguir preguntando a la zarina sobre todo género de cosas: si era verdad que los zares sólo comían miel y tocino, y otras cuestiones por el estilo; pero al sentir que los zaporogos le daban con el codo, decidió guardar silencio. Y cuando la soberana, dirigiéndose a los más viejos, comenzó a preguntar cómo se vivía en la Siech y cuáles eran sus costumbres, retrocedió unos pasos, se inclinó hacia el bolsillo y dijo en voz baja: «¡Sácame de aquí ahora mismo!».

Nada más pronunciar esas palabras, se encontró del otro lado de la barrera de la ciudad.

- ¡Se ha ahogado! ¡Os juro que se ha ahogado! ¡Que no pueda moverme de este lugar si no se ha ahogado! -balbuceaba en plena calle la gruesa esposa del tejedor, rodeada de un grupo de aldeanas.

-¿Acaso soy una mentirosa? ¿Acaso he robado una vaca a alguien? ¿Acaso he lanzado algún maleficio sobre los que no me creían? -gritaba y agitaba los brazos una mujer de nariz violácea, vestida con un caftán de cosaco-. ¡Que no vuelva a tener nunca ganas de beber agua, si la vieja Pereperchija no ha visto con sus propios ojos cómo se ahorcaba el herrero!

-¿Que se ha ahorcado el herrero? Pero ¿qué dices? -exclamó el alcalde, que salía de casa de Chub, deteniéndose y aproximándose al grupo.

- ¡Más valdría que no tuvieras ganas de beber vodka, vieja borracha! -respondió la mujer del tejedor-. ¡Hay que estar tan loco como tú para ahorcarse! ¡Se ha ahogado! ¡Se ha ahogado en el río, en un agujero del hielo! Eso es tan cierto como que tú acabas de salir de la taberna.

-¡Desvergonzada! ¡Mira de lo que me acusa! -replicó furiosa la mujer de la nariz violácea-. ¡Mejor seria que te callaras, grosera! ¡Como si no supiera que el sacristán te visita todas las tardes!

La mujer del tejedor se ruborizó.

¿Qué sacristán? ¿A quién visita el sacristán? ¿Qué mentiras estás diciendo?

-¿El sacristán? -preguntó la mujer de éste, vestida con un abrigo de piel de liebre forrado de mahón, acercándose a las mujeres que discutían-. ¡Os voy a dar yo sacristán! ¿Quién ha dicho eso?

Es a su casa adonde va -exclamó la mujer de la nariz violácea, señalando a la mujer del

Librodot

tejedor.

-Así que eres tú, perra -dijo la mujer del sacristán, aproximándose a la mujer del tejedor-. Así que eres tú, bruja, la que le nublas el juicio y le haces beber brebajes impuros para que vaya a verte.

-¡Déjame tranquila, diablesa! -dijo la mujer del tejedor, retrocediendo unos pasos.

- ¡Mirad a esta maldita bruja! ¡Que no vuelvas a ver a tus hijos, desvergonzada! ¡Puf! -y la mujer del sacristán le escupió directamente a los ojos.

La mujer del tejedor quiso hacer lo mismo, pero falló el blanco y en su lugar alcanzó la barba del alcalde, que se había aproximado a las protagonistas de la disputa para que no se le escapara palabra.

- ¡Ah, maldita mujer! -gritó el alcalde, secándose el rostro con el faldón de su abrigo y levantando la fusta. Ese movimiento hizo que los presentes se dispersaran en todas direcciones, profiriendo juramentos-. ¡Qué asco! -repetía el alcalde, sin dejar de secarse-. ¡Así que el herrero se ha ahogado! ¡Dios mío! ¡Qué gran pintor era! ¡Qué cuchillos tan fuertes, qué hoces y qué rejas de arado sabía forjar! ¡Qué fuerza tenía! Sí -continuó, con aire meditabundo-, no hay muchos como él en la aldea. Ya me di cuenta, cuando me hallaba en el interior de ese maldito saco, de que el pobre estaba de muy mal humor. ¡Vaya con el herrero! ¡Antes era y ya no es! ¡Y yo que tenía intención de herrar mi yegua torda!

Y el alcalde, penetrado de tan cristianos pensamientos, se dirigió en silencio a su *jata.*

Oksana se turbó cuando oyó la noticia. No obstante, apenas concedía crédito a los ojos de Pereperchija ni a los rumores de las mujeres: sabía que el herrero era demasiado piadoso como para decidirse a perder su alma. Pero ¿y si se hubiera marchado con intención de no regresar nunca a la aldea? En ningún otro lugar encontraría un joven tan apuesto como el herrero. ¡Cómo la quería! ¡Había soportado sus caprichos durante más tiempo que los otros! La bella no pudo conciliar el sueño y pasó toda la noche dando vueltas en la cama. Unas veces, descubriendo su fascinante desnudez, que las tinieblas de la noche ocultaban de su propia mirada, se maldecía casi en voz alta; otras, se apaciguaba y trataba de olvidarse de todo, pero los pensamientos no la abandonaban. Todo su cuerpo ardía, y al amanecer estaba perdidamente enamorada del herrero.

Chub no manifestó alegría ni pesar al conocer la suerte de Vakula. Sus pensamientos sólo se ocupaban de una cosa: no podía olvidar la perfidia de Soloja y aun durmiendo seguía injuriándola.

Llegó la mañana. Desde antes del amanecer la iglesia estaba llena de gente. Las mujeres mayores, ataviadas con capuchas blancas, se santiguaban piadosamente al entrar. Delante de ellas estaban las damas nobles, vestidas con blusas verdes y amarillas, e incluso con capas azules adornadas por detrás con lengüetas doradas. Las muchachas, llevando todo un muestrario de cintas en los cabellos y el cuello lleno de collares, cruces y ducados, trataban de aproximarse al iconostasio. Pero las primeras filas estaban ocupadas por nobles

y simples campesinos con bigotes, tupés, gruesos cuellos y mentones recién afeitados, la mayoría de ellos vestidos con una capa bajo la que se entreveía una casaca blanca y a veces azul. Todos los rostros lucían esa expresión de los días de fiesta. El alcalde se relamía pensando en la salchicha de la cena; las muchachas se veían ya patinando sobre el hielo con los mozos; las viejas, con más afán que nunca, bisbiseaban sus oraciones. Por toda la iglesia se oía el ruido que hacía el cosaco Sverbiguz al prosternarse. Sólo Oksana parecía conturbada: tan pronto rezaba como dejaba de rezar. En su corazón se acumulaban tantos sentimientos encontrados, a cuál más triste y enojoso, que su rostro sólo expresaba una profunda turbación;

Librodot

las lágrimas temblaban en sus ojos. Las muchachas no podían comprender la razón de esa pena y estaban lejos de sospechar que la causa era el herrero. No obstante, Oksana no era la única que pensaba en él. Todos tenían la sensación de que la fiesta no se desarrollaba como era debido, de que faltaba algo. Para colmo, el sacristán, después de la travesía en el saco, se había quedado ronco y sus palabras apenas se oían; en verdad, el sochantre recién llegado tenía una admirable voz de bajo, pero todo hubiera resultado mucho mejor con el concurso del herrero que, al llegar el momento de entonar el *Padrenuestro o Aquel al que los querubines,* se adelantaba en el coro y cantaba de la misma manera que en Poltava. Además, era el único que desempeñaba bien el cargo de mayordomo de la parroquia.

Se terminaron los maitines; más tarde se celebró la misa mayor... ¿Dónde se había metido el herrero?

Durante el resto de la noche el diablo llevó de vuelta al herrero, volando aún más deprisa que a la ida. En un instante Vakula se encontró delante de *su jata.* En ese momento cantó el gallo. «¿Adónde vas?», gritó el herrero, cogiendo de la cola al diablo, que quería marcharse. «Espera, amigo, que aún no he terminado contigo. Todavía no te he dado las gracias.» Y así diciendo, cogió un palo y le dio tres golpes; el pobre diablo echó a correr como un campesino al que el alguacil acaba de azotar. Así, en lugar de embaucar, seducir y engañar a los otros, el enemigo del género humano quedó él mismo burlado. A continuación, Vakula entró en el zaguán, se tumbó sobre un montón de paja y durmió hasta la hora de la comida. Cuando se despertó, se asustó al ver que el sol estaba ya tan alto. «¡Me he perdido los maitines y la misa mayor!» Y el piadoso herrero cayó en la desesperación al pensar que Dios, queriendo castigar su pecaminosa intención de perder el alma, le había enviado ese sueño que le había impedido asistir a la iglesia en una fiesta tan solemne. Pero pronto se tranquilizó con la promesa de ir a confesarse la semana siguiente y de hacer cada día, durante todo el año, cincuenta genuflexiones. Echó un vistazo a la *jata,* pero no vio a nadie en su interior. Al parecer, Soloja aún no había regresado. Con mucho tiento sacó los botines de la casaca, y volvió a admirarse de su rico trabajo y de las prodigiosas aventuras de la noche pasada; se lavó, se vistió de la mejor manera que pudo con el traje que había recibido de los zaporogos, sacó del cofre un gorro nuevo de astracán con tapa de color azul que no había usado ni una vez desde el día que lo compró en Poltava, cogió también un cinturón nuevo de varios colores, puso todas esas cosas, junto con un látigo, en su pañuelo y se dirigió directamente a casa de Chub.

Cuando vio entrar al herrero, Chub sintió que los ojos se le salían de sus órbitas. No sabía qué le maravillaba más: que el herrero hubiera resucitado, que se atreviera a ir a su *jata* o que estuviera tan elegante con sus ropas de zaporogo. Pero más se sorprendió aún cuando Vakula, tras desanudar el pañuelo, colocó ante él un gorro nuevo y un cinturón como no se había visto nunca en la aldea, se arrojó a sus pies y exclamó con voz suplicante:

- ¡Perdóname, padre! ¡No te enfades! Toma este látigo y golpéame tan fuerte como quieras. Me pongo en tus manos y me arrepiento de todo lo que he hecho. ¡Golpéame, pero no te enfades! Hubo un tiempo en que mi padre y tú erais como dos hermanos: juntos comíais y juntos bebíais.

No sin secreta satisfacción, Chub vio cómo el herrero, al que nadie en la aldea levantaba la voz, que doblaba en la mano monedas de cinco kopeks y herraduras como si fueran buñuelos, se postraba a sus pies. Para que su dignidad no se viera disminuida, Chub

Librodot

cogió el látigo y le golpeó tres veces en la espalda.

-Bueno, ya es suficiente. ¡Levántate! ¡Hay que obedecer siempre a los viejos! ¡Olvidemos las diferencias que ha habido entre nosotros! Y ahora dime qué quieres.

- ¡Concédeme la mano de Oksana, padre!

Chub reflexionó unos momentos, miró el gorro y el cinturón: el gorro era magnífico y el cinturón no tenía nada que envidiarle. Se acordó entonces de la pérfida Soloja y exclamó con resolución:

-¡Está bien! ¡Envía a tus testigos!

-¡Ay! -gritó Oksana al franquear el umbral y ver al herrero, y se quedó mirándolo con estupor y alegría.

-¡Mira que botines te he traído! -exclamó Vakula-. Son los mismos que lleva la zarina.

-¡No, no! ¡No los necesito! -dijo ella, rechazándolos con un gesto de la mano, sin apartar los ojos de él-. Incluso sin botines yo... -pero en ese momento se ruborizó y no pudo decir más.

El herrero se aproximó a ella y le cogió la mano; la bella bajó los ojos. Nunca antes había estado tan hermosa. El herrero, embelesado, la besó dulcemente y el rostro de la joven se arreboló aún más, pareciendo todavía más bello.

Cuando el arzobispo, de feliz memoria, pasó por Dikanka, alabó el lugar en el que se alzaba la aldea, y al atravesar una calle, se detuvo ante una *jata* nueva.

-¿De quién es esta *jata* decorada con tantas pinturas? -preguntó su eminencia a una hermosa mujer que se mantenía cerca de la puerta con un niño en brazos.

-¡Del herrero Vakula! -le dijo Oksana, pues no de otra se trataba, al tiempo que hacía una reverencia.

-¡Maravilloso! ¡Un trabajo maravilloso! -exclamó su eminencia, examinando puertas y ventanas. Los marcos de las ventanas estaban pintados de color rojo; en las puertas, por todas partes, se veían cosacos a caballo, con la pipa entre los dientes.

Pero aún fueron mayores sus elogios a Vakula cuando supo que había cumplido su penitencia pintando gratis, de color verde y flores rojas, toda la pared izquierda del coro. No obstante, eso no era todo: a un lado de la entrada, Vakula había dibujado al diablo en el infierno, dándole un aspecto tan repugnante que todos escupían cuando pasaban a su lado; y las mujeres, cuando el niño que tenían en brazos se ponía a llorar, lo acercaban al cuadro y le decían: «¡Mira lo que hay aquí pintado!». Y el niño, conteniendo las lágrimas, miraba de reojo el cuadro y se apretaba contra el pecho de su madre.

Librodot

TERRIBLE VENGANZA

Todo un extremo de Kiev está lleno de clamores y ruidos: el *esaúl* Gorobets celebra la boda de su hijo. La casa del *esaúl* rebosa de invitados. En los viejos tiempos la gente gustaba de comer bien, de beber en abundancia y sobre todo de divertirse. El zaporogo Mikitka, montado en su caballo bayo, venía de una juerga desenfrenada en el campo de Pereshliai, donde durante siete días y siete noches había emborrachado con vino tinto a los hidalgos polacos al servicio del rey. También estaba Danilo Burulbash, hermano adoptivo del *esaúl*, que había viajado con su joven esposa Katerina y su hijo de un año desde la otra orilla del Dniéper donde, encajonada entre dos montañas, se encontraba su hacienda. Los invitados quedaron maravillados ante el blanco rostro de la señora Katerina, sus cejas negras como terciopelo alemán, su falda y sus enaguas de seda de color azul y sus botas guarnecidas de plata; pero su sorpresa fue aún mayor cuando vieron que su viejo padre no la acompañaba. Éste sólo llevaba un año viviendo en Zaporozhie y durante veintiuno no había dado señales de vida, habiendo vuelto al lado de su hija sólo cuando ésta ya se había casado y había tenido un hijo. Seguramente podría contar muchas cosas maravillosas. ¿Cómo puede ser de otro modo cuando se ha vivido tanto tiempo en tierra extranjera? Allí todo es distinto: las gentes no son las mismas, no hay iglesias cristianas... Pero no había venido.

Comment [Librodot18]:

Capitán de las tropas cosacas.

Ofrecieron a los invitados aguardiente con ciruelas y pasas y una hogaza de pan en un enorme plato. Los músicos atacaron la corteza, en la que se habían cocido monedas, y durante un tiempo se apaciguaron, dejando a un lado los timbales, los violines y las panderetas. Entre tanto, las muchachas y las mozas se secaban la boca con sus pañuelos bordados y salían de nuevo de sus filas; los mozos, poniendo los puños en las caderas y mirando con orgullo a su alrededor, se disponían a ir a su encuentro, cuando el viejo *esaúl* salió de la casa con dos iconos para bendecir a los recién casados. Esos iconos los había recibido de un venerable ermitaño, el eremita Varfoloméi. No mostraban ricos ornamentos ni brillaba en ellos el oro y la plata, pero ninguna fuerza impura se atrevía a tocar a quien los tuviera en su casa. Tras levantar los iconos, el *esaúl* se disponía a pronunciar una breve oración, cuando de pronto los niños que jugaban por el suelo gritaron asustados; poco después la gente retrocedió, señalando empavorecida con el dedo a un cosaco que se había mezclado entre la multitud. Nadie sabía de quién se trataba. El hombre había ejecutado con soltura una danza cosaca y había hecho reír a las personas que le rodeaban. Cuando el *esaúl* levantó los iconos, el rostro del desconocido se transformó bruscamente: la nariz creció y se curvó, los ojos se volvieron febriles y pasaron del marrón al verde, los labios se volvieron azules, el mentón se agudizó como una lanza y empezó a temblar, en la boca surgió un colmillo, detrás del cuello apareció una joroba y el cosaco se convirtió en un viejo.

-¡Es él! ¡Es él! -gritaban las gentes, apretándose unas a otras.

-¡El brujo ha vuelto a aparecer! -gritaban las madres, tomando a sus hijos en brazos.

El esaúl, solemne y majestuoso, avanzó hacia él y dijo con poderosa voz, enfrentándole los iconos:

-¡Desaparece, imagen de Satanás! ¡Aquí no hay lugar para ti!

Y el extraño anciano, silbando y haciendo crujir los dientes como un lobo, desapareció.

Poco a poco, como un mar tempestuoso, los comentarios y las voces empezaron a resonar entre las gentes.

-¿Quién es ese brujo? -preguntaban las personas jóvenes e inexpertas.

¡Acontecerá alguna desgracia! -decían los viejos, sacudiendo la cabeza.

Por todas partes, en el amplio patio del *esaúl*, empezaron a formarse grupos que comentaban la historia del extraño brujo. Pero cada cual decía una cosa distinta y nadie sabía nada con certeza.

Por el patio rodó un tonel de hidromiel y se sirvieron no pocos cubos de vino griego. Las gentes recobraron la alegría. Los músicos empezaron a tocar; las muchachas, las mozas y los gallardos cosacos, vestidos con caftanes de colores vivos, se pusieron a bailar. Los viejos nonagenarios y centenarios, que habían bebido más de la cuenta, ejecutaron también algunos pasos de baile, recordando una juventud bien empleada. Los festejos se prolongaron durante toda la noche; celebraciones así ya no se ven. Los invitados empezaron a dispersarse, pero pocos se fueron a sus casas: muchos decidieron pasar la noche en el amplio patio del *esaúl;* y más numerosos aún fueron los cosacos que, de una forma u otra, se quedaron dormidos bajo los bancos, en el suelo, junto a sus caballos, cerca del establo: cuando la embriaguez hacía tambalear la cabeza de un cosaco, éste se tumbaba allí mismo y empezaba a roncar con tanta fuerza que se le oía en todo Kiev.

II

Una dulce claridad se extendía por el mundo entero: la luna se asomaba por detrás de la montaña. Una suerte de preciosa muselina de Damasco, blanca como la nieve, cubría la escarpada ribera del Dniéper, alejando las sombras hacia el interior del bosque de pinos.

Por el centro del Dniéper navega una embarcación de roble. En la parte delantera van sentados dos muchachos; llevan ladeados sobre la cabeza negros gorros de cosacos; bajo los remos vuelan por todas partes, como chispas bajo el eslabón, salpicaduras de agua.

¿Por qué no cantan los cosacos? ¿Por qué no cuentan que sacerdotes polacos recorren Ucrania convirtiendo al pueblo cosaco a la fe católica? ¿O que durante dos días la horda ha combatido a orillas del lago Salado? Pero ¿cómo podrían cantar, cómo podrían hablar de asuntos importantes? Su señor Danilo está sumido en sus propios pensamientos, mientras la manga de su caftán purpurino cae fuera de la barca y se hunde en el agua; su señora Katerina mece dulcemente al niño, sin apartar de él la mirada, y sobre su rica falda, que ninguna lona protege, el agua cae como polvo gris.

Qué maravilloso es contemplar, desde el centro del Dniéper, las altas montañas, los vastos prados, los verdes bosques. Esas montañas no son tales: carecen de ladera; tanto el pie como la cumbre terminan en afiladas crestas, bajo las cuales y sobre las cuales se extiende la inmensidad del cielo. Los bosques que cubren las colinas no son bosques: es la cabellera que cubre la cabeza desgreñada del abuelo de los bosques; su barba se baña en las aguas, y por debajo de ella y por encima de los cabellos se extiende la inmensidad del cielo. Esos prados no son prados: son un cinturón verde que ciñe por la mitad la redondez del cielo, cuyas dos mitades, tanto la superior como la inferior, recorre por igual la luna.

El señor Danilo, olvidado del paisaje, mira a su joven esposa.

-Mi querida Katerina, joven esposa mía, ¿por qué estás triste?

- ¡No estoy triste, mi señor Danilo! Pero me han asustado los extraños comentarios que he oído sobre el brujo. Dicen que nació con un aspecto horrendo y que desde niño nadie

Librodot

quería jugar con él. Escucha, señor Danilo, la terrible anécdota que cuentan: siempre pensaba que los demás se reían de él; si a la caída de la oscura noche se encontraba con alguna persona, le parecía que ésta separaba los labios y mostraba los dientes. Y al día siguiente la encontraban muerta. Me quedé sorprendida y aterrorizada cuando escuché esos relatos -exclamó Katerina, sacando su pañuelo y secando el rostro del niño que dormía en sus brazos. En el pañuelo había bordado con seda roja hojas y bayas.

El señor Danilo no pronunció palabra y volvió la mirada hacia la sombría orilla: a lo lejos, detrás del bosque, se advertía la masa oscura de un terraplén, detrás del cual se alzaba un viejo castillo. En ese instante, tres arrugas se grabaron por encima de sus cejas; la mano izquierda acarició su donoso bigote.

-Lo que más me asusta no es su condición de brujo -dijo-, sino de huésped funesto. ¿Qué capricho ha podido traerle aquí? He oído que los polacos quieren construir una fortaleza para cortarnos el camino hasta los zaporogos. Si eso fuera verdad... Destruiré ese nido diabólico si llegan hasta mí rumores de que posee alguna guarida. Quemaré a ese viejo brujo con tal saña que los cuervos no tendrán nada que picotear. No obstante, supongo que no carecerá de oro ni de bienes de toda clase. ¡Allí es donde vive ese diablo! Si tiene oro... Ahora vamos a pasar junto a las cruces: es el cementerio. Allí se pudren sus ancestros impuros. Dicen que todos estaban dispuestos a vender su alma y su harapiento caftán a Satanás por unos kopeks. Si de verdad tiene oro, no hay tiempo que perder: en la guerra no siempre puede ganarse...

-Sé lo que estás pensando. El encuentro con ese brujo no me auguraba nada bueno. ¡Qué pesada es tu respiración! ¡Qué sombría tu mirada! ¡Con qué severidad caen tus cejas sobre los ojos!

-¡Calla, esposa mía! -dijo Danilo con enfado-. El que se ata a vosotras se convierte también en una mujer. ¡Muchacho, dame fuego para la pipa! -y al tiempo que pronunciaba esas palabras se volvió hacia uno de los remeros que, sacudiendo su pipa para que cayeran algunas brasas, cargó la de su señor-. ¡Quiere asustarme con el brujo! -continuó el señor Danilo-. Un cosaco, gracias a Dios, no teme a los demonios ni a los sacerdotes polacos. Pues bien nos iban a ir las cosas si escucháramos a nuestras mujeres. ¿No es así, muchachos? Nuestra esposa es la pipa y el afilado sable.

Katerina guardó silencio y bajó la mirada hacia las adormecidas aguas; el viento rizaba la superficie del río y todo el Dniéper lanzaba destellos de plata como el pelaje de un lobo en la noche.

La barca viró y empezó a navegar junto a la boscosa orilla. En la ribera se veía un cementerio: añejas cruces se apiñaban sobre un montón de tierra. Entre ellas no crecía el mundillo ni verdeaba la hierba; sólo la luna las calentaba desde lo alto del cielo.

-¿Habéis oído esos gritos, muchachos? ¡Alguien nos pide ayuda! -dijo el señor Danilo, dirigiéndose a sus remeros.

-Sí, los hemos oído; parece que vienen de ese lado -dijeron éstos a una voz, señalando el cementerio.

De nuevo se restableció el silencio. La barca viró y empezó a bordear un saliente de la orilla. De pronto los remeros soltaron los remos y mantuvieron la mirada fija en algún punto. El señor Danilo también quedó inmóvil: el terror y el frío se hundieron en sus venas de cosaco.

La cruz de una tumba osciló y de la entraña de la tierra surgió en silencio un cadáver

Librodot

reseco. La barba le llegaba hasta la cintura; las uñas eran más largas que los propios dedos. Sin hacer ruido, levantó los brazos. Todo su rostro tembló y se torció en una mueca. Al parecer, padecía un tormento terrible. «¡Me ahogo! ¡Me ahogo!» -gimió con voz salvaje e inhumana. Esa voz, como un cuchillo, desgarraba el corazón. De pronto el muerto desapareció bajo tierra. Otra tumba osciló y un nuevo cadáver, más alto y espantoso que el anterior, salió de su encierro. Tenía todo el cuerpo cubierto de pelo, la barba le llegaba hasta las rodillas y todavía más largas eran sus huesudas uñas. Con voz aún más salvaje que el primero gritó: «¡Me ahogo!», y desapareció debajo de la tierra. Una tercera cruz osciló y apareció otro cadáver. Parecía un esqueleto desnudo, y se elevaba a una gran altura sobre el suelo. La barba le llegaba hasta los talones, los dedos de largas uñas se hundían en la tierra. Con un gesto terrible levantó los brazos, como si quisiera alcanzar la luna, y aulló como si alguien le estuviera aserrando los amarillentos huesos...

El niño, que dormía en brazos de Katerina, gritó y se despertó. También la señora lanzó un grito. Los remeros dejaron caer sus gorros en el Dniéper. El propio señor se estremeció.

De pronto todo desapareció como por arte de magia; no obstante, los remeros tardaron un buen rato en coger los remos.

Burulbash miró con aire preocupado a su joven esposa que, toda asustada, mecía en sus brazos a la llorosa criatura, apretándola contra su corazón y besándole la frente.

- ¡No tengas miedo, Katerina! ¡Mira: ya no hay nada! -dijo señalando a su alrededor-. El brujo quiere asustar a la gente para mantenerla alejada de su impura guarida. ¡Sólo conseguirá asustar a las mujeres con esas tretas! ¡Dame a mi hijo para que lo coja en brazos! -y tras pronunciar esas palabras el señor Danilo levantó al niño y lo acercó a sus labios-. Qué, Iván, ¿a que a ti no te asustan los brujos? Contéstame: «No, padre, yo soy un cosaco». ¡Basta, deja de llorar! Pronto llegaremos a casa y tu madre te dará la papilla, te acostará en la cuna y te cantará:

¡Duerme, duerme, duerme! ¡Duerme, hijito, duerme! Crece para nuestro gozo, para gloria del cosaco y terror del enemigo.

Escucha, Katerina, me parece que tu padre no quiere vivir en paz con nosotros. Se muestra huraño, sombrío, como enfadado... Si no está contento, ¿por qué ha venido? ¡No quiso beber por la libertad de los cosacos! No acunó en sus brazos al niño. En un principio quería confiarle todo lo que guardo en el corazón, pero algo me lo impidió y las palabras no salieron de mi boca. ¡No, no tiene corazón de cosaco! ¡Cuando el corazón de un cosaco se encuentra con otro, está a punto de saltar del pecho para ir a su encuentro! Qué, mis queridos muchachos, ¿llegaremos pronto a la orilla? Bueno, os regalaré unos gorros nuevos. A ti, Stetsko, te daré uno guarnecido de terciopelo y de oro; se lo quité a un tártaro junto con su cabeza. Me quedé con todo su equipo; sólo le dejé en libertad el alma. ¡Vamos, atracad! Bueno, Iván, ya hemos llegado y tú sigues llorando. ¡Cógelo, Katerina!

Todos bajaron a tierra. Por detrás de la montaña apareció un tejado de paja: era la casa solariega del señor Danilo. Detrás de ella se elevaba otra montaña, y más allá se extendía la estepa, en la que no sería posible encontrar un solo cosaco en más de cien kilómetros.

III

Librodot

La hacienda del señor Danilo se encuentra entre dos montañas, en un estrecho valle que desciende hasta el Dniéper. La morada no tiene techos altos; a primera vista, parece una simple *jata* de cosaco; sólo dispone de una gran pieza, pero en ella hay espacio suficiente para él, su esposa, una vieja criada y una decena de jóvenes escogidos. En la parte superior de las paredes hay anaqueles de roble, donde se amontonan ollas y escudillas para la mesa. Entre ellas destacan cubiletes de plata y copas guarnecidas de oro, recibidas como presentes u obtenidas como botín de guerra. En la parte baja cuelgan valiosos mosquetes, sables, arcabuces y lanzas. Esas armas las había tomado, de fuerza o de grado, a tártaros, turcos y polacos: por algo estaban tan melladas. Cuando las mira, el señor Danilo encuentra en sus marcas puntuales recuerdos de sus combates. En la parte baja de la pared hay lisos bancos de roble, tallados a hacha. Junto a ellos, delante de la yacija, una cuna pende de una anilla fijada al techo. En toda la pieza el suelo es de arcilla, cuidadosamente alisada y apisonada. En los bancos duermen el señor Danilo y su mujer y en la yacija la vieja criada. En la cuna se divierte y se mece la pequeña criatura, mientras los muchachos pasan la noche apelotonados en el suelo. Pero el cosaco duerme mejor al raso, sobre la tierra dura; no necesita edredón ni colchones de plumas; coloca bajo la cabeza heno recién cortado y se tiende a sus anchas en la hierba. Si se despierta en medio de la noche, le gusta mirar el profundo cielo, sembrado de estrellas, y estremecerse con el frío de la noche, que refresca sus huesos de cosaco. Estirándose y murmurando entre sueños, enciende su pipa y se arrebuja aún más bajo su cálida pelliza.

Burulbash se levantó bastante tarde, después de aquella noche de fiesta, se sentó en una esquina del banco y se puso a afilar un nuevo sable turco que había conseguido gracias a un intercambio; la señora Katerina había empezado a bordar de oro una toalla de seda. De pronto entró el padre de Katerina, malhumorado, sombrío, con una pipa de tierras extrañas entre los dientes, se acercó a su hija y le preguntó con tono severo por qué razón había vuelto tan tarde a casa.

- ¡Sobre esos asuntos no debes preguntarle a ella, sino a mí, padre! No es la mujer, sino el marido el que tiene que responder. No te enfades, pero así se hace entre nosotros -dijo Danilo sin abandonar su labor-. Quizás en tierras de infieles no ocurra lo mismo, no lo sé.

El rostro severo del suegro se cubrió de púrpura y en sus ojos apareció un brillo salvaje.

-¿Quién, sino un padre, debe velar por su hija? -murmuró para sí-. Bueno, te lo pregunto a ti: ¿qué has estado haciendo hasta tan tarde?

- ¡Así está mejor, querido suegro! A eso te contestaré que hace ya tiempo que las mujeres no me cambian los pañales. Sé montar a caballo. Sé manejar un afilado sable. También sé hacer otras cosas... Por ejemplo no dar cuenta a nadie de lo que hago.

-Veo, Danilo, que tratas de discutir conmigo. Quien algo oculta es porque trama algo malo.

-Piensa lo que quieras -dijo Danilo-. Yo también tengo mis propias ideas. Gracias a Dios, todavía no he tomado parte en ningún hecho deshonroso; siempre he defendido la fe ortodoxa y la patria, no como ciertos vagabundos que deambulan Dios sabe por dónde mientras los ortodoxos luchan a muerte y llegan luego de improviso a cosechar el trigo que han sembrado otros. Ni siquiera son como los uniatas: no ponen el pie en la iglesia de Dios. Es a ellos a los que habría que preguntarles dónde han estado.

- ¡Eh, cosaco! ¿Sabes una cosa? Soy un mal tirador: tan sólo desde doscientos metros mi bala es capaz de atravesar un corazón. Tampoco me manejo bien con el sable: corto a un hombre en trozos más menudos que los granos con que se hace la papilla.

Librodot

-¡Estoy dispuesto! -exclamó el señor Danilo, blandiendo con vigor el sable, como si supiera para qué lo había afilado.

- ¡Danilo! -gritó Katerina con penetrante voz, cogiéndolo del brazo y reteniéndolo-. ¡Recuerda, insensato, sobre quién estás levantando la mano! Padre, tus cabellos son blancos como la nieve, pero te has acalorado como un niño falto de razón.

-¡Esposa mía! -gritó el señor Danilo con voz amenazante-. Sabes que no me gustan estas cosas. ¡Ocúpate de tus asuntos de mujeres!

Los sables entrechocaron con un ruido espantoso; el hierro golpeaba contra el hierro y las chispas llovían como polvo sobre los cosacos. Katerina, con los ojos llenos de lágrimas, se retiró a su habitación, se arrojó en la cama y se tapó los oídos para no oír los sablazos. Pero los cosacos no se batían tan mal como para poder sofocar el ruido de las acometidas. Su corazón quería partirse en pedazos. Cada uno de los golpes repercutía en todo su cuerpo: tuk, tuk. «No, no lo soportaré, no lo soportaré. Puede que la sangre escarlata salga ya en torrente de su cuerpo blanco. Puede que en este momento mi amado esté al borde de las fuerzas; ¡y yo sigo aquí tumbada!» Y toda pálida, jadeante, entró en la gran pieza.

Los cosacos luchaban de modo terrible, con ímpetu parejo. Ni uno ni otro llevaba ventaja. Tan pronto el padre de Katerina arremetía y Danilo perdía terreno, como era Danilo el que atacaba y el severo padre el que retrocedía, volviéndose luego a una situación equilibrada. Ambos reventaban de ira. En un determinado momento, levantaron los brazos, entrechocaron los sables y las hojas se quebraron con estrépito.

-¡Gracias, Dios mío! -exclamó Katerina, y lanzó un nuevo grito cuando vio que los cosacos se lanzaban sobre los mosquetes. Los dos hombres dispusieron el cebo y montaron el gatillo.

El señor Danilo disparó, pero falló el blanco. El padre apuntó... Era viejo, su mirada no era tan penetrante como la del joven; no obstante, su mano no temblaba. Resonó el disparo... El señor Danilo se tambaleó. La sangre escarlata tiñó la manga izquierda de su caftán cosaco.

-¡No! -gritó-. No me daré por vencido tan fácilmente. El que manda es el brazo derecho, no el izquierdo. En la pared hay colgada una pistoleta turca que jamás en la vida me ha traicionado. ¡Baja de la pared, vieja compañera, y hazle un servicio a tu amigo! -y Danilo alargó la mano.

- ¡Danilo! -gritó Katerina con desesperación, cogiéndolo del brazo y arrojándose a sus pies-. No te lo pido por mí. Yo no tengo elección: indigna es la mujer que sobrevive a su marido; el Dniéper, el frío Dniéper será mi tumba... ¡Pero mira a tu hijo, Danilo, mira a tu hijo! ¿Quién dará calor a esta pobre criatura? ¿Quién le cuidará? ¿Quién le enseñará a volar sobre un caballo moro, a luchar por la libertad y la fe, a beber y divertirse como un cosaco? ¡Muere, hijo mío, muere! ¡Tu padre no quiere saber nada de ti! Mira cómo vuelve la cara. ¡Oh! ¡Ahora te conozco! ¡Eres una fiera y no un hombre! ¡Tienes el corazón de un lobo y el alma de una pérfida serpiente! Pensaba que había en ti al menos una gota de piedad, que en tu cuerpo de piedra ardía algún sentimiento humano. Pero estaba totalmente equivocada. Esta situación te causa placer. Tus huesos bailarán de alegría en la tumba cuando oigas que los polacos, esas bestias impías, arrojan a las llamas a tu hijo, cuando éste grite bajo los cuchillos y el agua hirviente. ¡Oh, ahora te conozco! ¡Estarías dispuesto a salir de la tumba y alimentar con tu gorro el fuego encendido a sus pies!

- ¡Espera, Katerina! ¡Ven, mi adorado Iván! ¡Deja que te bese! ¡No, niño mío, nadie tocará uno solo de tus cabellos. Crecerás para gloria de la patria; volarás como un torbellino por delante de los cosacos, con un gorro de terciopelo en la cabeza y un afilado sable en la

Librodot

mano! ¡Dame tu mano, padre!

Olvidemos lo que ha pasado entre nosotros. Si he cometido alguna injusticia contigo, perdóname. ¿Por qué no me das la mano? -dijo Danilo al padre de Katerina, que seguía inmóvil, sin que su cara expresara enfado ni apaciguamiento.

-¡Padre! -gritó Katerina, abrazándolo y besándolo-. No seas inflexible, perdona a Danilo. ¡No volverá a disgustarte!

-¡Sólo por ti le perdono, hija mía! -respondió él, besándola y mirándola con un singular brillo en los ojos. Katerina se estremeció levemente: le habían parecido extraños ese brillo y ese beso. Acodada en la mesa en la que Danilo vendaba su brazo herido, pensaba que éste se había equivocado, que no había obrado como un cosaco al pedir perdón cuando no era culpable de nada.

IV

Amaneció un día sin sol; el cielo estaba sombrío y una fina llovizna caía sobre los campos, los bosques y el anchuroso Dniéper. La señora Katerina se despertó con una sensación de tristeza: tenía los ojos arrasados en lágrimas y su alma estaba inquieta y turbada.

- ¡Mi marido querido, mi dulce marido, he tenido un sueño muy extraño!

-¿Qué sueño, mi amada señora Katerina?

-Lo que he soñado era tan raro y tan vivo que parecía real. He soñado que mi padre era el monstruo que vimos en casa del *esaúl.* Pero te pido que no concedas valor a esa visión. ¡Cuántas tonterías soñamos a veces! Estaba delante de él, temblaba, tenía miedo y a cada palabra suya mis entrañas se estremecían. Si hubieras oído lo que me decía...

-¿Qué te decía, mi amada Katerina?

-Me decía: «Mírame, Katerina, soy hermoso. La gente se equivoca al decir que soy feo. Seré para ti un excelente marido. ¡Fíjate cómo te miran mis ojos!». Y tras pronunciar esas palabras, me contempló con ojos ardientes y yo me desperté con un grito.

-Sí, los sueños esconden muchas verdades. Pero, ¿sabes que al otro lado de las montañas las cosas no están tan tranquilas como debieran? Parece que los polacos han vuelto a dejarse ver. Gorobets ha enviado a decirme que me mantenga alerta. En cualquier caso, su preocupación ha sido vana: ya sin ese recado estaba en guardia. Mis muchachos han hecho esta noche doce batidas. Vamos a ofrecer ciruelas de plomo a los nobles polacos y les haremos bailar a bastonazos.

-¿Conoce mi padre esa noticia?

- ¡Ya estoy harto de tu padre! Hasta el día de hoy no he conseguido comprenderle. Probablemente ha cometido muchos pecados en tierra extranjera. ¿Qué otra explicación cabe? Vive con nosotros desde hace casi un mes y ni una sola vez lo he visto alegre como un buen cosaco. ¡No ha querido beber hidromiel! ¿Lo oyes, Katerina? No ha querido beber el hidromiel que arrebaté a los judíos de Brest-Litovsk. ¡Eh, muchacho! -gritó el señor Danilo-. ¡Corre a la bodega, amigo, y trae el hidromiel de los judíos! ¡Ni siquiera bebe aguardiente! ¡Qué calamidad! Me parece, señora Katerina, que no cree en nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué piensas tú?

- ¡Sabe Dios si es verdad lo que dices, señor Danilo!

-¡Es extraño, señora! -continuó Danilo, cogiendo la jarra de arcilla que le tendía el

Librodot

cosaco-. Incluso esos descreídos católicos son aficionados al vodka. Los turcos son los únicos que no beben. Y qué, Stetsko, ¿has bebido mucho hidromiel en la bodega?

- ¡Sólo lo he probado, señor!

- ¡Mientes, hijo de perra! ¡Mira cómo las moscas revolotean en torno a tus bigotes! Veo en tus ojos que has vaciado medio cubo. ¡Ah, estos cosacos! ¡Qué pueblo valiente! Harán lo que sea por un camarada, pero cuando se trata de beber no tienen necesidad de nadie. Me parece, señora Katerina, que hace mucho tiempo que no me emborracho, ¿no es así?

-¿Hace mucho tiempo? ¿Y aquella vez?...

- ¡No temas, no temas, no beberé más que una jarra! ¡Vaya, el abad turco entra por la puerta! -murmuró entre dientes, viendo que su suegro se inclinaba para atravesar el umbral.

-¡Qué es esto, hija mía? -exclamó el padre, quitándose el gorro y ajustándose el cinturón, del que colgaba un sable guarnecido de piedras preciosas-. El sol ya está alto en el cielo y todavía no has preparado la comida.

-La comida ya está lista, señor padre. Enseguida la serviré. Saca la olla con las *galushkas* -dijo la señora Katerina a la vieja criada, que estaba secando la vajilla de madera-. Espera, mejor la sacaré yo misma -añadió la mujer-. Llama a los muchachos.

Todos se sentaron en el suelo, formando un círculo. Frente al rincón de los iconos el señor padre, a su izquierda el señor Danilo, a su derecha la señora Katerina, y a continuación los diez fieles muchachos, vestidos con caftanes azules y amarillos.

-¡No me gustan estas *galushkas!* -exclamó el señor padre, dejando la cuchara a un lado después de haber tomado unos bocados-. ¡No tienen ningún sabor!

«Claro, tú prefieres los tallarines judíos», pensó Danilo. -¿Por qué dices que estas galushkas no tienen ningún sabor, suegro? -exclamó en voz alta-. ¿Acaso no están bien hechas? Mi Katerina prepara tan bien las *galushkas* que el propio *hetman* rara vez las come iguales. No hay ninguna razón para despreciarlas. ¡Es una comida cristiana! Los santos y los elegidos de Dios han comido siempre *galushkas.*

El padre no dijo ni una palabra; el señor Danilo también guardó silencio.

Trajeron un cerdo asado acompañado de repollo y ciruelas.

-¡No me gusta el cerdo! -exclamó el padre de Katerina, cogiendo repollo con la cuchara.

-¿Por qué no te gusta el cerdo? -le preguntó Danilo-. Sólo los turcos y los judíos no comen cerdo.

El padre adquirió una expresión aún más sombría.

Únicamente comió gachas con leche y en lugar de vodka bebió un líquido negro de una cantimplora que llevaba siempre en su caftán.

Después de comer, Danilo se quedó profundamente dormido y no se despertó hasta el atardecer. Poco después se sentó a escribir un mensaje para el ejército cosaco, mientras la señora Katerina, instalada en el camastro, mecía la cuna empujándola con el pie. Danilo miraba con el ojo izquierdo su escrito y con el derecho contemplaba la ventana, a través de la cual, en la lejanía, brillaban las montañas y el Dniéper. Detrás del río azuleaban los bosques. Por encima de ellos se veía el cielo nocturno, limpio de nubes. Pero no era el lejano cielo ni el azulado bosque lo que atraía al señor Danilo; miraba el saliente de la orilla en el que se alzaba el negro y viejo castillo. Le había parecido que en uno de sus estrechos ventanucos había brillado una luz. Pero todo estaba en calma. Probablemente había sido una ilusión. Sólo se oía el sordo rumor del Dniéper y el chapoteo de las olas, que se reavivaron de pronto y resonaron sucesivamente en tres lugares distintos. El Dniéper no se rebela. Como un viejo, rezonga y re-

Librodot

funfuña; todo le disgusta; todo cambia a su alrededor; el río pasa con su sereno rechazo por las montañas de la ribera, los bosques y las praderas, y se lleva su queja al Mar Negro.

De pronto en el anchuroso Dniéper surgió la negra silueta de una barca, y en el castillo de nuevo pareció brillar una luz. Danilo emitió un leve silbido y uno de sus fieles muchachos entró en la casa.

- ¡Stetsko, coge enseguida un afilado sable y una escopeta y ven conmigo!

-¿Te vas? -le preguntó la señora Katerina.

-Sí, esposa mía. Debo inspeccionar todos los lugares para cerciorarme de que todo está en orden.

-Me da miedo quedarme sola. Siento que me vence el sueño. ¿Y si vuelvo a soñar lo mismo? Ni siquiera estoy segura de que fuera un sueño. ¡Parecía todo tan real!

-La vieja se quedará contigo; además, en el zaguán y en el patio duermen los cosacos.

-La vieja ya está dormida y los cosacos no me ofrecen mucha confianza. ¡Escucha, señor Danilo! Enciérrame en la habitación y lleva la llave contigo. De ese modo, no tendré tanto miedo; en cuanto a los cosacos, ordénales que se acuesten delante de mi puerta.

-¡Así lo haré! -dijo Danilo, quitando el polvo de su escopeta y echando pólvora en la cazoleta.

El fiel Stetsko estaba ya vestido con todo su equipo cosaco. Danilo se puso su gorro de piel de cordero, cerró la ventana, echó el cerrojo, dio vuelta a la llave y, pasando entre los cosacos dormidos, salió en silencio de la casa y se dirigió a las montañas.

El cielo estaba libre de nubes casi en su totalidad. Una brisa fresca y suave se levantaba del Dniéper. De no haber sido por el lejano quejido de una gaviota, todo hubiera parecido mudo. De pronto, se oyó un susurro... Burulbash y su fiel sirviente se ocultaron en silencio detrás de los endrinos que cubrían uno de los lugares de observación. Alguien, vestido con un caftán rojo, armado de dos pistoletas y un sable que llevaba en el costado, descendía por la montaña.

¡Es mi suegro! -exclamó el señor Danilo, observándolo desde detrás de los arbustos-. ¿Adónde puede ir a estas horas? ¡Stetsko, no te distraigas! Abre bien los ojos y mira qué camino toma el señor padre. -El hombre del caftán rojo descendió hasta la orilla y giró en dirección al promontorio-. ¡Ah, mira adónde se dirige! -dijo el señor Danilo-. Qué dices Stetsko, se encamina a la guarida del brujo.

- ¡Sí, no puede ir a otro sitio, señor Danilo! De lo contrario, le habríamos visto salir por el otro lado. Ha desaparecido cerca del castillo.

-Vamos. Salgamos de aquí y sigamos sus huellas. Aquí hay gato encerrado. Sí, Katerina, ya te decía yo que tu padre no era un hombre de bien. No se comportaba como un ortodoxo.

El señor Danilo y su fiel sirviente llegaron al promontorio de la orilla; ya no era posible verlos; el impenetrable bosque que rodeaba el castillo los ocultaba. En el ventanuco superior brilló una pálida luz. Los cosacos se encontraban abajo y se preguntaban cómo hacer para subir hasta allí. No se veía puerta ni cancela. Seguramente en el patio había una entrada, pero ¿cómo penetrar por ella? En la lejanía se oía cómo gemían las cadenas y corrían los perros.

-No hay nada que pensar -exclamó el señor Danilo, viendo que junto a la ventana se alzaba un frondoso roble-. ¡Quédate ahí, muchacho! Yo voy a subir a ese árbol; desde allí podré mirar por la ventana.

A continuación se quitó el cinturón, se desprendió del sable para que no hiciera ruido, se agarró de una rama y empezó a trepar. El ventanuco seguía iluminado. Danilo se sentó en

Librodot

una rama muy próxima a la ventana, se sujetó con una mano al árbol y se puso a observar; la habitación estaba iluminada, aunque no se veía en ella ni una sola vela; en las paredes había signos extraños y armas colgadas, todas muy singulares: ni los turcos, ni los crimeanos, ni los polacos, ni los cristianos, ni el glorioso pueblo sueco las usaban así. Bajo el techo, algunos murciélagos revoloteaban de un lado para otro, proyectando sus sombras sobre las paredes, las puertas y el suelo. De pronto la puerta se abrió sin ruido y un hombre, vestido con un caftán rojo, entró en la habitación y se dirigió hacia la mesa, cubierta con un mantel blanco. «¡Es él, es mi suegro!» El señor Danilo se agachó ligeramente y se apretó aún más contra el árbol.

Pero el viejo no se preocupó de mirar si alguien le espiaba por el ventanuco. Tenía un aspecto sombrío y malhumorado; arrancó el mantel que cubría la mesa y de pronto toda la estancia quedó tenuemente iluminada por una luz de un azul transparente. La otra luminosidad no se mezclaba con ella, sino que sus ondas, de color oro pálido, parecían zambullirse y hundirse como en un mar azul, formando vetas como las del mármol. En ese momento el brujo puso una olla sobre la mesa y empezó arrojar en su interior algunas hierbas.

El señor Danilo, que no perdía detalle, notó que el hombre no vestía ya el caftán rojo; ahora llevaba unos pantalones bombachos como los de los turcos, unas pistolas colgadas del cinto y un gorro muy extraño, cubierto de unas letras que no eran rusas ni polacas. Danilo miró su rostro, que empezó a transformarse: la nariz se alargó y se curvó sobre los labios; la boca, en un instante, se estiró hasta las orejas; un diente asomó por la boca y se torció hacia un lado: tenía ante él al mismo brujo que había aparecido en la boda celebrada en casa del *esaúl*. «¡Tu sueño decía la verdad, Katerina!», pensó Burulbash.

El brujo se puso a dar vueltas alrededor de la mesa, mientras los signos de la pared cambiaban rápidamente y los murciélagos volaban más veloces, subiendo y bajando, yendo y viniendo. La luz azulada se fue haciendo cada vez más suave hasta que pareció apagarse del todo. La pieza se iluminó entonces con una suave luminosidad rosada. La extraña luz pareció difundirse por toda la estancia con una suerte de tintineo, pero de pronto desapareció, instaurándose la penumbra. Sólo se oía un ruido semejante al del viento en una hora serena de la tarde, cuando gira sobre el espejo de las ondas e inclina aún más los sauces sobre las aguas de plata. Al señor Danilo le pareció que en la habitación brillaba la luz de la luna, que se movían las estrellas, que el cielo azul oscuro refulgía de manera imprecisa e incluso que el fresco aire nocturno le golpeaba el rostro. También creyó ver el señor Danilo (llegados a este punto tuvo que tirarse del bigote para asegurarse de que no estaba soñando) que en el interior de la habitación no se dibujaba ya el cielo, sino su propio dormitorio: de la pared colgaban sus sables tártaros y turcos; más arriba estaban los anaqueles con la vajilla y los utensilios domésticos; sobre la mesa descansaban el pan y la sal; la cuna pendía del techo... Pero en lugar de los iconos aparecían unos rostros espantosos; sobre la yacija... pero de pronto una espesa niebla lo cubrió todo y se restableció la oscuridad. De nuevo, con un sonido extraño, esa luminosidad rosada iluminó toda la habitación, en cuyo centro, inmóvil, se encontraba el brujo, tocado de ese singular turbante. Los ruidos se hicieron más fuertes y frecuentes, la suave luz rosada se volvió más intensa, mientras una sustancia blanca, semejante a una nube, empezó a flotar en medio de la habitación; al señor Danilo le pareció que aquello no era una nube, sino una mujer. Pero ¿qué la conformaba? ¿Acaso estaba tejida de aire? ¿Cómo era posible que se mantuviera en pie, sin tocar el suelo y sin apoyarse en nada, y que a través de ella pasara la luz rosada y se viera la sucesión de los signos en la pared? De pronto su cabeza translúcida pareció moverse y sus ojos azules brillaron suavemente; sus cabellos ondulaban y caían sobre sus hombros como una niebla de color gris claro; sus labios adquirieron una

Librodot

pálida tonalidad escarlata, semejante al rubor del alba cuando se vierte, de modo apenas perceptible, a través del velo blanco y transparente del cielo matinal; las cejas eran una fina sombra... ¡Ah! ¡Era Katerina! En ese momento Danilo sintió que sus miembros se petrificaban; quiso decir algo, pero sus labios se movían sin proferir ningún sonido.

El brujo seguía inmóvil en su lugar.

-¿Dónde has estado? -preguntó, y la figura que estaba ante él empezó a temblar.

-¡Oh! ¿Por qué me has llamado? -exclamó ésta con un suave gemido-. Me sentía tan alegre. Estaba en el lugar en el que nací y pasé los primeros quince años de mi vida. ¡Oh, qué a gusto me encontraba! ¡Qué verde y perfumado era el prado en el que jugaba de niña! ¡Las mismas flores silvestres, la misma casa, el mismo jardín! ¡Oh, cómo me abrazaba mi bondadosa madre! ¡Cuánto amor se leía en sus ojos! Me acariciaba, me besaba en los labios y en las mejillas, y arreglaba con un fino peine mi rubia trenza... ¡Padre! -y al pronunciar esa palabra miró fijamente al brujo con sus pálidos ojos-. ¿Por qué degollaste a mi madre?

El brujo la amenazó con el dedo.

-¿Acaso te he pedido que hables de ese tema? -y la belleza etérea tembló-. ¿Dónde has dejado a tu señora?

-Mi señora Katerina está dormida, y yo, aprovechando la ocasión, he ascendido por el aire y me he echado a volar. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de ver a mi madre. De pronto volví a verme con quince años. Me sentía tan ligera como un pájaro. ¿Por qué me has llamado?

-¿Recuerdas lo que te dije ayer? -preguntó el brujo con una voz tan baja que apenas se podían distinguir sus palabras.

-Sí, lo recuerdo. ¡Pero cuánto daría por olvidarlo! ¡Pobre Katerina! Su alma sabe muchas cosas que ella misma desconoce.

«Es el alma de Katerina» -pensó el señor Danilo, sin moverse de su sitio.

- ¡Arrepiéntete, padre! ¿No temes que después de cada uno de tus crímenes los muertos salgan de sus tumbas?

- ¡Ya vuelves con lo mismo! -la interrumpió el brujo con voz amenazante-. Cumpliré mi voluntad y te obligaré a hacer lo que quiero. ¡Katerina me amará!

-¡No eres mi padre, eres un monstruo! -gimió ella-. ¡No, no te saldrás con la tuya! Es verdad que, gracias a tus conjuros impuros, eres capaz de invocar su alma y atormentarla, pero sólo Dios puede obligarla a hacer lo que se le antoje. No, mientras yo siga atada a su cuerpo, Katerina jamás cometerá un acto sacrílego. ¡Padre, el Juicio Final está cerca! Aunque no fueras mi padre, no podrías obligarme a engañar a mi amado y fiel esposo. Aunque mi marido me fuera infiel y yo no le amara, no le traicionaría, pues a Dios no le gustan las almas perjuras e infieles.

En ese momento fijó sus ojos pálidos en la ventana junto a la que se encontraba el señor Danilo, y se quedó inmóvil.

-¿Qué miras? ¿A quién ves allí? -gritó el brujo.

La etérea Katerina tembló. Pero el señor Danilo había tenido tiempo de bajar a tierra y se dirigía ya con el fiel Stetsko a sus montañas. «¡Es terrible, es terrible!», se decía, sintiendo cierto temor en su corazón de cosaco; pronto atravesó el patio, donde dormían profundamente los cosacos, a excepción de uno, que montaba guardia y fumaba su pipa. Todo el cielo estaba sembrado de estrellas.

Librodot

V

-¡Qué bien has hecho en despertarme! -dijo Katerina, frotándose los ojos con la manga bordada de su blusa y examinando de pies a cabeza a su marido, que no se apartaba de su lado-. ¡Qué sueño tan terrible he tenido! ¡Con qué dificultad respiraba mi pecho! ¡Uf! ¡Creí que iba a morir!

¿No seria tu sueño así? -y el señor Danilo le contó a su esposa todo lo que había visto.

-¿Cómo sabes todo eso, esposo mío? -preguntó Katerina, estupefacta-. Pero no, muchas de las cosas que me cuentas me son desconocidas. Yo no he soñado que mi padre mataba a mi madre ni tampoco he visto cadáveres. No, Danilo, no ha sido como tú me cuentas. ¡Ah, qué terrible es mi padre!

No es extraño que no hayas visto muchas cosas. No sabes ni una décima parte de lo que sabe tu alma. ¿Sabes que tu padre es el anticristo? El año pasado, cuando me disponía a marchar con los polacos contra los crimeanos (en aquel entonces todavía mantenía buenas relaciones con ese pueblo infiel), el superior del monasterio de Bratsk, que era un hombre santo, esposa mía, me dijo que el anticristo posee la facultad de invocar el alma de cualquier persona, pues cuando dormimos, nuestra alma vaga a su voluntad, y vuela con los arcángeles cerca de la morada de Dios. El rostro de tu padre me disgustó desde la primera vez que lo vi. Si hubiera sabido que tenías un padre semejante, no me habría casado contigo; habría renunciado a ti y no habría dejado caer sobre mi conciencia el pecado de emparentar con el linaje del anticristo.

- ¡Danilo! -exclamó Katerina, cubriéndose la cara con las manos y estallando en sollozos-. ¿Acaso soy culpable de algo ante ti? ¿Acaso te he engañado, amado esposo mío? ¿Qué he hecho para merecer tu cólera? ¿No te he servido fielmente? ¿He pronunciado algún reproche cuando te veía regresar ebrio de tus alegres francachelas? ¿Acaso no te he dado un hijo de negras cejas?

-No llores, Katerina. Ahora te conozco y no te abandonaré por nada del mundo. Todos los pecados caen sobre la conciencia de tu padre.

- ¡No, no digas que es mi padre! No es un padre para mí. ¡Dios es testigo de que reniego de él, de que reniego de mi padre! ¡Es un anticristo, un apóstata! ¡Que perezca, que se ahogue! No le tenderé mi mano para salvarlo. Si una hierba venenosa le reseca el cuerpo, no le daré agua para calmar su sed. ¡Tú eres mi padre!

VI

El señor Danilo tiene encerrado al brujo en un profundo sótano, atado con cadenas de hierro y bajo un triple candado; en la lejanía, por encima del Dniéper, las llamas devoran su castillo diabólico: olas rojas como la sangre envuelven y lamen sus viejos muros. El brujo no ha sido encerrado en el profundo sótano por sus actos de brujería y sus sacrilegios. Esos crímenes debe juzgarlos Dios. Ha sido condenado por su traición secreta, por su entendimiento con los enemigos de la tierra ortodoxa rusa, por vender al pueblo ucraniano a los católicos y prender fuego a las iglesias cristianas. El brujo tiene un aspecto sombrío; los pensamientos que alberga su cabeza son negros como la noche. Sólo le queda una jornada de vida, pues al día siguiente tendrá que despedirse del mundo. Al día siguiente debe subir al cadalso. Y el suplicio que le espera no es pequeño: saldría bien parado si le cocieran vivo en

un caldero o despellejaran su cuerpo de pecador. El brujo tiene un aire sombrío y mantiene la cabeza baja. Quizás, viendo próxima la hora fatal, se ve asaltado por el arrepentimiento, pero sus pecados son de los que Dios no puede perdonar. Delante de él, en lo alto de la celda, hay una estrecha ventana con unos barrotes de hierro. Haciendo sonar sus cadenas, el brujo se acerca a la ventana con la esperanza de ver pasar a su hija. Es una mujer dulce como una paloma y no conoce el rencor; quizás se apiade de su padre... Pero el lugar está desierto. El camino desciende por la ladera; nadie transita por él. Más abajo, las aguas del Dniéper pasan alegres, sin preocuparse de nadie, arremolinándose y levantando un monótono rumor que atormenta al prisionero.

De pronto alguien aparece en el camino. Sólo es un cosaco. Y el prisionero deja escapar un profundo suspiro. El lugar vuelve a quedar desierto. Poco después aparece otra persona en la lejanía... Una capa verde flota al viento... En la cabeza brilla una cofia dorada... ¡Es ella! El brujo se aprieta aún más contra la ventana. La muchacha ya está más cerca...

- ¡Katerina! ¡Hija mía! Apiádate de mí, compadécete...

Pero ella no le contesta y trata de no escucharle; sin volver siquiera la mirada hacia la prisión, pasa y desaparece. ¡Ni una persona en el mundo entero! El Dniéper levanta un lúgubre rumor. El corazón se llena de tristeza. Pero ¿es consciente el brujo de esa tristeza?

El día se aproxima a su fin. El sol se ha puesto. Ya ha desaparecido. Se ha hecho de noche. El aire es fresco; en algún lugar muge un buey; se oyen ruidos lejanos: probablemente las gentes han vuelto de sus trabajos y se divierten. Por el Dniéper pasa una barca... ¡Nadie se preocupa del prisionero! En el cielo brilla la hoz de plata. Alguien asciende por el camino. La oscuridad impide distinguir bien sus rasgos. Es Katerina, que regresa a casa.

- ¡Hija mía, por el amor de Cristo! ¡Ni siquiera los feroces lobeznos desgarran a su madre! ¡Hija mía, dirige al menos una mirada sobre tu criminal padre!

Pero ella sigue su camino sin escucharle.

-¡Hija mía, en nombre de tu desdichada madre! -la muchacha se detiene-. ¡Ven a recoger mi última palabra!

¿Qué quieres de mí, apóstata? ¡No me llames hija tuya! Entre nosotros no existe parentesco. ¿Qué es lo que solicitas de mí en nombre de mi desdichada madre?

-¡Katerina! Mi fin está próximo. Sé que tu marido quiere atarme a la cola de un caballo y lanzarlo al galope por los campos... Incluso es posible que invente un castigo más terrible todavía...

-¿Crees que existe en el mundo un castigo adecuado para tus pecados? Prepárate para soportarlo. Nadie va a interceder por ti.

-¡Katerina! No es el castigo lo que me asusta, sino los tormentos del otro mundo... Tú estás libre de pecado, Katerina, y tu alma irá volando al paraíso, junto a Dios; pero el alma de tu padre apóstata arderá en el fuego eterno, el que nunca se apaga: sus llamas no perderán nunca su pujanza. ¡Nadie dejará caer sobre ellas una gota de rocío! jamás soplará una ráfaga de viento! ...

-No tengo poder para atenuar ese castigo -exclamó Katerina, dándose la vuelta.

- ¡Katerina! ¡Espera! ¡Déjame decirte una palabra más! ¡Aún no sabes cuán bondadoso y misericordioso es Dios! ¿Has oído hablar del apóstol Pablo? Era un gran pecador, pero después se arrepintió y se convirtió en un hombre santo.

-¿Qué puedo hacer yo para salvar tu alma? -preguntó Katerina-. El simple pensamiento resulta ridículo. ¡Sólo soy una débil mujer!

Librodot

- ¡Si consiguiera salir de aquí, renunciaría a todo. Me arrepentiría. Me retiraría a una cueva. Cubriría mi cuerpo con un áspero cilicio y pasaría día y noche rezando a Dios! ¡No sólo respetaría la vigilia, sino que ni siquiera me llevaría un pedazo de pescado a la boca! Y si la misericordia divina no me perdonara al menos una centésima parte de mis pecados, me enterraría en la tierra hasta el cuello o me haría emparedar en un muro de piedra; no tomaría comida ni bebida y me moriría; y entregaría todos mis bienes a los monjes para que rezaran por la salvación de mi alma durante cuarenta días y cuarenta noches.

Katerina se quedó pensativa.

-Aunque te abriera la puerta, no podría liberarte de las cadenas.

-No le temo a las cadenas -dijo él-. ¿Dices que han encadenado mis brazos y mis pies? No, les nublé la vista y en lugar de mi brazo les presenté una rama seca. ¡Mírame, ninguna cadena me ata! -exclamó, avanzando hacia el centro de la pieza-. Si éstos fueran muros normales no los temería y los traspasaría, pero ni siquiera tu marido sabe qué paredes son éstas. Las construyó un santo asceta, y ninguna fuerza impura puede sacar de aquí a un prisionero, a no ser que la llave que cerraba la celda del santo abra la puerta. Una celda como esa me construiré yo, pecador empedernido, en cuanto salga de aquí.

-Escucha, voy a dejarte libre -dijo Katerina, deteniéndose ante la puerta-. Pero ¿y si me engañas y en lugar de arrepentirte reanudas tu pacto con el diablo?

-No, Katerina, no me queda mucho tiempo de vida. Aunque escape al castigo, mi fin está próximo. ¿Acaso piensas que quiero condenarme al suplicio eterno?

Los candados chirriaron.

-¡Adiós! ¡Que Dios misericordioso te proteja, hija mía! -exclamó el brujo, dándole un beso.

- ¡No te acerques a mí, pecador empedernido! ¡Vete enseguida! -dijo Katerina, pero el brujo ya había desaparecido.

-Le he dejado salir -exclamó asustada, mirando con tenor los muros-. ¿Qué le voy a decir a mi marido? Estoy perdida. ¡Sólo me queda enterrarme viva en una tumba! -la joven estalló en sollozos y se dejó caer sobre el tocón en el que se sentaba el prisionero-. No obstante, si he salvado un alma -se dijo en voz baja-, he realizado una buena acción. Pero mi marido... Es la primera vez que le engaño. ¡Oh, qué terrible, qué difícil me será decirle una mentira! ¡Alguien viene! ¡Es él! ¡Mi marido! -gritó desesperada, y cayó al suelo sin sentido.

VII

¡Soy yo, mi querida niña! ¡Soy yo, corazón mío! -oyó Katerina cuando recuperó el conocimiento, y vio ante ella a su vieja sirvienta. La mujer se inclinó y pareció murmurarle algunas palabras, mientras con su descarnada mano la rociaba con agua fría.

¿Dónde estoy? -preguntó Katerina, incorporándose y mirando a su alrededor-. Delante de mí se agita el Dniéper y detrás se encuentran las montañas... ¿Adónde me has traído, mujer?

No te he traído, sino que te he salvado: te he sacado en mis brazos de ese sofocante sótano y he cerrado la puerta con llave para que el señor Danilo no se enfade contigo.

¿Dónde está la llave? -preguntó Katerina, mirando su cinturón-. No la veo.

-La desanudó tu marido, hija mía, para ir a ver al brujo. -¿Para ir a ver al brujo? ¡Estoy perdida, mujer! -gritó Katerina.

- ¡No lo quiera Dios, niña mía! ¡Sólo tienes que guardar silencio, señorita, y nadie sabrá

Librodot

nada!

- ¡Ha huido ese maldito anticristo! ¿Has oído, Katerina? ¡Ha huido! -exclamó el señor Danilo, acercándose a su esposa. Sus ojos despedían fuego; su sable tintineaba y se balanceaba en su costado.

La esposa se sintió morir.

-Alguien ha debido liberarlo, amado esposo -dijo temblando.

-Así es, alguien lo ha liberado. Pero tiene que haber sido el diablo. Mira, en su lugar he encontrado un tronco encadenado. ¡Dios ha permitido que el diablo no tema las garras de un cosaco! Si a alguno de mis hombres se le hubiera ocurrido liberarle... no sé qué tormento inventaría para castigarlo.

-¿Y si hubiera sido yo?... -dijo sin querer Katerina, y al instante se detuvo, llena de pavor.

-Si algo semejante se te hubiera ocurrido, ya no serías mi mujer. ¡Te metería en un saco y te arrojaría en medio del Dniéper!

Katerina se quedó sin aliento y sintió que sus cabellos se ponían de punta.

VIII

Los polacos se habían reunido en una taberna situada cerca de un camino fronterizo, y llevaban ya dos días de festejos. No era poca la chusma. Probablemente se habían juntado para realizar una incursión; algunos tenían incluso mosquetes; las espuelas entrechocaban, los sables tintineaban. Los señores se divertían y fanfarroneaban, hablaban de sus extraordinarias hazañas, se burlaban de la religión ortodoxa, hablaban de los ucranianos como si fueran sus criados, se atusaban los bigotes con aire de importancia, echaban la cabeza hacia atrás con gesto presuntuoso y se recostaban sobre los bancos. Los acompañaba un sacerdote católico. Pero ese sacerdote era como ellos; ni siquiera tenía la apariencia de un pope cristiano: bebía y se divertía en su compañía, y su lengua impía pronunciaba comentarios desvergonzados. Los siervos se comportaban como los señores: se remangaban sus raídos caftanes y se pavoneaban, como si todo eso tuviera algún sentido. Jugaban a las cartas y se golpeaban en la nariz con los naipes. Llevaban con ellos mujeres ajenas. Por todas partes se oían ruidos y rumores de peleas. Los señores parecían poseídos por el demonio e inventaban todo tipo de bromas: cogían a un judío por la barba y dibujaban una cruz sobre su frente impía; disparaban con cartuchos vacíos sobre las mujeres y bailaban la danza cracoviana con su impío sacerdote. Ni siquiera en tiempos de los tártaros la tierra rusa había conocido un escándalo semejante. Por lo visto, como castigo por sus pecados, Dios la había condenado a soportar esa infamia. En medio del barullo general se oyó hablar de la hacienda que el señor Danilo tenía en la otra orilla del Dniéper y de su bella esposa... No, no tramaba nada bueno aquella pandilla.

IX

El señor Danilo está en su habitación, acodado sobre la mesa, y reflexiona. La señora

Librodot

Katerina reposa sobre la yacija y entona una canción.

-¡Qué tristeza siento, esposa mía! -exclamó el señor Danilo-. Me duele la cabeza, me duele el corazón. ¡La pesadumbre oprime mi pecho! Por lo visto la muerte me está rondando.

«¡Oh, mi amado esposo! ¡Apoya tu cabeza en mi hombro! ¿Por qué acoges en tu seno esos negros pensamientos?», pensó Katerina, pero no se atrevió a pronunciar esas palabras. Un sentimiento de culpabilidad la atormentaba al recibir las caricias de su marido.

-¡Escucha, esposa mía! -dijo Danilo-. Cuida bien de nuestro hijo cuando yo falte. Que Dios no te conceda felicidad ni en este mundo ni en el otro si lo abandonas. Mis huesos sufrirán cuando se pudran en la tierra húmeda, pero más sufrirá mi alma.

-¿Qué estás diciendo, esposo mío? ¿No eras tú el que te burlabas de nosotras, débiles mujeres? Y ahora tú mismo hablas como una débil mujer. Todavía te quedan muchos años por delante.

-No, Katerina, mi alma presiente que la muerte está próxima. De mi vida se ha adueñado la tristeza. Se avecinan tiempos difíciles. ¡Ah, cuánto me acuerdo de esos años que ya no volverán! ¡Todavía vivía el viejo Konashevich, honor y gloria de nuestro ejército! Aún me parece estar viendo a los regimientos cosacos desfilando. ¡Fueron unos años maravillosos, Katerina! El viejo *hetman* cabalgaba en su caballo moro y en su mano brillaba el cetro. Iba rodeado de su séquito y a ambos lados se movía el mar encarnado de los zaporogos. El *hetman* empezó a hablar y todos se quedaron como clavados al suelo. El viejo se echó a llorar, recordando ante nosotros sus hazañas y las batallas de antaño. ¡Ah, si supieras, Katerina, cómo peleábamos entonces contra los turcos! Aún conservo una marca en la cabeza. Cuatro balas atravesaron mi cuerpo por lugares diferentes y ninguna de las heridas se ha curado nunca del todo. ¡Cuánto oro amasamos esa jornada! Los cosacos llenaban sus gorros de piedras preciosas. ¡Si supieras, Katerina, qué caballos les tomamos entonces! ¡Ah, nunca volveré a guerrear así! Aunque todavía no soy viejo y mi cuerpo parece conservar sus fuerzas, la espada cosaca se me cae de las manos y paso los días ocioso, sin saber para qué vivo. No hay orden en Ucrania: los coroneles y los *esaúles* riñen entre sí como perros. Falta un jefe que mande sobre todos. Nuestra nobleza ha adoptado los usos polacos, ha adquirido su astucia... ha vendido su alma aceptando la Unión. Los judíos oprimen a los pobres. ¡Oh, tiempos, tiempos pasados! ¿Adónde os habéis marchado, años míos? ¡Oye, muchacho, baja a la bodega y tráeme una jarra de hidromiel! ¡Voy a brindar por nuestra pasada fortuna y por los años lejanos!

Comment [Librodot19]:

Se refiere a la Unión de Brest-Litovsk, que proclamaba la unificación de las Iglesias de Oriente y Occidente.

-¿Cómo vamos a recibir a los invitados, señor? ¡Los polacos se acercan por el lado de las praderas! -dijo Stetsko, entrando en la *jata.*

-Sé lo que están buscando -dijo Danilo, levantándose-. ¡Ensillad los caballos, mis fieles servidores! ¡Ponedles los arneses! ¡Desenvainad los sables! ¡No olvidéis proveeros de plomo! ¡Tenemos que recibir a los invitados como se merecen!

Pero apenas habían tenido tiempo los cosacos de montar en sus caballos y de cargar sus mosquetes, cuando los polacos, como hojas otoñales caídas del árbol, cubrieron toda la colina.

-¡Ya tenemos con quién entretenernos! -exclamó Danilo, mirando a los gordos señores polacos que, montados en caballos guarnecidos de oro, se balanceaban con aire grave al frente de sus tropas-. ¡Por lo visto, otra vez se nos presenta un jolgorio de los buenos! ¡Diviértete por última vez, alma cosaca! ¡Alegraos, muchachos, ha llegado el momento de la fiesta!

Y la diversión se extiende por las montañas. Empieza el festejo. Brillan las espadas, vuelan las balas, relinchan y patean los caballos. Los gritos enloquecen la cabeza, el humo

Librodot

ciega los ojos. Todo se confunde. Pero el cosaco presiente dónde está el amigo y dónde el enemigo. Resuena una bala y un bravo jinete cae de su montura; voltea una espada y rueda por el suelo una cabeza, murmurando confusas palabras.

Pero en medio de la contienda se distingue la tapa roja del gorro cosaco del señor Danilo; el cinturón dorado del caftán azul llama la atención; las crines de su caballo moro se arremolinan. Como un pájaro, aparece en un lado y en otro; grita y agita su sable de Damasco, descargando golpes a un lado y a otro. ¡Golpea, cosaco! ¡Diviértete, cosaco! Que tu arrojado corazón se regocije, pero no te fijes en los caftanes ni en los arneses dorados. ¡Aplasta el oro y las piedras preciosas! ¡Acomete, cosaco! ¡Diviértete, cosaco! No mires atrás: los polacos impíos prenden fuego ya a las *jatas* y liberan el asustado ganado. Como un torbellino, el señor Danilo vuelve grupas y su gorro de tapa roja brilla ya junto a las *jatas*, mientras el número de los que le rodean empieza a ralear.

Pasa una hora, pasa otra, y los polacos y los cosacos siguen peleando. Ya no quedan muchos ni de una parte ni de la otra. Pero el señor Danilo no se cansa. Con su larga pica derriba a los jinetes, y su intrépido caballo pisotea a los soldados de infantería; el patio está casi limpio; los polacos comienzan a dispersarse; los cosacos despojan a los muertos de sus caftanes dorados y de sus ricos arneses. El señor Danilo se aprestaba a perseguir al enemigo y miraba a su alrededor para reunir a los suyos, cuando se estremeció de ira al ver ante él al padre de Katerina. Se encontraba sobre una colina y le apuntaba con un mosquete. Danilo espolea a su caballo y se lanza contra él... ¡Cosaco, te diriges a tu perdición! El brujo dispara el mosquete y desaparece detrás de la colina. Sólo el fiel Stetsko ha visto su vestimenta roja y su extraño sombrero. El cosaco se ha tambaleado, el cosaco ha caído a tierra. El fiel Stetsko se precipita sobre su señor y lo encuentra tendido en el suelo, con los párpados cerrados sobre los ojos claros. La purpúrea sangre borbotea sobre su pecho. Pero el moribundo parece adivinar la presencia de su fiel servidor. Lentamente entreabre los párpados y sus ojos brillan por un momento. «¡Adiós, Stetsko! ¡Dile a Katerina que no abandone a nuestro hijo! ¡Tampoco le abandonéis vosotros, mis fieles servidores!», y, tras pronunciar esas palabras, muere. Su alma de cosaco abandona su noble cuerpo; sus labios se vuelven azules. El cosaco duerme ya el sueño eterno.

El fiel sirviente estalla en sollozos y llama a Katerina con un gesto de la mano: «Ven, señora, ven: mal festín ha tenido tu señor. Yace ebrio sobre la tierra húmeda. Mucho tiempo tardará en despertar de su borrachera».

Katerina levanta los brazos al cielo y se desploma sobre el cuerpo muerto. «Marido mío, ¿eres tú el que yace ahí con los ojos cerrados? Levántate, halcón amado. ¡Tiéndeme la mano! ¡Incorpórate! Mira al menos una vez a tu Katerina, mueve los labios, pronuncia aunque sea una sola palabra... ¡Pero callas, callas, mi noble señor! Te has vuelto tan azul como el Mar Negro. ¡Tu corazón no late! ¿Por qué estás tan frío, señor mío? ¡Sin duda mis lágrimas no son lo bastante ardientes para calentarte! ¡Sin duda mi llanto no es lo bastante fuerte para poder despertarte! ¿Quién dirigirá ahora tus huestes? ¿Quién cabalgará sobre tu caballo moro, proferirá el estridente grito de guerra y blandirá el sable delante de los cosacos? ¡Cosacos, cosacos! ¿Dónde están vuestro honor y vuestra gloria? Yace aquí con los ojos cerrados sobre la tierra húmeda. ¡Enterradme también a mí, enterradme con él! ¡Cubridme los ojos de tierra! ¡Aplastad con tablones de arce mis blancos pechos! ¡Ya no necesito para nada mi belleza!»

Katerina llora y se desespera. Mientras, el horizonte se cubre de polvo: el viejo *esaúl* Gorobets acude en su ayuda.

Librodot

X

Es maravilloso contemplar el Dniéper en un día despejado, cuando sus aguas corren tranquilas y desembarazadas entre bosques y colinas. No se oye ni un ruido, ni un chapoteo. Al mirar su extensión majestuosa, no se sabe si ésta fluye o permanece inmóvil; se diría que es todo de vidrio, que un camino azul y cristalino, de una anchura inmensa y una longitud infinita, avanza y serpentea entre un mundo de verdura. Entonces el sol ardiente se complace en mirar desde las alturas y en hundir sus rayos en las frescas y cristalinas aguas. También los bosques ribereños se solazan reflejándose en las ondas. Con sus verdes guedejas y sus flores campestres se agolpan junto a las aguas, se inclinan para mirarse en ellas y, sin cansarse de admirar su clara imagen, le sonríen y le saludan agitando las ramas. Pero en el centro del Dniéper no se atreven a contemplarse: sólo el sol y el cielo azul hunden allí su mirada. Rara vez pasa un ave por el medio de su cauce. ¡Suntuoso río! ¡No hay otro igual en el mundo! Es maravilloso contemplarlo una tibia noche de verano, cuando todas las criaturas -hombres, bestias y aves- duermen; y sólo Dios dirige una mirada majestuosa sobre el cielo y la tierra y sacude con imponente gesto su casulla, sembrando el firmamento de estrellas, que brillan y relucen sobre el mundo y se reflejan todas juntas en el Dniéper. A todas las acoge el río en su oscuro seno. Ninguna se le escapa, a menos que se apague en el cielo. El negro bosque, repleto de cuervos dormidos, y las montañas, quebradas desde tiempos remotos, se inclinan sobre él, tratando de cubrirlo aunque sea con su larga sombra. ¡Pero es en vano! No hay nada en el mundo que pueda cubrir al Dniéper. Azul, profundamente azul, fluye con curso regular, siempre visible, tanto de día como de noche, desde tan lejos como alcanza a ver el ojo humano. Arrimándose y apretándose contra la orilla para protegerse del frío nocturno, deja correr por su superficie un hilo de plata, que refulge como la hoja de un sable damasquinado; luego, de nuevo azul, se queda dormido. ¡También es maravilloso entonces el Dniéper y no hay río en el mundo que lo iguale! Cuando las nubes azules se amontonan en el cielo, el negro bosque se estremece hasta las raíces, los robles crujen y el relámpago, quebrando las nubes, ilumina de repente el mundo entero, el Dniéper adquiere un aspecto terrible. Montañas de agua retumban, se golpean contra los riscos, retroceden entre gemidos y resplandores, lloran y sollozan en la lejanía. Así se lamenta la vieja madre del cosaco cuando su hijo parte para la guerra. Lleno de ebriedad y de arrojo, cabalga sobre su caballo moro, con los puños en las caderas y el gorro inclinado con gallardía sobre la nuca. La madre gime y corre tras él, se agarra del estribo, sujeta las riendas, se retuerce las manos y vierte ardientes lágrimas.

Entre las olas embravecidas destacan las negras y siniestras siluetas de los troncos carbonizados y las piedras de un promontorio. Golpeándose en la ribera, subiendo y bajando al capricho de las olas, una barca trata de ganar la orilla. ¿Qué cosaco se atreve a pasearse en barca cuando el viejo Dniéper está irritado? Seguramente no sabe que se traga a los hombres como si fueran moscas.

La barca atraca y de ella sale el brujo. Está malhumorado. Le apenan los festejos fúnebres que los cosacos celebraban en honor de su difunto jefe. Los polacos lo han pagado caro: cuarenta y cuatro caballeros con sus arneses y sus caftanes y treinta y tres criados han sido cortados en pedazos; en cuanto a los restantes, han sido capturados, junto a sus caballos, para ser vendidos a los tártaros.

El brujo baja por unos peldaños de piedra, entre troncos carbonizados, hasta llegar a una cueva excavada a gran profundidad. Entra en silencio, sin hacer rechinar la puerta, pone

Librodot

una olla sobre la mesa, cubierta con un mantel, y arroja en su interior, con sus largas manos, unas misteriosas hierbas; luego coge una jarra tallada en una madera extraña, la llena de agua y empieza a verterla al tiempo que mueve los labios y murmura algunos conjuros. En la pieza aparece una luz rosada; en ese momento, el rostro del brujo adquiere un aspecto terrible: parece ensangrentado y está surcado de profundas y negras arrugas; sus ojos brillan como fuego. ¡Qué impío pecador! Hace tiempo que su barba luce canas, las arrugas recorren su cara y todo su cuerpo está seco, pero aún sigue tramando designios sacrílegos. En medio de la pieza surge una nube blanca y un sentimiento parecido a la alegría se dibuja en la cara del brujo. Pero ¿por qué se queda de pronto inmóvil y con la boca abierta, sin atreverse a cambiar de postura? ¿Por qué sus cabellos se ponen de punta? En la nube ha surgido un rostro extraño. Ese rostro ha venido a visitarlo sin haber sido invitado ni invocado; cuanto más se aclara la imagen, más fija el brujo en ella sus ojos inmóviles. Sus rasgos, sus cejas, sus ojos, sus labios: todo le resulta desconocido. Jamás en su vida lo ha visto. Se diría que ese rostro no tiene nada de terrible, pero un invencible pavor se apodera del brujo. El rostro desconocido y extraño le mira con ojos inmóviles a través de la nube. Poco después la nube desaparece, pero los rasgos desconocidos se perfilan aún más, y los penetrantes ojos no se apartan de él. El brujo se queda pálido como un lienzo. Con una voz salvaje e irreconocible lanza un grito y vuelca la olla. Todo desaparece.

XI

-¡Cálmate, mi querida hermana! -decía el viejo *esaúl* Gorobets-. Los sueños rara vez dicen la verdad.

-¡Tiéndete, hermanita! -decía su joven nuera-. Voy a llamar a una vieja hechicera; no hay fuerza que se le resista. Ella verterá el *perepoloj*.

-¡No temas nada! -decía el hijo del *esaúl*, poniendo la mano en el pomo del sable-. Nadie te hará daño.

Katerina los miraba a todos con ojos sombríos y turbios y no sabía qué decir: «Yo misma me he labrado mi desgracia. Fui yo quien le dejó escapar», pensaba; finalmente exclamó:

-¡No me da un instante de paz! Hace ya diez días que estoy con vosotros en Kiev y mi dolor no ha disminuido ni un ápice. Pensaba que aquí al menos encontraría el reposo para criar a mi hijo y prepararlo para la venganza... ¡Pero ha aparecido en mi sueño con un aspecto horrible, horrible! ¡Dios os libre de verlo! Mi corazón todavía sigue alterado. «Si no te casas conmigo, Katerina -gritaba-, mataré a tu hijo» -y estallando en sollozos, se precipitó sobre la cuna, donde el asustado niño tendía sus manos y gritaba.

Al escuchar esas palabras, el hijo del *esaúl* temblaba de cólera, hervía de ira. El mismo *esaúl* Gorobets también se enfureció:

-Que se atreva ese maldito anticristo a venir aquí; comprobará si la mano de un viejo cosaco conserva su vigor. Dios sabe -dijo, levantando al cielo sus perspicaces ojos que volé en ayuda de mi hermano Danilo. ¡Pero Su Santa Voluntad lo dispuso todo de otro modo! Cuando llegué lo encontré en el frío lecho en el que tantos cosacos han yacido. Pero ¿no fue fastuosa la fiesta fúnebre que organizamos en su honor? ¿Dejamos a un solo polaco con vida? ¡Tranquilízate, hija mía! Mientras mi hijo y yo vivamos, nadie se atreverá a hacerte daño.

Tras pronunciar esas palabras, el viejo *esaúl* se acercó a la cuna; el niño, al ver la pipa roja con montura de plata que llevaba colgada del cinturón y el saquito con el brillante es-

Librodot

labón, tendió sus manitas hacia él y se echó a reír.

-Se parecerá a su padre -dijo el viejo *esaúl*, desatando la pipa y entregándosela-. Todavía no ha dejado la cuna y ya quiere fumar en pipa.

Katerina dejó escapar un suave suspiro y empezó a mecer la cuna. Decidieron pasar la noche juntos, y poco después todos se quedaron dormidos. También Katerina se durmió.

Tanto en el patio como en la *jata* reinaba el silencio. Los únicos que no dormían eran los cosacos que montaban guardia. De pronto Katerina lanzó un grito y se despertó. También los otros se despertaron. «¡Lo ha matado, lo ha degollado!», gritó, precipitándose sobre la cuna.

Todos la rodearon y se quedaron petrificados de tenor cuando vieron que el niño estaba muerto. Ninguno se atrevió a pronunciar palabra; no sabían qué pensar de ese crimen inaudito.

XII

Lejos de las tierras ucranianas, más allá de Polonia e incluso de la populosa ciudad de Lemberg, se suceden hileras de montañas de elevadas cumbres. Como cadenas de piedra, rechazan la tierra a derecha e izquierda y la recubren de una pétrea coraza para cerrar el paso al tempestuoso y embravecido mar. Las cadenas de piedra se extienden hasta Valaquia y Transilvania, y su mole en forma de herradura se alza entre los pueblos galitziano y húngaro. En nuestras tierras no hay montañas semejantes. El ojo no se atreve a contemplarlas; algunas de sus cumbres jamás han sido holladas por el hombre. Su aspecto es extraño: ¿no será que el mar desafiante, desbordando un día de tormenta sus vastas costas, lanzó en un torbellino sus monstruosas olas, y éstas, una vez petrificadas, quedaron inmóviles en el aire? ¿No se habrán desprendido del cielo algunas pesadas nubes y se habrán acumulado sobre la tierra? Pues tienen el mismo color gris que las nubes y sus blancas cumbres brillan y relucen a la luz del sol. Hasta los Cárpatos se oye hablar la lengua rusa, e incluso más allá de las montañas, en algún que otro lugar, se percibe como un eco de nuestro idioma natal; pero más allá la fe ya no es la misma ni tampoco la lengua. Allí viven los húngaros, pueblo populoso: montan a caballo, manejan el sable y beben tan bien como los cosacos; además, cuando se trata de comprar arneses y ricos caftanes, no escatiman los doblones de su bolsa. Entre las montañas hay lagos grandes y vastos, que se mantienen inmóviles como cristal y lo mismo que espejos reflejan las desnudas cumbres de las montañas y sus verdes laderas.

Pero ¿quién es aquel que, en medio de la noche, brillen o no las estrellas, cabalga en un inmenso caballo moro? ¿Quién es ese *bogatir* de talla sobrehumana que galopa al pie de las montañas y cerca de los lagos, reflejándose con su caballo gigantesco en las quietas aguas, mientras su sombra infinita se proyecta de manera espantosa sobre las montañas? Su armadura repujada centellea; sobre el hombro se recorta una pica; en la silla tintinea un sable; lleva el casco calado sobre la frente; el bigote negro destaca sobre los labios; tiene los ojos cerrados y bajas las pestañas: está dormido. Y aun dormido, sostiene las riendas; detrás de él, en el mismo caballo, va sentado un joven paje que también duerme y dormido se sujeta al *bogatir*. ¿Quién es? ¿Adónde se dirige y por qué? Nadie lo sabe. Hace más de un día y de dos que recorre estas montañas. Cuando amanece y sale el sol no se le ve. Sólo alguna que otra vez los montañeses advierten que una larga sombra atraviesa las montañas, aunque el cielo esté despejado y libre de nubes. Pero en cuanto la noche trae de nuevo las tinieblas, vuelve a hacerse visible y se refleja en los lagos, mientras su sombra, temblando, galopa detrás. Ha

Comment [Librodot20]:

Héroe legendario de la épica y el folclore rusos.

Librodot

atravesado muchas montañas y ha iniciado la ascensión al Kriván, la cumbre más alta de los Cárpatos, que se alza, como un soberano, por encima de las otras. En ese punto se detienen caballo y jinete; este último se hunde en un sueño aún más profundo, mientras las nubes descienden sobre él y lo ocultan.

XIII

-¡Silencio, mujer! No hagas tanto ruido. Mi niño se ha quedado dormido. Ha estado un buen rato gritando, pero ahora duerme. ¡Voy a ir al bosque, mujer! Pero ¿por qué me miras así? ¡Me das miedo! Te salen de los ojos unas tenazas de hierro... ¡Ah, qué largas son! ¡Y brillan como el fuego!

¡Debes ser una bruja! ¡Si es así, desaparece de aquí! Me robarás a mi hijo. ¡Qué estúpido es este *esaúl!* Piensa que me gusta vivir en Kiev. No, aquí están mi marido y mi hijo, pero ¿quién cuidará de la *jata?* Me he movido con tanto sigilo que ni el gato ni el perro me han sentido salir. ¿Quieres volverte joven, mujer? Es muy fácil: no tienes más que bailar. Mira cómo bailo yo... -Y tras pronunciar esas incoherentes palabras, Katerina, con las manos en las caderas, se puso a bailar, dirigiendo a uno y otro lado miradas de loca. Sin dejar de gritar, empezó a zapatear sin medida ni compás, mientras las hebillas de plata de sus botas tintineaban. Sus negras trenzas desanudadas flotaban sobre su blanco cuello. Como un pájaro, volaba sin parar, agitando los brazos y moviendo la cabeza; parecía como si de un momento a otro, agotadas todas sus fuerzas, fuera a caer desplomada o a elevarse sobre la tierra.

La vieja nodriza la contemplaba con pesar, mientras sus profundas arrugas se llenaban de lágrimas; a los fieles servidores se les oprimía el corazón cuando contemplaban a su señora. Completamente agotada, zapateaba con indolencia en el mismo lugar, pensando que estaba bailando la *gorlitsa.* «¡Tengo un collar, muchachos!», dijo por fin, deteniéndose. «¡Y vosotros no! ... ¿Dónde está mi esposo?», gritó de pronto, sacando de su cinturón un puñal turco. «¡Oh, no es un cuchillo como éste lo que necesito!», al pronunciar esas palabras sus ojos se llenaron de lágrimas y en su rostro se dibujó una expresión de tristeza. «El corazón de mi padre yace a gran profundidad en su pecho; este puñal no podrá alcanzarlo. Su corazón es de hierro. Una bruja se lo ha forjado en el fuego del infierno. ¿Por qué no viene mi padre? ¿Acaso no sabe que ha llegado la hora de que lo apuñale? Por lo visto quiere que vaya yo misma a buscarlo...», y, sin acabar la frase, se rió de un modo extraño. «Me ha venido a la cabeza una historia muy divertida. Me he acordado del entierro de mi marido. El caso es que lo enterraron vivo... ¡Lo que pude reírme!... ¡Escuchad, escuchad!», y en lugar de continuar con su relato, entonó esta canción:

La carreta está ensangrentada
en ella yace un cosaco,
despedazado, acribillado.
Lleva en la diestra un venablo
del que chorrea la sangre,
un arroyo de sangre.
En la orilla hay un plátano

Librodot

y en sus ramas grazna un cuervo.
La madre llora por el cosaco.
¡No llores, madre, no te aflijas!
Tu hijo ya se ha casado.
Ha tomado a una joven por mujer.
En la vasta llanura tiene su casa,
sin puerta ni ventanas.
Así acaba la canción.
El cangrejo bailaba con el pez...
¡Y el que no me quiera a mí,
que su madre tiemble de fiebre!

De esa manera mezcla todas las canciones. Lleva ya dos días viviendo en su casa y no quiere oír hablar de Kiev; no reza, se aparta de las gentes y de la mañana a la noche yerra por los oscuros robledales. Las agudas ramas arañan su blanco rostro y sus hombros; el viento sacude sus trenzas desanudadas; las hojas secas crujen bajo sus pies. Pero ella no se fija en nada. Es la hora en que palidece el crepúsculo, la luna no brilla y las estrellas aún no han despuntado, pero ya da miedo pasear por el bosque: se ve trepar a los árboles y agarrarse a las ramas a los niños que no han sido bautizados; sollozan, se ríen a carcajadas, ruedan por los caminos y por los campos cubiertos de ortigas de anchas hojas; de las ondas del Dniéper emergen en hilera las vírgenes que han perdido sus almas; los cabellos de sus cabezas verdes caen sobre los hombros; el agua, con un murmullo sonoro, corre por sus largas cabelleras y gotea sobre la tierra; cada una de ellas brilla en su cerco de agua como a través de una camisa de cristal; los labios esbozan una sonrisa maravillosa, las mejillas arden, los ojos seducen el alma... Parece como si se consumieran de amor, como si quisieran cubriros de besos... ¡Huye, cristiano! Sus labios son de hielo; su lecho, el agua fría; te atraerán y te llevarán al fondo del río. Katerina no se cuida de nadie; no tiene miedo, la insensata, de las ondinas: corre hasta muy tarde con su cuchillo, buscando a su padre.

Una mañana, al amanecer, llegó un apuesto forastero, vestido con un caftán rojo, y preguntó por el señor Danilo. Cuando se enteró de la nueva, secó con una manga sus ojos llenos de lágrimas y se encogió de hombros. Según decía, había guerreado junto al difunto Burulbash; juntos habían peleado contra los crimeanos y los turcos. ¿Quién podía imaginar que el señor Danilo iba a tener semejante fin? El forastero contó otras muchas cosas y solicitó ver a la señora Katerina.

Al principio Katerina no oía nada de lo que decía el forastero, pero poco a poco empezó a prestar atención a sus palabras como si fuera una persona cuerda. El forastero le contó que Danilo y él eran como hermanos y que en una ocasión se habían ocultado bajo un remo para escapar de los crimeanos... Katerina era toda oídos y no apartaba los ojos de él.

«¡Se restablecerá!», pensaban los sirvientes al mirarla. «¡Ese forastero la curará! ¡Le está escuchando como si estuviera en su sano juicio!»

El forastero empezó a contarle que el señor Danilo, en el transcurso de una sincera conversación, le había dicho: «Mira, hermano Koprián: cuando por voluntad de Dios ya no esté en este mundo, toma a mi mujer y que sea tu esposa...».

Katerina le miró aterrorizada. «¡Ah!», gritó. «¡Es él! ¡Es mi padre!», y se arrojó sobre él con el cuchillo.

El hombre forcejeó con ella durante un buen rato, tratando de arrancarle el cuchillo. Finalmente se lo arrebató, alzó el brazo y se consumó un hecho terrible: el padre mató a su

Librodot

hija demente.

Los sorprendidos cosacos quisieron atraparlo, pero el brujo había saltado sobre su caballo y se perdía ya de vista.

XIV

Más allá de Kiev tuvo lugar un prodigio inaudito. Todos los señores y los *hetmanes* se habían reunido para admirarlo: de pronto se habían vuelto visibles los más remotos confines de la tierra. A lo lejos destacaban las olas azules del Liman y más allá se extendía el Mar Negro. Aquellos que habían visto mucho mundo reconocieron incluso Crimea, emergiendo cual montaña del mar, y el cenagoso Sivash. A la izquierda se veía la tierra de Galitzia.

-Y eso, ¿qué es? -preguntaban las gentes reunidas a los viejos, señalando unas cumbres grises y blancas, semejantes a nubes, que se recortaban a lo lejos en el cielo.

-¡Son los montes Cárpatos! -decían los viejos-. Allí hay montañas con nieves perpetuas, en las que las nubes se posan para pernoctar.

En ese momento se produjo una nueva maravilla: las nubes se desprendieron de la montaña más alta y en su cumbre apareció un hombre montado a caballo, con todos sus arreos de caballero; llevaba los ojos cerrados y se distinguía con tanta claridad como si estuviera muy próximo.

Entonces, en medio de la multitud atónita y aterrada, un hombre saltó sobre su caballo y, dirigiendo una mirada despavorida a su alrededor, como tratando de ver si alguien le perseguía, espoleó apresuradamente a su montura y se lanzó a todo galope. Era el brujo. ¿Por qué tenía tanto miedo? Al mirar atemorizado al extraño caballero, había reconocido el rostro que había aparecido, sin que él lo hubiera llamado, cuando se entregaba a sus conjuros. Sin comprender él mismo por qué esa visión le perturbaba tanto y sin dejar de mirar aterrorizado a su alrededor, cabalgó hasta que se hizo de noche y brillaron las estrellas. Entonces giró para dirigirse a su casa, quizás con intención de preguntar a las fuerzas impuras por el significado de ese prodigio. Se aprestaba ya a franquear con su caballo un estrecho río, que atravesaba el camino como una manga, cuando de pronto el caballo se detuvo en pleno galope, volvió el hocico hacia él y, ¡extraño prodigio!, se echó a reír. Dos hileras de blancos dientes centellearon espantosamente en la oscuridad. El brujo sintió que los cabellos se le ponían de punta. Profirió un grito salvaje, sollozó como un poseso y lanzó su caballo derecho sobre Kiev. Tenía la impresión de que todo cuanto le rodeaba le perseguía: los árboles de un sombrío bosque, como si estuvieran vivos, movían sus negras barbas y extendían sus largas ramas, tratando de ahogarlo; las estrellas parecían correr delante de él, mostrando a todo el mundo a aquel pecador; se diría que el mismo camino le perseguía. El desesperado brujo volaba hacia Kiev y sus santos lugares.

XV

Un ermitaño, solo en su cueva, estaba sentado ante la lámpara y no apartaba los ojos de un libro sagrado. Llevaba muchos años recluido en esa caverna. Se había construido un ataúd

Librodot

de tablas que le servía de lecho. El santo anciano cerró el libro y se puso a orar... De pronto entró corriendo un hombre de aspecto extraño y terrible. El santo ermitaño, desconcertado por primera vez en su vida, retrocedió al ver a ese hombre. El desconocido temblaba como una hoja; sus ojos miraban despavoridos y despedían un fuego terrible y pavoroso; su rostro monstruoso estremecía el alma.

-¡Padre, reza! ¡Reza! -gritó desesperado-. ¡Reza por un alma condenada! -y se desplomó sobre el suelo.

El santo ermitaño se santiguó, cogió el libro y lo abrió, pero, presa del terror, lo dejó y retrocedió.

- ¡No, pecador empedernido! ¡No hay perdón para ti! ¡Vete de aquí! ¡No puedo rezar por ti!

-¿No? -gritó el pecador fuera de sí.

-Mira: las santas letras del libro se han cubierto de sangre. ¡Nunca ha habido en el mundo un pecador como tú!

- ¡Padre, te estás burlando de mí!

- ¡Vete de aquí, maldito pecador! No me estoy burlando de ti. Me siento dominado por el miedo. ¡Tu compañía no es recomendable para nadie!

- ¡No, no! Te burlas de mí, no me engañes... Veo cómo se abre tu boca y aparecen las blancas hileras de tus viejos dientes...

Y, lanzándose como un poseso sobre el santo ermitaño, lo mató.

Se oyó un profundo gemido que recorrió los campos y los bosques. Más allá de la espesura se alzaron unas manos enjutas y secas, con largas uñas, que se estremecieron y desaparecieron.

El brujo ya no sentía nada, ni siquiera miedo. Todo le parecía incierto. Sus oídos y su cabeza zumbaban como después de una borrachera; el panorama que se abría ante sus ojos se cubría como de una tela de araña. Tras saltar sobre su caballo, avanzó en línea recta hacia Kánev, pensando en atravesar Cherkasi, dirigirse a Crimea y unirse a los tártaros, aunque no sabía con qué objeto. Cabalgó un día y después otro, y Kánev no aparecía. No obstante, el camino era el correcto; hacía tiempo que debía haber llegado, pero Kánev seguía sin verse. En la lejanía brillaron las cúpulas de algunas iglesias; pero no era Kánev, sino Shumsk. El brujo se sorprendió al ver que estaba cabalgando en dirección contraria. Volvió grupas y se dirigió a Kiev; al cabo de un día apareció una ciudad; pero no era Kiev, sino Galich, una población aún más alejada de Kiev que Shumsk y ya próxima a Hungría. Sin saber qué hacer, volvió grupas una vez más, pero pronto advirtió que seguía avanzando en dirección contraria. Nadie en el mundo hubiera podido decir lo que experimentaba el alma del brujo, y aquel que se hubiera asomado a ella y hubiera visto lo que allí pasaba habría perdido el sueño y la risa para el resto de sus días. No era ira, miedo o cruel despecho lo que bullía en ella. No hay palabra en el mundo para describir ese sentimiento. Algo le quemaba por dentro y le consumía; hubiera querido aplastar el mundo entero con su caballo, coger la tierra que se extendía desde Kiev a Galich, con sus habitantes y todo lo demás, y arrojarla al fondo del Mar Negro. Pero no era la cólera lo que le empujaba a ello; ni él mismo sabía a qué se debía ese deseo. Todo su cuerpo empezó a temblar cuando aparecieron ante él los montes Cárpatos y el elevado Kriván, cubierto por una nube gris a modo de gorro, mientras su caballo seguía galopando y empezaba a ascender por las montañas. De pronto las nubes se desvanecieron y ante él apareció el jinete, con toda su temible majestad. El brujo trató de detenerse, tiró con todas sus fuerzas de las riendas; el caballo relinchaba de manera salvaje, erizaba las crines y galopaba hacia el jinete.

Librodot

En ese momento el brujo sintió que todo su cuerpo quedaba petrificado: el inmóvil jinete se removía, abría los ojos y, al ver que el brujo avanzaba hacia él, se echaba a reír. Esa risa salvaje se expandió como un trueno por las montañas y resonó en el corazón del brujo, sacudiendo hasta su fibra más profunda. Le pareció que un ser muy vigoroso se deslizaba en su interior, se adentraba en sus entrañas y golpeaba con un martillo su corazón y sus venas... ¡Tan espantoso era el eco de esa risa en su alma!

El jinete cogió al brujo con su terrible mano y lo levantó por los aires. El brujo murió al instante y, una vez muerto, abrió los ojos. Pero ya era un cadáver y como tal miraba: ni el vivo ni el resucitado tienen una mirada tan horrible. Dirigió a uno y otro lado sus ojos sin vida y vio cómo unos muertos, cuyos rostros se parecían al suyo como dos gotas de agua, se levantaban en Kiev, en la tierra de Galitzia y en los Cárpatos. Pálidos, muy pálidos, unos más altos, otros más huesudos, rodearon al jinete, que sostenía en la mano su horrible presa. El jinete, riéndose de nuevo, arrojó al brujo al abismo.

Todos los cadáveres se lanzaron detrás, cogieron al muerto y clavaron en él sus dientes. Uno de ellos, el más alto, el más terrible de todos, quiso levantarse, pero no pudo: no tenía fuerzas para hacerlo; tanto había crecido bajo tierra, que si se hubiera levantado, habría derribado los Cárpatos, Valaquia y el país de los turcos; sólo pudo moverse un poco, pero la tierra entera se vio sacudida por un temblor. Muchas casas se derrumbaron por doquier y numerosas personas murieron aplastadas.

A menudo se escucha en los Cárpatos un silbido como si un millar de molinos agitara sus ruedas en el agua. Son los muertos que roen al muerto en el fondo de un abismo inaccesible, que el hombre jamás ha visto y al que teme aproximarse. A veces ocurre que la tierra tiembla de un extremo al otro del mundo; las personas instruidas lo atribuyen a que en algún lugar próximo al mar hay una montaña de la que brotan llamas y fluyen ríos ardientes. Pero los ancianos que viven en Hungría y en Galitzia saben más que ellos y aseveran que esas sacudidas se deben a que un cadáver grande, enorme, crecido bajo la tierra, quiere levantarse y hace temblar el suelo.

XVI

En la ciudad de Glújov un grupo de gente se había reunido alrededor de un viejo bandurrista ciego y llevaba ya una hora oyéndole tocar. Nunca nadie había tocado tan bien la bandurria ni había cantado canciones tan maravillosas. Primero había evocado los viejos tiempos de los *hetmanes*, de Sagaidachni y de Jmelnitski. Aquella era otra época: los cosacos conocían días de gloria, aplastaban a los enemigos con sus caballos y nadie se atrevía a burlarse de ellos. El viejo también cantaba canciones alegres y miraba a las gentes como si las viera, mientras los dedos, cubiertos en sus extremos con dedales de hueso, volaban como moscas por encima de las cuerdas, dando la impresión de que éstas tocaban solas. Las personas que le rodeaban ni siquiera se atrevían a murmurar; los viejos permanecían con la cabeza baja y los jóvenes levantaban los ojos hacia el anciano.

-¡Esperad! -exclamó el viejo-. Voy a contaros una historia que sucedió en tiempos muy remotos.

La gente se aproximó aún más y el viejo empezó a cantar.

«En tiempos del señor Stepán, que era príncipe de Transilvania y también rey de los

Librodot

polacos, vivían dos cosacos: Iván y Pietro. Eran como dos hermanos. "Escucha, Iván: todos los bienes que consigamos nos los repartiremos. Cuando uno de nosotros esté alegre, también se alegrará el otro; cuando uno sienta pena, ambos nos apenaremos; cuando uno consiga un botín, lo partirá por la mitad; cuando uno sea hecho prisionero, el otro venderá todo lo que tiene para pagar el rescate, y en último término se entregará él mismo." Y en verdad todo lo que conseguían los cosacos se lo repartían, tanto el ganado ajeno como los caballos.

El rey Stepán guerreaba contra los turcos. Llevaba ya tres semanas batiéndose con ellos, pero aún no había conseguido expulsarlos. Entre los turcos había un pachá tan arrojado que con sólo diez jenízaros podía destruir todo un regimiento. El rey Stepán anunció entonces que, si algún valiente le traía a ese pachá vivo o muerto, le entregaría a él solo tanto dinero como repartía entre todo el ejército. "¡Vamos a coger al pachá, hermano!", dijo Iván a Pietro. Y los cosacos se fueron cada uno por su lado.

Quién sabe si Pietro hubiera podido capturar al pachá, pero Iván lo llevaba ya con una cuerda alrededor del cuello ante el mismo rey. "¡Eres un joven valiente!", le dijo el rey Stepán y ordenó que le entregaran tanto dinero como recibía todo el ejército; también dispuso que le dieran tierras en el lugar que quisiera y tantas cabezas de ganado como deseara. El mismo día que Iván recibió el dinero del rey lo repartió con Pietro; éste tomó la mitad, pero no pudo soportar que Iván hubiera recibido tales honores del rey y concibió un profundo rencor en lo más hondo de su corazón.

Los dos caballeros se dirigían a las tierras otorgadas por el rey, al otro lado de los Cárpatos. El cosaco Iván había sentado a su hijo a sus espaldas y lo había atado a su cintura. Cayó la noche, pero ellos seguían cabalgando. El niño se quedó dormido y el propio Iván empezó a dormitar. ¡No te duermas, cosaco, en la montaña los senderos están llenos de peligros! ... Pero el cosaco tiene un caballo que siempre encuentra el camino, nunca tropieza ni da un paso en falso. Entre las montañas hay un precipicio cuyo fondo nadie ha visto jamás; la distancia que hay hasta su entraña es la misma que separa el cielo de la tierra. Al borde mismo de ese precipicio discurre un camino por el que quizás pudieran pasar dos personas al mismo tiempo, pero no tres. El caballo del cosaco adormilado avanzaba con cuidado. A su lado iba Pietro, temblando de alegría y reteniendo el aliento. Miró a su alrededor y empujó a su hermano adoptivo al precipicio. El caballo, el cosaco y el niño se precipitaron al abismo.

No obstante, el cosaco consiguió agarrarse a una rama, de modo que sólo el caballo se despeñó hasta el fondo. Con su hijo sobre los hombros, Iván empezó a trepar. Ya le faltaba poco para llegar arriba, cuando levantó los ojos y vio que Pietro alargaba la pica para derribarlo. "Dios de justicia, cuánto mejor habría sido no levantar los ojos, para no ver cómo mi propio hermano blande su lanza para rechazarme. ¡Mi querido hermano! ¡Empújame con la pica, ya que así está escrito, pero coge a mi hijo! ¿Qué culpa ha cometido esta inocente criatura para merecer una muerte tan cruel?" Pietro se echó a reír y lo rechazó con la pica; el cosaco y el niño se precipitaron en el fondo del abismo. Pietro se apoderó de todos los bienes y empezó a vivir como un pachá. Nadie tenía unas caballadas como él. Nadie tenía tantas ovejas y corderos. Pero también a Pietro le llegó su hora.

Cuando Pietro murió, Dios llamó a las almas de los dos hermanos, Pietro e Iván, para juzgarlas. "¡Este hombre es un gran pecador", dijo Dios. "¡Iván! No soy capaz de encontrar un

Librodot

castigo para él. ¡Elígelo tú mismo!" Iván pasó un buen rato buscando un castigo adecuado y finalmente exclamó: "Este hombre me ha causado una gran ofensa: traicionó a su hermano como Judas y me privó de mi progenie y de mi descendencia. Y un hombre sin progenie ni descendencia es como un grano de trigo que se pierde en vano. Si el grano no brota, nadie sabrá jamás que allí fue arrojada una semilla".

"¡Dios mío, haz que toda su progenie no conozca la felicidad en la tierra! ¡Que el último de sus descendientes sea un criminal como jamás ha habido en el mundo! ¡Que a causa de sus crímenes sus abuelos y sus bisabuelos no encuentren la paz en sus sepulcros y, sufriendo tormentos insoportables, se levanten de sus tumbas! Y que Judas Pietro no tenga fuerzas para levantarse y sus tormentos sean todavía más crueles; que coma tierra como un poseso y se retuerza en la tumba!"

"Y cuando llegue la hora de poner fin a los crímenes de ese hombre, Dios mío, permíteme salir del precipicio y subir sobre mi caballo a la montaña más alta; que ese hombre venga hacia mí y yo lo arrojaré al abismo más profundo, y que todos sus muertos, abuelos y bisabuelos, dondequiera que hayan habitado, vengan de todos los rincones de la tierra a roerle los huesos para hacerle pagar los tormentos que les ha causado; que le roan eternamente y yo pueda disfrutar viendo sus padecimientos. Que Judas Pietro no pueda levantarse de la tierra, que haga esfuerzos por poder roerle también él, pero se vea obligado a roerse a sí mismo; y que sus huesos no dejen de crecer, para que de ese modo aumente también su dolor. Ese será para él el sufrimiento más terrible, pues no existe mayor tormento para el hombre que querer vengarse y no poder hacerlo."

"Terrible es el castigo que has inventado, hombre", exclamó Dios. "Todo sucederá como has dicho, pero tú cabalgarás eternamente y no verás el reino de los cielos mientras sigas sobre tu caballo." Los hechos se cumplieron como había sido dispuesto. Todavía hoy el prodigioso jinete se alza sobre esa montaña de los Cárpatos, ve cómo en el abismo insondable los muertos roen al muerto y siente que el muerto tendido dentro de la tierra crece, roe sus propios huesos en medio de atroces sufrimientos y hace temblar de manera terrible el mundo entero...»

El ciego dio por terminada su canción; de nuevo empezó a tañer las cuerdas; se puso a cantar divertidos episodios de Jomá y Yerioma, del Vidriero Stokoza... pero los viejos y los jóvenes aún no se habían recobrado y durante un buen rato mantuvieron las cabezas bajas, pensando en ese terrible episodio que había sucedido en los tiempos antiguos.

Librodot

IVÁN FIÓDOROVICH SHPONKA Y SU TÍA

Esta historia tiene su propia historia: nos la contó Stepán Ivánovich Kúrochka, que había venido de Gadiach. Debo decirles que tengo una pésima memoria: poco importa que me digan una cosa o que no me la digan. Es lo mismo que pasar agua por un tamiz. Conociendo ese defecto mío, le pedí que me escribiera el relato en un cuaderno. Ese hombre siempre ha sido bueno conmigo, que Dios le dé salud, y accedió a copiarlo. Lo guardé en la mesilla; seguro que la conoce usted: es esa que se ve en el rincón nada más entrar... Pero he olvidado que usted no ha estado nunca en mi casa. Mi vieja, con la que llevo viviendo treinta años, no sabe leer ni escribir; para qué vamos a ocultar ese pecado. Un día advertí que para cocer los pasteles usaba unas hojas de papel. Prepara unos pasteles estupendos, estimados lectores; no los hay mejores en el mundo. En cierta ocasión miré debajo de los pasteles y vi unas palabras escritas. Tuve un presentimiento y me acerqué a la mesilla: ¡la mitad del cuaderno había desaparecido! Las hojas restantes las había utilizado para preparar los pasteles. ¿Qué podía hacer? ¡No va uno a pelearse en los tiempos de la vejez!

El año pasado tuve que pasar por Gadiach. Antes incluso de llegar a la ciudad, había hecho un nudo en el pañuelo para no olvidarme de pedirle la historia a Stepán Ivánovich.

Más aún: me hice la promesa de acordarme siempre que estornudara en la ciudad. Todo fue en vano. Atravesé la ciudad, estornudé, me soné con el pañuelo, pero no me acordé de nada; cuando el asunto me vino de nuevo a la cabeza, estábamos ya a seis kilómetros de la barrera. Nada podía hacerse: tuve que imprimir la historia sin final. En cualquier caso, si alguien siente la imperiosa necesidad de saber la continuación de este relato, sólo tiene que llegarse hasta Gadiach y preguntar por Stepán Ivánovich. Él estará encantado de contársela y, en caso de que sea necesario, empezará por el principio. Vive muy cerca de la iglesia de piedra. Enseguida verán allí un callejón: no hay más que internarse en él y buscar la segunda o la tercera puerta. O mejor, hagan lo siguiente: busquen un patio con un gran poste y una codorniz y si ven que sale a recibirles una gruesa mujer vestida con una falda verde (no está de más saber que Stepán Ivánovich es soltero), no duden de que han llegado. También lo pueden encontrar en el mercado, donde suele estar todas las mañanas hasta las nueve; elige el pescado y la verdura para su mesa y charla con el padre Antip o el arrendatario judío. Lo reconoceréis enseguida, pues es el único que lleva pantalones de indiana estampados y chaqueta de nanquín amarilla. Les daré otro rasgo distintivo: al andar siempre agita los brazos. El difunto asesor del lugar, Denis Petróvich, cuando lo veía de lejos, decía: «¡Mirad, mirad, por ahí viene el molino de viento!».

I
IVÁN FIÓDOROVICH SHPONKA

Librodot

Hace ya cuatro años que Iván Fiódorovich Shponka recibió el retiro y se fue a vivir a su granja de Vítrebenki. Cuando no era más que Vániusha estudiaba en la escuela comarcal de Gadiach, y hay que decir que era un muchacho muy aplicado y de muy buena conducta. El profesor de gramática rusa, Nikífor Timoféievich Deeprichastie, decía que si todos sus alumnos fueran tan aplicados como Shponka, no llevaría a clase su regla de madera de arce con la que, según él mismo reconocía, se cansaba de golpear las manos de perezosos y traviesos. Su cuaderno siempre estaba limpio, lleno de líneas trazadas con regla y sin una sola mancha. Apenas se movía en su asiento, y mantenía las manos juntas y los ojos fijos en el profesor; nunca colgaba un papel en la espalda del compañero que tenía delante; no tallaba el pupitre ni jugaba a los empujones antes de la llegada del maestro. Cuando alguien necesitaba afilar su pluma, se dirigía al momento a Iván Fiódorovich, pues sabía que éste siempre tenía un cortaplumas; Iván Fiódorovich, que entonces sólo era Vániusha, sacaba su cortaplumas de un pequeño estuche de cuero, atado al ojal de su chaqueta gris, y pedía solamente que no raspasen la pluma con el filo, asegurando que para eso estaba el lado romo. Tan buena conducta pronto atrajo la atención incluso del profesor de latín, a quien le bastaba con toser en el zaguán, antes de aparecer en la puerta con su capote y su rostro picado de viruelas, para que el miedo se adueñara de toda la clase. Ese maestro terrible, que siempre tenía sobre la cátedra dos manojos de látigos y a la mitad de su auditorio puesto de rodillas, nombró repetidor a Iván Fiódorovich, aunque en la clase había alumnos mucho más dotados.

Llegados a este punto no podemos dejar de mencionar un suceso que influyó en toda su vida. Uno de los alumnos que estaba a su cargo, tratando de ganarse la voluntad del repetidor para que escribiera en su boletín scit, a pesar de que no sabía ni una palabra de la lección, llevó a la clase una torta untada de mantequilla y envuelta en un papel. Aunque Iván Fiódorovich siempre había dado pruebas de equidad, ese día tenía mucha hambre y no pudo resistir la tentación; cogió la torta, se ocultó detrás de un libro y empezó a comer. Tan ocupado estaba con el dulce, que ni siquiera advirtió que en la clase se había hecho de pronto un silencio de muerte. Sólo se recobró espantado cuando una mano terrible, emergiendo de un capote de paño, le agarró por una oreja y lo arrastró hasta el centro de la clase. «¡Dame esa torta! ¡Dámela te digo, canalla!», exclamó el terrible profesor, cogiendo con los dedos la grasienta torta y arrojándola por la ventana, después de prohibir severamente a los escolares que correteaban por el patio que la recogieran. A continuación golpeó con enorme fuerza las manos de Iván Fiódorovich. Y así tenía que ser: las culpables habían sido las manos y no ninguna otra parte del cuerpo, pues eran ellas las que habían cogido la torta. Fuera como fuese, desde ese día su acusada timidez aumentó todavía más. Tal vez ese suceso fuera la causa de que nunca mostrara deseos de ingresar en el servicio civil, viendo por experiencia que no siempre se puede ocultar lo que se hace.

Tenía casi quince años cuando pasó a la segunda clase, donde, en lugar del catecismo abreviado y las cuatro reglas de aritmética, empezó a ocuparse del catecismo superior, el libro de los deberes del hombre y los quebrados. Pero al ver que cuanto más se adentra uno en el bosque más leña encuentra y al recibir la noticia de que su padre había pasado a mejor vida, al cabo de dos años decidió abandonar el colegio y, con el consentimiento de su madre, ingresó en el regimiento de infantería de P***.

El regimiento de infantería de P*** no se parecía en nada a la mayoría de los de su clase, y a pesar de que casi todo el tiempo estaba acantonado en pequeñas aldeas, su régimen de vida poco tenía que envidiar al de algunos regimientos de caballería. La mayor parte de los oficiales bebía licores helados y sabía tirar a los judíos de las patillas tan bien como los húsares; algunos sabían incluso bailar la mazurca, y el coronel del regimiento de P*** nunca dejaba de señalarlo cuando hablaba con alguien en sociedad: «En mi regimiento», solía decir, golpeándose el estómago después de cada palabra, «muchos hombres bailan la mazurca;

Librodot

muchos, muchísimos». Para mostrar mejor al lector el grado de instrucción que reinaba en el regimiento de infantería de P***, añadiremos que dos oficiales eran apasionados jugadores de naipes, capaces de apostar el uniforme, la gorra, el capote, el cinto del sable e incluso la ropa interior, algo que no se ve todos los días, ni siquiera en la caballería.

No obstante, el trato de semejantes camaradas no atenuó en nada la timidez de Iván Fiódorovich. Como no bebía licores helados, prefiriendo una copita de vodka antes de la comida y de la cena, ni bailaba la mazurca ni jugaba a los naipes, era natural que estuviera siempre solo. Además, mientras los otros tomaban los caballos del lugar para visitar a los pequeños hacendados, él se quedaba en casa, entregado a las ocupaciones típicas de las almas bondadosas y dulces: o bien limpiaba sus botones, o leía un libro de adivinaciones o colocaba trampas para ratones en los rincones de su habitación o se quitaba el uniforme y se tumbaba en la cama. En cambio, no había en el regimiento hombre más cumplidor que Iván Fiódorovich. Mandaba con tanta eficacia su grupo que el capitán de la compañía lo ponía siempre como ejemplo. De ese modo, apenas once años después de recibir el grado de alférez, había ascendido a subteniente.

Poco tiempo después recibió la noticia de la muerte de su madre; una hermana de ésta, y por tanto tía suya, de la que sólo recordaba que siendo niño le había llevado peras secas y unos deliciosos panecillos que preparaba ella misma (de hecho, había seguido enviándoselos a Gadiach, pero más tarde había discutido con su madre e Iván Fiódorovich no había vuelto a verla), esa tía, llevada por su bondad, se había encargado de regentar su pequeña hacienda, novedad que le había comunicado a su debido tiempo por medio de una carta. Iván Fiódorovich, que estaba completamente seguro del buen juicio de su tía, siguió desempeñando sus funciones como hasta entonces. Cualquier otro en su lugar, al haber obtenido tan alta graduación, se habría ensoberbecido; pero el orgullo era completamente ajeno a su naturaleza. Al ascender a subteniente, siguió siendo el mismo Iván Fiódorovich que había sido como alférez. Cuatro años más tarde de ese notable acontecimiento, cuando se aprestaba a trasladarse con su regimiento desde la región de Moguiliov a la de Velikorossia, recibió la siguiente carta:

Mi querido *sobrino Iván Fiódorovich:*

Te mando ropa interior, cinco pares de calcetines de hilo *y cuatro camisas de lienzo fino. También quiero hablarte de otro asunto: como has alcanzado ya una elevada graduación, como bien sabes, y como has llegado a* una *edad en la que es necesario que te ocupes de* tu *hacienda, no veo* ninguna *razón para que sigas en el servicio activo. Yo ya soy vieja y no puedo vigilar como es debido* tu *propiedad; además, tengo muchas cosas que comunicarte personalmente. ¡Ven pronto,* Vániuska! En *espera de tener el placer sincero de verte, te saluda tu afectuosa tía*

Vasilisa Tsuchevska.

En *nuestra huerta han crecido* unos *nabos tan extraordinarios, que más que nabos parecen patatas.*

Una semana después de recibir esa carta, Iván Fiódorovich escribió la siguiente respuesta:

Estimada tía Vasilisa Káshporovna:

Le agradezco mucho la ropa que me ha enviado, sobre todo los calcetines, pues los míos estaban ya muy *viejos; de hecho,* mi *ordenanza los ha zurcido cuatro veces y en conse-*

Librodot

cuencia han encogido mucho. En *lo* que respecta *a* su *opinión sobre* mi *servicio, le* diré *que estoy completamente de acuerdo con usted y que ya hace tres días que he solicitado el retiro. En cuanto me lo concedan, alquilaré* un *coche.* En *lo* que respecta *al encargo que me había encomendado previamente, referente a las semillas de trigo de Siberia, no he podido cumplirlo: en toda la provincia de Moguiliov me ha sido imposible encontrarlo. Aquí a los cerdos se les da de comer cebada mezclada con cerveza pasada.*

Con la mayor consideración, estimada tía, le saluda su *sobrino*
Iván Shponha.

Finalmente Iván Fiódorovich recibió el retiro con el grado de teniente, contrató por cuarenta rublos a un judío para que lo llevara de Moguiliov a Gadiach y se puso en camino en el momento en que los árboles se revestían de hojas tiernas y aún ralas, toda la tierra se cubría de brillante y fresca verdura y en los campos olía a primavera.

II
EL CAMINO

En el camino no sucedió nada extraordinario. El viaje duró algo menos de dos semanas. Quizás Iván Fiódorovich podría haber llegado antes, pero el piadoso judío no trabajaba los sábados y pasaba el día entero rezando bajo una manta. No obstante, como ya he tenido ocasión de señalar, Iván Fiódorovich era una persona que no se dejaba ganar por el aburrimiento. En esas ocasiones abría la maleta, sacaba la ropa interior, examinaba si estaba bien lavada y bien planchada, quitaba con cuidado una mota de polvo del uniforme nuevo, cosido ya sin charreteras, y volvía a colocarlo todo de la mejor manera posible. Puede decirse que no era muy aficionado a la lectura; y si a veces abría su libro de adivinaciones era sólo porque le gustaba encontrar unas palabras que, a fuerza de haberlas leído muchas veces, le resultaban conocidas. Actuaba como el ciudadano que se dirige todos los días al casino, no con la esperanza de escuchar algo nuevo, sino para reunirse con unos amigos con los que está acostumbrado a charlar desde tiempos inmemoriales; como el funcionario que lee con fruición la guía de direcciones varias veces al día, no en virtud de ningún motivo diplomático, sino porque le entretiene sobremanera ver una lista de nombres impresos. «¡Ah, Iván Gavrílovich!», repite para sí. «¡Ah! ¡Ahí estoy yo! ¡Hum!» Y en cuanto se le presenta una nueva oportunidad vuelve a leerla con las mismas exclamaciones.

Tras dos semanas de viaje, Iván Fiódorovich llegó a una pequeña aldea que distaba unos cien kilómetros de Gadiach. Era viernes. Hacía ya un buen rato que se había puesto el sol cuando el carruaje, el judío y él entraron en el patio de la posada.

Esa posada no se diferenciaba en nada de las que suele uno encontrar en las pequeñas ciudades. Por lo general, en esos albergues se ofrecen al viajero con gran insistencia heno y avena, como si fuera un caballo de postas. Pero como tenga ganas de desayunar como las personas respetables, tendrá que guardar intacto su apetito hasta mejor ocasión. Iván Fiódorovich, que estaba al tanto de esas sutilezas, había tomado la precaución de llevar consigo dos paquetes con bollos de pan y salchichón; pidió una copa de vodka, bebida que no suele faltar en ninguna posada, se sentó en un banco delante de una mesa de roble, cuyas patas estaban hundidas en el suelo de tierra, y empezó a cenar.

Librodot

Entretanto se oyó el ruido de un carruaje que se aproximaba. La cancela chirrió; pero pasó un buen rato antes de que el coche penetrara en el patio. Una fuerte voz increpaba a la vieja que regentaba la posada. «¡Voy a entrar», oyó Iván Fiódorovich, «pero como una sola chinche me pique en tu casa, te zurraré. Ya lo creo que lo haré, vieja bruja, y no te daré nada por el heno!»

Al cabo de un minuto la puerta se abrió y entró, o mejor dicho se introdujo, un hombre grueso vestido con una levita de color verde. Su cabeza descansaba inmóvil sobre un cuello demasiado corto, que parecía aún más gordo a causa de la doble barbilla. A juzgar por su aspecto, pertenecía a esa clase de personas que no se rompen la cabeza pensando en naderías y a las que todo en la vida les ha salido rodado.

-¡Le deseo mucha salud, señor mío! -exclamó al reparar en Iván Fiódorovich.

Iván Fiódorovich saludó en silencio.

-¿Me permite que le pregunte con quién tengo el honor de hablar? -añadió el grueso viajero.

-Con el teniente retirado Iván Fiódorovich Shponka -contestó éste.

-Y ¿puedo preguntarle adónde se dirige?

-A Vítrebenki, donde tengo mi propia hacienda.

-¡Vítrebenki! -exclamó el severo interrogador-. ¡Pero permítame, señor mío, permítame! -dijo, aproximándose a Iván Fiódorovich y agitando los brazos como si alguien le impidiera el paso o tuviera que abrirse camino a través de una multitud; una vez a su lado, le abrazó y le besó, primero en la mejilla derecha, luego en la izquierda y a continuación de nuevo en la derecha. A Iván Fiódorovich le agradaron mucho esos besos, pues sus labios habían tomado las grandes mejillas del desconocido por mullidos almohadones.

-¡Permítame, señor mío, que me presente! -continuó el gordo-. Yo también poseo una hacienda en la región de Gadiach y soy vecino suyo. Vivo en la aldea de Jórtische, que se encuentra a menos de cinco kilómetros de Vítrebenki. Me llamo Grigori Grigórievich Storchenko. Es de todo punto indispensable, indispensable, señor mío, que venga a visitarme a la aldea de Jórtische; si no, no le saludaré más. Ahora llevo prisa, pues tengo que ocuparme de unos asuntos... Pero ¿qué es eso? -dijo con una voz dulce a su *jockey*, un joven vestido con una casaca remendada en el codo, que acababa de entrar y con expresión sorprendida ponía sobre la mesa unos paquetes y cajas-. ¿Qué es eso? ¿Qué es? -y la voz de Grigori Grigórievich se fue haciendo cada vez más amenazante-. ¿Acaso te he ordenado que trajeras esto aquí, querido? ¿Acaso te he pedido que trajeras todo esto, canalla? ¿Es que no te he dicho que calentaras primero el pollo, bribón? ¡Fuera de aquí! -gritó, golpeando el suelo con el pie-. ¡Espera, cara de tonto! ¿Dónde está el cofre con las botellas? ¡Iván Fiódorovich! -continuó, mientras vertía licor en una copa-. ¡Le pido que lo pruebe! ¡Es medicinal!

-Le aseguro que no puedo... Ya en una ocasión... -dijo Iván Fiódorovich con temblorosa voz.

-¡No quiero ni oírlo, señor! -exclamó el propietario, levantando la voz-. ¡No quiero ni oírlo! ¡No me moveré de este lugar hasta que no lo pruebe!

Cuando Iván Fiódorovich comprendió que no había manera de rechazar el licor, lo bebió no sin satisfacción.

-Esto es un pollo, señor mío -prosiguió el gordo Grigori Grigórievich, cortando el ave con su cuchillo dentro de una caja de madera-. Debo decirle que mi cocinera Yavdoja a veces gusta de tomarse un trago; por eso la comida suele quedarle un poco seca. ¡Eh, mozo! -exclamó dirigiéndose al muchacho de la casaca, que le traía un edredón y unos almohadones-. ¡Hazme la cama en el suelo, en medio de la habitación! ¡Que no se te olvide poner un poco de

Librodot

heno bajo la almohada! ¡Y que la vieja te dé un trozo de cáñamo de la rueca para taparme los oídos por la noche! Debe usted saber, señor mío, que tengo la costumbre de taparme los oídos por la noche desde el maldito día en que en una posada rusa se me metió una cucaracha en la oreja izquierda. Sólo más tarde supe que esos malditos *katsaps* comen hasta la sopa con cucarachas. No soy capaz de describirle lo que sentí. Era una especie de hormigueo en el oído, un hormigueo... ¡Como para subirse por las paredes! Ya en nuestra tierra me curó una simple vieja. ¿Qué cree usted que hizo? Simplemente recitar unas fórmulas mágicas. ¿Qué opina usted de los médicos, señor mío? Yo creo que nos toman el pelo y se burlan de nosotros. Algunas viejas saben veinte veces más que todos esos médicos.

Comment [Librodot21]:

Término despectivo, como *moshal*, para referirse a los campesinos rusos.

-Efectivamente, lo que acaba de decir usted es la pura verdad. Algunas viejas... -en ese momento se detuvo, como si no encontrara los vocablos adecuados para continuar.

No está de más decir que, en general, Iván Fiódorovich era bastante parco en palabras. Quizás ello se debiera a su timidez o acaso a un deseo de expresarse con mayor elegancia.

-¡Sacúdelo bien, sacude bien ese heno! -dijo Grigori Grigórievich a su lacayo-. El heno de aquí es tan malo que podría haber algún trozo de madera. Permítame, señor mío, que le desee buenas noches. Mañana no nos veremos, pues yo partiré antes del alba. Su judío descansará, porque mañana es sábado, así que usted no tiene ninguna necesidad de levantarse temprano. No olvide usted mi ruego: si no viene a verme a la aldea de Jórtische, no volveré a saludarle.

Entretanto el criado le ayudó a quitarse la levita y las botas y le puso una bata; Grigori Grigórievich, entonces, se dejó caer en la cama, donde parecía un enorme colchón extendido sobre otro.

- ¡Eh, mozo! ¿Adónde vas, canalla? ¡Ven a arreglarme la manta! ¡Eh, mozo! ¡Ponme bien el heno debajo de la cabeza! ¿Y qué, le han dado ya de beber a los caballos? ¡Pon más heno! ¡Aquí, en este lado! ¡Pero arréglame bien la manta, canalla! ¡Así! ¡Uf!...

A continuación Grigori Grigórievich suspiró un par de veces y emitió un silbido tan terrible por la nariz que se oyó en toda la habitación; de vez en cuando roncaba con tanta fuerza que la vieja, adormilada en su camastro, se despertaba, miraba a un lado y a otro, y al no ver nada se tranquilizaba y volvía a quedarse dormida.

Al día siguiente, cuando Iván Fiódorovich se despertó, el gordo propietario ya no estaba. Ese fue el único acontecimiento notable que le sucedió durante todo el viaje. Tres días más tarde empezó a aproximarse a su hacienda.

Cuando aparecieron las batientes aspas del molino y, a medida que el carruaje ascendía por la colina, se vislumbraron las hileras de sauces, Iván Fiódorovich sintió que el corazón le latía con más fuerza. A través de las ramas se divisaba el estanque, que despedía vivos destellos y exhalaba una fresca brisa. En ese mismo estanque se había bañado en otros tiempos y, con el agua hasta el cuello, había buscado cangrejos en compañía de otros muchachos. El carruaje atravesó un dique e Iván Fiódorovich vio la misma vieja casa, con su techumbre de cañas, y aquellos manzanos y cerezos a los que en sus días mozos había trepado a escondidas. En cuanto entraron en el patio, perros de todas clases, marrones, negros, grises o con manchas acudieron de todas partes. Algunos se lanzaban ladrando a las patas de los caballos; otros, al darse cuenta de que el eje había sido engrasado con sebo, corrían detrás del coche; uno se había quedado cerca de la cocina, sujetaba un hueso con una pata y ladraba con todas sus fuerzas; otro ladraba en la lejanía y corría de un lado para otro sin dejar de mover la cola, como diciendo: «¡Mirad, buenas gentes, qué extraordinaria planta tengo!». Algunos muchachos, vestidos con sucias camisas, acudieron a ver el carruaje. Una cerda, que

deambulaba por el patio con sus dieciséis lechones, levantó el hocico con aire interrogativo y gruñó con mayor fuerza que de costumbre. En el suelo del patio había muchas lonas con montones de trigo, centeno y avena que se secaban al sol. En el tejado también habían puesto a secar distintos tipos de hierbas: achicoria salvaje, vellosilla y otras.

Iván Fiódorovich estaba tan absorbido en la contemplación de ese panorama que sólo volvió en sí cuando un perro con manchas mordió en la pantorrilla al judío, que en ese momento bajaba del pescante. La servidumbre, compuesta por una cocinera, una mujer y dos muchachas con faldas de lana, salió corriendo al patio. Después de las primeras exclamaciones, «¡Pero si es nuestro señorito!», le anunciaron que su tía estaba sembrando maíz en el huerto, en compañía de la criada Palashka y del cochero Omelka, que a menudo desempeñaba también funciones de hortelano y de guardián... Pero la tía, que desde la lejanía había divisado el carruaje tapizado de tela de saco, ya estaba allí. Iván Fiódorovich se quedó estupefacto cuando ésta estuvo a punto de levantarlo en brazos; apenas podía creer que fuera la misma persona que en sus cartas le había hablado de su decrepitud y de sus enfermedades.

III

LA TEA

La tía Vasilisa Káshporovna tenía entonces cerca de cincuenta años. Nunca se había casado y solía decir que la vida de soltera era lo que más apreciaba en el mundo. No obstante, en lo que yo recuerdo, nadie había pedido nunca su mano. Ello se debía a que todos los hombres sentían en su presencia una especie de timidez y no se atrevían a declararse. «¡Vasilisa Káshporovna tiene mucho carácter!», decían los pretendientes, y tenían mucha razón, porque Vasilisa Káshporovna era capaz de bajarle los humos a cualquiera. A fuerza de tirarle del tupé con su mano viril, y sin usar ningún otro procedimiento extraño, había conseguido que el molinero, que hasta entonces había sido un borracho y una inutilidad, se convirtiera, no ya en un hombre, sino en un tesoro. Tenía una talla casi gigantesca y una fuerza y una corpulencia acordes con ella. Parecía como si la naturaleza hubiera cometido un error imperdonable obligándola a llevar los días de diario una bata de color marrón oscuro con delicados volantes y un chal rojo de cachemir el domingo de Pascua y el día de su santo, cuando en realidad le hubieran cuadrado mejor el bigote y las botas altas de un dragón. En cambio, sus ocupaciones guardaban una perfecta consonancia con su aspecto exterior: montaba en barca y manejaba los remos con mayor pericia que cualquier pescador; cazaba aves; pasaba horas enteras vigilando a los segadores; sabía con exactitud el número de melones y sandías que tenía en el huerto; cobraba una tasa de cinco kopeks a cada carro que atravesaba su dique; trepaba a los árboles para sacudir las peras; pegaba a los sirvientes perezosos con su temible mano y con esa misma mano obsequiaba a los que lo merecían con una copita de vodka. Casi al mismo tiempo que regañaba a los criados, teñía las madejas de hilo, corría a la cocina, preparaba *levas,* cocía mermeladas con miel; en resumen, se pasaba todo el día atareada y no desatendía ninguna de sus ocupaciones. La consecuencia de toda esa actividad era que la pequeña hacienda de Iván Fiódorovich, que contaba con dieciocho almas según el último censo, había prosperado en el más amplio sentido de la palabra. Además, quería mucho a su sobrino y se afanaba en reunir dinero para él.

Desde que Iván Fiódorovich había regresado a casa, su vida había cambiado por

Librodot

completo y había tomado un nuevo rumbo. Parecía como si la Naturaleza lo hubiese creado expresamente para administrar una hacienda de dieciocho almas. Su tía advirtió que sería un buen amo, aunque no le permitía inmiscuirse en todas las actividades de la hacienda. «Aún es muy joven», solía decir, aunque el sobrino frisaba ya los cuarenta años. «¡Cómo va a saber!».

No obstante, Iván Fiódorovich pasaba el día en los campos con los segadores y los guadañadores, lo que procuraba un goce inexplicable a su pacífica alma. El movimiento acompasado de una decena o más de brillantes hoces, el ruido de la hierba al abatirse en hileras regulares, las canciones que de vez en cuando entonaban los segadores, ya alegres como la llegada de un invitado, ya tristes como la separación; la tarde limpia y serena. ¡Y qué tarde! ¡Qué aire tan fresco y ligero! ¡Cómo revive entonces todo! La estepa se vuelve roja, azul y resplandece de flores; las codornices, las avutardas, las gaviotas, los grillos, los millares de insectos, con sus silbidos, sus zumbidos, sus chirridos y sus gritos se funden de pronto en un armonioso coro, sin conceder un solo instante de silencio. Mientras tanto, el sol se pone y desaparece. ¡Ah, qué aire más fresco y agradable! En el campo, aquí y allá, se encienden hogueras sobre las que se disponen calderos; en torno a ellos se sientan los bigotudos segadores; se eleva por el aire el vapor de las *galushhas.* El crepúsculo se vuelve grisáceo... No es fácil describir lo que sentía Iván Fiódorovich en esos momentos. Junto a los segadores se olvidaba de probar las *galushkas*, que tanto le gustaban, y se quedaba inmóvil en su sitio, siguiendo con los ojos el vuelo de una gaviota que se perdía en el cielo o contando las gavillas de trigo segado, que tapizaban los campos.

No tardó en extenderse por los contornos la fama de Iván Fiódorovich, al que se reputaba como un gran amo. La tía estaba encantada con su sobrino y no desaprovechaba ninguna ocasión de alabarle. Un día -esto sucedió al final de la siega, es decir, a finales de julio- Vasilisa Káshporovna cogió a Iván Fiódorovich por el brazo con aire misterioso y le dijo que quería hablarle de un asunto que le preocupaba desde hacía mucho tiempo.

-Querido Iván Fiódorovich -empezó-, sabes muy bien que tu hacienda cuenta con dieciocho almas; eso según el censo, aunque en realidad esa cifra quizás pueda ascender a veinticuatro. Pero no se trata de eso. Ya conoces el bosquecillo que linda con nuestras tierras anegadizas y probablemente sabes que detrás de él se extiende una vasta pradera de no menos de veinte hectáreas. Produce hierba en tal cantidad que podría rentar cada año más de cien rublos, especialmente si, como dicen, se establece en Gadiach un regimiento de caballería.

-Claro que lo conozco, tía: esa hierba es muy buena.

-Ya sé que es muy buena. Pero ¿a que no sabes que esa tierra en realidad es tuya? ¿Por qué me miras con esa cara? ¡Escucha, Iván Fiódorovich! ¿Te acuerdas de Stepán Kuzmich? ¡Pero cómo vas a acordarte! Eras entonces tan pequeño que ni siquiera podías pronunciar su nombre. ¡Qué cosas digo! Recuerdo que llegué la víspera de San Felipe, te cogí en brazos y casi me estropeas el vestido; por suerte, tuve tiempo de pasarte a Matriona, tu nodriza. ¡Qué malo eras entonces!... Pero no se trata de eso. Toda la tierra que hay detrás de nuestra hacienda y la propia aldea de Jórtische pertenecían a Stepán Kuzmich. Debo decirte que, antes de que tú vinieras al mundo, empezó a visitar a tu madre; cierto que en los momentos en que tu padre no estaba en casa. No lo digo en tono de reproche, ¡que Dios la tenga en su gloria!, aunque la difunta siempre fue injusta conmigo. Pero no se trata de eso. Fuera como fuese, el caso es que Stepán Kuzmich hizo una escritura de donación, a favor tuyo, de la propiedad de la que te hablo. Pero tu difunta madre, dicho sea entre nosotros, tenía un carácter muy peculiar. Ni el mismo diablo, que Dios me perdone esa fea palabra, habría podido comprenderla. Sólo Dios sabe dónde habrá puesto esa escritura. Yo creo, sencillamente, que está en

Librodot

manos de ese viejo solterón de Grigori Grigórievich Storchenko. Ese bribón barrigudo heredó toda la hacienda. Estoy dispuesta a apostar lo que sea a que ha ocultado el documento.

-Permíteme que te haga una pregunta, tía: ¿no es el mismo Storchenko con el que trabé conocimiento en la parada de postas?

Y a continuación Iván Fiódorovich refirió su encuentro.

- ¡Quién sabe! -respondió la tía, después de unos instantes de reflexión-. Tal vez no sea un canalla. En verdad, sólo lleva medio año entre nosotros, y en ese tiempo no es posible conocer a una persona. He oído que la vieja, su madre, es una mujer muy juiciosa; dicen que es toda una experta en salar pepinillos. Tiene criadas que le tejen excelentes tapices. Ya que dices que fue muy amable, deberías visitarlo. Tal vez el viejo pecador escuche la voz de su conciencia y te restituya lo que no le pertenece. Podrías ir en el coche, pero esos malditos muchachos han arrancado todos los clavos de la parte trasera. Habrá que decirle al cochero Omelka que ajuste bien el cuero por todas partes.

-¿Para qué, tía? Cogeré el carricoche que utiliza usted a veces para disparar a las aves.

Con esas palabras terminó la conversación.

IV
EL ALMUERZO

A la hora del almuerzo Iván Fiódorovich entró en la aldea de Jórtische y se aproximó, un poco intimidado, a la casa señorial. Era una construcción larga y no tenía la techumbre de cañas, como la mayoría de las casas señoriales de los alrededores, sino de madera. En el patio había dos graneros también con techo de madera; la cancela era de roble. Iván Fiódorovich se sentía como un petimetre que asiste a un baile y comprueba que todas las personas que le rodean visten con mayor elegancia que él. Por respeto, detuvo su carricoche junto a un granero y se dirigió a pie a la escalera principal.

-¡Ah, Iván Fiódorovich! -gritó el gordo Grigori Grigórievich, que paseaba por el patio vestido con levita, aunque sin corbata, chaleco ni tirantes. No obstante, incluso ese atuendo debía de pesar a su ancha y obesa figura, pues el sudor le caía a chorros-. Me dijo usted que vendría en cuanto viera a su tía, pero hasta el día de hoy no se ha dignado pasar por aquí -y a continuación los labios de Iván Fiódorovich se encontraron con los almohadones ya conocidos.

-Estoy muy ocupado con la hacienda... Sólo me quedaré un minuto; en realidad, vengo a hablarle de un asunto...

-¿Un minuto? De ninguna manera. ¡Eh, mozo! -gritó el grueso propietario, y aquel mismo muchacho de la casaca salió corriendo de la cocina-. Dile a Kasián que cierre inmediatamente la cancela. ¡Me oyes? ¡Que la cierre con llave! ¡Y que desenganche ahora mismo el caballo de este señor! Haga el favor de entrar en la casa; aquí hace tanto calor que tengo toda la camisa empapada.

Una vez en el interior de la vivienda, Iván tiódorovich, a pesar de su timidez, decidió no perder el tiempo y abordar el asunto con decisión.

-Mi tía ha tenido el honor... Me ha comentado que la escritura de donación del difunto Stepán Kuzmich...

Librodot

No es fácil describir el gesto de desagrado que se dibujó en el ancho rostro de Grigori Grigórievich al escuchar esas palabras.

- ¡Le juro que no oigo nada! -respondió -. Debo decirle que en una ocasión se me metió en la oreja izquierda una cucaracha. Esos malditos *katsaps* tienen las isbas llenas de cucarachas. No hay pluma que pueda describir ese tormento. Era un hormigueo, una especie de hormigueo. Al final me curó una vieja con un procedimiento de lo más sencillo...

-Quería decirle... -se atrevió a interrumpirle Iván Fiódorovich, viendo que Grigori Grigórievich trataba deliberadamente de cambiar de tema- que en el testamento del difunto Stepán Kuzmich se menciona, digámoslo así, una escritura de donación.... según la cual me corresponde...

-Ya veo que a su tía le ha faltado tiempo para contarle todas esas historias. ¡Es mentira! ¡Le juro que es mentira! Mi tío no preparó ninguna escritura de donación, aunque es cierto que en el testamento se hace alusión a cierto legado. Pero ¿dónde está ese documento? Nadie lo ha presentado. Si le digo todo esto es por su propio bien. ¡Le juro que es mentira!

Iván Fiódorovich guardó silencio, pensando que tal vez su tía se había equivocado.

- ¡Ahí vienen mi madre y mis hermanas! - exclamó Grigori Grigórievich-. Eso quiere decir que el almuerzo está listo. ¡Vamos! -y a continuación tomó a Iván Fiódorovich por el brazo y lo llevó hasta una habitación en la que, sobre una mesa, había dispuestas unas fuentes con entremeses y unas botellas de vodka.

En ese mismo momento entraban en la estancia una viejecita de baja estatura, una verdadera cafetera con cofia, y dos señoritas, una rubia y otra morena. Iván Fiódorovich, como caballero bien educado, besó primero la mano de la viejecita y a continuación las de las dos señoritas.

- ¡Es nuestro vecino Iván Fiódorovich Shponka, madre! -dijo Grigori Grigórievich.

La viejecita miró atentamente a Iván Fiódorovich, o al menos así lo pareció. Por lo demás, era la bondad en persona. Se diría que quería informarse de cuántos pepinillos salaba en invierno Iván Fiódorovich.

-¿Ha tomado usted vodka? -preguntó la anciana.

-Seguramente ha dormido usted mal, madre -dijo Grigori Grigórievich-. ¿A quién se le ocurre preguntarle a un invitado si ha tomado vodka? Ofrézcaselo, que si ha bebido o no es asunto suyo. Iván Fiódorovich, haga el favor, ¿prefiere aguardiente de centaura o vodka Trojimov? Pero ¿qué haces ahí parado, Iván Ivánovich? -preguntó Grigori Grigórievich, volviéndose; en ese momento Iván Fiódorovich vio cómo Iván Ivánovich se aproximaba a la mesa; iba vestido con una levita de largos faldones y un gran cuello almidonado que le cubría toda la nuca, de modo que la cabeza parecía aposentarse sobre el cuello como sobre un coche.

Iván Ivánovich se acercó al vodka, se frotó las manos, examinó con atención la copa, la llenó, la acercó a la luz y se metió en la boca de una vez todo el contenido; pero no lo tragó, sino que se enjuagó varias veces con él, y sólo entonces lo ingirió, acompañándolo de una rebanada de pan con setas saladas. A continuación se dirigió a Iván Fiódorovich.

-¿Es con el señor Iván Fiódorovich Shponka con quien tengo el honor de hablar?

-Así es -respondió Iván Fiódorovich.

-Ha cambiado usted mucho desde la primera vez que lo vi. Le he conocido así de pequeño -y al pronunciar esas palabras señaló con la palma de la mano una altura de una vara-. Su difunto padre, que en gloria esté, era un hombre singular. Melones y sandías como los que él tenía ya no se encuentran en ningún sitio. Aquí también servirán melones -añadió, llevándoselo aparte-. Pero ¿qué clase de melones? ¡Da pena verlos! Créame, estimado señor: tenía unas sandías así de grandes -exclamó con aire misterioso, separando los brazos como si

Librodot

quisiera abrazar un tronco muy grueso-. ¡Así de grandes, se lo juro!

- ¡A la mesa! -dijo Grigori Grigórievich, cogiendo por el brazo a Iván Fiódorovich.

Pasaron todos al comedor. Grigori Grigórievich se sentó en su sitio habitual, en el extremo de la mesa, se anudó al cuello una enorme servilleta, que le daba el aspecto de esos héroes dibujados en los letreros de los barberos. Iván Fiódorovich, ruborizándose, se sentó en el lugar que le indicaban, frente a las dos señoritas; Iván Ivánovich se apresuró a sentarse a su lado, muy contento de tener alguien a quien comunicar sus observaciones.

-No debía haberse servido la rabadilla, Iván Fiódorovich. ¡Es pavo! -dijo la viejecita, volviéndose hacia él, mientras un aldeano vestido con un frac gris remendado de negro, que hacía las veces de camarero, le presentaba la fuente-. ¡Coja pechuga!

-¡Mamá, nadie le ha preguntado nada! -exclamó Grigori Grigórievich-. ¡No le quepa duda de que el invitado sabe lo que debe servirse! ¡Iván Fiódorovich, coja un ala, no, la otra, esa con el estómago! Pero ¿por qué se sirve tan poco? ¡Coja un muslo! Y tú, ¿qué haces ahí parado con la fuente? ¡Implora! ¡Ponte de rodillas, canalla! Di ahora mismo: «¡Iván Fiódorovich, coja usted un muslo!».

-¡Iván Fiódorovich, coja usted un muslo! -bramó el camarero, poniéndose de rodillas con la bandeja.

-Hum... ¡Vaya un pavo! -dijo en voz baja y con aire despectivo Iván Ivánovich, dirigiéndose a su vecino-. ¡No es así como se los imagina uno! ¡Si viera los que tengo yo! Le aseguro que uno solo tiene más grasa que diez de éstos. Créame, señor mío, que hasta da asco mirarlos cuando se pasean por el patio: tanta grasa tienen.

- ¡Mientes, Iván Ivánovich! - exclamó Grigori Grigórievich, que había escuchado sus palabras.

-Le digo que el año pasado -continuó en el mismo tono Iván Ivánovich, dirigiéndose a su vecino y fingiendo no haber oído el comentario de Grigori Grigórievich-, cuando los envié a Gadiach, me los pagaban a cincuenta kopeks la pieza, y aún así no quise venderlos.

-¡Iván Ivánovich, te digo que mientes! -exclamó Grigori Grigórievich, levantando la voz y separando mucho las sílabas, para que se le entendiera mejor.

Pero Iván Ivánovich, como si la cosa no fuera con él, siguió hablando del mismo modo, aunque en voz más baja. -Como le iba diciendo, mi querido señor, no los quise vender. No hay en Gadiach un solo propietario...

-¡Iván Ivánovich! ¡Eres tonto y nada más! -dijo Grigori Grigórievich con voz tronante-. Iván Fiódorovich sabe todo eso mejor que tú y no cree una palabra de lo que dices.

Esta vez Iván Ivánovich se ofendió de veras, se calló y se dedicó a engullir su pavo, a pesar de que no era tan grasiento como aquellos a los que daba asco mirar.

El tintineo de los cuchillos, de las cucharas y de los platos sustituyó durante un tiempo el rumor de la conversación; pero por encima de todo se oía el ruido que hacía Grigori Grigórievich al chupar el tuétano de un hueso de cordero.

-¿Han leído ustedes -preguntó Iván Ivánovich después de unos instantes de silencio, sacando la cabeza de su carruaje y volviéndola hacia Iván Fiódorovich- el *Viaje de Korobénikov a los Santos Lugares?* ¡Es un verdadero placer para el alma y el corazón! Ya no se imprimen libros así. Es una pena que no me haya fijado en el año de publicación.

Cuando Iván Fiódorovich escuchó que se hablaba de libros, comenzó a servirse salsa con determinación.

-Causa verdadero asombro, mi querido señor, que un simple comerciante recorriera todos esos lugares. ¡Más de tres mil kilómetros, señor mío! ¡Más de tres mil kilómetros! Es evidente que Dios mismo lo juzgó digno de visitar Palestina y Jerusalén.

-¿Dice usted que estuvo incluso en Jerusalén? -exclamó Iván Fiódorovich, que había

Librodot

oído hablar mucho de esa ciudad a su ordenanza.

-¿De qué habla usted, Iván Fiódorovich? -preguntó Grigori Grigórievich desde el otro extremo de la mesa.

-He aprovechado la ocasión para comentar que hay en el mundo países muy lejanos -dijo Iván Fiódorovich, muy satisfecho de haber pronunciado una frase tan larga y complicada.

-¡No le crea, Iván Fiódorovich! -apuntó Grigori Grigórievich, que no le había oído bien-. ¡No dice más que mentiras!

Al poco rato el almuerzo llegó a su fin. Grigori Grigórievich se dirigió a su habitación, según su costumbre, para echar una cabezada; los invitados siguieron a la anciana dueña de la casa y a las señoritas al salón, donde la mesa, que habían dejado llena de botellas de vodka cuando se fueron a comer, se había cubierto, como por arte de magia, de platitos con mermelada de diferentes clases y fuentes con sandías, cerezas y melones.

La ausencia de Grigori Grigórievich era percibida por todos. La dueña de la casa se volvió más locuaz y desveló, sin hacerse de rogar, muchos secretos sobre la manera de preparar el dulce de fruta y de secar las peras. Incluso las señoritas introdujeron algún comentario, aunque la rubia, que parecía unos seis años más joven que su hermana -a juzgar por su aspecto tendría veinticinco-, se mostraba más callada.

Pero el que más hablaba y se movía era Iván Ivánovich. Convencido de que nadie le molestaría ni le interrumpiría, hablaba de los pepinillos y de la manera de sembrar las patatas, se refería a la cantidad de gente sensata que había en el pasado - ¡nada que ver con la época actual! - y comentaba que, a medida que pasaba el tiempo, las gentes se volvían más listas e inventaban cosas más ingeniosas. En una palabra, era una de esas personas que se deleitan con los placeres de la conversación y os hablan de cualquier tema. Si la conversación se ocupaba de asuntos importantes o piadosos, Iván Ivánovich suspiraba después de cada palabra, inclinando levemente la cabeza; si se abordaban cuestiones domésticas, sacaba la cabeza de su carruaje y hacía tales gestos que ellos solos bastaban para explicar cómo se preparaba el *levas* de pera, cuál era el tamaño de los melones de los que hablaba y qué grasientos eran los pavos que correteaban por su patio.

Finalmente, al precio de grandes esfuerzos, Iván Fiódorovich consiguió despedirse al atardecer. A pesar de su carácter conciliador y de que le solicitaban encarecidamente que pasara allí la noche, se mantuvo firme en su decisión de marcharse y se marchó.

V

UN NUEVO PLAN DE LA TIA

-¿Y bien? ¿Has conseguido sacarle a ese viejo truhán la escritura de donación?

Con esa pregunta recibió la tía a Iván Fiódorovich; llevaba esperándole varias horas con impaciencia en el porche y al final, sin poder contenerse, había atravesado la cancela y se había dirigido a su encuentro.

-¡No, tía! -dijo Iván Fiódorovich, bajando del coche-. Grigori Grigórievich no tiene ninguna escritura de donación.

- ¡Y tú te lo has creído! ¡Miente, el maldito! Si un día me encuentro con él te aseguro que le daré una tunda con mis propias manos. ¡Le haré perder un poco de grasa! No obstante,

Librodot

antes hay que hablar con el secretario del tribunal para ver si hay algún medio de llevarlo a juicio... Pero no se trata ahora de eso. Dime, ¿el almuerzo fue bueno?

-Bueno... muy bueno, tía.

-Vamos, cuéntame qué platos había. Sé que la vieja tiene mucha maña para la cocina.

-Había pasteles de requesón, con nata agria, tía. Pichones en salsa rellenos de...

-¿Sirvieron pavo con ciruelas? -preguntó la tía, pues ella misma era una verdadera experta en preparar ese plato.

- ¡También había pavo! ... Son muy guapas esas señoritas, las hermanas de Grigori Grigórievich; sobre todo la rubia.

-¡Ah! -exclamó la tía, mirando con atención a Iván Fiódorovich, que se azoró y bajó los ojos. Una nueva idea le pasó por la cabeza-. Bueno, ¿qué? -preguntó con viveza y curiosidad-. ¿Cómo tiene las cejas?

No está de más señalar que la tía consideraba las cejas de las mujeres el principal distintivo de su belleza.

-Sus cejas, tía, son exactamente iguales a las que, según sus palabras, tenía usted de joven. Y todo su rostro está cubierto de pequeñas pecas.

-¡Ah! -exclamó la tía, satisfecha de la observación de Iván Fiódorovich, al que ni siquiera se le había pasado por la cabeza hacerle un cumplido-. ¿Y qué vestido llevaba? Aunque probablemente no es fácil encontrar ahora tejidos tan sólidos como, por ejemplo, el de esta bata mía. Pero no se trata de eso. Dime, ¿hablaste de algo con ella?

-¿Qué quiere decir?... Yo, tía... Tal vez piense usted...

-¿Y qué tiene eso de extraño? ¡Si Dios lo quiere! Quizás esté escrito que hayáis de formar una buena pareja.

-No sé, tía, cómo puede hablarme usted así. Eso demuestra que no me conoce usted nada...

-¡Vaya, ya te has ofendido! -dijo la tía. «Todavía es muy joven», se dijo. «No sabe nada. Es necesario que se traten, que se conozcan.»

A continuación la tía se separó de Iván Fiódorovich y fue a echar una ojeada a la cocina. A partir de ese día sólo pensó en una cosa: ver casado cuanto antes a su sobrino y tener pequeños nietos a los que cuidar. Los diferentes preparativos de la boda ocupaban toda su imaginación y, aunque se advertía que se afanaba en sus quehaceres más que antes, los asuntos iban peor que mejor. A menudo, mientras preparaba algún dulce, cuya elaboración no solía confiar a la cocinera, se olvidaba de todo y se imaginaba que a su lado había un nieto que le pedía un trozo de pastel; extendía distraídamente la mano con la mejor porción y un perro gurdián, aprovechando la oportunidad, atrapaba el apetitoso bocado y lo masticaba con estrépito, sacando a la tía de su ensoñación y ganándose una buena tunda con el atizador. Incluso había renunciado a sus actividades favoritas y ya ni siquiera iba de caza, sobre todo desde el día en que, pensando que se trataba de una perdiz, abatió a un cuervo, algo que no le había sucedido nunca.

Finalmente, al cabo de unos cuatro días, todos vieron cómo sacaban el carruaje de la cochera y lo llevaban al patio. El cochero Omelka, que también desempeñaba funciones de hortelano y guardián, estuvo trabajando con el martillo desde el amanecer, sujetando el cuero y espantando una y otra vez a los perros, que venían a lamer las ruedas. Considero mi deber advertir al lector que esa calesa era la misma utilizada en su día por Adán; así pues, si alguien pretendiera que algún otro carruaje perteneció a Adán, la aseveración sería una sucia mentira y la calesa una falsificación. Se ignora por completo cómo pudo salvarse del diluvio. Hay que pensar que en el arca de Noé había una cochera especial para ella. Es una pena que no pueda ofrecer al lector una descripción viva de su figura. Baste decir que Vasilisa Káshporovna

Librodot

estaba muy satisfecha de su arquitectura y no dejaba de lamentarse de que los carruajes antiguos ya no estuvieran de moda. La misma estructura del carruaje, un poco vencida de un lado, de modo que la parte derecha quedaba bastante más alta que la izquierda, le gustaba mucho, pues decía que las personas pequeñas podían ir a un lado y las grandes al otro. Por lo demás, en el interior del carruaje había espacio para cinco hombres pequeños y tres del tamaño de la tía.

A eso del mediodía Omelka, que había terminado de adecentar la calesa, sacó de la cuadra tres caballos apenas más jóvenes que el carruaje y empezó a atarlos por medio de una cuerda al majestuoso coche. Iván Fiódorovich y su tía, uno por el lado izquierdo y la otra por el derecho, subieron a la calesa y se pusieron en camino. Los campesinos con los que se cruzaban, al ver un carruaje tan rico (la tía rara vez viajaba en él) se detenían con aire respetuoso, se quitaban la gorra y hacían profundas reverencias. Al cabo de unas dos horas el coche se detuvo ante la entrada... No creo necesario decir que se trataba de la entrada de la mansión de Storchenko. Grigori Grigórievich no estaba en casa. La anciana y las señoritas recibieron a los huéspedes en el comedor. La tía se aproximó con paso majestuoso, avanzó un pie con mucha desenvoltura y dijo con voz sonora:

-Estoy muy contenta, señora mía, de tener el honor de presentarle personalmente mis respetos. Además, permítame expresarle mi agradecimiento por la acogida dispensada a mi sobrino Iván Fiódorovich, que tanto me ha ponderado. ¡Tiene un alforfón estupendo, señora! Lo he visto cuando nos acercábamos a la aldea. Permítame que le pregunte: ¿cuántas gavillas obtiene por cada hectárea?

A continuación, todos se besaron. Una vez que unos y otros estuvieron instalados en el salón, la vieja ama de la casa exclamó:

-En lo que respecta al alforfón, no puedo decirle: eso es asunto de Grigori Grigórievich. Hace ya mucho tiempo que no me ocupo de esas cosas; soy demasiado vieja para ello. En el pasado, aún me acuerdo, teníamos un alforfón que llegaba hasta la cintura. ¡Hoy es otra cosa! Aunque, según dicen, todo marcha ahora mejor -en ese momento la anciana suspiró. Cualquier observador habría percibido en ese suspiro un estertor del viejo siglo XVIII.

-He oído decir, señora, que sus criadas tejen unos tapices excelentes -dijo Vasilisa Káshporovna, tocando de ese modo la fibra más sensible de la anciana que, al oír esas palabras, pareció animarse y empezó a hablar profusamente del modo de teñir las madejas y de la manera de preparar el hilo para ese efecto. De los tapices, la conversación pasó a ocuparse de los pepinillos salados y de las peras secas. En una palabra, antes de que transcurriera una hora, las dos damas conversaban como si se conocieran desde hacía un siglo. Vasilisa Káshporovna se había puesto a hablar en voz tan baja que Iván Fiódorovich no conseguía oír nada.

-Si quiere usted verlo -preguntó la vieja dueña, poniéndose en pie.

Las señoritas y Vasilisa Káshporovna también se levantaron y todos se dirigieron a la habitación de las criadas. No obstante, la tía le hizo una señal a su sobrino para que se quedara y murmuró algunas palabras a la viejecita.

-¡Máshenka! -dijo la anciana, dirigiéndose a la señorita rubia-. Quédate con el invitado y habla con él para que no se aburra.

La señorita rubia se quedó y se acomodó en el sofá. Iván Fiódorovich se sentó en su silla como sobre alfileres, ruborizado y con los ojos bajos; pero la señorita no parecía advertir su turbación: seguía sentada en el sofá con aire indiferente, examinando con atención las ventanas y las paredes o siguiendo con la vista al gato, que se deslizaba temeroso bajo las sillas.

Librodot

Iván Fiódorovich se animó un poco y trató de iniciar una conversación; pero parecía como si hubiera perdido todas las palabras por el camino. Ni un solo pensamiento le venía a la cabeza.

El silencio se prolongó durante casi un cuarto de hora. La señorita seguía sentada en la misma postura.

Finalmente Iván Fiódorovich se armó de valor:

-¡En verano hay muchas moscas, señorita! -exclamó con un ligero temblor en la voz.

-¡Muchísimas! -respondió la señorita-. Mi hermano ha fabricado un cazamoscas con un viejo zapato de mamá, pero aun así hay muchas.

En este punto la conversación se interrumpió e Iván Fiódorovich ya no encontró ningún otro tema del que hablar.

Finalmente la dueña, la tía y la señorita morena regresaron. Después de charlar durante un rato, Vasilisa Káshporovna se despidió de la anciana y de las señoritas, sin atender sus insistentes demandas para que se quedaran a pasar la noche. La anciana y las señoritas acompañaron a los invitados hasta la entrada y estuvieron largo rato saludando a la tía y al sobrino, asomados a la calesa.

- ¡Bueno, Iván Fiódorovich! ¿De qué hablaste con la señorita cuando os quedasteis solos? -le preguntó la tía por el camino.

- ¡María Grigórievna es una muchacha muy modesta y formal! -dijo el sobrino.

- ¡Escucha, Iván Fiódorovich! ¡Quiero hablar contigo seriamente! Gracias a Dios, tienes ya treinta y siete años. Has alcanzado una graduación elevada. ¡Es hora de que pienses en tener hijos! Necesitas imperiosamente una esposa...

-¡Pero tía! -gritó asustado Iván Fiódorovich-. ¡Una esposa! ¡Pero cómo! No, tía, hágame el favor... Me hace usted sentir una vergüenza espantosa... No he estado nunca casado... ¡No sé lo que hay que hacer!

-Ya lo sabrás, Iván Fiódorovich, ya lo sabrás -dijo sonriendo la tía, al tiempo que pensaba: «Es aún muy joven. No sabe nada». ¡Sí, Iván Fiódorovich! -prosiguió en voz alta-. En ninguna parte encontrarás una esposa mejor que María Grigórievna. Además, te ha gustado mucho. Ya he hablado con la viejecita del asunto y ha comentado que se alegraría mucho de tenerte como yerno; es verdad que aún no sabemos lo que dirá ese pecador de Grigórievich. Pero no vamos a preocuparnos de él. Como se atreva a no darle dote, iremos a los tribunales...

En ese momento la calesa entró en el patio y los viejos jamelgos se animaron al presentir la proximidad de la cuadra.

- ¡Escucha, Omelka! Antes de dar de beber a los caballos, déjalos que descansen un rato. Son unas bestias muy impetuosas. Bueno, Iván Fiódorovich -continuó la tía, mientras bajaba del carruaje-, te aconsejo que lo pienses bien. Yo tengo que entrar un momento en la cocina; he olvidado dar las órdenes para la cena y seguro que la inepta de Soloja no ha preparado nada.

Pero Iván Fiódorovich seguía inmóvil, como si le hubiera caído un rayo. Cierto que María Grigórievna era una señorita nada fea, ¡pero de ahí a casarse! ... Esa idea le parecía tan extraña, tan peregrina, que no podía pensar en ella sin sentir una especie de tenor. ¡Vivir con una esposa! ... ¡Qué cosa más incomprensible! No estaría solo en su habitación. ¡Tendrían que estar siempre juntos! ... Su cara fue cubriéndose de sudor a medida que profundizaba en sus elucubraciones.

Se fue a la cama más pronto de lo habitual, pero a pesar de sus esfuerzos no pudo quedarse dormido. Finalmente, el anhelado sueño, ese consuelo universal, le visitó; pero ¡qué

Librodot

sueño! Nunca había tenido unas visiones tan incoherentes. Al principio soñó que a su alrededor todo giraba y rugía, mientras él corría con todas sus fuerzas. Estaba a punto de caer extenuado cuando alguien le cogía por una oreja. «¡Ay! ¿Quién es?» «¡Soy yo, tu mujer!», le decía una poderosa voz. Y él entonces se despertaba. Luego se imaginó que estaba ya casado; todo en la casa se le antojaba raro, sorprendente; en su habitación, en lugar de una cama sencilla, había otra doble. Su mujer estaba sentada en una silla. Una sensación de extrañeza se apoderó de él. No sabía cómo acercarse a ella ni qué decirle; de pronto advirtió que tenía cara de ganso. Casualmente volvió la cabeza y vio a otra esposa, también con cara de ganso. Volvió a girarse y vio a una tercera esposa. Se dio la vuelta y apareció otra más. Presa de la angustia, salió corriendo al jardín, pero allí hacía mucho calor. Se quitó el sombrero y vio que en su interior estaba la esposa. Su rostro se cubrió de sudor. Quiso sacar un pañuelo del bolsillo, pero allí encontró a la esposa; sacó de su oreja un trozo de algodón y en él iba la esposa... De pronto se puso a saltar a la pata coja, y su tía, al verlo, le dijo con aire grave: «Sí, tienes que saltar porque ahora eres un hombre casado». Trató de acercarse a ella, pero la tía se convirtió en un campanario. Sintió que alguien lo arrastraba hacía allí, tirando de él con una cuerda. «¿Quién me arrastra?», preguntó Iván Fiódorovich con voz plañidera. «Soy yo, tu mujer; te arrastro porque eres una campana.» «No, no soy una campana; soy Iván Fiódorovich», gritó. «Sí, eres una campana», dijo el coronel del regimiento de infantería de P***, pasando junto a él. De pronto empezó a soñar que su esposa no era un ser humano, sino una especie de paño de lana. Estaba en Moguiliov y entraba en una tienda. «¿Qué tela desea?», decía el comerciante. «Llévese una esposa, está de moda y es un género muy bueno. Es el que eligen todos para hacerse las levitas.» El comerciante midió y cortó una esposa. Iván Fiódorovich se la puso debajo del brazo y se dirigió a la tienda de un sastre judío. «No», le dijo éste. «¡Es una tela muy mala! Nadie la usa para hacerse las levitas...»

Iván Fiódorovich se despertó atemorizado y muy alterado. Estaba bañado en un sudor frío.

En cuanto se levantó por la mañana, consultó su libro de adivinaciones, en cuyo final un librero virtuoso, con una bondad y un desinterés desusados, había añadido una guía de sueños abreviada. Pero allí no encontró nada que guardara siquiera una leve semejanza con su deshilvanado sueño.

Mientras tanto, la tía había concebido un plan completamente nuevo, del que se informará en el próximo capítulo.

UN LUGAR EMBRUJADO

Historia verdadera narrada por el sacristán de la iglesia de ***

Les juro que empiezo a estar harto de contarles historias. ¿Qué se creen ustedes? Les doy mi palabra de que estoy aburrido. Me paso el día cuenta que te cuenta. ¡No hay manera de que le dejen a uno tranquilo! Bueno, voy a narrarles una historia más, pero será la última. Sí, ustedes han dicho que el hombre puede vencer al espíritu maligno. Mirándolo bien, es evidente que se dan en el mundo toda suerte de casos... No obstante, yo no diría eso. Si la fuerza diabólica quiere burlarse de uno, ya lo creo que lo conseguirá. Y si no vean lo que

Librodot

sucedió en mi familia: éramos en total cuatro hermanos. En aquella época yo no era más que un tontuelo. Sólo tenía once años; pero qué digo: aún no los había cumplido. Recuerdo como si fuera ayer que en una ocasión me puse a cuatro patas y empecé a ladrar como un perro; mi padre me gritó, moviendo la cabeza: «¡Ay, Fomá, Fomá! ¡Estás ya en edad de casarte y aún sigues haciendo el tonto como un potrillo!». Mi abuelo -que todo le vaya bien en el otro mundo - todavía vivía y gozaba de buena salud. A veces se le ocurría...

Pero ¿cómo quieren que les cuente nada en estas condiciones? Uno lleva ya una hora sacando brasas de la estufa para encender la pipa; otro no sé qué ha ido a hacer al granero. Pero ¿esto qué es? Aún podría entenderlo si les obligara a escucharme, pero son ustedes mismos los que me han pedido que les cuente una historia. ¡Si quieren escuchar, escuchen!

A principios de la primavera mi padre se fue a Crimea a vender tabaco. No recuerdo si había equipado dos carros o tres. En aquella época el tabaco se pagaba caro. Llevó consigo a mi hermano de tres años, para que aprendiera desde pequeño el oficio de carretero. Nos quedamos mi abuelo, mi madre, un hermano, otro hermano y yo. El abuelo había sembrado melones hasta el borde mismo del camino y se había ido a vivir a una cabaña; nos había llevado con él para que espantáramos a los gorriones y las urracas que venían al melonar. No puede decirse que lo pasáramos mal. A veces comíamos en un solo día tantos pepinillos, melones, nabos, cebollas y guisantes que, a fe mía, parecía que en el estómago cacareaba un gallo. Además, sacábamos un buen beneficio. Pasaban muchas gentes por el camino y pocas se resistían a degustar un melón o una sandía. Y de las granjas vecinas traían pollos, huevos y pavos para intercambiar por productos de la huerta. Era una buena vida.

Lo que más le gustaba a mi abuelo era que cada día pasaban unos cincuenta carreteros con sus carros. Era gente que había visto mucho mundo. Cuando se ponían a contar, sólo había que abrir bien las orejas. Y mi abuelo acogía esas historias como un hambriento unas *galushhas*. A veces se encontraba con viejos conocidos -a quién no conocía mi abuelo-, y ya saben ustedes lo que pasa cuando varios viejos se reúnen: tararí, tarará, que si en esa época, que si en la otra, que si pasó esto, que si pasó lo otro... Los recuerdos se desbordaban. ¡Dios sabe hasta qué época se remontaban!

Una vez -me acuerdo como si hubiera sucedido ayer-, el sol había empezado a ponerse; mi abuelo paseaba por el melonar y quitaba las hojas con las que cubría las sandías durante el día para protegerlas del sol.

-¡Mira, Ostap! -le dije a mi hermano-. ¡Por ahí van unos carreteros!

-¿Dónde? -dijo el abuelo, que acababa de hacer una señal en un gran melón para que los muchachos no se lo comieran.

Por el camino avanzaban seis carros. A la cabeza iba un carretero con el bigote ya ceniciento. Cuando llegó - cómo decirles- a unos diez pasos, se detuvo.

- ¡Hola, Maksim! ¡Mira dónde ha dispuesto Dios que nos encontremos!

El abuelo entornó los ojos.

- ¡Ah! ¡Hola, hola! ¿Qué te trae por aquí? ¿Está Boliachka contigo? ¡Hola, hola, hermano! ¡Pero diablos! ¡Si están todos! ¡Krutorischenko, Pecheritsa, Kovelek, Stetsko! ¡Hola! ja, ja, ja! jo, jo, jo! -y empezaron todos a besarse.

Desengancharon los bueyes y los dejaron pastar en la hierba. Los carros quedaron en el camino; los carreteros se sentaron en círculo delante de la cabaña y encendieron sus pipas. Pero no era ese momento para pipas. Mientras charlaban y contaban sus historias, apenas tuvieron tiempo de fumar una. Después del mediodía, mi abuelo ofreció melones a los invitados. Cada uno cogió un melón y lo limpió con su cuchillo (eran todos carreteros

Librodot

experimentados, habían visto mucho mundo, sabían incluso comer en sociedad; ni siquiera les habría importado sentarse a la mesa de un señor); una vez bien limpio, practicaron un agujero con el dedo, bebieron el zumo y empezaron a cortarlo en trozos y a llevárselo a la boca.

-Y bien, muchachos -dijo el abuelo-. ¿Qué hacéis ahí parados? ¡Bailad un poco, hijos de perra! ¿Dónde está tu caramillo? ¡Vamos, un baile cosaco! ¡Fomá, los puños en la cintura! ¡Muy bien! ¡Así! ¡Jei! jop!

Yo era entonces un muchacho ágil. ¡Maldita vejez! Ahora ya no puedo moverme así; en lugar de trazar giros, mis pies sólo tropiezan. Mi abuelo estuvo un buen rato sentado con los carreteros, mirando cómo bailábamos. Noté que sus pies no paraban en su sitio; parecía como si alguien tirara de ellos.

-Apuesto a que el viejo va a salir a bailar, Fomá -me dijo Ostap.

¿Y qué creen ustedes? Apenas había tenido tiempo mi hermano de pronunciar esas palabras, cuando el viejo no pudo contenerse más. Quería presumir un poco delante de los carreteros, ¿entienden?

- ¡Mirad, hijos del diablo! ¿Ésa es manera de bailar? ¡Así es como se baila! -dijo, poniéndose en pie, extendiendo los brazos y taconeando.

Bueno, no había nada que decir: hay que reconocer que el viejo sabía bailar; incluso habría podido danzar con la mujer del *hetman.* Nos apartamos y el viejo se puso a dar vueltas por todo el terreno llano que bordeaba el bancal de los pepinos. No obstante, cuando había recorrido la mitad y se aprestaba a saltar y ejecutar una de sus vertiginosas piruetas, no pudo levantar los pies del suelo. ¡No había manera! ¡Vaya una cosa rara! Se lanzó de nuevo, llegó hasta la mitad del terreno, pero las piernas no le obedecían. No había nada que hacer: no le obedecían y punto. Parecía como si se hubieran vuelto de madera. «¡Mirad qué sitio diabólico! ¡Mirad qué prodigio de Satanás! ¡Tiene que ser cosa de ese Herodes, de ese enemigo del género humano!»

Bueno, ¡no iba a cubrirse de oprobio delante de todos los carreteros! Se lanzó de nuevo y empezó a dar unos pasos tan menudos y fulgurantes que daba gusto verlo; pero llegó a la mitad y se acabó. ¡No pudo seguir bailando, eso es todo!

- ¡Ah, maldito Satanás! ¡Ojalá te atragantes con un melón podrido! ¡Ojalá no hubieras llegado a la edad adulta, hijo de perra! ¡Hacerme pasar esta vergüenza a mi edad!

Y en efecto, alguien se rió a sus espaldas. El abuelo se volvió, pero no quedaba ni rastro del melonar ni de los carreteros; por delante, por detrás y a los lados se extendía un terreno llano.

- ¡Eh! Tss... ¡Ésta si que es buena!

Entornó los ojos para ver mejor; el lugar no le parecía del todo desconocido: a un lado había un bosque, detrás del cual despuntaba una vara que se internaba a gran altura en el cielo. ¡Qué cosa tan rara! ¡Si era el palomar que tenía el pope en el huerto! Al otro lado destacaba una extensión gris. La miró con mayor atención y advirtió que se trataba de la era del secretario provincial. ¡Adónde lo había llevado la fuerza impura! Tras deambular por el paraje, se topó con un sendero. No había luna; sólo se vislumbraba una mancha blanca detrás de las nubes. «Mañana hará mucho viento», pensó mi abuelo. De pronto, a un lado del camino, vio una vela encendida sobre una tumba.

-¡Vaya! -el abuelo se detuvo, puso las manos en la cintura y examinó el lugar: la vela se apagó; un poco más lejos se encendió otra-. ¡Un tesoro! -gritó el abuelo-. ¡Apuesto lo que sea a que es un tesoro! -y ya se había escupido en las manos para empezar a cavar, cuando reparó en que no tenía pala ni azada-. ¡Ah, qué pena! Quién sabe si hubiera bastado con levantar el césped para encontrar el tesoro. Lo único que puedo hacer es señalar el lugar para no olvidarme.

Cogió una gran rama, arrancada por lo visto por el vendaval, la colocó sobre la tumba,

Librodot

en el lugar mismo donde lucía la vela, y siguió andando por el camino. Los jóvenes robles del bosque empezaron a ralear y de pronto apareció una cerca. «¡Y bien!», dijo el abuelo. «¿No había dicho que era la era del pope? ¡Aquí está su cerca! Ya queda menos de un kilómetro para el melonar.»

Llegó bastante tarde y ni siquiera quiso probar las *galushhas.* Despertó a mi hermano Ostap sólo para preguntarle si hacía mucho tiempo que se habían marchado los carreteros y se envolvió en su zamarra. Cuando mi hermano le preguntó:

-¿Dónde diablos te has metido, abuelo?

-No me lo preguntes -exclamó éste, arrebujándose aún más en su zamarra-. No me lo preguntes, Ostap, si no quieres que te salgan canas -y empezó a roncar con tanta fuerza que los gorriones que habían penetrado en el melonar levantaron el vuelo asustados. ¡Claro que no se había quedado dormido! Hay que decir que el abuelo era un animal muy astuto, que Dios lo tenga en su gloria, y sabía escabullirse de cualquier situación. A veces tenía unas salidas que no había más remedio que morderse los labios.

Al día siguiente, en cuanto empezó a oscurecer en los campos, mi abuelo se puso la casaca, se ajustó el cinturón, cogió una azada y una pala, se caló el gorro en la cabeza, se bebió una jarra de *kvas*, se secó los labios con el faldón y se dirigió derecho al huerto del pope. Dejó atrás la cerca y el pequeño robledal. Entre los árboles serpenteaba un camino que conducía a los campos. Se diría que el lugar era idéntico al de la noche anterior. Salió al campo; el paraje parecía el mismo: allí estaba el palomar, pero en cambio no se veía la era. «No, éste no es el lugar; debe de ser un poco más lejos; probablemente habrá que girar en dirección a la era.» Dio la vuelta y se internó por otro camino. ¡Ahora se veía la era, pero no el palomar! De nuevo se acercó al palomar y desapareció la era. En el campo, como a propósito, empezó a llover. Corrió de nuevo a la era, pero el palomar ya no estaba; fue hacia el palomar y desapareció la era.

- ¡Ojalá no llegues a ver a tus hijos, maldito Satanás! Empezó a llover a cántaros.

Mi abuelo se quitó las botas nuevas y las envolvió en un pañuelo para que la lluvia no las alabeara, y se puso a trotar como el caballo de un señor. Entró en la cabaña calado hasta los huesos, se cubrió con la pelliza y se puso a murmurar entre dientes, dedicando al diablo tales insultos como yo no había oído en mi vida. Reconozco que de haber sucedido la escena a la luz del día me habría ruborizado.

Al día siguiente, cuando me desperté, vi que el abuelo, como si no hubiera sucedido nada, deambulaba por el melonar, cubriendo las sandías con hojas de bardana. Durante la comida el viejo estuvo un rato charlando y asustó a mi hermano pequeño con la amenaza de trocarlo por pollos en lugar de las sandías; después de la comida se fabricó él mismo un silbato de madera y estuvo tocando con él; y para que nos divirtiéramos nos dio un melón que se retorcía como una serpiente, al que llamaba melón turco. Ya no se ven melones así. Cierto que había recibido las semillas de muy lejos.

Al anochecer, después de cenar, mi abuelo cogió la azada y se fue a cavar un nuevo bancal para plantar calabazas tardías. Al pasar junto al lugar embrujado no pudo contenerse y murmuró entre dientes: «¡Maldito lugar!»; luego se llegó hasta el punto donde no había podido bailar dos días antes y, furioso, descargó un golpe con la azada. En ese momento surgió a su alrededor el mismo panorama que la otra vez: a un lado apareció el palomar, y al otro la era. «Vaya, he hecho

bien en traer conmigo la azada. ¡Allí está el camino! ¡Allí está la tumba! ¡Allí está la rama que coloqué! ¡Allí arde la vela! Espero no confundirme.»

Librodot

Corrió sin hacer ruido, manteniendo la azada levantada, como si quisiera dar la bienvenida a un cerdo que se hubiera introducido en el melonar, y se paró ante la tumba. La vela se apagó; sobre la tumba había una piedra devorada por la hierba. «¡Hay que levantar esa piedra!», pensó el abuelo, y se puso a cavar a su alrededor. ¡Era grande la maldita piedra! No obstante, tras apoyar con fuerza los pies en el suelo, la empujó a un lado de la tumba. «¡Huuu!», resonó por todo el valle. «¡Ya está! ¡Ahora irá todo más deprisa!»

A continuación mi abuelo se detuvo, sacó su tabaquera, vertió en el puño un poco de tabaco y ya se aprestaba a acercárselo a la nariz, cuando de pronto, por encima de su cabeza, se oyó un «achís». Alguien había estornudado con tanta fuerza que los árboles se balancearon y la cara de mi abuelo quedó toda salpicada.

- ¡Podías volverte del otro lado cuando tienes ganas de estornudar! -dijo mi abuelo, frotándose los ojos. Miró a su alrededor, pero no había nadie-. ¡No, por lo visto al diablo no le gusta el tabaco! -continuó, guardándose la tabaquera y cogiendo la azada-. ¡Qué tonto es! ¡Un tabaco como éste no lo han olido ni su padre ni su abuelo!

Empezó a cavar; la tierra estaba blanda y la azada se hundía en ella sin esfuerzo. De pronto algo tintineó. Apartó la tierra y vio una olla.

-¡Ah, ahí estabas, amigo mío! -gritó el abuelo, metiendo por debajo la azada.

-¡Ah, ahí estabas, amigo mío! -pió un ave, picoteando la olla.

Mi abuelo se apartó y soltó la azada.

-¡Ah, ahí estabas, amigo mío! -baló una cabeza de cordero desde lo alto de un árbol.

-¡Ah, ahí estabas, amigo mío! -rugió un oso, asomando el hocico detrás de un tronco.

Mi abuelo se estremeció.

- ¡Vaya! ¡Cualquiera se atreve a pronunciar una palabra aquí! -dijo entre dientes.

- ¡Cualquiera se atreve a pronunciar una palabra aquí! -pió el pico del ave.

- ¡Cualquiera se atreve a pronunciar una palabra! -baló la cabeza de cordero.

- ¡Cualquiera se atreve! -rugió el oso.

-¡Hum! -dijo asustado el abuelo.

-¡Hum! -pió el pico.

-¡Hum! -baló el cordero.

- ¡Hum! -rugió el oso.

Lleno de tenor, mi abuelo miró en torno suyo. ¡Dios mío, qué noche! Ni luna ni estrellas; a su alrededor sólo había barrancos; bajo sus pies se extendía un abismo sin fondo; sobre su cabeza colgaba una montaña que amenazaba con derrumbarse sobre él. El abuelo tuvo la impresión de que, detrás de ella, asomaba una cara. ¡Uf, menuda cara! La nariz como el fuelle de una herrería, con unos orificios nasales tan grandes que hubiera cabido un barreño de agua en cada uno de ellos; los labios, os lo juro, iguales a dos troncos; los ojos rojizos, salientes, miraban hacia arriba. Además, la cara sacaba la lengua y se burlaba.

-¡Vete al diablo! -exclamó el abuelo, dejando la olla-. ¡Quédate con tu tesoro! ¡Qué jeta tan abominable! -y ya estaba a punto de echarse a correr, cuando miró a su alrededor y vio que todo volvía a ser como antes-. ¡Lo que quiere el espíritu impuro es asustarme!

De nuevo trató de sacar la olla, pero era demasiado pesada. ¿Qué hacer? ¡No iba a dejarla allí! Haciendo acopio de todas sus fuerzas, el abuelo la agarró con las dos manos.

-¡Vamos, otro tirón! ¡Otro, otro! -y la sacó-. ¡Uf! ¡Ahora es momento de oler un poco de tabaco!

Cogió la tabaquera; pero antes de que tuviera tiempo de verter un poco de tabaco en la mano, miró atentamente a su alrededor para asegurarse de que no había nadie. En un principio pensó que estaba solo; pero de pronto le pareció ver que un tocón soplaba y jadeaba, que le salían orejas y unos ojos inyectados en sangre, que los orificios de la nariz se dilataban y la nariz se fruncía como si se dispusiera a estornudar. «No, no oleré tabaco», pensó mi abuelo,

Librodot

guardando la tabaquera-. «¡Ese Satanás volvería a llenarme los ojos de saliva!» Cogió la olla apresuradamente y echó a correr con todas sus fuerzas; pero sentía que por detrás alguien le rascaba las piernas con unas varillas... «¡Ay, ay, ay!», gritaba el abuelo, acelerando el paso; sólo cuando llegó al huerto del pope se detuvo para recuperar el aliento.

«¿Dónde se habrá metido el abuelo?», pensábamos nosotros, que llevábamos tres horas esperándole. Hacía tiempo que nuestra madre había venido desde la granja con un puchero de *galushkas* calientes. ¡Y el abuelo seguía sin aparecer! Una vez más empezamos a cenar solos. Después de la cena, nuestra madre lavó el puchero y buscó con la vista un lugar en el que arrojar el agua sucia, pues alrededor sólo había bancales; de pronto vio un tonel que iba directamente a su encuentro. El cielo estaba bastante oscuro. Nuestra madre probablemente pensó que uno de los muchachos, para divertirse, se había ocultado detrás del tonel y lo empujaba.

-¡Muy a propósito! ¡Voy a arrojar allí el agua sucia! -dijo, y vertió el agua hirviendo.

- ¡Ay! - gritó alguien con voz de bajo.

Miramos y era el abuelo. ¡Quién iba a imaginarlo! Os juro que pensábamos que se trataba de un tonel. Reconozco, aunque no sea muy piadoso, que nos pareció muy divertido ver la cabeza canosa del abuelo empapada de agua sucia y toda cubierta de mondas de melón y de sandía.

-¡Mira lo que has hecho, mujer del diablo! -dijo el abuelo, secándose la cabeza con el faldón de la casaca-. ¡Me ha escaldado como a un cerdo en Nochebuena! ¡Bueno, muchachos, ahora tendréis con qué compraros roscas de pan! ¡Llevaréis caftanes de oro, hijos de perra! ¡Mirad, mirad lo que os traigo! -dijo el abuelo abriendo la olla.

¿Y qué creen ustedes que contenía? Bueno, por lo menos debía haber, si bien se piensa... ¿Qué? ¿Oro? Pues no, no había oro; el interior estaba repleto de basura, de porquerías... Da vergüenza decir lo que había allí. Mi abuelo escupió, arrojó la olla y fue a lavarse las manos.

Ese día nos hizo prometerle que jamás creeríamos al diablo.

-¡Ni se os ocurra siquiera! -nos decía a menudo-. Todo lo que os diga ese hijo de perra, ese enemigo del señor Jesucristo, es mentira. ¡En ninguna de sus palabras hay un kopek de verdad!

Y en cuanto se enteraba de que en alguna parte las cosas no estaban tranquilas, nos gritaba:

-¡Vamos, muchachos, a santiguaros! ¡Así! ¡Así! ¡Muy bien! -y él mismo hacía la señal de la cruz. En cuanto al lugar embrujado, en el que no había podido bailar, lo cerró con una cerca y nos ordenó tirar allí los desperdicios, las malas hierbas y la basura que sacaba del melonar.

¡Así es cómo la fuerza impura se burla de los hombres! Conozco bien ese terreno. Después de ese suceso unos cosacos vecinos se lo alquilaron a mi padre para plantar melones. ¡Era una tierra estupenda y producía unas cosechas magníficas!; pero el lugar embrujado nunca dio nada bueno. Lo sembraban como es debido, pero brotaban unas plantas tan extrañas que no había manera de reconocerlas: sandías que no eran sandías, calabazas que no eran calabazas, pepinos que no eran pepinos... ¡El diablo sabe lo que era aquello!

Librodot

FIN

Librodot